GALERÍA HISTÓRICA

DE

MUJERES CÉLEBRES

B-3124 6190

GALERIA HISTÓRICA

DE

MUJERES CÉLEBRES

POR

PON EMILIO CASTELAR

2281

TOMO CUARTO

MADRID
ESTAB. TIPOGRÁFICO DE ÁLVAREZ HERMANOS
15 — Ronda de Atocha — 15
1887

Esta obra es propiedad absoluta del editor don José María Faquineto, quien perseguirá al que la reimprima ó traduzca sin su prévio consentimiento. Queda hecho el depósito que marca la ley.

CERES

Llegamos á las riberas de Grecia y podemos decir todos los europeos á una que nos sentimos nacer allí y que reconocemos en los griegos nuestros inmortales padres. Cuantos creen que si la humanidad, por sus recuerdos, allá en lo pasado ha de por fuerza dilatarse, y en lo porvenir por su esperanza, viviendo la divina eternidad que le traen sus ideas, por ninguna parte hallarán tantos timbres, y títulos nobles, y remembranzas, y reminiscencias de gloria como por esas costas helénicas, donde parece haber tenido su día más pleno y su luz más viva el humano espíritu. Caída como una hoja de morera, que así la llaman los poetas todos, entre las aguas; pendiente de montañas donde se arrebola el sol en matices indescriptibles; ceñida por mares celestes, coronados de blancas espumas que besan marmóreas costas de rojos y áureos colores

circundada por un doble coro de islas hermosísimas, con coronas de mirtos y adelfas, con sandalias de nácares y corales, Grecia resultará siempre, por mucho que los siglos pasen y que los hombres crezcan, el templo armoniosísimo de la hermosura perfecta. Por eso podemos decir que, si Palestina constituyó la religión dogmática y moral del género humano, Grecia constituyó la religión científica y estética. Todavía los enjambres de sus ideas zumban por los aires de nuestras escuelas y nos aportan á los labios la miel de su ciencia; todavía las sabias nomenclaturas nuestras están copiadas literalmente de sus músicas lenguas; todavía sus dioses, expulsados por el cristianismo de nuestros hogares y de nuestra fe doméstica, reinan en las academias y brillan en los jardines; todavía su metafísica enciende la idea del Verbo sobre las aras de nuestros altares é impele con su soplo vital lleno de inspiraciones las blancas alas de nuestro Espíritu Santo, y todavía el matemático admite sus postulados, el sabio su diccionario, el arquitecto sus órdenes, el escultor sus modelos, el poeta sus formas, el teólogo su filosofía, y en tal modo, que muerta, enterrada, disyecta en el fondo de su sepulcro, envilecidos sus huesos por las profanaciones musulmanas y disipado su rico sér espiritual en el harén de la servidumbre, con sólo revelar unos bajorelieves entre las

viejas ruinas romanas y con sólo traer unos peregrinos náufragos al seno de nuestra Europa moderna, engendró el período más bello y más armonioso de la historia moderna, engendró el revelador Renacimiento.

Con evocar á Grecia evocamos la región terrestre más interesante, á no dudarlo, para la historia, y, por consecuencia, encontrámonos en seguida con tal copia de prolijos estudios y de múltiples datos, que difícilmente podemos hallar el hilo en tan dificultoso laberinto, ni la síntesis en el acerbo y aglomeración de tantas noticias. Cierto, las edades antiguas hállanse allí también ceñidas en su mayor parte por sombras que las oscurecen y que las ocultan al ojo avizor de la historia. Después que los estudios prehistóricos han dilatado los horizontes de tiempo y que la increíble arquelogía de cuantos exploraran las zonas y capas terrestres acaba de traer como una ciencia nueva, no sospechada antes, la cronología de Orfeo, Hesiodo y Homero, las raíces genealógicas dadas á su patria por Herodoto y por Tucídides, todas las viejas tradiciones históricas y todos los sacros documentos auténticos han debido ceder á las nuevas revelaciones y dejar á la indagación un espacio inmenso, en el cual se han multiplicado los períodos históricos y se han subvertido las nociones científicas. Grecia tiene tam-

bién su edad prehistórica. El griego no ha nacido, como creían los clásicos, hecho ya una estatua perfecta, vestido con su túnica de armoniosos pliegues, alzado sobre su pedestal de mármol pentélico; los fríos del polo han extendido sobre sus palmas y sobre sus rosales nieves como las de Siberia; la caverna lo ha encerrado como el vientre al feto; han sido sus compañeros el rengífero y el megaterio, el oso y el tigre gigantes; las hachas de serpentina y de pórfido le han servido para defenderse, y ha pasado por las edades antiguas del hierro y del cobre como cualquier pueblo de menos grandeza y de menos importancia: que la igualdad humana se revela siempre por fuerza en los dos extremos del vivir á la eternidad más cercanos, en el sepulcro y en la cuna.

Pero hay mas: las naciones históricas antiguas por tal modo se han modificado, que ha desaparecido la original y autóctona Grecia, con que tantos en otros tiempos soñaran, bajada como sus dioses del Olimpo y allí en el Olimpo nacida. Por doquier en los tiempos primitivos, en los que suceden á las edades prehistóricas, hállanse recuerdos múltiples de influencias africanas. Investigaciones bien sabias han mostrado que la colmena, tantas veces cantada por los poetas bucólicos, la miel del Hibla que guardaba dulzor y poesía, la cera puesta sobre las

aras esculpidas por divinos cinceles, en una palabra, el trabajo é industria de la dulce apicultura provinieron de la Cirena africana, que ha dado sus nombres líbicos á los principales objetos y productos de arte tal en Grecia. Y lo que decimos de la miel decimos de las habas. Estas legumbres habían llegado á obtener una especie de adoración en los pueblos clásicos, y habían llegado á constituir parte principalísima de su alimento. Contábanse con ellas los votos en las públicas elecciones, y de su fécula exclusivamente se alimentaban escuelas de tan reconocida importancia como la escuela pitagórica. Pues bien, líbicos fueron los primeros gérmenes de tal planta y líbicas las palabras con que se la designaba en griego y en latín. Bien es verdad que, no sólo esta legumbre, sino muchas hortalizas, y la palabra huerto misma, provienen de idiomas africanos. Las coles llamábanse *carambos* en África, y *crambos* en griego y en latín, como el arroz se llamaba en berberisco *aruz*, y *oriza* en griego, donde tan fácilmente se cambia en *o* la *a* y en *i* la *e*. Allá, muy confusamente, los historiadores griegos columbraron el parentesco de su patria con Egipto, pero no reconocieron jamás que su Júpiter Olímpico era el mismo Júpiter Ammón de Nubia; que la flauta del dios Pan se había oído en los desiertos inmensos cuando no se oía en los bosquecillos griegos;

que la cabra, tan respetada y querida en Dodona, provenía del África, y que del África provenía la egida, la piel de leopardo y de cabrón, que cruzaban sobre su hombro y que defendían su pecho y sus espaldas en los antiguos combates. ¿Qué más? Esos sátiros, ebrios de vino y amor, envueltos en sus pieles de cabrito, ceñidos con sus cinturones de sogas, rematados con cuernos y pezuñas, rientes y alegrísimos, que llevan en su bastón las vides entrelazadas y apuran las copas rebosantes, han acompañado al Baco indio desde África, y de África se han esparcido, jubilando y riendo, por los campos hermosísimos de Italia y de Grecia.

Pero indudablemente los hombres que mayor influencia ejercieran sobre los griegos, aquellos que más determinaran su carácter, son los pelasgos, comparables á los iberos de nuestra patria. El nombre de griego dado á los habitantes de la Hélade ha sido puesto en los humanos labios y á nuestros días extendido por obra de los romanos. Y, sin embargo, este nombre, que se dilata hoy hasta el Asia Menor, y que toman tanto el imperio asentado en Tracia como todas las islas que componen el archipiélago puesto en el Oriente de nuestra Europa, reducíase al territorio por la villa de Dodona ocupado en el Epiro y á sus más inmediatas cercanías. Según el testimonio de Aristó-

teles y Hesiodo, este nombre proviene del diluvio antiguo; y Pandora, hija de Deucalión y Pirra, engendró al héroe Greco, héroe indispensable para limpiar la tierra de monstruos, quien, por haber cumplido con este ministerio excelso, ha dado su nombre á todo el territorio de Grecia. Pues bien, así como sólo se llamaron un día los hijos de Dodona griegos, sólo se llamaron helenos aquellos hijos de la Hélade sometidos al cetro de Aquiles y habitadores de un cantón de Tesalia. También se relaciona con el diluvio este nombre sacro de los helenos, y también, después de mucho tiempo, se dilató á todos los griegos. El nombre de Grecia proviene del oráculo de Dodona, y el nombre de Hélade proviene del oráculo de Delfos. Lo mismo pasa con el nombre de aqueos, vulgarmente dado por Homero en sus heroicos cantos á los hijos de Grecia. Lleváronlo por mucho tiempo solamente los griegos del Peloponeso. Siempre que historiemos cualquier tiempo y cualquier pueblo de la humanidad sucederános lo mismo. Las ideas como las cosas, los nombres como todo aquello que significan y expresan, dada nuestra contingencia y nuestra limitación irremediables, han de tener muy humildes orígenes. Cuando nombramos hoy á Grecia, Italia, Francia, España, solemos creer por una ilusión de óptica intelectual que tales altas personalidades han

brotado como los individuos en la naturaleza de una vez, en un solo parto, muy olvidados, en verdad, ahora, de todo cuanto ha sido necesario para formarlas y para sugerirles un solo espíritu y ponerlas un solo nombre.

Grecia se llamó durante mucho tiempo Pelasgia, según nos cuenta Herodoto. Pero estos pelasgos tampoco aparecen originarios de la Grecia misma, cual se creyó antes, sino arios nómadas, venidos poco á poco á la cabeza de sus ganados un día desde las altiplanicies del Asia, entrañas generadoras del humano linaje. Pelasgo quiere decir advenedizo, errante, antiguo, y, por consecuencia, su propio nombre indica una verdadera é inolvidable irrupción. Además, en las tradiciones antiguas está un proceder suyo con las griegas primitivas, muy semejante al empleado por los primitivos romanos con las sabinas, y ningún pueblo apela jamás al rapto sino con las mujeres de pueblos extranjeros. El pelasgo no fué, pues, un griego autóctono y original, fué como el jonio, fué como el dorio, una variante de las razas arias, nómada un tiempo, irruptora luégo, pastoril siempre, que llegó á fijarse allá en tierra tan atractiva como Grecia. Gran constructor, débense á él esas piedras ciclópeas que, amontonadas por su esfuerzo, parecen sobrepuestas por un esfuerzo de la naturaleza.

Pelasgión llamaba el griego antiguo á la primer fortaleza alzada en Ática, y este nombre dice cómo sus constructores fueran los pelasgos. En efecto, la palabra latina torre proviene de la palabra pelasgo-helena *tur*, y de turano, el defensor de la torre, proviene la palabra tirano, que luégo ha venido á significar el arbitrario y violento dominador de los pueblos. Así también la palabra *lar*, que los romanos creyeron etrusca, es una palabra pelásgica, la cual significa tanto como jefe de familia, y por eso á la piedra del hogar sobre que se asienta la casa llámasele un lar, y lares á los dioses domésticos defensores de las habitaciones familiares, y larisas á los castillos defensores de pueblos y ciudades. No acabaríamos nunca si hubiéramos de indicar todas las zonas de pueblos componentes del griego. Hombres prehistóricos pertenecientes á las edades perdidas en los comienzos de la tierra, griegos de Dodona, helenos de Delfos, aqueos del Peloponeso, pelasgos nómadas, tirrenos de los que celebraban la fiesta de Atemis, licios constructores de las murallas de Tirinto, sículos de Lesbos y de Samos, los etruscos mismos, que luégo formaron esa Toscana en que debía renacer la Grecia, los lelegos designados con el sacro nombre de cigüeñas, los dorios, los jonios, tantas y tantas otras familias han constituído esa tierra maravillosa que se dilata desde

las pendientes meridionales del Olimpo á las costas sacras del mar jonio y del golfo corintio.

Realmente la cultura griega empieza por el pastoreo. Beocia, de buey *(boos)*, llamaron á uno de sus más privilegiados territorios. La pastoril Arcadia pareció siempre á los griegos una especie de paraíso terrenal; sus aedos, ó sean los cantores, entonaban himnos semejantes á verdaderos idilios; sus dioses, cuyo parentesco estrecho con los dioses indios no puede negarse, indicaban claramente una mejora en las relaciones entre la tierra y el terrícola, entre aquel elemento que se llamaba *humus*, suelo vegetal, y su hijo el humano, el hombre. Los dioses de la luz, los dioses del cultivo, eran los dioses primeros de las edades antiguas. Así es un dios allí el jacinto, flor preciosísima, la cual muere á manos de Apolo, porque, brotada en primavera, se agosta y seca en estío. Mas lo que principalmente indica esta primera religión es el culto á la espiga y la liturgia de la simple siega. Dos fiestas principales demanda la religión de los pueblos agricultores: una, la siega en los comienzos del estío, y otra, la vendimia en su término. El dorado que toman los trigos del rubio sol, y las espigas que caen al filo de las hoces, y las eras que se cubren todas ellas de áureos montones compuestos por haces riquísimos, y el trillo, que saca por medio de sus

pedernales agudos y de sus lisas tablas el áureo grano, componen una serie de operaciones tales, mediante los trabajos de la naturaleza y del hombre, que bien merecen una consagración estética en la poesía y otra consagración religiosa en el ara. Así es que los antiguos, tanto en Frigia como en Grecia, nos han dejado una especie de cántico plañidero, en el cual se contiene un himno á la siega. Quien haya las regiones meridionales habitado comprenderá con facilidad todos los caracteres de tal himno. En las siestas calurosísimas de Junio, cuando el sol todo lo abate imponiendo un sueño forzoso en día pleno á los seres más vivos y despiertos, óyese al mismo tiempo que los cánticos de la cigarra en los olivares los cánticos del segador en las eras. Y he aquí por qué la cigarra, tan molesta para los hombres del Norte, recibe una especie de adoración religiosa entre los hombres del Mediodía, quienes toman su chirrido como la melodía de un arpa y graban sus figuras hasta en las piedras preciosas. Y he aquí por qué yo he querido inaugurar la galería de mujeres helenas con la diosa que representa mejor el culto primitivo de los griegos, aquel culto de la naturaleza que sienta de suyo á los pueblos agrícolas y pastores. Por consecuencia, e nombre de Ceres abre con razón la serie de retratos que vamos á consagrar á la

mujer griega en esta genealogía de lo femenino en la historia, tan soberanamente influída por las poderosísimas é incontrastables gracias de sus bellas mujeres.

Deméter se llamó Ceres en griego, y Deméter quiere decir tanto como tierra, como esa tierra que recibe los gérmenes, lanza los tallos, produce la savia, solidifica los troncos, puebla los ramajes, pinta y aroma las flores, enmiela y madura las frutas. Por consecuencia, Ceres ó Deméter es la divinidad agrícola, esencialmente agrícola, y pertenece á los dioses cabiros que, por una traslación en la palabra, bien natural, podemos llamar los dioses evangélicos de Grecia, á causa de su sencillez, de su naturalidad y de su apartamiento de toda teocracia. El culto de Ceres, además, debe iniciar este libro, porque al culto de Ceres pertenecían principalmente las griegas primitivas en los tiempos prehistóricos. Los misterios de Deméter y de su hija Kora, ó sean los misterios de Ceres y de su hija Proserpina, imponían grande castidad á la mujer y demandaban fidelidades inviolables y mutuas á todos los matrimonios. Una institución poco estudiada, y, sin embargo, muy característica de los tiempos primitivos, se relaciona con el culto de Ceres, y es la institución del matriarcado. Los primeros hombres y las primeras sociedades pasaron

en su lentísimo desarrollo por una edad á la cual podríamos denominar de fácil y fugaz ayuntamiento entre los dos sexos. Esta edad, en que las relaciones del hombre con la mujer tanto se asemejaban á las relaciones del macho con la hembra, por necesidad había de atenerse á la madre para el conocimiento y designación de los hijos. Por tal razón, á los patriarcados han precedido los matriarcados en la historia. Y así entre los celtas, entre los etruscos, entre los pelasgos, las mujeres alcanzan dignidades privativas del hombre, y gozan derechos y autoridad que luégo el hombre se arroga sólo en el crecimiento y desarrollo de las humanas sociedades.

Y no solamente dominaron las mujeres en el hogar y en el templo, también consiguieron una forma política y un poder social conocidos en la ciencia con el nombre de ginococracia. El agradecimiento de los hijos pelasgos á sus madres conócese por una religión de todo punto femenina, en la cual vencen las diosas á los dioses y predominan todas á una en calidad y número sobre aquéllos. La fábula de las amazonas, tan esparcida en las historias diversas de los pueblos y tan recordada en los diversos cuentos morales transmitidos de generación en generación, esa fábula muestra un estado social en que las mujeres ejercen cargo y oficio tan con-

tradictorio con su naturaleza como el cargo y oficio de soldados. Polibio nos enseña en el duodécimo libro y párrafo quinto de sus obras que hubo pueblos donde toda nobleza provenía de la mujer, cuyo nombre tomaban por apellido sus descendientes. Pausanias, en varios puntos de sus obras, nos refiere cómo en Elis ejercían el cargo de jueces dieciséis matronas designadas entre las más expertas por su edad y por su ciencia. En Mantinea la mujer ejerció, allá por apartados siglos, pero durante mucho tiempo, los cargos públicos. Pero la región donde más predominara la mujer fué Licia, refugio de los primeros griegos, y, por tanto, centro de sus costumbres y núcleo de su vida. Y Herodoto nos afirma en el primer libro de sus historias que los licios formaban sus genealogías exclusivamente con los nombres de sus abuelas y de sus madres. Un hijo nacido de noble mujer, aunque lo hubiera engendrado un esclavo, resultaba noble; y un hijo nacido de una sierva, siquier un noble lo engendrara, siervo. Así cuentan que los templos todos estaban servidos por mujeres y que las mujeres heredaban, no los hombres. Verdaderamente las costumbres á este respecto varían mucho. Nada parece tan propio y natural como que la mujer, después de parir, se recoja, se acueste, se medicine y se cure. Pues bien, sucedía entre nuestros primeros vascos un hecho

consuetudinario, comprobado por mil testimonios fehacientes : después del parto se acostaba el marido, y la mujer se iba, como si nada por ella pasase, á sus negocios. También parece natural que los trabajos domésticos pertenezcan á las hembras, mientras á los varones el trabajo público y el negocio arduo. Pues en el viejo Egipto, según nos refiere Sófocles por los versos 328 y siguientes del Edipo coloneo, los hombres se quedaban en casa mientras las mujeres ocurrían al trabajo procurador de los primeros bienes en la vida. Muchos historiadores cuentan la revolución acaecida entre los primitivos griegos contra el predominio social y el predominio político de las mujeres. El doctor Benlœw, en su curioso estudio de la Grecia anterior á los griegos, trae sobre tal tema noticias curiosísimas y cita el testimonio de San Agustín, quien, á su vez, evocaba un testimonio de Varrón, desgraciadamente perdido. Bajo el reinado de Cecrops disputábanse la dominación religiosa de Atenas aquella divinidad femenina tan semejante, por su robustez, á las legendarias amazonas, que lucía un casco en su cabeza con cimera como cualquier guerrero, y en su mano una lanza de oro, la cual resplandecía y centelleaba como un rayo, aquella divinidad femenina llamada Palas Atenea, y la divinidad masculina, provecta, vieja, de luengas barbas y de fuer-

tes brazos, que se llama Neptuno. En este combate religioso las mujeres vencieron á los hombres por un voto, y entonces Neptuno, airado, sugirió á sus fieles: primero, quitar á las mujeres el derecho que hasta entonces habían gozado y ejercido de tener un voto en las asambleas públicas; segundo, el prohibir á los hijos la designación de su apellido con el nombre maternal; tercero, negar á las esposas el título y el ministerio de ciudadanía reservado completamente á los maridos. Nos hemos parado en estas particularidades por una razón muy sencilla, porque al predominio de la mujer en la sociedad, y á su ejercicio directo del gobierno, se les ha llamado, no solamente, como hemos dicho arriba, ginecocracia, sino también demeterianismo, del nombre griego que llevara Ceres.

Pero el que las mujeres perdieran su autoridad política no llevaba, no, aparejada la pérdida de su poder intelectual y moral. Recordad que Grecia lucha con Troya por Helena; que Jasón el argonauta se rinde y somete á la imperiosa Medea; que Ulises encuentra en una parte á Circe y en otra parte á Calipso, quedando siempre devoto de Penélope; que á pesar de su fortaleza Hércules parece un esclavo de Onfala; que los helenos combatieron bajo la virginal Atenea y tomaron las clámides santas de esta diosa por egida; que Teseo, aquel semidiós á quien

tanto deben los atenienses, lleva consigo hasta Napsos la hija de Ninos, Ariadna; que los misterios de Eleúsis, donde se adoraba la reproducción, servían para consagrar más y más la castidad de las mujeres; que acaban en Ifigenia los sacrificios humanos, porque los griegos ofrecen á sus dioses airados, en vez de la hermosa virgen, una hermosa ternera; que los pelasgos han llamado á Ceres Deméter para dar á la tierra, con el nombre inmortal de esta diosa, el nombre también de madre; que las ninfas escondidas en las claras aguas del arroyo Liceo cuidan á Júpiter niño; que las musas, hijas de la naturaleza, madres de la poesía, como las sacerdotisas, como las sibilas, recuerdan el predominio ejercido por la mujer en todo el mundo helénico, aun después de haber abandonado aquel predominio político é inmenso poder social ejercido y gozado por ellas durante mucho tiempo. Pero no importa que deje de ser tirana en la plaza pública cuando conserva su dominio en la religión y en la poesía. De roja sangre arrancada por Apolo á ninfa hermosísima, se tiñe la flor del laurel rosa, llamado entre nosotros con el nombre de adelfa; otra ninfa, llamada Hebe, ofrece á los dioses en áurea copa la dulce ambrosía que los nutre y los sustenta; Isis apareja el carro al día y lo conducen las Horas; la Náyade, recluída en rústica gruta, mana el agua de los arroyos, y

las Parcas representan la muerte, y las Furias los remordimientos, y la venganza Némesis, y la justicia Temis, y la sabiduría Minerva, y el terror Gorgona, y las ondas Anfitrite, y las nieblas y las espumas Tetis, y Galatea las riberas, y Venus el amor, y Diana la castidad, y Hécate la vida infernal, para que todo en el universo tenga formas femeninas á los ojos del griego, tan poeta, y todos los seres sean como las notas de un himno elevado á las alturas por un coro de mujeres hermosísimas. Así la divinidad no podía reducirse allí meramente al sexo masculino. Para representar la grande apoteosis de la naturaleza humana, tenía la divinidad que reunir los dos sexos, y por eso tantas son las diosas cuantos son los dioses. El dios puramente semita, en la cúspide altísima de los cielos alzado, sin padre, sin mujer, sin hijos, no podía entrar en el concepto de los griegos, los cuales, antropomorfos esencialmente, veían todas las cosas en la humanidad y á todas les prestaban por igual, aun á las inanimadas é inertes, nuestro espíritu, nuestras pasiones, nuestras creencias, nuestras ideas respectivamente, nuestros sexos también. De tal origen proviene que haya diosas y dioses en el Olimpo heleno.

Ceres, como hemos dicho, diviniza la tierra vegetal, y, como también hemos dicho, lleva en Grecia el

nombre de Deméter, que significa madre. Aun hoy, después de haber la religión del espíritu vencido tan completamente al dios Naturaleza, conocemos con el nombre de madre tierra el elemento que nos vivifica y que nos nutre. La teogonía helena tiene que hacer con las primitivas familias mitológicas algo de lo que hace la Biblia semita con nuestros primeros padres, derivar los humanos de incestos, inevitables cuando se atribuye á una sola pareja el origen y raíz de su especie. Los hijos de Adán tuvieron que casarse por fuerza entre sí para perpetuar la especie humana, y los hijos de Saturno, los hijos del tiempo, hicieron exactamente lo mismo. El curso de los días engendró el cielo á quien llamaron Júpiter, y el curso de los días engendró la tierra vegetal á quien llamaron Deméter ó Ceres. Júpiter el cielo y Ceres la tierra, habían de ser por necesidad hermanos como hijos del tiempo. Mas la tierra necesitaba para fecundizarse del cielo, y el cielo para producir necesitaba de la tierra, como necesita la mujer del hombre y el hombre de la mujer. Así, pues, el cielo y la tierra, enamorados, se casaron, y de su matrimonio provinieron las plantas y los frutos. Júpiter y Ceres se casaron, pues, y fueron, por ende, á un tiempo hermanos y esposos. Si paramos un poco las mientes en el trabajo de fecundación que traen á todo traer los campos en su

perpetuo producir, bien pronto nos convenceremos de la natural alegoría contenida en todos estos hermosos mitos helenos. La semilla que brota, el tallo que se corona de flores y de frutos en la sucesión del tiempo, la mariposa que vuela sobre la florescencia, la fructificación, el replante y la resiembra, todo esto proviene de un matrimonio, del matrimonio de la tierra con el cielo.

Ceres pasó por traslación de sentido á significar tanto como pan. Hoy mismo no pueden referirse los poetas que llaman al trigo Ceres y Baco al vino. Pues igual sucedía en los tiempos antiguos, tanto, que Cicerón lo advirtió á su tiempo y á su pueblo, á fin de disuadirlos con sus advertencias de que creyeran comerse á su diosa cuando se comían bien amasada y bien compuesta su harina. Los atributos de Ceres han llegado hasta nosotros en las obras antiguas. Yo la recuerdo en mis viajes por las orillas de la bahía partenopea, yo la recuerdo pintada con su nimbo á modo de nuestras santas, el peinado á la griega, la corona de áureas espigas entrelazadas con adormideras en las sienes, el canastillo de frutos en la siniestra mano, la luciente antorcha en la diestra, la túnica de largos pliegues ciñendo el cuerpo, un *peplum* sobre los hombros, y en los piés las antiguas hermosas sandalias. Bien es verdad que las artes y los artistas no solían, en los clá-

sicos tiempos, conformarse con la hierática liturgia y pintar las diosas y los dioses cual en los altares se hallaban consagrados por la teocracia y transmitidos por la tradición; al revés, como quiera que las bellas artes subían á recoger la inspiración perso nal, y necesitaban, por tanto, de la libertad, escultores y pintores trazaban á su guisa las divinidades, vistiéndolas con los caracteres más convenientes á la expresión artística y más acomodados á los pinceles y buriles. Todavía recuerdo la Ceres colosal que lleva el nombre de los Borgueses en Roma. Pocos atributos la distinguen de las esculturas antiguas. Un simple cinturón ciñe su cuerpo y una cinta orna tan solo su cabeza. Robusta y bien proporcionada, con forma de mujer, y de mujer campestre, no de divinidad olímpica, jamás la tomaríais por lo que representa y significa si en la diestra no llevara su ramillete de adormideras y espigas, como en la siniestra su antorcha esclarecedora.

Pero no sólo nos ha guardado el mundo antiguo la imagen de Ceres en sus cuadros y en sus estatuas; nos la ha guardado en sus medallas también. Las sicilianas, especialmente aquellas forjadas en Siracusa, obras maestras son del maestro arte antiguo. No puede darse finura de buril como la revelada en estas escultóricas creaciones de los escultores por excelencia. El perfil de aquellos rostros ar-

moniosos; la línea de su nariz, llamada griega por antonomasia; los grandes ojos encerrados en amplios párpados y que diríais por una centella de vida encendidos; el cuello, semejante á una columna doria; los zarcillos; la corona de rubias espigas; todo cuanto constituye aquellas medallas, todo es de una perfección tal que no ha sido sobrepujada todavía y que quizá no pueda serlo, á pesar de la perfección de nuestras industrias y la riqueza de nuestros medios, hasta la consumación de los tiempos. ¿Por qué Ceres tiene las adormideras entre sus atributos de tal modo, que hasta en las medallas y en los objetos más diminutos relativos á su culto las ostenta? Pues las lleva porque la flor de las adormideras tienen forma de cabeza y porque dentro de su seno se contienen muchas semillas. Por su forma, las adormideras simbolizan la tierra, es decir, la madre de Ceres, y por sus simientes simbolizan la fecundidad. También vemos en los reversos de algunas medallas la figura de un cerdo, la cual figura significa, lo mismo que las adormideras, el principio divino de la fecundidad terrestre. Los odres llenos de agua que algunas veces acompañan á la diosa, los haces de sus espigas, las flores de sus adormideras, las guirnaldas que ciñen sus sienes, las antorchas que agitan sus manos, los vestidos flotantes como los aires, el *peplum* hermosísimo el

carro unas veces de alas ceñido y otras veces tirado por dragones, todo esto representa en la liturgia y en el arte antiguos lo que más agradecían á la tierra los hombres, su próvida fecundidad.

Caracteriza, pues, á la Ceres divina indudablemente su amor de madre. Una hija tan sólo ha tenido, llamada en lengua helena Kora y en lengua romana Proserpina. Esta unigénita señorea el corazón de su madre. Mírala con esos ojos encendidos en el amor maternal, que no puede compararse con llama ninguna, porque su ardor produce tibios y suaves resplandores. Óyela con ese arrobamiento de la oreja maternal, que sabe oirlo todo, atender á todo, para precaver, y celar, y seguir al fruto de las entrañas, prendido al seno materno por toda una eternidad. Ceres teme que su hija se pague de algún mortal, y enamorada se case, privándola de su presencia. Por eso la recata con recelo y la cuida con solicitud. Pero ¿quién podrá librarse del amor en este mundo nuestro? Desde la estrella que centellea en lo infinito hasta la luciérnaga que se oculta bajo tenue hoja, en todos los seres hállase como la vida que los conserva, el amor que los reproduce y que los perpetúa. Proserpina debe inspirar esta pasión por jóven, por hermosa, pues los griegos se guardaron muy bien de creer á sus dioses capaces de superar el amor. Un día Cupido y Venus habla-

ban, como hijo y madre, acerca de la universalidad que alcanza el amor. Inclinadas las dos divinidades sobre la creación, veían con gozo cómo amaban desde los insectos hasta los soles, desde las palomas en sus nidos hasta en sus madrigueras los tigres y leones. Representantes la diosa Venus y el dios Cupido en las teogonías helénicas de la gran pasión, debían gozarse mucho viendo cómo arranca sus notas al arpa y sus gorjeos al ave, sus iris al pincel y sus matices al iris, sus latidos al corazón y sus inspiraciones á la fantasía, dejando con su fuerza creadora por todas partes el testimonio vivo de que ningún sér creado ha podido exentarse á su imperio, pues hasta las frías moléculas se hallan en los cuerpos más fríos mantenidas por afinidades y por cohesiones amorosas.

Pero de pronto hijo y madre observan que allá en los infiernos hay un dios, Plutón, el cual no quiere amar. ¿Y cómo amaría este dios? Anímalo como único numen el odio, envuélvenlo en su manto las tinieblas; el frío que le llevan los muertos, á quienes encierra en sus dominios, trasciende hasta sus mismas venas, y para su oficio de atormentar y de punir bástale tan sólo con de veras aborrecer. El infeliz Plutón estaba privado de querer, y como privado de querer no podía rendirse al amor. Venus, buscando una excepción al imperio de su hijo,

mostróle con ironía y hasta con chacota el dios de los infiernos Viólo Cupido y se propuso empujarlo á sus dominios. Sicilia representa una gran parte del teatro antiguo donde pasan las escenas divinas. Su posición entre Italia y Grecia; sus mares tan hermosos; sus escollos tan lucientes; las hendiduras de sus valles, donde crecen mirtos y adelfas tan propicios á las divinidades antiguas; el Etna que brama y fulgura enrojeciendo aquellos cielos azules con sus reverberaciones y fecundando aquellas tierras hermosas con sus lavas, todos estos contrastes de su naturaleza y todas estas manifestaciones de su vida le dieron el prodigioso atractivo al cual debió el privilegio de ofrecer un teatro, y un teatro apropiado á los divinos dramas y á las divinas escenas.

Acababa el Etna de producir una erupción espantosa. El titán Tifón, encerrado en sus entrañas, acababa de sacudirlo con fuerza. Merced á tal sacudimiento, sus suelos habían temblado, subvertídose sus raíces, fulgurado su boca llamas ardientes, llovido su seno sobre las campiñas como una lluvia de tonantes aereolitos, devastado sus lavas fecundas planicies, extendiéndose hasta muy lejos los sacudimientos de sus terremotos y las nubes de sus erupciones. Necesitado de poner en todas estas violencias de aquella tierra epiléptica orden y con-

cierto, subió Plutón del suelo de su infierno al suelo de su Sicilia.

Sicilia es así, contradictoria, llena de contrastes. En los repliegues de aquel encendido monte, que á veces un sol en descomposición y á veces un planeta en formación semeja, en los repliegues de aquel encendido monte dilátanse honduras pobladas de árboles, vestidas de musgo, donde se oye piar el nido y balar al recental junto á claros manantiales, sobre cuyas claras linfas llueven las flores aromados pétalos. En uno de tales valles, cercano al sitio por Plutón recorrido, hallábase la hija de Ceres, llamada, como ya hemos dicho, por los griegos Kora, por los romanos Proserpina. A la sombra de los altos olmos abrazados por las parras, sobre un césped todo cubierto de flores, viendo bajo sus piés el mar azul que mandaba conchas y corales á la orillas, sobre su cabeza el Etna rojo que, apaciguado ya, lucía como un astro más en aquel cielo serenísimo, holgábase Proserpina en coger flores y en formar ramilletes, acompañada por sus ninfas. Plutón la entrevió, y al entreverla por casualidad disparóle Cupido con acierto su flecha venenosa. No podía el genio de los amores haber escogido una ocasión más propicia. Lo voluptuoso del sitio, lo alegre de la vida por aquellos espacios rebosante, los ecos difundidos en los aires, las huellas

impresas en el suelo, todo convidaba, todo, al amor, y todo hacía que una flecha pudiese morder allí con mayor facilidad los corazones y entrar en sus senos más profundamente. Lo cierto es que Plutón se resintió por completo á la herida en su pecho abierta por el amor. Y esta pasión, que ciega la vista material, que os embriaga como el vino viejo, que os retrae del mundo, que os abisma en sus goces, que os subyuga con su incontrastable imperio, asió al dios del odio y le empujó hacia Proserpina con violentísimo empuje, sugiriéndole una propensión invencible á poseerla y llevársela consigo á sus profundos y horribles dominios.

El aire con dulces cánticos resonaba y olía con dulcísimos aromas. Las ninfas retozonas descubrían, sin quererlo, en su carrera, ocultas y seductoras gracias. La risa escapada de rosáceos labios, y el calor difundido por amorosas miradas, hubieran puesto en exaltación irremediable lo mismo á un mortal que á un dios. Y, entre todas las ninfas, aquella que más locamente reía y con más amor miraba y mayores atractivos en su persona tenía, era indudablemente Proserpina, quien cantaba sin tregua y con voluptuosidad se ponía sobre sus sienes las más hermosas flores. En vocinglera disputa estaban sobre quién había cogido jazmín más albo y rosa más oliente, cuando Plutón penetra en el corro

á la callada, y, sorprendiendo á las ninfas como sólo sabían los antiguos dioses sorprenderlas, coge á Proserpina por la cintura, súbela en su carro, y azotados los caballos que de éste tiran, arrástrala consigo á los abismos, abriendo la tierra con su tridente y sepultando la querida presa en insondables honduras. La ninfa Ciana, compañera de Proserpina, fué la sola en ver á Plutón y la sola en querer detenerlo. Ella gritó con su voz aguda el peligro; ella interpuso sus blancos torneados brazos para evitar el rapto; ella, que había visto el raptor y atisbado el camino por donde se iba, pudo muy bien delatarlo y decir á los dioses del Olimpo cómo y dónde habían encerrado á Proserpina los dioses del infierno. Pero entre las virtudes que poseían los dioses helénicos hallábase una especialísima, la de transformar los seres animados en inanimados, los inanimados en animados, revistiendo todas las cosas á una del organismo y de la vida que á ellos les placía. Así convirtió á Ciana, la virgen vigilante y cuidadosa, en melodiosísimo y fluyente manantial. De aquí la poesía helena. Una flor, una mota, un breve nido, una humilde fuente, manaban inspiraciones, y en su animación tenían una sencilla y tierna historia.

Los bajorelieves antiguos presentan el robo de Proserpina por Plutón en los sarcófagos, porque tal hecho, á no dudarlo, representa y significa la des-

aparición del sér por medio de la muerte y su caída ó sumersión en el sepulcro. Allí se ven los genieci-llos conduciendo los caballos que Mercurio lleva de la brida, camino del infierno, y á Proserpina desmayada en brazos de Plutón, que corre arrastrada por cisnes con colas de serpientes en pos del raptor y de su hija. La desesperación de Ceres ha logrado múltiples encarecimientos en la poesía clásica. Sus viajes en requerimiento del fugitivo no se dan reposo. Búscalo ansiosa por todas partes, pero sin saber quién es ni dónde se encierra. En vano retuerce sus brazos de dolor, llamando al cielo con repetidas instancias; en vano conjura con súplicas apremiantes á los dioses para que le revelen el sitio donde se ha guarecido la robada; en vano recorre toda la tierra; el secreto queda completamente oculto y ningún sér lo revela. Ceres, que ha concentrado todos sus amores en su hija, pasa por sufrimientos indecibles. Niégase á tomar alimento su estómago y á cerrarse sus párpados en el sueño. Fuera de sí, corre todas las vías é interroga con importunidad á todos los viandantes. Una vez entra en grosera cabaña, donde, por el hambre y por la sed excitada, pide á una pobre anciana, residente allí, que le dé á comer cuanto á mano tuviera. La infeliz campesina tan sólo puede procurarle aquellos groserísimos manjares propios de su pobre

condición y de su despensa humildísima. Pero la diosa, que ayunara días y días, rendíase por fin al imperio de la necesidad, y, afanosísima, devoraba sin mirarlos y sin olerlos, en su hambre voraz, los groseros alimentos. Riósele un nieto de la vieja, y en castigo convirtiólo Ceres en lagarto. Después de haberle arrojado los alimentos al rostro, le ensució con máculas, y lo redujo á las dimensiones propias de tal reptilillo. La indagación de Ceres duró largo tiempo, é interrogó á todos cuantos pudieran darle noticias de su hija. Un día dirigió sus interrogaciones á la fuentecilla Ciana, mas como quiera que la fuentecilla careciese de palabra, no pudo, en su mudez, darle indicación alguna. El cinto de Proserpina flotaba en su corriente; pero carecía de toda señal indicativa del sitio donde había ido á parar la joven. Compadecido el sol de aquellos dolores de madre, atrevióse á indicar que no estaba la ninfa perdida en el mundo por sus rayos esclarecidos, sino en otro mundo quizás donde no penetraba su luz. Sabido esto, subió Ceres al trono de su hermano y marido Júpiter. Bañado en lágrimas el rostro de la diosa, y asidas sus manos á los piés de Júpiter, pidióle con clamorosas instancias la reaparición de su hija. Pero Júpiter no la escuchó. Entonces, irritada, fuera de sí, recordando cómo poseía un dominio suyo y estaba en el caso

de regirlo á su arbitrio, decidió mostrar al cielo cuanto ella podía con su propia voluntad hacer en la tierra. Y dijo que estaba resuelta por completo á impedirle toda producción de flores y de frutos, volviéndola estéril ó árida, y despojándola de todos sus seres y de todas sus bellezas.

Júpiter, conmovido á esta grande amenaza, prometió volver de nuevo al día y á su luz Proserpina, con tal de que no hubiese comido nada en los infiernos. Sabido por Ceres el sitio donde se hallaba su hija, encaminóse á él. Ascálafo, mozo infernal, hijo del Aqueronte, supo con tiempo el viaje de Ceres y se lo comunicó á Plutón. Indignada la diosa contra el mancebo por haber visto lo que no debía ver, trocólo en mochuelo, en el pájaro que ve por la noche. La condición puesta por Júpiter al regreso de Proserpina, diosa ya en las regiones infernales, la condición de que no comiese nada en su estado nuevo y en su nuevo reino, marró por completo, pues llegó á comer un gajo de granada. Por eso tal fruta representaba en los tiempos antiguos el amor y simbolizaba el matrimonio. En tal situación extraña, no queriendo Plutón, ó el infierno, soltar su presa; ni la tierra, ó Ceres, á su hija renunciar para siempre, pactaron un convenio, por el cual Proserpina viviría la mitad del año con su esposo y la otra mitad del año con su madre. To-

dos estos incidentes de la teogonía griega se han difundido á remotos siglos y han alcanzado las brillantes apoteosis del arte, así en los antiguos como en los modernos tiempos. En los frescos de Pompeya vemos Proserpina sentada junto á Plutón, resignadísima y conforme con su nuevo estado y su nuevo reino, teniendo cerca de sí á Mercurio, que se ofrece á llevar sus mensajes por todas partes, y á la Primavera, que guarda en hermoso pliegue de su túnica los gérmenes de las flores. Los vasos antiguos, sobre todo uno célebre del museo de Berlín, citado por los historiadores del arte, nos ofrece á Ceres asentada sobre su trono con áureo cetro en la mano, y junto á ella Proserpina con dos antorchas, alzada la una y caída la otra, en conmemoración de que una parte del año está bajo y otra parte del año está sobre la tierra. Los autores, que han llevado en los siglos últimos el espíritu clásico á sus extremos de artificio, y frisado, por tanto, con todas las decadencias, nos han esculpido el rapto de Proserpina por mano de Girardón en los jardines de Versalles, y por los pinceles del Albano en las escuelas itálicas. Naturalmente, préstase mucho á la inspiración artista el genio griego, un teatro como la isla de Sicilia, un coro como el que componen las ninfas helenas, una madre como Ceres tan amante y próvida, el amor penetrando en los

abismos infernales, una joven hermosísima sepultada en las tinieblas, la inquietud por verla y encontrarla, el sueño profundo suyo abajo y el dolor maternal de Ceres arriba, tantas incidencias como constituyen esta religión pagana, en cuyos dogmas y en cuya historia buscarán eterna é inextinguible inspiración las artes y las letras.

Los honores prestados á Ceres tienen dos opuestos y contradictorios sentidos en las antiguas letras. Para unos representa su culto la religión de la inmortalidad, para otros representa su culto sencillamente la gratitud natural de los agricultores á la tierra que nutre sus plantas y da frutos. Homero cree los misterios consagrados á Ceres apoteosis verdadera del alma, que allende la muerte penetra en la eternidad. Por eso el iniciado en las ideas que los símbolos ofrecidos á la diosa contienen, y el conocedor del sentido encerrado en sus dogmas, no acaba en las tinieblas, antes por lo contrario se aviva y transfigura en los resplandores de alma luz perpetua. Para Cicerón, para el sublime filósofo que dialogaba en los jardines de Academo, para Isócrates, para el mismo Aristófanes, tan escéptico, por la religión de Ceres y por su liturgia, llégase á comprender cómo el hombre se transforma de suyo allende la sepultura, y cómo ese gran mal denominado muerte, lejos de contener la podredumbre tan

repulsiva de suyo á nosotros los mortales, contenía un verdadero enjambre de santas y consoladoras esperanzas, en cuyas alas el mísero mortal puede subir hasta la inaccesible inmortalidad. Mas para los poetas latinos, para Ovidio y Virgilio principalmente, los grandes intérpretes de la religión antigua, helenos y latinos, adoraron á Ceres porque fué la primera en romper y laborar la tierra con el arado y en producir todo aquello que alimenta en el mundo á los hombres. Ceres convirtió los bravos toros, desparramados por las praderas y hechos unos brutos feroces, en pausados bueyes, necesarios al cultivo y bastante dóciles para bajar la cerviz y someterse al yugo. Por eso los ministros de su culto apartan los bueyes tan trabajadores del ara donde reina Ceres, y lejos de inmolarlos con el cuchillo sacro los bendicen y colocan en su lugar las perezosas cerdas. Para Virgilio, Ceres ha hecho mucho más, ha quitado su moho al hierro, el espino inútil á los plantíos, la hierba perniciosa á los sembrados, y enseñando la poda en los árboles y las limpias en los rastrojos, ha conseguido que dejen los hombres para los animales inferiores las bellotas caídas de los encinares, con que se alimentaban en los tiempos primitivos, y puedan recoger y amasar el blanco y sabroso pan. Así los bajorelieves nos muestran una familia ofreciendo preces y holo-

caustos á la fecunda tierra. Padre y madre, precedidos de un niño que lleva cernacho amplísimo de frutas, presentan á la diosa para su inmolación una cerda, y la diosa, coronada con el almud, signo de la fecundidad, y ostentando en su mano la patera, signo de la recolección, dirígese á Proserpina, quien presenta orgullosa el haz de adormideras y de espigas en la izquierda mano, y en la derecha las luminarias con que pueden esclarecerse los abismos y disiparse las tinieblas. Algunos labradores, como Calimeno, ofrecen á la diosa el arado, la punta de hierro con que los surcos se abren, el aguijón que mueve á los bueyes y la coyunda que los ciñe y que los somete. Por tal razón, en tiempo de las siembras le ofrecían unos instrumentos de labranza y en tiempo de la siega otros. Cuando había que sembrar, el arado; cuando había que recoger, la hoz.

No, no puede desconocerse toda la poesía que despiden los campos. Como huelen los henos, las mentas, los jazmines, y tantos y tantos vegetales por sus dulces aromas, embelesan y arroban por su dulce poesía. Así Virgilio, en el poema inmortal del trabajo agrícola, invoca los nombres de Ceres y de Baco, porque ambos dioses han sustituído el grano de trigo y de uvas á las bellotas con que se alimentaban los primitivos pobladores del campo. En

efecto, la madrugada vigilantísima del jornalero, su amanecer saludable, su apercibimiento al trabajo con la cooperación de ciertos animales domésticos, la presencia de los faunos en los bosques y de las dríadas en las florestas, el dios de Cea guardador de las selvas, por quien trescientos toros blancos como la nieve rumian el brote de los plantas en los prados, el próvido Pan que protege las ovejas y congrega los rebaños, el tierno Silvio que lleva en la mano su rama de ciprés, todos estos dioses de los fecundos campos, todos nadan, á una, tanto en la luz del cielo como en las inspiraciones de dulcísima poesía.

Efectivamente, Ceres, desde los altos cielos, protege y sonríe al que remueve la tierra con sus azadones; al que la fecunda esparciendo en los surcos las semillas; al que riega los tallos y estercola las raíces; al que ahuyenta las aves enemigas y los insectos exterminadores; al que unce los bueyes en el yugo y forja las sierras para cortar los troncos y afila para segar el haz las brillantes hoces; al que anuncia, por medio de las florescencias primaverales, cuando los almendros se ciñen sus guirnaldas de flores y las mieses sus coronas de espigas, los signos del venidero año; al que doma, en una palabra, los campos y extrae de su seno en abundancia manantiales de vida. Efectivamente, la colmena que ofrece

miel y cera, la troj donde los trigos relucen, el aromoso lagar destilando vino, la oliva que produce los aceites parecidos á savia de los astros, el festón de los pámpanos al ramaje de los olmos ceñido, los pinos que vibran, los sauces que lloran, el tilo de pulida corteza, el aprisco donde la oveja reposa, los lebrillos que contienen la recién ordeñada leche, el queso amasado en la cabaña, la vaquilla que os contempla con sus ojos profundos, el perro que vigila, el potro que salta, el ciervo que corre, las abejas mezclando sus zumbidos y sus aguijones al vuelo de las mariposas, las lanas cortadas de los blancos vellones y las sedas urdidas por los activos bómbices, todos estos espectáculos del campo y de su cultivo merecen la poesía unida con el nombre de Ceres en todos los viejos cantos y en todas las paganas liturgias. Y la diosa, como protege á cuantos cooperan á la vida y fecundan la tierra, persigue con perseverancia y condena con crueldad á los que devastan y esterilizan los campos. Por eso al hijo de Reyes, asolador de un bosque sacro suyo, lo condenó á un hambre tan insaciable, que después de haberse comido todo cuanto hubo á mano concluyó por comerse á sí mismo.

En cambio ¡cuán benéfica para todos los labradores y cuán grata para todos los que le hacen algún bien! Nada prueba esta verdad como la histo-

ria de Triptolemo. En los campos donde ahora se levanta Eleúsis, templo predilecto de Ceres, levantóse otro día la cabaña de Celeo. Volvía este virtuoso anciano de su campo y de su jornada, llevando en una mano bellotas cogidas al pie de las encinas donde las llovieran las ramas, y en otra mano moras arrancadas á los zarzales, mientras en la espalda un hacecillo de leña seca y olorosa para calentar su vivienda y cocer su comida. Su hija le acompañaba, conduciendo y guardando con solicitud dos hermosas cabras que, inquietas y retozonas, á lo mejor se iban en busca de los tallos; pero pronto volvían humildes al eco de una voz que les daba su pastora. Ceres, como había tomado la forma de una pobre vieja para ocultarse mejor é indagar con más facilidad el sitio donde recluyeran á su hija, topó con estas gentes, que se adoloraron del dolor escrito en su rostro y le ofrecieron hospitalidad en la cabaña próxima. Caminando ya todos juntos, preguntáronle á Ceres el anciano y la moza por qué tan triste y dolorida estaba, y ella, con tal motivo, les narró la desgracia que le acaeciera con su hija. Celeo y la niña compadecieron tanto á Ceres, que lloraron á una con ella, y como les agradeciese mucho tales sinceras lágrimas la diosa, contáronle que tenían un pobre niño enfermo, hermano de la muchacha é hijo del viejo. En efecto, al entrar en

la choza ve la madre llorando y el niño espirante. Pocos minutos deben quedarle de vida según lo yerto de sus carnes y lo extinto de sus ojos. Pero la divinidad, tocada en el corazón, se acerca desaladísima por un impulso divino á la cuna, que debía trocarse pronto en mortaja, é imprime sus labios en los labios del pobrecillo moribundo. Apenas ha recibido tal beso éste, cuando la sangre hierve de nuevo en sus venas, la respiración cobra su facilidad pristina, los ojos relumbran centelleantes y torna de nuevo á entrar en toda la plenitud y en toda la robustez de su vida. No contenta con esto, lo acerca diciendo palabras misteriosas á las piedras lares, y lo arroja en el fuego doméstico. La madre, que había jubilado la salvación, se desespera y se horroriza viendo á su hijo en las llamas, y lo aparta de su voracidad. Entonces le dice la próvida Ceres cómo ha impedido al niño la inmortalidad. Ella quería en las llamas elevarlo á dios, y su madre lo ha dejado puramente hombre. Pero este hombre será el primero en abrir la tierra con su azadón, surcarla con su arado, depositar en ella la simiente y regar y recoger el trigo, por todo lo que merecerá perdurable adoración entre las generaciones. Tal fábula tiene dos aspectos en las tradiciones antiguas, el por nosotros reconocido ahora que hace de la familia hospitalaria una familia po-

bre, y el no menos divulgado que hace de la familia hospitalaria una familia regia. Por su fondo aseméjanse los dos, consistentes en que un hijo de tal famila, plebeya ó regia, debió á su compasión por Ceres el que mostrara ésta en su dolor el secreto de los trabajos agrícolas al más tierno y más joven de todos sus individuos.

Cuanto más estudiamos la mitología griega más nos convencemos de que sus fases guardan analogías misteriosas con las fases recorridas por el cristianismo desde sus orígenes hasta nuestros tiempos. Los dioses cabires, en cuyo número entra Ceres, corresponden á las edades evangélicas; los dioses órficos, adorados por una especie de teocracia, corresponden á nuestras edades católicas, á la Edad Media; los dioses homéricos nacen de un protestantismo semejante á nuestra reforma religiosa; y tras los dioses homéricos, merced al transcurso creador del tiempo, llegan aquellas divinidades, que llamaremos filosóficas, símbolos científicos más bien que seres sobrenaturales, conjuntos de ideas racionalistas más bien que coros de dogmas teológicos, con caracteres morales y políticos antes que con caracteres hieráticos; para concluir, dioses ideas ó ideas dioses, los cuales van á desembocar, de un lado en la práctica Roma por medio del estoicismo y del epicurismo, generadores de nuestro

derecho, mientras por otro lado van con el platonismo hacia la idealista Alejandría, generadora de nuestra religión y de nuestra metafísica. Tal aparece á mis ojos el génesis maravillosísimo de todas estas ideas. Consecuente con esto, el mito de Ceres toma todos los anteriores transformismos en su desarrollo y desenvolvimiento. Primero es una leyenda cabira, especie de moral y sencillo evangelio; después se une, merced á la teocracia, con los grandes mitos asiáticos del vino y del sol, ó sean de Apolo y Baco; más tarde reviste su carácter antropomórfico en Homero, el gran revolucionario y humanizador, digámoslo así, de las religiones antiguas; llegando, por último, en cuanto la vida civil se sobrepone á la vida natural y la metafísica prevalece con gran prevalecimiento sobre la poesía y sus símbolos, á legisladora de las ciudades y á representante de la inmortalidad y de la perennidad de nuestra alma en sus misterios eleusinos. Cuando uno lee dos libros en la interpretación de los mitos antiguos, tan contradictorios como los libros de Creuzer y de Müller, convéncese, por su atenta lectura, con poco esfuerzo, de cuánto se identifican en el fondo y qué tejido común de ideas madres tienen uno y otro intérprete, en apariencia enemigos, para explicar los viejos dogmas y las clásicas creencias.

La religión y la poesía siguen paralelo desarrollo en Grecia. Esta Ceres, que vemos tan hermosa en su zenit heleno, comienza por divinidad líbica ó africana, cuasi negra. Esa luna, seguida por enjambres de cánticos y cincelada por millares de buriles bajo la forma de Diana, fué un testuz de ternera puesto con sus recientes cuernos sobre un tosquísimo tronco de secular encina en su primitivo templo de la reveladora Efeso. Pues lo que ha sucedido con las divinidades antiguas ha sucedido con las antiguas poesías. Fueron primeramente los gritos agudos por el sacrificador lanzados en sus grandes sacrificios y holocaustos subiendo entonces á canciones sencillísimas de agricultores y campesinos, en las cuales poetizábase con verso y música el ingenuo sentimiento de la naturaleza. Y para que se vea más cómo las concepciones poéticas y las concepciones religiosas se asemejan entre sí, bastará decir que, cual Ceres pertenece á las primeras edades teológicas, el himno á Ceres quizás es el único salvado de las primeras edades poéticas y venido hasta nosotros para poder admirar en su contexto el germen sacro de tantas y tan incomparables bellezas. Pues bien, Ceres no toma el carácter político de legisladora en las ciudades ni el carácter metafísico de la inmortalidad en los filósofos y en las escuelas, sino tarde, muy tarde,

cuando la sociedad y la ciencia se han sobrepuesto á la poesía y á la naturaleza.

Las fiestas eleusinas fueron fiestas muy posteriores al nacimiento del mito de Ceres. Y la demostración de que fueron muy posteriores se halla en haberlas omitido los poemas de Homero, tan escrupulosos en darnos las fiestas litúrgicas y los poemas hieráticos del buen Hesiodo, tan llenos de tradiciones antiguas. Las fiestas eleusinas provienen de una edad posterior á la conquista del territorio de Eleúsis por Atenas y por los atenienses. Todo en la historia de Ceres, todo, se relaciona con el rapto de su hija. Es la *Mater Dolorosa* que personifica las acerbas tristezas de un corazón maternal, privado contra las leyes naturales de aquellos seres nacidos de su sangre que debían sucederla y heredarla. Sujetas las madres á perder sus hijos por la natural fragilidad y contingencia de sus pequeñuelos, expuestos á morirse pronto, con facilidad malogrados, como están expuestas las madrugadoras é impacientísimas flores del almendro á helarse, deben sentir un dolor inenarrable, incomprensible, allá en sus entrañas, como lo demuestran sus ayes con sus lágrimas y por la tendencia natural en los humanos de divinizar y perpetuar cuantas ideas y afectos los subyugan; esas lágrimas y esos dolores se han cuajado y han concluído por

formar la madre dolorosa digna de todo nuestro culto. Eleúsis con Ceres muy estrechamente se relaciona, porque allí, en Eleúsis, existe todavía la higuera brotada en el sitio por donde Plutón se llevó la hermosa Proserpina consigo á los infiernos. Y allí, en Eleúsis, asentóse desesperada Ceres junto al brocal de los pozos conocidos con el nombre de Partenios. Plegadas las manos, caída sobre su pecho la cabeza, manando lágrimas y despidiendo suspiros, encuéntranla una tarde las hijas del rey eleusino, idas á llenar de agua sus ánforas, encuéntranla bajo las ramas de un olivo. Aunque la diosa está completamente transfigurada por haber revestido formas de mujer, y de mujer provecta, sienten las doncellas eleusinas en su presencia una especie de inexplicable respeto religioso. Y llevadas de este respeto le preguntan quién es, y ella les responde que unos piratas la robaron de Creta, la condujeron á Torice, donde pudo evadirse á su cautiverio en la noche, mientras apercibían la cena. Y pobre y abandonada de todo el mundo, sin familia y sin amparo, pide á las compasivas doncellas el empleo, bien de nodriza ó bien de criada. La más bella entre tales ninfas allí presentes, hija del rey eleusino y de la reina Metaniza, la consuela en su dolor, llevándola consigo á su palacio y encargándole la necesaria lactancia del más tierno y más

pequeño entre sus hermanillos. Y allí, en aquella casa, no pudo la triste divinidad ocultar mucho tiempo su recatada grandeza que, una vez conocida, le valió perpetuo culto y maravilloso templo en aquella predilecta ciudad y en aquel sacro sitio.

Este gran templo de Ceres en Eleúsis distinguíase de todos los templos griegos. Erigidos éstos en la cumbre de preciosas colinas, asemejábanse más á nuestras capillas que á nuestras iglesias, como que el principal objeto suyo reducíase á honrar una estatua de dios, ofreciéndola, en cuanto el clima lo permitiese, al aire, al sol, á la vista y adoración de los devotos. Así las muchedumbres no penetraban en los templos, y las mayores fiestas se hacían y las más sacras ceremonias se celebraban en sus alrededores. El templo de Ceres en Eleúsis diferenciábase de todos los templos en que se había construído para contener dentro de sí á las muchedumbres. Pasaba con el templo de Ceres en Eleúsis lo mismo que ha pasado en la era de Cristo con nuestra catedral compostelana. Basta entrar en sus naves para comprender, por las múltiples capillas y por las amplias galerías, cómo aquella iglesia es albergue de peregrinos. Lo mismo pasaba en Eleúsis. Construído el templo para reunir en ejercicio común de culto y en mutua edificación de unos por otros á los fieles, tenía el carácter correspondiente

con su ministerio y con su destino. Llamado templo de iniciación, y compuesto para las celebraciones en común de ministerios verdaderamente dramáticos, aparecía mucho más teatral y mucho más espacioso que los otros templos, no construídos ciertamente para la representación de autos sacramentales como los que se daban de antigua fecha en el templo eleusino al pie del ara de Ceres. Un enorme cuadrilátero lo formaba; gruesas paredes, semejantes á murallas, lo defendían; separábanlo en compartimentos indispensables cinco naves coronadas por largas galerías que gruesas columnas sustentaban, unas de orden dórico y otras de orden corintio, mientras en su base había una cripta profunda y en su entrada un airoso vestíbulo, todo ello indicativo de que allí habitaban mistagogos, y aedos y hierofantas, encargados por un sacerdocio poderosísimo de iniciar á los fieles en misterios metafísicos y cantar estos misterios en coros y en himnos sacrosantos.

Las fiestas eleusinas constituían unas fiestas helénicas, asemejándose á las fiestas délficas en esto. Un colegio de sacerdotes las sostenía y cultivaba sus ideas transmitiéndolas de una edad á otra edad como sacro depósito. Llamábanse iniciadores, y concluían por conseguir en su comunicación diaria con la diosa una especie de propia y peculiar

divinidad. Los iniciadores dirigían y enseñaban á los iniciables y á los iniciados. Al ingreso interior del templo veíanse tablillas indicadoras del número y naturaleza de los misterios, mientras en la cela ó ábside, como nosotros la llamamos, pinturas alegóricas del desarrollo de los misterios. Duraban las fiestas noche y día, como verdaderamente conmemoradoras de la sucesión del sol por las tinieblas y de la sucesión del otoño por el invierno. Así pasaban los iniciados muchas veces en aquellas dramáticas escenas del silencio y del recogimiento al himno y al coro, y de las oscuridades más espesas y más profundas á los resplandores más deslumbrantes, ni más ni menos que sucede por nuestras iglesias en la semana mayor, el sábado, cuando á una voz que dice *Gloria*, lanzada en la misa, el templo, antes oscuro, se ilumina, el velo que cubría los santuarios se rasga, el plañidero treno se trueca en jubilosa aleluya, y el silencio dolorosísimo se interrumpe por el alegre campaneo que celebra regocijante la resurrección y anuncia la Pascua. Las procesiones eleusinas repiten las carreras de Ceres. Los fieles han oído contar mil veces cómo la diosa robada sintió una especie de vértigo cuando la cogiera el dios infernal, y vió desvanecerse como en divino mareo la celeste superficie de los mares, y el armonioso recorte de las riberas, y el tapiz de los

prados, y las cumbres de los montes, y los fuegos del volcán, al encerrarse dentro de las regiones infernales. Pues los iniciados corrían y corrían hasta coger por lo vertiginoso de su carrera vértigos semejantes al que sintiera Proserpina en los bruscos estremecimientos de su rapto. Y luégo había que conmemorar también los viajes solitarios de la madre infeliz en busca de su hija. Yo guardo siempre con tristeza en mi memoria de la niñez el recuerdo elegíaco de aquella procesión, que nosotros llamábamos procesión de la Soledad. Envuelta la Virgen María en su negro manto de duelo, veíansele solamente las pálidas manos cruzadas como las de un cadáver, la faz mortecina y de agonía, los siete puñales clavados sobre su corazón de madre. ¡Cuántas veces no vi en aquellos sitios donde comenzaba mi sensibilidad á brotar, las pobres mujeres retorciendo al dolor sus brazos y pidiendo á la Virgen morir ellas mil veces antes que sus hijos! En estas procesiones eleusinas llevaban los iniciados también, como en nuestras procesiones católicas, velas y antorchas. El sexto día era el más brillante de todos, porque los fieles trasladaban la efigie de la diosa desde Atenas á Eleúsis. Atletas desnudos celebraban ejercicios gimnásticos de tal precisión y belleza, que los seguían y los estudiaban el arquitecto para sus canéforas, el escultor para sus esta-

tuas; imágenes preciosísimas de la diosa y toda su familia iban en andas, coronadas de mirtos y circuídas de hachones; en paradas ó descansos dispuestos para variar el espectáculo deteníase la procesión, y los músicos tocaban la flauta ó tañían la cítara, mientras los aedos ó cantores dirigían al cielo armoniosos himnos y danzaban las vírgenes, trenzando las danzas con guirnaldas y componiendo proporcionados grupos hasta que, al llegar dentro del templo, la fiesta se remataba en transiciones violentísimas de la oscuridad al éter como la semilla pasa del surco al aire y como los muertos del sepulcro á la inmortalidad.

Ceres personifica, pues, todo cuanto hay de fecundo en la tierra vegetal. Ella transfunde la savia por los tallos, por las cortezas, haciéndose chupar de las raíces que ahondan en lo frío y oscuro, á fin de luégo espaciarse allá en el cielo por medio de sus copas, de sus ramajes, de sus frutas y de sus flores. Así Grecia representó á Ceres casta, pura, con la serenidad propia de una matrona en su madurez, con la fuerza correspondiente á la trabajadora campesina, calzada de fuertes sandalias convenientes á una viajera, los animales más fecundos á sus piés, la corona de áureas espigas en sus sienes, el ramo de adormideras en la una mano, y en la otra el fuego creador que anima, y acalora, y ali-

menta, y nutre todos los seres en la creación universal. Nada más propio de pueblos adheridos al campo y consustanciales casi con la naturaleza que su culto religioso al trabajo agrícola. Hoy, dueños casi de las fuerzas naturales, habiendo encontrado en el globo algo de las alas del pájaro, en la máquina del buzo algo de las respiraciones del pez, en el vapor auxilios y cooperaciones á nuestro esfuerzo como no podíamos ni siquiera soñarlos, en la chispa eléctrica fulminantes cetros de rayos y centellas parecidos á los que antes empuñaban allá en sus alturas los dioses, con tantos instrumentos como entrega al arbitrio nuestro la materia y con tantas fuerzas materiales como se suman á las humanas fuerzas, no podemos comprender lo que valdría para el hombre primitivo, con crueldad por la naturaleza tratado, su implacable madrastra, la invención de aquella lumbre al pedernal extraída, y de aquellos arados cuya punta hendía el suelo, y de aquellas innumerables semillas que arrojadas sobre los terruños á una subían en tallos verdes al aire y acababan por coronarse de áureas y fecundas espigas. No debe, pues, extrañarnos que la imaginación ardiente y creadora de los pueblos en aquel tiempo convirtiera estos tránsitos de la simiente á tallo, del tallo á flor, de la flor á fruto, en el círculo cíclico y poético de tantos dramáticos viajes. Proser-

pina es la simiente que cae sobre la tierra y se oculta en el crudo invierno á los helados soplos del cierzo, en el terruño, bajo la humedad de las lluvias y el frío de las nieves, así como Ceres por sí es la tierra fría, desolada, invernal, el suelo sin verdor, el nido sin pájaros, el árbol sin hojas, el prado sin flores, el cielo de las nubes y de las nieblas sin luz y sin estrellas. Bien había menester el pobre labrador que unciera los bueyes, ahondara los surcos, esparciera la semilla, una poesía consoladora y una religión altísima que idealizara sus dolores y sus afanes en la estación de las siembras, sus esperanzas en la estación de los brotes, sus satisfacciones en la estación de las cosechas.

Verdaderamente aquella semilla que se oculta en el surco y se pudre y descompone á las acciones químicas de nieves y lluvias; que luégo extiende sus raíces tiernas y blancas en el surco abierto por el arado; que más tarde brota, y crece, y vibra en verdes cañas de trigo; que luégo se corona de robustas espigas, las cuales al calor del sol se doran y se maduran hasta caer en la siega bajo la hoz y pasar en haces de los sembrados á las eras, en espuertas de las eras á los trojes, en sacos de los trojes á los molinos y de los molinos á las artesas donde el pan se amasa, de las artesas á los hornos donde el pan se cuece para nuestro alimento ¡ah! esa buena semilla,

desde que cae sobre la tierra hasta que se disuelve por la nutrición en nuestras venas, hace un viaje inmenso, como el de los astros por las alturas, verifica una serie de metamorfosis tales, y deja en su camino un riego de beneficios tantos, que bien merece todos los esmaltes del arte y todas las idealizaciones del dogma. Poned á un lado el puñal, el sable, la espada, el cetro, la corona de los reyes ó los instrumentos de los ejércitos, y decidme si pueden compararse con el yugo, con el azadón, con el arado, con la hoz, con el trillo y con el molino. Participemos con Ceres del dolor que le causa la tristeza, la soledad, la desolación de los campos, cuando las hojas se caen, cuando las golondrinas se van, cuando las abejas se callan, cuando las mariposas se hielan, y participemos también de sus alegrías cuando las golondrinas vuelven, y los nidos y las flores brotan, y los ramajes susurran, y los ruiseñores cantan, y la florescencia universal de risueña primavera promete al estío y al otoño larga cosecha de copiosos frutos. El regreso de Proserpina, hermosa y joven, al Olimpo, está pintado mil veces en los vasos antiguos. Algunos representan dos secciones en el mismo plano. Arriba está Júpiter asentado en la cumbre del Olimpo, con cetro concluído por un aguilón, volviendo la cabeza coronada de laureles para contemplar á Proserpina, que Mercu-

rio acaba de traer y de colocar á su lado. La joven reina de los infiernos lleva el traje aéreo de las novias helenas, y tiene junto á sí la primavera, indicándole con sus brotes y con sus capullos cómo ha llegado la hora de reever á su madre Ceres. A los piés de los dioses, en la segunda sección, abajo, vese á Triptolemo, el primer agricultor, en carro alado, del cual tiran dos serpientes, llevando en las sienes una corona de mirto, signo de la iniciación, y en las manos un haz de áureas espigas, signo de la fecundidad y abundancia del planeta. Ceres, envuelta en traje sembrado de astros ofrece nuevas espigas al agricultor, mientras la tierra presenta el hidromiel á las culebras, que significan las transformaciones traídas por el trabajo, y Hécate sombría, diosa infernal, ostenta con su antorcha la luz significativa de los resplandores del día huyendo súbitos del negror de la noche. Y á los piés de todos vese un narciso, planta producida por Plutón en los campos de Nisa para seducir á la diosa y llevársela consigo á los infiernos. Tras todo esto, nadie se maravillará de que represente Ceres, no tan sólo el viaje de las semillas en los círculos vitales, sino el viaje de las almas desde las riberas del tiempo á los abismos de la eternidad. Todos hacemos ese viaje, del cual ninguno vuelve; pero así como el grano de trigo, disuelto por la piedra de moler, se

torna, tras su pulverización, en alimento, el sér humano, caído en el sepulcro y descompuesto por la muerte, se torna espíritu beatífico, luminoso y eterno.

DAFNE

Hemos presentado en la figura de Ceres los tiempos, que podríamos llamar divinos, de Grecia, y ahora vamos á presentar en la figura de Dafne los tiempos que podríamos llamar de transición á las edades heroicas. No debe olvidarse nunca jamás, al penetrar dentro de la civilización helena, cómo reina desde las profundidades más insondables del abismo terrestre hasta las profundidades más insondables del cielo azul aquella religión antropomórfica, la cual reviste con las formas humanas lo mismo á los seres naturales que á los seres sobrenaturales, y les da, no sólo el aspecto nuestro, sino la vida, y asaz las pasiones de tal vida, impulso, animación y movimiento. La motilla de tierra como la idea del humano cerebro, las especies animales como los dogmas religiosos, la humanidad y la divinidad, la naturaleza universal y el universal es-

píritu cobran este organismo de los individuos humanos y adquieren así sus propensiones como sus pensamientos. De aquí una contradicción manifiesta entre India y Grecia, no obstante los parentescos estrechos de sus almas y las armonías reconocidas entre sus artes y sus ciencias. Mientras en la India todo es divino, en Grecia todo es humano. Para el indio los seres materiales forman parte de Dios, y para el griego los dioses forman parte de la humanidad. Por eso, mientras en la India una vida exuberante, intensa, genera las selvas inexplorables, los montes inaccesibles, los mares indómitos, en Grecia el suelo se alínea y redondea para ofrecer hospitalidad al hombre, y todos los seres se ponen á una so el imperio de su mano en aquella península bienhadada y de clima dulcísimo, en aquel coro de islas canoras y espléndidas, bajo aquel cielo siempre azul, cuyas celestes profundidades parecen despedir gotas de vivificador éter, semejantes á revelaciones de ideas, sobre todos los seres, enlazados por tal maravillosa manera y suerte que componen y forman como una especie de oda, y dejan tras sí en las geométricas riberas, en las melodiosas ondas, en el mar celeste y en el cielo infinito estelas inextinguibles de dulces é incomparables armonías.

El tiempo que vamos á describir ahora, y la nin-

fa que ahora vamos á bosquejar, entran en las edades conocidas con el nombre de diluvianas. Ya hemos dicho varias veces cómo la tradición del diluvio se dilata entre todos los pueblos, siquier provenga de un origen caldeo, y llega de un labio á otro labio, de un oído á otro oído, hasta los tiempos de Grecia, donde aparecen un Deucalión y una Pirra parecidos al matrimonio de Noé y su mujer, pero, como el matrimonio de Noé y su mujer, proviniente de las orillas del Éufrates. Así como para presentar, por ejemplo, la figura de Dido tendríamos que recurrir á la *Eneida* inspiradísima de Virgilio, para presentar la figura de Dafne tenemos que recurrir á los poemas de Hesiodo y á los metamorfoseos de Ovidio. El poeta nos presenta, para referirnos la transformación de la hermosa ninfa, el instante supremo en que la mar vuelve á sus riberas, los ríos á su cauce, las colinas á su antigua sequedad, los árboles á su follaje, bajo los montones de limo aglomerados sobre todo por los tumultos del agua, y esto es eminentemente hesiódico. Dos humanos tan sólo han podido salvarse: Deucalión y Pirra, quienes, al verse tan solitarios en aquel mundo poblado, antes de las lluvias diluviales, por especies múltiples, á una siéntense como heridos mortalmente de indecible tristeza. Deucalión se dirige á su esposa, la mujer singular que

únicamente ha quedado sobre la tierra junto á él, y le comunica sus tristezas. Esto de que las auroras con sus albas y los ocasos con sus arreboles, que antes animaban y teñían tal número de seres, ahora sólo esclarezcan, cual antorchas funerarias la triste losa del sepulcro, un vasto desierto, tráele apenadísimo en tal manera que sus ojos diluvian lágrimas y sus pulmones exhalan verdaderos huracanes de mal ahogados suspiros. Y no solamente se duele de la miseria y de la soledad que ve por todas partes en aquel cementerio infinito; duélese también de las nubes que todavía oscurecen el horizonte, y que amenazan, en su espesor y en su lobreguez, con diluvios nuevos, á los cuales quizá ellos mismos no pudieran preservarse.

Hijo de Prometeo, Deucalión ¡ah! no ha podido heredar la virtud creadora de su padre, quien dió el fuego á la tierra, y con el fuego á la tierra el espíritu á los mortales. Castigado por tal atrevimiento, que se parecía de suyo á una suplantación de las fuerzas divinas y creadoras, cuando clavado en los riscos y expuesto á las inclemencias de los aires se retorcía herido por el dolor en sacudimientos gigantescos sin que nadie le mandara consuelos y alivios, una satisfacción tenía, satisfacción profundísima, la de haber convertido por la llama y sus resplandores el mundo en cielo y la de haber hecho

por el espíritu y por sus ideas del hombre un Dios. Pero Deucalión no podía medirse con su padre y necesitaba consultar los oráculos y los dioses para saber qué auxilio podían ofrecerle y qué consejo darle, á fin de buscar pronto y encontrar seres humanos de quienes acompañarse y con quienes vivir, como se habían acompañado y habían vivido antes. Para un griego no hay auxilio como el prestable por los oráculos, ni sitio alguno propicio como el consagrado por las antiguas liturgias. A las orillas del Cefiso, cuyas olas todavía turbias iban dejando el poso y el limo, se acercaron para cumplir las litúrgicas ceremonias conducentes á traer un consuelo y un consejo de las divinas alturas á la desgarrada y rota tierra. ¡Qué aspecto presentaban los antes hermosísimos territorios! El templo destrozado, el ara solitaria, el fuego extinguido, el pavimento embarrado, el terreno todo con grietas parecidas á fauces entreabiertas de monstruos y el horizonte oscurecido por bandadas de nubes. Temis allí habita, y á Temis recurren los que han menester de una virtud fecunda que sirva para reanimar el humano linaje, si es que los dioses no aparecen después del diluvio inexorables y quieren auxiliar aún á los mortales en sus trabajos y sostenerlos así contra el dolor como contra la muerte. Entonces la diosa, conmovida por tan grandes aflic-

ciónes y tocada en su corazón por aquellas súplicas, les dice cómo deben apartarse del templo con prontitud, cubrirse la cabeza con espesísimo velo, atarse los vestidos al cuerpo con cíngulos, é inclinándose sobre la tierra, coger los huesos de sus padres y arrojarlos sobre los hombros á sus espaldas.

Absortos quedan Deucalión y Pirra sin poder creer á sus propios oídos. En los tiempos y en los pueblos helenos predominaba sobre todos los cultos el culto á los muertos. La piedra del sepulcro servía como de base á la piedra del hogar. Formaba la familia una especie de sacerdocio, porque los supervivientes consagraban toda su vida y todo su sér al recuerdo y al culto de los desaparecidos. Sacra la sepultura, inviolables los huesos, no podían las gentes griegas abrir aquellas losas cerradas y sacar aquellos restos intangibles sin que la maldición del cielo cayese sobre sus cabezas y las llamas del infierno devoraran sus cuerpos. Por consecuencia, Pirra declaró, más religiosa que Deucalión, como buena mujer, que preferiría vivir por toda una eternidad en aquel desierto á repoblarlo por medio de una sacrílega profanación. Más reflexivo Deucalión, comprendió que algunas significaciones ignotas encerraban las palabras oraculares y se propuso descifrarlas. Dando vueltas allá en su interior á lo que había dicho el oráculo, comprende como lo tocante

á los huesos se refiere, no al padre de familia y á su especie, sino á otra paternidad, á la del suelo patrio, donde se anima y se calienta la universalidad de las cosas como en unas verdaderas entrañas. Y siendo los huesos de la tierra sus piedras, con tirar éstas sobre los hombros y á la espalda quedaba completamente obedecido el mandato supremo y explicada la fórmula divina.

Aunque repugnó mucho á Pirra esta interpretación y desesperó de que pudiese resultar verdadera, conformóse con la opinión de su marido, como buena esposa, é interpretó el oráculo de la guisa que deseaba él, é inclinándose resignada sobre la tierra, pusiéronse uno y otro á echar sobre sus hombros y á sus espaldas los guijarros invenidos en su carrera. ¡Prodigiosa maravilla! Ovidio mismo, narrador más ó menos crédulo de tantos milagros extraordinarios, dice cómo no podría creer aquello que se propone referir si no lo atestiguaran cien viejas y sacras tradiciones, admitidas por todos los pueblos antiguos y consagradas por el transcurso de los tiempos. Conforme las piedras salidas de las manos de aquellos esposos tocaban en el suelo, sufrían maravillosa transformación. De duras se tornaban blandas. Sus moléculas de granito asemejábanse á tenue levadura. Crecían de súbito, como si en vez de pertenecer á la esfera mineral pertene-

ciesen á los vegetales. Su forma tosca y su materia ruda cambiábanse por ensalmo. Y á medida que tal cambio iba verificándose, dibujábanse como por magia en ellas esbozos informes de humanas figuras, no bien claras, como todo lo incipiente y rudimentario. El poeta compara tal estado de las piedras en aquel momento con los desbastes que á una mole ó trozo de mármol lleva el escultor cuando la fiebre de su inspiración lo posee, y pugna, trazando allí, donde no hay líneas todavía, proporcionada y armoniosísima estatua. La tierra interpuesta entre los intersticios de toda piedra se trocaba en filamentos de carne, la parte firme y sólida en huesos, lo húmedo en verdadera caliente sangre. Las vetas pasan á venas, y el calor de la vida y su movimiento presiden allí donde reinaban la inercia y el frío antes. A tal transformación debióse que los estragos del diluvio cesaran y que los dos seres guarecidos contra sus estragos en favor celeste concluyeran por verse de nuevo entre una humanidad regenerada y nacida nuevamente del seno de una tierra, la cual no se cansa en el trabajo de producir y de crear.

Todas las piedras arrojadas por Deucalión se habían convertido en varones, y todas las piedras arrojadas por Pirra se habían convertido en mujeres. Según las viejas teogonías de Ovidio y de su

antecesor Hesiodo, la tierra, blandísima por el diluvio, produjo espontáneamente las especies inferiores que debían completar al hombre y auxiliarlo en su trabajo de someter la naturaleza. Como para un clásico antiguo todo se convierte á una en humano, y todo á las fuerzas humanas se asemeja, la humedad y el calor formaron una especie de matrimonio, y por este matrimonio generado nacieron los demás seres inferiores al hombre. El calor fué como el marido y la humedad como la mujer. Bajo el cielo inmenso, á los rayos del sol abrasador, ayudados con el limo puesto por las inundaciones en los terrenos bajos y con la muchedumbre de gérmenes contenidos en los campos, todavía regados y fecundos, animáronse mil especies, vistiéndose de las formas indispensables para revelarse y tomando los órganos proporcionados al fin que cada una de ellas debía realizar y cumplir en la creación universal. Por consecuencia, los dos seres humanos, al diluvio huídos por celestial intervención, viéronse acompañados, no sólo de aquellos semejantes suyos que necesitaban para componer una sociedad, sino de las especies inferiores que necesitaban para dominar sobre la tierra. Los antiguos teógonos comparan esta erupción de ardiente vida que produjo tal multiplicidad riquísima de seres con el fenómeno que producen las aguas del Nilo, el río de las siete

desembocaduras, al retirar sus caudales de aquellos espacios y reducirse de nuevo á su antiguo cauce. El espeso limo que ha dejado se anima súbitamente á los rayos del sol. Y de tan grande animación, producida por el calor diurno, surgen mil animalillos, los cuales muestran por todas partes la intensidad increíble de aquella vida. Tales corpusculillos, mal formados todavía, animan el surco y dejan en sus líneas una especie de fermentación prodigiosa. Los contrarios, reconciliados por el amor, producen los manantiales de toda vida. Es enemigo de la humedad el calor, es enemigo del agua el fuego. Y, sin embargo, por esas combinaciones misteriosas de la vida, los que allá en sus excesos resultan contrarios, templados, disminuídos de intensidad, puestos en ciertas condiciones y en cierta medida, lo generan todo y todo lo producen. ¡Cuánta vida no va encerrada en ese vapor acuoso que los rayos solares extraen del terruño, y que, ascendido á las alturas, forma las nubes, de cuyo seno desciende la lluvia fecundizadora sobre los campos, que se revisten de vida merced á la humedad y al calor!

En la transformación que trajo el diluvio, las especies, producidas por el sol y el agua en aquel estado, tenían algo de muy extraño y conservaban mucho del medio ambiante, como le sucede al pólipo, que cambia de color según el pedrusco donde

se nutre y al árbol cuyas frutas toman los sabores del terruño donde se arraiga. Estos días fueron días de verdadera creación, y merced á ellos, no solamente renacieron las especies antidiluvianas, sino que brotaron otras, en tiempos anteriores desconocidas por completo. Pero no había entrado la tierra en toda su armonía; necesitábanse dos instrumentos para pulirla y hermosearla: el tiempo creador y el trabajo humano. Merced á la gran catástrofe del diluvio, había vuelto de suyo á los siglos y á los períodos aquellos en que abortaba monstruos y monstruos informes por todas partes. Inútilmente el matrimonio de Pirra y Deucalión engendrara los nuevos seres humanos; inútilmente el matrimonio de la humedad y el calor engendrara las nuevas especies inferiores. Los monstruos abortados por aquel exceso de vida y aquella embriaguez de animación oponíanse á toda tranquilidad y armonía en la naturaleza, difundiendo por doquier con furor una espantosa contradicción muy semejante á exterminadora guerra y muy conducente á desgarrar, más que á recomponer, las doloridas entrañas de nuestro misérrimo planeta. Con ese arte, que de reducirlo todo á un drama humano, tenían los antiguos, la época esta de monstruosidades sin cuento y de monstruos sin número se halla por un animal simbolizada. Este animal

es aquel mismo que tentó á nuestra primera madre allá en el Paraíso; este animal es la serpiente. Bajo su piel de mil colores, en su flexibilidad maravillosa, en su carrera tortuosísima, en sus ojos magnéticos, así como esconde fascinaciones múltiples y aun bellezas que recrean la vista, esconde también múltiples ponzoñas, amenazando con sus destructores anillos, con su flexible cola y con su agudo áspid, al hombre y á los animales, del hombre compañeros, al cultivo y sumisión de la tierra necesarios.

Pitón se llamaba la serpiente que produjera tantos males y desencadenara tantas guerras. Desconocida en el suelo helénico antes de la época diluvial, petrificaba de frío y de terror á sus míseros hijos en aquella edad tormentosa. Ocupando un espacio inmenso y teniendo una enorme altura, parecía muy próxima de suyo á caer sobre los mortales, y aplastando éstos, hiriendo aquéllos, á producir nueva desolación y despoblaciones nuevas en el suelo, por completo esterilizado. Necesitábase un salvador, pues los pueblos no podían vivir entre aquellos terrores con la inseguridad y la incertidumbre propias de quien teme á cada momento la muerte. Y apareció entonces Apolo. Inútil decir, para cuantos saben cómo los antiguos personificaban este dios, la serenidad que debía producir en la Hé-

lade su auxilio tan próvido como saludable. Aquel carcaj lleno de flechas á la espalda, el tirante arco en las manos, difundían las mayores y más consoladoras esperanzas. Sin embargo, estas flechas suyas no se habían hasta entonces disparado sino en las cacerías, y no habían herido más que á gamos y ciervecillos de lustrosa piel y de piés ligerísimos. Una serpiente tan enorme y tan fuerte necesitaba, si había de caer por tierra completamente, recibir más flechas, apurar más y más el carcaj divino de Apolo. En efecto, no escaseó el dios sus esfuerzos y no economizó sus armas. Cuantas flechas tuvo á mano despidió contra la serpiente Pitón, clavándose todas en aquel cuerpo colosal. Cuando ya vió su carcaj exhausto por completo, vió también el reptil muerto á sus plantas. Y en tal estado, la victoria no podía estar indecisa mucho tiempo. Estremecióse la serpiente, vibró su látigo, esgrimió su áspid, amenazó con sus fuertes anillos, pero todo en vano; la obra de Apolo estaba completa y el terrible animal vomitó por mil heridas su sangre y sus venenos.

En conmemoración de tan bella victoria instituyéronse los juegos píticos, tomando tal nombre de la vencida serpiente. El joven atleta que, después de haber ejercitado sus fuerzas en escultóricas actitudes, luchaba con sus compañeros á cual-

quier juego y á cualquier porfía, ya vencedor, no encontraba en los vegetales producidos por aquella edad un premio correspondiente á su mérito. Después de haber corrido, bien á pie ó bien á caballo, y de haber llegado á la meta mucho antes que sus competidores, encontrábase con una tosca corona de robusta pero mísera encina. La tierra no había producido aún, como desgarrada por catástrofes sin cuento, ni el mirto, planta de la gloria, ni el laurel, planta de la inmortalidad. Necesitábase de tal vegetación deliciosa, de tales flores, unas célebres por su color y otras por su aroma, no sólo para premiar al hombre, para embellecer al planeta. La producción del hermosísimo laurel trae consigo un drama humano: que así deben llamarse por su contextura propia y por su intrínseco interés todos los viejos mitos. El amor entra por una gran parte, como en todos los dramas, en este drama sacro. Los antiguos llamaron al amor pasión, que significa dolor ó padecimiento. Así, considerábanlo muchas veces como un castigo del cielo. Por tal castigo lo tuvieron en este caso. La pasión que Apolo debía sentir, pasión no compartida por el objeto de su amor, provenía de una ira celeste. Como quiera que un día se burlara cruelmente Apolo de Cupido, juró tomar éste un cruelísimo desquite. Estaba el amorcillo tendiendo su arco y se resis-

tía mucho á la tensión impresa por aquella su débil mano de niño. Rióse mucho Apolo de la niñez de Cupido, de su debilidad, de su torpeza, del trabajo que le costaba montar su arco y despedir su flecha, trabajo sólo propio de un dios varonil como él, fuerte como él, sabio como él, que así acababa de tender por tierra tantos brutos feroces como de aniquilar aquella serpiente Pitón cuyo cuerpo se dilataba y extendía por tantas leguas de tierra.

En su orgullo, aconsejó Apolo á Cupido que guardase sus flechas para el amor y que no tratara de esgrimirlas ni emplearlas en las cazas ó en las guerras. El hijo de Venus se irritó mucho á este insulto del dios Apolo. En su irritación le advirtió que ningún sér podía eximirse ni escaparse á su autoridad y á su imperio. En todo el espacio inmenso, en todo el tiempo perdurable, reinará el amor siempre sin que nadie pueda evitarlo. Para probar esta verdad ocurrésele al dios una idea verdaderamente horrible, la idea de lanzar al corazón de Apolo una flecha que le sugiriera el amor á la ninfa Dafne y al corazón de la ninfa Dafne una flecha que le sugiriera el aborrecimiento al dios Apolo. No hay pena como la de amar y no ser amado en este mundo. No hay castigo como aquel que aviva ó enciende una pasión y luégo deja esa pasión ar-

diente sin correspondencia ninguna. Contemos, pues, ahora los amores de Apolo y Dafne.

Pero antes precisa detenerse un poco en la procedencia y en la naturaleza del mito apolinesco. En este dios descúbrese, como en ningún otro de los griegos, el origen puramente asiático de su idea, de su dogma, de su intrínseca significación. El paganismo tiende á una teocracia en el paso de los tiempos prehistóricos á los tiempos heroicos, porque la teocracia resultará siempre forma natural de las sociedades incipientes, organismo propio de los pueblos jóvenes ó niños. Esta teocracia constituye lo que podríamos llamar el catolicismo de los tiempos clásicos. Así como la sociedad cristiana de la Edad Media sale de los tiempos evangélicos para ir á los tiempos católicos, á la teocracia moderna, la sociedad helena sale de los dioses cabires para ir á los dioses asiáticos, á la vieja teocracia. Los cristianos constituyen esta forma social cuando, por las irrupciones de los bárbaros, Europa retrocede á una especie de primitivo estado, y los griegos constituyen esta forma social cuando necesitan una grande unidad religiosa contra el fraccionamiento de los pueblos, contra la división entre las familias, contra las guerras continuas de lugar á lugar, contra las irrupciones varias que se disputan por tierra y por agua el áureo vellocino

denominado Grecia. La teocracia católica tiene que copiar su pontificado, su disciplina, su derecho canónico de la vieja Roma, como la teocracia griega tiene que copiar su Apolo del Asia, su Apolo llegado desde territorios arios ó semitas, pero profundamente asiáticos, á Frigia y á Creta, para transformarse luégo en el sol que ilumina los espacios y los espíritus. Esta isla de Creta, colocada entre Asia y Europa, cerca de Grecia por un lado y cerca de Siria por otro, á igual distancia casi de la Palestina y del Egipto, regiones reveladoras, sirve como de parada providencial para que los dioses helénicos tomen sobre aquel término medio geográfico su carácter griego, sin perder por eso el antiguo carácter oriental. A los dioses cabires, pues, dioses de un pueblo agricultor, suceden los dioses astronómicos y astrológicos, dioses de un pueblo tendente á superior civilización y necesitado, en sus aspiraciones ambiciosas, de una verdadera forma teocrática para iniciar su trabajo y cumplir su destino. Ceres, Cibeles, son las diosas del campo arado, mientras Apolo, Poseidón, Dionusios, los dioses del cielo. A Dionusios los titanes lo cuecen dentro de una caldera rebosando agua hirviente. Y de aquí el calderillo con agua puesto al pie del ara sobre la sacra trípode y el fuego perdurable. Poseidón y Apolo resúltan de la misma

naturaleza y de igual origen, aunque Poseidón sea, como Neptuno, el mar, y Apolo sea, como Helios, el sol; aunque Neptuno sea el agua y Apolo sea el fuego. Poseidón y Apolo representan el sol á una, pero se diferencian en que Apolo es el sol elevándose á las alturas y Poseidón es el sol sumergido en el mar. Sabían instintivamente los antiguos mucha más física de lo que nosotros presumimos, y juntando Poseidón y Apolo para formar las nubes, habían adivinado la evaporación, las condensaciones en las alturas, la parte que toma el calor en los nublados, en esos nublados los cuales bien podían provenir de Poseidón el agua y de Apolo el sol, puesto que llevan en sus entrañas la gota del rocío y la chispa del rayo. El mito de Apolo, por ende, representa una transformación en la mitología griega y una edad nueva en el desarrollo de sus dogmas, la edad francamente sacerdotal y teocrática.

Los antiguos relacionaron á una con Apolo así los resplandores del sol como los resplandores del alma. Su luz esclarece las cosas y aviva las ideas. Él, no solamente ha destruído la serpiente Pitón, que significa el mal, también ha presidido desde tiempos inmemoriales aquellas musas, á quienes deben sus inspiraciones las letras, las ciencias y las artes. Apolo representa el conjunto de las formas,

y por ende guarda el secreto de la belleza. Los antiguos lo revistieron de juventud perpetua porque nunca se apaga el sol y nunca la espléndida luz envejece. Cuando paseáis por el Olimpo de las artes, ó sea por el Vaticano de Roma, veis de un lado el Apolo del Belvedere, tan hermoso en su mármol de Paros, y en su áureo color prestado por los barnices del tiempo y por los resplandores del cielo, mientras de otro lado, en las cámaras pontificias, el Apolo de Rafael, circuído por las musas; al contemplar la serenidad bellísima de aquel paisaje, la noble actitud majestuosa del dios coronado de rayos y de laureles en la cumbre del Parnaso y circuído por las musas y por los poetas, veis bien claramente cómo Apolo ha reinado, cual un sol de las almas, difundiendo el éter de las inspiraciones y de las ideas, como en la histórica y grande Asia, en la grave y armoniosa Roma y en el revelador y clásico Renacimiento. Apolo, pues, forma como la base de la sociedad griega y como el espíritu de las griegas artes. Y cuando se piensa que, á pesar de las transformaciones del alma y de los desarrollos del progreso, esas artes aun privan hoy entre nuestros poetas y guardan manantiales de inspiración para nuestros genios, y que la libre y democrática sociedad ateniense aun sirve de modelo á nuestras sociedades contemporáneas, no podemos sino reco-

nocer que cual Apolo reinó en el Asia, en Grecia y en el Renacimiento, reina en nuestras almas todavía como reina é ilumina el mismo sol en los espacios que inspirara y esclareciera con su éter á nuestros primeros padres. La religión cabira de Ceres fué una religión esencialmente formada por los siglos para servir á un pueblo de agricultores, y la religión astronómica de Apolo es una religión esencialmente formada para un pueblo próximo á iniciar superior cultura por medio de su antigua inspirada teocracia. De aquí el que significara la religión cabira el himno de Ceres y signifique la religión astronómica el fragmento de órficos himnos legados por los tiempos prehistóricos á nuestro tiempo y tenidos en la historia humana como gérmenes preciosísimos de artes y de ciencias que aun hoy iluminan los espíritus y sugieren las ideas. Pero lo que representaba con especialidad el culto de Apolo en los viejos tiempos era el oráculo de Delfos, á cuya respuesta se atuvieron en su gobierno tantos reyes, en su guerra tantos capitanes. Valle Delfos abierto en la pendiente del Parnaso y rico en manantiales que tanto refrescan las abrasadas tierras del Mediodía y en adelfas que tanto hermosean con sus verdes hojas de toques metálicos y con sus delicadas flores de subido rosa el borde tranquilo de los torrentes, bien puede asegu-

rarse como cualquier hendedura volcánica sombreada por cualquier misterioso árbol podía bastar á que un oráculo allí se produjera y á que diese tal oráculo sus misteriosas respuestas. Por eso allí la sibila sobre su trípode, los coros con sus himnos, los sacerdotes con sus coronas de laurel, los pueblos en paz con sus ramos de olivo, los héroes en guerra con sus palmas, los poetas escribiendo aquellas odas pindáricas las cuales han quedado como eternos ejemplares del estro lírico, los atletas untados de aceite que los hace aparecer como astros, los anfitriones representando á Grecia, la piedra Onfala donde se posaron á la vez las dos palomas expedidas por Júpiter á medir el mundo, todos los caracteres y todos los timbres de la civilización antigua, porque representa Delfos con sus colegios teocráticos y con sus fórmulas oraculares el centro espiritual y material del suelo griego, el núcleo donde ha ido poco á poco formándose la tierra que atrae todas las almas é irradia todas las ideas.

Pues bien, Apolo, un dios tan excelso en el arte y en el Olimpo helénico, cae bajo la dominación del amor y debe fatalmente obedecerlo. Cupido se desquita de sus burlas por modo bien cruel, condenándolo al dolor de amar y no ser amado. Cupido sólo respeta, en su afán por dominarlo todo, á las nueve musas, á esas vírgenes madres que han de

generar en su castidad fecundísima las puras y luminosas ideas; los demás, todos, mortales é inmortales, tendrán que sufrir su imperio y que someterse á su incontestable autoridad. Júpiter, el primero de los dioses en su calidad suprema de generador universal, tendrá indecibles aventuras amorosas y engendrará en estas aventuras larga prole divina. Pero Apolo, más casto, mucho más casto, cuya vida se reduce á un comercio espiritual con las musas que preside y á una sugestión de sus respuestas á la pitonisa que inspira, enamórase perdidamente de ninfa terrena, engendrada por un modesto río como el Peneo y puesta, merced á tal origen y á tal genealogía, entre los genios agrícolas ó rústicos, tan lejanos del cielo y tan dispares del sol como las humildísimas luciérnagas. Pero estos genios, en el ardor de nuestra naturaleza meridional, huyen los rayos del sol y buscan la sombra grata y el agua fresca para contrastar un tanto los estivales ahogos y la pesadumbre abrumadora de un día caluroso. Así veréis las adelfas naciendo entre los pedregales al amor de cualquier canto rodado que las preserve del sol, á la orilla de cualquier torrente ó manantial que les comunique su frescura. Se necesita nacer, criarse, ó, por lo menos, vivir mucho tiempo entre los pueblos meridionales, para tener el concepto claro de la belleza que con-

tienen, por ejemplo, una hoja de olivo, una voz de cigarra, una rama de laurel. Yo de mí debo decir que me huelgo y me regocijo en cuanto descubro por cualquier parte las adelfas. Acostumbrado á verlas desde mi niñez en los campos y á la orilla de los manantiales, tan buscados y bendecidos por los pueblos del Mediodía, siento hacia ese arbusto bravío misteriosa inclinación. Los griegos habían estudiado así la naturaleza de él como la geografía, y viéndolo esquivarse á los rayos del sol y ceñirse á la sombra de cualquier pedrusco, habían inventado la dramática escena que ahora vamos á referir, y que pinta la contradicción entre los besos del dios Apolo y los recatos de la ninfa Dafne.

Amar y no ser amado, ¡qué gran tormento! Recordar á quien os olvida, seguir á quien os huye, sumergirse allá en los oleajes del amor, que necesita de la esperanza, y recoger tan sólo funesta desesperación ¡ah!, entre los tormentos que pueden afligir al hombre y torturar su corazón y morder todas sus entrañas, no hay ninguno que se le parezca. Poner en el ánimo de Apolo amor á Dafne y en el ánimo de Dafne odio al dios era indudablemente la mayor de las penas que podían afligir á un inmortal y el mayor y el más terrible de todos los castigos. Pero nosotros creemos una gran parte de las ideas y de pasiones nuestras exclusivo fruto

del tiempo cristiano, ignorando cómo estas pasiones y estas ideas nacieran y perduraran todas en lejanísimos y apartados tiempos. Creemos que ha traído el cristianismo ese culto á la virginidad, tan criticado por muchos superficiales sabios modernos en la Iglesia católica. Pues ese culto ha subsistido en todos los tiempos y se ha dilatado por todas las teogonías. Acabamos de recordar cómo el amor, no obstante sus ambiciones de universal imperio, respetaba en las musas griegas la castidad fecunda, y no necesitamos decir, por ser cosa muy sabida, cómo Roma impuso rigorosísima castidad á sus vestales. Si la virgen india Neri, la irania virgen Astarte, la Diana que huye de Acteón y besa con sus castos labios y con sus rayos melancólicos la frente de Endimión dormido, las pléyades en el cielo y las náyades en el arroyo significan ese mismo amor á la Virgen que nosotros exhalamos aún hoy en letanías sin fin y representamos en fiestas y en catedrales sin igual, Dafne, como la mayor parte de ninfas inventadas por la religión antigua, estimaba en mucho más su virginidad que los amores de un dios, y huía, por ende, con empeño, á las caricias de Apolo.

La ninfa gusta de la soledad. Si con alguna inclinación puede compararse la suya, es con aquella que propende á la errante vida por los bosques

y á los ejercicios de la caza, como solían en su tiempo las ninfas compañeras de Diana. ¡Cuán hermosa está! Mal envuelta en su túnica de gasa, que, lejos de ocultar, casi revela sus mayores gracias, cabeza y cabello echados á la espalda, por toda corona una cinta donde á lo mejor los airecillos prenden recién caídas hojas á modo y manera de guirnaldas, créese feliz, en su apartamiento de los hombres y en su ignorancia de los amores, con correr desalada en los senos de la naturaleza y nutrirse por todos los poros de los vivificadores efluvios irradiados por aire y sol. No le habléis á Dafne del amor y del matrimonio. Su virginidad es su religión, y á conservarla se reduce toda su voluntad. Muchas veces el río Peneo le habla. En los tiempos antiguos los ríos eran dioses. No hay sino asomarse á las galerías del Vaticano para convencerse de cómo deificaban los antiguos al río. Allí hay otras tantas figuras cinceladas, ya para simbolizar el Nilo, ya para simbolizar el Tíber, y en todas ellas se descubre un carácter divino, como el que puedan tener los dioses mayores. Peneo era, por consiguiente, un dios. Y los dioses, como los reyes, gloriándose mucho de sus dinastías, han menester mucho también su posteridad. Por consecuencia, Peneo estaba impaciente y quería que Dafne le diese un nieto, prenda segurísima de su perpetuidad.

Pero Dafne, ruborizada por las sugestiones y por los consejos paternales, abalanzábase al cuello de su padre, y ciñéndolo amorosa con sus brazos, pedíale que le permitiera permanecer virgen, como lo había permitido Júpiter á Diana. Peneo, por fin, cede mal de su grado á las súplicas de Dafne, y la deja vivir y errar á su arbitrio, lejos del amor y de sus goces, por los bosques de Grecia. Efectivamente, aunque la sombra misma que sigue sus pasos le revele sus bellas proporciones, aunque la fuente que retrata su faz le diga su belleza, Dafne, ignorante del amor, no se figura inspirar tamaña pasión á mortal ni á inmortal ninguno. Y, sin embargo, la inspiraba.

Hay, no un mortal, un verdadero inmortal, que no solamente lo ve todo sobre la superficie del planeta, sino que lo hace ver todo á las retinas, sembradas como estrellas en el planeta. Él da su color azul á los cielos y á los mares, su color verde á los bosques y á las selvas, sus gayos colores al iris y á la floresta. Como pintor por excelencia, y músico al par de pintor, y al par de músico poeta, presta susurros al arroyo, melodías á la cítara, cadencias al hexámetro, gorjeos al ruiseñor, notas á la flauta, líneas y proporciones á la escultura, luz á todos los seres é ideas á todas las almas. El amor, en consecuencia, de tal dios, debe atraer á una ninfa, la cual

no podría vivir en sus campiñas tan amadas si el sol no prestase á estas los resplandores con que se alumbran y los donativos con que fructifican. Pero Dafne podría sentir por Apolo un respetuoso amor, como el que siente por su padre Peneo, una grande amistad, como á un hermano mayor ó á una virgen compañera suya; pero no el inquieto, no el ardiente, no el intensísimo amor aquel, que absorbe las facultades todas de nuestro sér y los torrentes todos de nuestra vida. Hubiera podido Apolo mandar todas las musas de su Parnaso para que le aconsejaran, todos los estambres y todas las fibras de sus flores para que la vistieran, todas las melodías de sus arpas y de sus aves para que la meciesen, todas las mieles de sus colmenas y de sus frutos para que la regalaran, todo el imperio de sus seres extendido por el espacio inmenso para que la obedecieran; con esto, y con todo, no subyugara la indómita naturaleza de Dafne, resuelta por la conservación de su virginidad intangible y por la vida errante y nómada en las recatadas soledades de los bosques. La inocencia, fundada en la ignorancia, resultará siempre inaccesible ó inexpugnable á los asaltos del amor. Así Dafne, tan inocente como ignorante, contentábase con el recreo de contemplar su belleza en las linfas de los arroyos, y no quería oir hablar del amor, ni de sus penas, ni de sus goces, no

obstante revelárselo por todas partes las misteriosas afinidades entre todos los seres.

Nuestro ilustre amigo el gran filólogo Max Müller ha demostrado en sus estudios que Dafne significa espiración, y laurel, y aurora. Mas ha predominado sobre todos sus sentidos el segundo, á causa de haberlo revestido con hermosísimos colores el genio griego en su maravillosa historia del sol y la adelfa, de Apolo y Dafne. En efecto, pocas tan bellas y dramáticas. En cuanto la flecha del amor hiere al corazón del dios, busca éste á la hermosa ninfa; y en cuanto la flecha del odio hiere á Dafne, huye al hermoso dios ésta. Dos carreras vertiginosas comienzan: la del hermosísimo Apolo en pos de la ninfa, y la de Dafne á las caricias de Apolo esquivándose. Cuanto más el odio la persigue y más á ella se acerca, más Dafne se recata en su inexpugnable pudor, y á los besos y á los cariños del amante desalado esquiva su persona. Apolo recurre á todas las magias de su elocuencia, y á todas las seducciones de su voz, y á todos los prestigios de su arte, y á todos los poderes de su divinidad para encadenar la fementida hermosa y prenderla en las áureas redes y en las hábiles trampas de su amor. El relámpago en las nubes, el céfiro en las florestas, los rayos del alba en los horizontes, no corren como huye rápida y ligera Dafne. Uno y otro dis-

curso emplea embelesado, que Ovidio ha puesto en la música incomparable de sus armoniosísimos versos. Quien desee holgarse con las cadencias de rotundos y esculturales hexámetros, debe leer aquellas magníficas poesías, de una elocuencia incomparable, aunque rompan un tanto las proporciones matemáticas del período y del verso antiguo con una especie de orientalismo semejante al que de Córdoba llevaron en su tiempo, más tarde, á Roma, los dos grandes y profundos escritores, aquejados por su propio natural de los énfasis y de las hipérboles nacionales, aquellos dos escritores que se llaman Séneca y Lucano. A pesar de tal condición, esta poesía de Ovidio tiene halagos extraordinarios y extraordinarias seducciones, sobre todo para nosotros los escritores meridionales. No pueden leerse, pues, sino con grandísimo encanto aquellos versos en que Apolo declara, como pudiera en libro de caballería un paladín á su dama, el amor á Dafne:

Amor est mihi causa sequendi.

En efecto, dícele Apolo, al verla huir, cómo no la persigue un enemigo. Y después de asegurarle tal afecto, ruégale con súplica humilde que se pare y detenga. Sus ojos brillan como astros; sus labios, contraídos por el desprecio que le inspira el dios Apolo, se purpuran y enrojecen cada vez más;

relucen á la gran respiración, que su carrera exige, los blancos dientes en la boca entreabierta; y sus breves manos, y sus ligeros piés, y sus desnudos hombros, y sus escultóricos brazos, y su agitado seno parecen como hechos para llamar en torno suyo enjambres de pasiones, cual llama en la floresta el dulzor de los cálices á sí enjambres de zumbadoras abejas. Apolo comprende que huya la oveja del astuto lobo, la ternera del cruento león y la paloma del milano, pues á un enemigo huyen y de la muerte se retraen; pero Dafne huye á un amante y se retrae del primero entre todos los goces humanos, se retrae ¡ingrata! del amor. Y así es tal éste, y en grado tanto, que le aconseja preserve sus piés de las espinas brotadas en el camino y su pecho del ahogo causado por la carrera. Nada más triste para un amador verdadero que causar penas y tristezas al sér predilecto é idolatrado, á quien sólo quisiera causar bienes y regocijos. Así es que Apolo ruega con todo encarecimiento á la ninfa detenga su carrera y él detendrá su persecución, entibie su odio y él entibiará su amor, tan sólo para complacerla y para servirla, pues los senderos por donde corre desalada le parecen muy ásperos y la exposición de tropezar y de caer en ellos le parece muy grande.

No; no es un salvaje quien la sigue, ni un áspe-

ro montañés acostumbrado á la rudeza de los riscos ni un feo y repugnante pastor, hecho tan sólo á guardar bueyes y ovejas.

Nescis, temeraria, nescis quem fugias.

Ignora la temeraria, ignora de quién huye, y por eso tan sólo, por eso huye. Al dios Apolo, desde Tenedos á Delfos, le obedecen de rodillas cien pueblos; Júpiter lo engendró y nació en el Olimpo; las adivinaciones de lo porvenir, imposibles á los mortales, revélanse todas á su mirada penetrante y caen de sus labios como de los panales caen las mieles; él acordó los versos en la poesía y las cuerdas en la lira; él enseñó á la voz humana, cuando sólo dar gritos sabía, las prodigiosas artes del cántico; él lleva en la espalda el carcaj y el arco en sus puños, con los cuales persigue á las enemigas serpientes; sus ojos son el sol, y como ha producido la luz, ha producido aquello único que sobre la luz, hay en el universo, ha producido las ideas. Médico también, sabedor de todas las virtudes contenidas en las plantas, ignora, sin embargo, en su ciencia infinita y en su arte sumo cuáles remedios guarda la tierra para el amor. Un arte que ha socorrido á los pobres, que ha curado á los enfermos, que auxilia las fuerzas humanas y que sostiene aún á los más humildes y más míseros ¡ah! no ha

podido servir para el alivio de quien lo encontrara en sus innumerables creaciones. El que pulsó la cítara y acertó á arrancarle sus deliciosas melodías; el que forjó los versos y supo concertarlos en tantas combinaciones armoniosas; con trono en el Parnaso, con musas en torno suyo, con la Pitia en Delfos, con el Anfictionado griego bajo su imperio, con la fuente Castalia, donde beben los poetas helenos sus inspiraciones, á los piés, no puede, no, atraerse á una pobre ninfa, humilde hija de un modestísimo río, la cual, por amor á los campos, aborrece al sol, sin comprender cómo, de faltar éste, aquéllos no fructificarían jamás, tornándose por fuerza en vastas soledades y en inacabables desiertos.

Ovidio compara la carrera de Dafne huyendo al dios con la carrera de una liebre huyendo á un perro. Pero cuanto más huye la cuitada y más desoye las palabras de Apolo, mayores gracias encuentra en ella el tenaz perseguidor. El céfiro, empeñado en hermosearla, agita sus cabellos y alza sus vestiduras, enseñando así al seducido nuevas y más halagadoras seducciones. La esperanza de Apolo y el temor de Dafne precipitan la carrera de ambos; impelida ella por la repulsión del odio, acercándose á su vez él por las atracciones del amor.

¿Pero cómo la pobre ninfa resistirá de suyo al poderoso dios? Sus fuerzas la traicionan y su flaqueza de mujer va sobreponiéndose por grados y poco á poco al imperio de su deseo. El aliento abrasado de aquel dios la envuelve ya; sus ojos la queman. No puede más. Presa de tan grande angustia, llama en su auxilio á su padre Peneo, que corre por un lecho de marmóreas guijas y á las alturas eleva bandadas de blancas nubes. Dafne le dice que, si es un dios, y participa de las facultades á los dioses reservadas por Júpiter, la socorra y auxilie, pues si no le queda ya otro remedio y otro recurso, rogará de hinojos á la tierra que la reciba en su seno muerta, ó cambie por lo menos en fealdades aquellas gracias, causas inocentes, pero eficaces, de su irremediable infortunio. Apenas ha dirigido á su dios padre tal oración, cuando la piel comienza poco á poco á endurecerse, como si fuese madera, y á tomar la índole y la forma de corteza; multiplícansele á una los brazos y se truecan en ramas; sus cabellos pasan á verde follaje y á rojas flores; su cuerpo todo es aquel arbusto nacido á la sombra de los peñascos y á la orilla de los torrentes que llamamos adelfa y que contiene la gloria y el veneno á un mismo tiempo. Sus piés, tan ligeros antes, se han inmovilizado en raíces, y la cabeza, tan esférica, se ha convertido en una copa de árbol.

Pero Apolo todavía la quiere. En vano la ingrata rehuye sus caricias y busca la fría sombra y el líquido río, prefiriéndolos al éter luminoso y al calor vivificante. Apolo, aunque desdeñado y herido, ama con amor sublime á la ingrata, y cree sentir las palpitaciones de su corazón en las ramas y el fuego de su sangre allá en las hojas y en las venas de las hojas. Y abraza el arbusto, aunque todavía forcejea bajo sus brazos, y al arbusto besa con pasión, aunque todavía rehuye sus besos. Mas ya que no ha podido ser su esposa será su árbol. Y desde tal día las ramas del laurel coronan las liras de los poetas, las cítaras de los sacerdotes, los cascos de los guerreros. Y por una hoja suya, por una de sus venenosas flores, pelearán los héroes y morirán los mártires en el concierto infinito de las humanas grandezas.

Estos poemas antiguos tienen una significación trascendental y cantan las transformaciones. Todos los organismos derívanse de la tierra, cual se deriva el sonido instrumental del instrumento que se toca y tañe. Y así como nace un sonido bajo primero, y del sonido bajo los altos y superiores que concuerdan y conciertan con él, como de él se derivan, produciendo las armonías, derívanse del planeta, y de su materia, y de la sustancia suya todos los organismos planetarios. Pero el planeta se deriva del

sol á quien sigue y obedece, como á su vez el sol se deriva del éter, de quien se desprende como una luminosísima gota. No hay pues, cosa que á la poesía se preste como esta primera materia irradiada, difusa; y esos cometas parecidos á plumas desprendidas de las alas de un ángel invisible; y esa lluvia de soles formando innumerables nebulosas; y las tempestades ciclópeas, producidas por las incandescencias primeras; y los planetas surgiendo en el espacio y armonizándose con los soles y con el éter en afinidades y en atracciones para despedir, condensándolo después en mil organismos, el misterioso rocío de la vida. Esas escalas, que suben gradualmente desde las raíces del sér inorgánico hasta las paredes del organizador cerebro, componen el poema de los metamorfoseos, la concertada sinfonía de sus notas y de sus escalas. Todo es luz. El sér más oscuro y frío del alma luz proviene y en los hornos del calor eterno se ha forjado. Por eso todos los seres están sujetos á una ley de amor, que ora ley de afinidad se llama en la química moderna, ora ley de gravedad en la mecánica celeste. El oxígeno que despide una flor lejana, el iodo que á los aires comunica una vibrante ola, el humo que despide un despreciable tizón, ya se mete por vuestras venas misteriosamente, ya urde con fibras los tejidos de las grandes hojas columpiadas al aire. Como el tém-

pano que rueda en alud por los ventisqueros alpestres y el sol que ilumina en otros cielos desconocidos á otros mundos invisibles obedecen á la misma fuerza, y el pábilo de mi bujía tiene con la vía Láctea una idéntica sustancia, todos los seres se transforman. Las cunas llevan en su seno los sepulcros, y los sepulcros llevan en su seno las renovaciones, pues nada germina, si antes no se descompone y hasta se pudre. Como trituráis el grano para producir el pan que os nutre, tritura todos los días la muerte individuos y generaciones de individuos para producir la humanidad inmortal.

El árbol recoge por sus raíces ocultas en la oscuridad las sales terrestres, y por los tubos, y por los filamentos de sus cortezas y de sus ramas trueca los estiércoles depositados á sus piés en tenues nubes de aromas, las cuales se parecen á sacras nubes de incienso. Pues nuestro cuerpo, como el árbol, convierte las sensaciones en ideas. La columna gigantesca de viento huracanado que lleva diluídos átomos de polvo en sus espirales, y la fruta que se desprende, ya en su madurez, del árbol, y los minerales que salen de los abismos terrestres, préstannos las cales necesarias á nuestros huesos, los hierros necesarios á nuestras venas, los jugos necesarios así á nuestro corazón como á nuestro estómago. Rayos de luz, rosáceos resplandores de boreal aurora, llu-

vias de átomos, danzas de astros, cohesiones de metales, alquimias de plantas, relámpago que corres, centella fulminante que caes, enjambres de aereolitos, fuegos fatuos del cementerio y de la noche, vosotros ardéis todos en la combustión de la vida universal y por vuestros efluvios agitáis todos el arpa de mis nervios. Indudablemente la tragedia de Dafne todos los días se reproduce y se repite por todas las humanidades que puedan existir esparcidas por todos los planetas que puedan existir diseminados en todos los espacios. Así como la ninfa, criada para la vida y para el amor, desoye todos los halagos, abdica de todos los placeres y renuncia con gusto á la mayor felicidad asequible aquí en la tierra para trocarse gozosa en el florido laurel que ha de simbolizar las ajenas glorias y ha de ceñir coronas para los poetas y para los héroes sin gustar por sí el renombre y el honor que comunica, en la creación diaria de esta sociedad nuestra, tan complicada, repítese la misma tragedia, y este gran espíritu se transforma en arpa de poeta, y aquél en cruz de redentor, y el otro en invención de navegante, y el de más allá en leyes y en instituciones benéficas ó en revelación científica, renunciando al amor, al placer, á la riqueza, y aun á la vida, para servir en los martirios de la producción tan costosa y en los horrores del combate consi-

guiente á todos los esfuerzos, por medios de holocaustos increíbles é inenarrables, al género humano y á sus necesarios progresos dentro de la transformación universal.

HELENA

Ελενη δ'εμιοχθησ'όνχερουσ"αλλεσθεων
Euripides.—*Andrómaca*, v. 680.

Este nombre forma parte del común lenguaje, y entra, por mil maneras varias, en las frases más vulgares y corrientes, como un refrán tradicional é histórico traspasado por mil generaciones de boca en boca y de región en región. El siglo pasado puso en moda una convencional retórica, todavía usada por nuestros padres, y en la cual necesitábase conocer á fondo, para emplearlos á derechas, todos los cuentos comprendidos bajo el nombre de la Helena homérica. El hilo de Ariadna para salir de cualquier dificultad, el intrincado laberinto de Creta para indicar cualquier embrollo, el repetido lecho de Procusto á que debían ajustarse todas las estaturas, aquella manzana de Paris representando los dones funestos, las tres tentadoras gracias, el rapto de la hermosa Helena, la fide-

lidad indecible de Patroclo, los augurios de Casandra, las tristezas de Hécuba, las virtudes sacrosantas de Andrómaca, la sagacidad y astucia de Ulises, los halagos y seducciones de Circe, las múltiples incidencias de poema tal como el poema homérico y de tiempo tan famoso como los tiempos heroicos, han pasado á la literatura común de los pueblos cultos, contribuyendo por tal manera, desde los comienzos de las lenguas, tanto sabias como vulgares, así al decir literario como al familiar, que suelen gastarlas mucho, y de los más eruditos, sin saber, ó por lo menos sin recordar su origen, transformadas ya en parte sustancial de nuestro espíritu como por las asimilaciones de nuestra nutrición y respiración forman parte de nuestro cuerpo las moléculas más apartadas y ajenas que andan en torbellinos sin fin por el espacio sin término. Así bien podemos decir que la mujer de cuya historia vamos á tratar, sean cualesquiera sus virtudes ó sus vicios, la fealdad moral de su alma y la belleza plástica de su cuerpo, se asienta en el seno de nuestros hogares, y se arrodilla sobre la losa de nuestros templos, y se diviniza en los altares de nuestras artes, y es rama principalísima en la genealogía, tanto de nuestra sangre y raza, como de nuestras ideas y creencias.

Si hubiéramos de mirar el nombre de la divina

Helena tan sólo en una de las zonas del pensamiento, la zona del arte plástico, no acabaríamos nunca; y acaso por esta reseña nos enteráramos de cómo su imagen se ha grabado en nuestra retina y su nombre se ha impreso así en nuestro corazón como en nuestros labios. Todos cuantos hayan alguna vez recorrido las costa del Mediterráneo, deben haber columbrado en aquellas brisas frescas y saladas, en aquellos ondulantes oleajes de blancas espumas ceñidos, en aquellos besos del mar celeste al cielo esplendoroso, en aquel rielar de la luna y del sol, en los reverbeos de algas y estelas, en las fosforescencias argénteas, en las copias y retratos de los astros, en tantas delicias, el fugaz resplandecer de la nereida, que se viste de gasas tan tenues como aquellos rosáceos vapores, y se corona de nácares, corales y perlas tan brillantes como los esparcidos por doquier en aquellas armoniosas orillas. La nereida Tetis resultó tan bella, que Neptuno y Júpiter á una se prendaron de sus gracias y la quisieron por esposa. Mas en Grecia, ni los dioses mismos solían despreciar los augurios contenidos en el vuelo de las aves, en las lluvias de los aerolitos, en la inclinación de los ramajes, en el curso de los astros, en el soplo de las auras, en la imagen de los ensueños, en todo cuanto podía reducirse á presagio y servir de fórmulas oraculares, así

á los adivinos como á las pitonisas, frecuentemente consultados al tenor de creencias inspiradas en la idea de una relación, mayor que la por nosotros comprendida, entre los fenómenos del cielo y los fenómenos del pensamiento. El oráculo declaró á los dioses que ya se casara con Tetis Neptuno, ya se casara Júpiter, el hijo engendrado por los dioses mismos en ella superaría seguramente á sus padres. Temeroso Neptuno de que su hijo le suplantara en el dominio de los mares, y temeroso Júpiter á su vez de que lo suplantara en el dominio de los cielos, resolvieron casarla con un mortal, á fin de disminuir, bajo esta disminución de su estirpe, su fuerza creadora, é impedirle toda generación de un sér bastante poderoso para sobreponerse á los dioses y eclipsarlos en sus altares y destituirlos de sus tronos.

¡Cuánto no ha divinizado el arte la boda singular de Tetis y Peleo! Ora los bajorelieves en mármol pentélico trazados, ora los vasos griegos de aquella tierra cocidos, nos presentan el transformarse de la diosa y el pugnar por ella de su mortal marido. Hoy mismo podemos admirar en los museos de nuestra Europa el coro de ninfas y mancebos que ofrecen á la nereida y á su esposo el cetro para su imperio, la espada y el escudo para sus combates, el casco guerrero para su coro-

na, los animales domésticos necesarios á su alimento, la cítara que debe recrearlos, el ánfora donde contener los vinos, las flores para perfumar su lecho y las antorchas para esclarecer su himeneo. Tal escena, lo mismo resplandece allá en la escultura, ó sea en el arte clásico por excelencia, que aquí en la pintura, ó sea en el por excelencia cristiano arte. Y si miráis un poco notaréis bien pronto cómo Cupido empuja con violencias á la diosa y cómo hay á los piés de ésta, ya un león, ya una cabra, ya cualquier otro de los cuadrúpedos más conocidos en la zoología helénica, y á veces hasta de reptiles como la serpiente. Pues bien, el amor empuja fuertemente á Tetis porque se niega ésta con pertinaz empeño al matrimonio, y los animales se hallan en tanto número á sus piés porque allá, en sus metamorfosis, al pasar los dioses de su forma superior á otras inferiores formas, Tetis se reviste con la figura de una leona para intimidar á Peleo, y con la figura de una serpiente para envenenarlo, y con la figura de una cierva para huir de sus brazos, pues inmortal y divina, sólo con seres divinos é inmortales quiere unirse. Pero Peleo, á quien los dioses han dado una lanza milagrosa, que le facilite la victoria sobre su indócil mujer, concluye por vencerla y ceñirle con sus propias manos el velo nupcial.

Todos los dioses han sido invitados á esta discorde boda, por su poder y por su intervención al fin y al cabo acordada. Pero si todos los dioses han sido invitados, una excepción se hace, la cual trae consigo terribles consecuencias, la excepción de la diosa Discordia, preterida por creerla vulnerada con la feliz concordia. Pero el cielo homérico se reduce á una guerra de dioses, como el mundo homérico se reduce á una guerra de reyes. La Discordia tomará su desquite, pues no hay divinidad ninguna en el Olimpo antiguo capaz de renunciar á una venganza. Placer divino llaman aún á esta satisfacción terrible nuestras lenguas semihelenas. En todas las teogonías clásicas relucen aquellos jardines puestos por el sentir común sobre la faz de nuestra España, y en todos estos jardines se cosechan, según cuenta la tradición universal, manzanas de oro. La manzana mordida por nuestros padres en el Paraíso y la manzana caída sobre los que podríamos llamar nuestros dioses en esta boda, es de antiguo, como veis, fruta nefasta. Las diosas, á la mesa nupcial sentadas, quieren la manzana, y no hay más que una. ¿Cómo satisfacerlas? En vano intentó Júpiter sagaz conciliación entre todas ellas. Burláronse del dios y desoyeron sus consejos y desacataron sus mandatos. Entonces creyó el padre de los dioses más propio á la sa-

lida del apuro un mortal que un inmortal, y comisionó á Mercurio, para que, dirigiéndose á Paris, le confiara el encargo de concordar á las discordes diosas. Un espejo etrusco presenta el alado Mercurio y el joven Paris departiendo acerca del intrincado negocio por Júpiter sometido á la discreción de un pastor montaraz, embreñado en las alturas del Ida. ¿Quién era este pastor, cuyo nombre ha pasado á todas las lenguas de siglo en siglo, expresando la ligereza y la voluptuosidad?

Paris fué pastor de oficio, pero príncipe de nacimiento. El destino lo había marcado con su sello, y los augurios habían dicho á sus genitores el terrible secreto de aquella trágica predestinación. Príamo y Hécuba, que reinaban en Troya, padres también del animoso Héctor, lo engendraron. Y cuando ya el embarazo de la madre iba muy adelantado, tuvo ésta un horrible sueño. Soñó que llevaba en su vientre un tizón, el cual debía, en cierto momento, incendiar á Troya. El agorero y el augurio surgen aquí ahora, cual en todas las tragedias clásicas. Y estos agoreros y estos augurios poseen una fuerza trágica tan grande, que pasan al teatro moderno y forman parte de sus principales recursos. Lo mismo Calderón que Shakespeare, los dos trágicos cristianos por excelencia, recurren al horóscopo, al oráculo, al presagio, al augurio, pues en el fondo mismo

de nuestra religión, siquier entre por mucho el dogma de los dogmas cristianos, el libre albedrío, queda siempre la predestinación, recrudecida, y aun exagerada, por la reforma luterana. En cuanto Príamo sabe los destinos á que Paris está llamado, decreta su muerte, confiándolo al pastor Agelao, para que lo entregue á merced y arbitrio de los elementos en las alturas del Ida. Una loba, más compasiva que aquel duro corazón de monarca y padre, lactólo con piedad, y herido Agelao en sus más humanos sentimientos por la enseñanza contenida en la piedad inconsciente de aquella feroz alimaña, tomó por hijo suyo al hijo de Príamo, y lo crió en su choza y le confió sus ganados. Paris fué creciendo en aquellas alturas, y á medida que crecía mostraba los privilegios de su índole y de su naturaleza. Entre las prendas que le distinguían, ninguna de tanto valor y en tal grado como su varonil hermosura. Parecía una estatua. El sol de las montañas habíale curtido y prestado un color semejante al sonrosado de los mármoles bruñidos por la luz helena y cortados en la cantera del Pentélico. Sus formas tenían las matemáticas proporciones de una estatua perfecta. La gracia y la belleza no excluían en su figura ni el vigor ni la virilidad. Allá en el monte, circuído por sus ovejas, que pastaban mirtos; coronado á la descuidada por las hojas de algún roble

ceñidas casualmemte á su melena; desnudo como los atletas; de pie sobre un risco; el cayado á guisa de cetro en su diestra, la serenidad en sus ojos, la robustez en el vigor de sus músculos como la hermosura en la proporción de sus miembros, tomaba aspecto tal de dios, y hasta de dios vivo, que sobre los seres inferiores, sobre los mismos seres inanimados, ejercía lo que hoy llamamos comúnmente atracción magnética, y se llamaba entonces fascinación ó poder. El mundo antiguo nos ha transmitido una estatua de Paris. Y, á pesar de ceñirla unos bien poco escultóricos pantalones asiáticos y de ocultarla en sus pliegues un ropaje sobradamente oriental, túnicas demasiado complicadas, manto asaz pesado, parece, por su varonil belleza y por sus matemáticas proporciones, un verdadero Apolo en toda la feliz calma de su divinidad. Pues á Paris confió Júpiter la designación de aquella diosa, que debía recibir la preciada fruta, prevaleciendo por tanto, sobre todas las otras excelsas divinidades femeninas de Grecia. Un vaso antiguo, muy antiguo, en el que se acerca mucho al dibujo egipcio el dibujo griego, preséntanos Mercurio como una especie de dios infernal, y con un perro junto á sí, conduciendo ante Paris las tres diosas, muy semejantes á tres momias recién sacadas de sus multicolores sarcófagos.

Cada cual de las gracias tenía su virtud respectiva. Y así la ofrecían al pastor para cohecharlo, y por el cohecho persuadirle á decretar su personal designación. Juno, envuelta en su manto de cerúleo color y áureas estrellas, coronada con su diadema regia, el cetro en las manos y el Olimpo á los piés, ofrecíale con soberbia la dominación, el imperio, aquello que más puede halagar á un hombre aquí en la tierra, el mando y autoridad sobre los demás. Si Paris hubiera nacido con alma capaz de la dominación, designara seguramente á Juno, quien, designada, cediérale de grado cualquier territorio, y de grado entregárale también la dirección ó mando soberano sobre cualquier colectividad. Mas Paris, aunque varonil de cuerpo, era muy afeminado de ánimo, y para los ánimos débiles no se han hecho los terribles cuidados del gobierno. Después de Juno venía Palas ó Minerva. Ésta podía ofrecerle dos bienes, por igual tentadores á la complexión de un hombre verdadero, la fuerza del heroismo y la luz del saber, la corona de robles en las guerras y la corona de laureles en los Parnasos. Mas la guerra, que lleva el dolor aparejado consigo, exige mucho esfuerzo, y la inspiración, que lleva consigo aparejada la pobreza, resulta una enfermedad. El ánimo de Paris, apocadísimo de suyo, no podía con gran contento aceptar dones sólo

asequibles cuando se ganan con esfuerzo y sólo perdurables cuando se conservan con tenacidad. Las tentaciones de Juno y Palas no eran propias para mover un alma como su alma y cautivar á un joven cautivo ya de la voluptuosidad y del placer. Ni el poder supremo, por la reina de los dioses ofrecido; ni la fuerza y la ciencia, ofrecidas por Palas, tentaron á un joven, indudablemente nacido para el amor y destinado á pasar su vida en brazos de las más preciadas y de las más famosas bellezas.

Los griegos quisieron que prefiriese Paris belleza y amor á cuantos dones le presentaban los genios de la dominación, de la sabiduría y de la guerra. Venus, la más bella entre las divinidades femeninas, desabrocha los camafeos de su *peplum*, y muestra desnudo el amplio pecho y desnuda la escultórica garganta, en aquel minuto supremo, á la voluptuosidad irremediable de Paris. Con esto quisieron demostrar aquellos héroes de los combates, oráculos de la sabiduría, creadores del arte y artífices de las ciudades llamadas por excelencia políticas, la irremediable afeminación de los asiáticos, al culto de toda voluptuosidad adscritos, tan contrario con la dominación y con la guerra, é incapaces de todos los esfuerzos conducentes á las cimas de una sublime grandeza. Los frescos, los bajorelieves, los vasos antiguos han presentado en diversas ac-

titudes y maneras la escena bellísima de la presentación ante Paris. Aparte los vasos antiguos, cuyo carácter egipcio ya hemos arriba mencionado, vénse las tres diosas corriendo tras Mercurio á pasos larguísimos, en pos del pastor, armadas todas con sus lanzas, en algunos vasos, mientras en otros, así como en pinturas y relieves, bien se descubre á Minerva delante del asiático presentándole con empeño el cíngulo de los héroes, ó bien á Paris descerniendo la querida manzana deliberadamente á Venus, ó bien á Mercurio en actitud de citar para el juicio definitivo; pues todas las incidencias de tal drama se han ofrecido tan frecuentemente á la inspiración de los artistas más excelsos, que no ha quedado edad sin su respectivo juicio de Paris, trazado por el buril, por el pincel ó por el estilo en blancas piedras, en multicolores tablas, en versos inmortales. Hay una diferencia, sin embargo, entre las artes antiguas y las artes modernas; aquéllas nos ofrecen las tres diosas vestidas, atreviéndose tan sólo Venus á desabrochar sus vestidos y ofreciendo su cuello y sus hombros desnudos á los codiciosísimos ojos del enamorado pastor, mientras las artes nuestras presentan las tres diosas desnudas. En nuestro Museo de Madrid hay un cuadro del Albano, tan relamido y artificioso cómo todos los suyos, donde se ve frente á Paris, envuelto en lustrosa piel

de buey, manzana en mano y báculo en brazo, las tres diosas desnudas, sin otro distintivo que aquel correspondiente á su particular simbolismo, Juno el pavón, Minerva el casco y Venus la paloma. Esta presentación al desnudo completo de las tres históricas gracias ha cambiado la naturaleza del mito, pues aun creemos vulgarmente haberse mandado la manzana para la más hermosa, cuando se mandó para que pudiera el pastor de Ida escoger entre sus tres dominios, y no entre sus tres gracias, aquel que pareciese más en consonancia y armonía con sus propensiones y con su índole. Para el materialismo, con que nuestras artes han tratado la magistral escena, cuadra la desnudez calculada y explicable, muy explicable, de las tres diosas; mas para el sentido, que sacaron los griegos de tanto hecho y para la moral de su fábula, convenía más la representación de todas ellas con sus respectivos atributos, pues á estos últimos, y no á sus gracias personales, libraban las ventajas que había para el pastor de concederles el codiciado premio y conciliarse para sí el respectivo poder é influjo de la diosa preferida. Ni Juno ni Minerva pensaron en competir con Venus como hermosas; lo que hicieron fué demostrar la supremacía de su fuerza y de su imperio sobre la fragil belleza de la diosa hermosísima y los fugaces goces del amor sensual.

En cuanto Paris vió á Venus dejó caer á sus piés, no ya toda reflexión, todo juicio. Aquella figura tan proporcionada y armoniosa; la piel blanca y rosácea, mal entrevista tras las gasas de su traje y los joyeles de sus adornos; la cabeza esférica semejante á la bóveda celeste; los ojos profundos, guarecidos tras pestañas larguísimas y encerrados en párpados que aumentaban, unos y otras, su luz, como el círculo de sombras aumenta en las noches el resplandor en las estrellas; los aromas de su aliento y los latidos de su pecho con las gracias de todas sus actitudes le trastornaron, y derramando por sus venas la ponzoña de una voluptuosidad loca, hiciéronle creer lo que tras aquella sensual seducción había, que sólo hemos nacido para el amor, tan fecundo si la virtud lo guía como estéril si el vicio; que sólo debemos consagrarnos al culto positivo de la belleza material y plástica, tan enardecedora de nuestra sangre como conveniente á la satisfacción de nuestros más ínfimos, pero más imperiosos deseos. El apetito, y sólo el apetito, habló en las orejas de Paris con palabras arrebatadoras; el apetito, y sólo el apetito, tendió su cadena sobre aquel cuello, esclavizándolo á una servidumbre jamás sufrida por el cuitado si prefiere la libertad serena en una dominación segura ó la robustez adquirida por un esfuerzo tenaz

en los empeños y en las porfías del combate. Por eso Paris perdió á Troya, porque la religión del placer adolece de tantas debilidades, adoba el cuerpo con tan extraños afeites, consume de suyo el tiempo en olvidos tan profundos, corrompe la sangre más pura en corrupción tan gangrenosa y conduce á desmayos tan irremediables el corazón más fuerte y á cautiverios tan irremisibles la más firme voluntad, que acaba con los siervos de su letal imperio. El fin de Baltasar, el fin de Sardanápalo, el fin de todos aquellos semidioses orientales que trasmutaban el trono en lecho de prostitución, el templo en lupanar inmenso, la vida en orgía continua, reprodúcese aquí entre los asiáticos de Troya, los cuales llevan sus orejas henchidas de armonía, viciada su sangre por todos los goces, desordenados sus nervios á todos los excesos y van, envueltos en sedas y púrpuras como en sudarios, hacia la muerte, borrachos al doble influjo del vino y del amor.

Troya era una ciudad asiática, una especie de imperio erigido para la conquista y para la guerra, viciado bien pronto por el amor y los placeres. Llamábase Troya la ciudad é Ilion la fortaleza de tan grandiosa ciudad seguro. En sus murallas concluyen las viejas construcciones ciclópeas, consistentes en piedras amontonadas sin cal ni seg-

mento, y comienzan otro género de construcción, como el que junta por medio de fuerte argamasa las piedras antes divididas en moles inmensas. Como tal argamasa con agua se hace y al sol necesita secarse, los antiguos dijeron que habían construído las murallas Neptuno y Apolo, trocados en misérrimos jornaleros. El fundador no quiso pagar á los dioses su jornal, y de aquí una maldición divina, y de la maldición divina el consiguiente castigo. En el minuto de sonar éste reinaba Príamo sobre Troya. Hijo suyo fué Paris. Y este hijo, condenado, como hemos visto, pensó en volver tras aquel juicio célebre al palacio de sus padres. Como era tan hermoso enamorábanse las mujeres de su hermosura, y la ninfa Enone, amada en otro tiempo de Apolo, prendóse de él y consiguió ser su esposa. Pero él no soñaba sino con la promesa que le había hecho Venus, con la promesa de gozar á la más bella entre sus vecinas las mujeres de la hermosa Heda, á Helena, esposa de Menelao y reina de Esparta. La ninfa Enone había recibido de Apolo, su amador, el dón de profecía, y, ejercitándolo, columbró lo que debía pasar bien pronto. Así anunció á Paris las calamidades consiguientes á un amor tan peligroso como el amor de aquella Helena, la cual no podía ir á su tálamo sino por un medio tan violento como el robo. Atribuyó Paris

los anuncios de su esposa fiel á naturales celos de mujer enamorada, y persistió en sus proyectos, cada día más acariciados por su imaginación y más prendidos en su pecho.

Lo que más quería el cuitado era ganarse la entrada en el palacio de Príamo y el reconocimiento de su familia para poder pasar bajo su advocación á Grecia, y con su auxilio, y en su nombre, cumplir el acariciado propósito. Habíanse anunciado juegos solemnes en Troya, presididos por el rey, á los cuales concurrían corte y pueblo. Un toro estaba designado por premio al vencedor. Personóse con soberbia confianza en tan jubiloso lugar el inexperto mancebo, y prendó á todos por su varonil y singularísima belleza. Como suelen los voluptuosos, Paris sabía ejercer aún aquellas artes más contradictorias con la voluptuosidad, si conducía su ejercicio al codiciadísimo logro de mayores y más intensos placeres que granjear á su cuerpo sediento de goces. Así venció en las competencias de aquellos juegos á todos sus competidores, atónitos ya desde su presentación en las lizas á la vista de su belleza. Y cuando, ya vencedor en rápida victoria, el pueblo le aclamaba con sus vítores, las mujeres le seguían con sus ojos, la corte le tomaba por un héroe y le creía su defensor natural, bendecíanle á una los soldados y le envi-

diaban los príncipes, dirigióse Paris al sitio donde se hallaba la reina Hécuba y le mostró ser su hijo, entregándole aquellos pañales en cuyos pliegues le habían envuelto para exponerlo y depositarlo sobre las alturas del Ida. Olvidadòs todos, por su mal, de las oraculares sentencias, y ciegos al resplandor de tanta hermosura y gloria, convinieron en abrirle familia, palacio, templo, gobierno, considerándolo como lo que naturaleza le hiciera, como príncipe de la real sangre troyana. Entre los griegos de la Europa oriental y los habitantes del Asia occidental, á causa de la vecindad de sus regiones y de las afinidades múltiples de su parentesco, había mucho trato diplomático, y cual siempre que hay trato diplomático entre dos pueblos, también varias mutuas reclamaciones. A una de tantas envió Príamo á su hijo Paris, quien, al partirse para Grecia en su nave, proponiéndose cosa tan reprensible como un rapto, se llevó consigo la salud y la felicidad de Troya. Viejos monumentos nos guardan el minuto supremo en que llega Paris á la presencia de aquella mujer designada por Venus como la más hermosa entre todas las mujeres. Helena, recatadísima y triste, sentada sobre un taburete regio, tiene junto á sí á Venus, que le señala el ingreso en la estancia; tras sí á sus damas, que la recrean, soplando en la flauta de dos tubos ó tañendo en la

cítara de oro, y frente á sí Paris, conducido á su presencia por el amor en persona. La bella reina helénica deja caer sobre su pecho la frente, como á la pesadumbre de una idea, y lleva su mano derecha con cuidado á la mejilla izquierda, como conteniendo el trasunto de un propósito, dudosa en una incertidumbre que la hubiera salvado de no haber asistido la persuasión, que le incita fuertemente á tropezar y caer. Otros monumentos de arte asocian las musas al rapto de Helena, y mientras Paris se ofrece muy hermoso al mirar de la reina, conducido por el amor, muy joven pero muy robusto, acompañan las musas escena tan interesante, y Polimnia se apoya pensativa en una columna, y Euterpe toca sones de baile, y Erato preside á los armoniosos himnos y á las amorosísimas canciones. ¿Qué había de pasar? El destino sellaba con su sello indeleble aquellas frentes; el amor conducía solícito al voluptuoso mancebo, de hirviente sangre y fortísimas propensiones; Venus, cuyo imperio todo lo domina, sentábase junto á Helena para moverla y persuadirla; cantaban las musas todas cánticos de placer, y excitaban cielo y tierra de consuno hacia el amor á dos enamoradizos.

La catástrofe se hallaba muy cerca. No podía menos de prender el amor entre Paris y la hermosa Helena. Prendiendo el amor, no podía menos de

venir el rapto. Y viniendo el rapto, no podía menos que traer consigo la catástrofe. Nos hallamos en tiempos de verdadera transición, entre la edad griega que podríamos llamar divina y la edad griega que podríamos llamar heroica. El cuadro de la ninfa Tetis casándose, mal de su grado, con el héroe Peleo, nos pinta en vivos colores todo este descenso de los inmortales á los mortales, ó si queréis, todo este ascenso de los mortales á los inmortales. Pues Helena es hija, por su parte, de un dios y de una mujer. Leda la generó de Júpiter, y Júpiter, para engañar á Leda, tomó la forma de cisne. Había entrado el cantor Homero en el Olimpo antiguo, y traídole con sus cánticos una conmoción profundísima desde raíces á cumbres. Todo estaba cambiado en aquella trascendental revolución religiosa. Una idea nueva se había difundido como savia primaveral por la conciencia humana. Los dioses á una se habían hecho hombres, y á una los hombres se habían hecho dioses. La especie intermediaria entre la humanidad divinizada y la divinidad humanizada era el homérico héroe, puesto en suaves canciones y en músicas melodiosas por los aedos ó poetas. El ciego inmortal había visto tras los cerrados ojos de su cuerpo, con los abiertos de su alma, una fase nueva de la conciencia humana transformada en cambio bien análogo con los nuestros del Renaci-

miento, del protestantismo, de la filosofía moderna, de la revolución universal. Homero no escribe de sucesos que haya presenciado ni de hombres á quienes haya visto. Su poema de la conquista de Troya dista del suceso que canta casi lo mismo que dista nuestro inmortal Zorrilla del sitio de Granada. Cuatrocientos años llevaban encerrados sus héroes en los sepulcros cuando los evocó él, y les puso la vida en los huesos fríos, y ciñó á sus cuerpos resucitados las armaduras de oro, y colocó en sus almas, del Orco revenidas, los inmortales hexámetros, sobre cuyas alas se han levantado y se levantarán todos los versos hasta la consumación de los siglos. Los hechos, que él ha contado, son los hechos históricos; las escenas, de su lira escapadas, son las verdaderas y reales; aquellos hombres, por él hechos en los paraísos de su imaginación y al soplo de sus labios animados, viven más que cuantos hombres de carne pudieran presentarnos los yertos anatomistas de la historia, colgando los esqueletos de la realidad en sus gabinetes anatómicos; Grecia es, cual Homero ha querido que fuese, por haberle dado el cantor inmortal, especie de Dios, á su creación divina, la voz con que ahora todavía nos seduce, la forma con que nos encanta y el resplandor con que brillará sin ocaso y sin eclipse ninguno en todos los tiempos de la humana historia.

Cuando los griegos más aprietan el cerco de Troya y las angustias de aquella población asediada más crecen y más apenan á sus tristes habitadores, hallábase un corro de viejos troyanos comentando tantas calamidades, y de súbito aparece la causa de todas ellas, la hermosísima Helena. Cualquiera hubiese creído que, al verla sobre las ruinas amontonadas por su culpa, entre las angustias de un sitio tan riguroso, cuando las enfermedades todas esparcían en los aires la muerte, aquellos ancianos hubiéranla maldecido y entregado su nombre á universal execración. Pues no; era tal y tanta su hermosura, que la bendijeron los mismos afligidos por ella, y declararon en voz alta á una cómo aun merecía más tanta prestancia modelo tan singular y expresivo, diosa de aquella majestad, cuyas apariciones parecían siempre mentidas, por deslumbradoras, cual descensos de un sér superior desde otro mundo excelso á este mundo bajo é ínfimo, el cual no podría merecer nunca jamás tanta belleza.

Lo cierto es que cautivaba con sus encantos á todos los que la veían. Aquel Teseo, de las mujeres tan despegado, quien abandonó cruel á la sin par Ariadna, robó también á Helena, y hubiérala tenido en su poder, de no amenazarle con su cólera los reyes helénicos. La cuestión de su casamiento tratóse por aquellos días en asamblea pública y solem-

ne, á causa de que Teseo hubiera muy bien podido con su amor y con su rapto desatar una guerra civil en Grecia, como luégo se desató por el amor y el rapto de Paris una guerra intercontinental en Asia. La fascinación ejercida por Helana sobre cuantos la veían y la trataban debió tener tanta intensidad, que no podían conjurarla muchos mortales, y estaban los reyes y los héroes griegos en el explícito caso de ocurrir á cualquier eventualidad triste, causada y traída por su incomparable belleza. En virtud de tales consideraciones, eligiéronla un esposo, y pactaron regia liga territorial contra todo atrevido que atentase á su felicidad y que quisiese arrancarle aquella mujer tan por todo extremo tentadora y tan universalmente codiciada. Pero los reyes griegos habíanlo tenido todo en cuenta, menos la complexión de la joven, su ardiente naturaleza, lo voluptuoso y sensual de su complexión, las propensiones incontrastables á ser amada y á amar, la complicación que podía surgir del enlace de una mujer así con un varón respetable y poderoso, más, viejo, muy viejo para ella. Los antiguos escultores nos han dejado bustos del esposo de Helena, que no pueden llamarse retratos por lo muy posteriores á él, pero sí efigies verdaderas de la idea que su recuerdo y su historia dejaran en el concepto universal. Es un hombre maduro, de pro-

porciones colosales, coronado con regio casco, donde brillan todas las virtudes del buril helénico, cuello de toro, pecho de gigante, nariz de griego, barba y cabellera parecidas á la barba y á la cabellera de Neptuno, pero de una dureza que se compadecía con el amor bien poco y de una edad que se apartaba mucho, por lo madura y por lo provecta, del tipo que su ardiente esposa debía forjarse allá en sus juveniles deseos. Y cuando compartía mesa y lecho ésta con un hombre así, aparece de pronto en la corte joven hermosísimo, la belleza varonil acabada, como Helena fué la belleza femenina; de cuerpo sin defecto; de voz melodiosa como los acordes suaves de una cítara ó de una flauta; luminosísimo cual un astro por el resplandor caluroso despedido de sus encendidas miradas; los labios vibrantes aún de cánticos; las manos ocupadas por el arco armonioso con que acaba de vencer en competencia solemne; de leyendas poéticas circuído á la manera que de mariposas y abejas un arbusto enmielado; capaz por sus fascinaciones de turbar el reposo en la casa y en la familia misma de la divinidad; adulado por las diosas mayores en el certamen más célebre que habían visto las edades; capaz, por tanto, de todos los triunfos, como dotado á manos llenas de todos los prestigios.

Uno de los monumentos literarios que nos ha legado el viejo mundo clásico es el maravilloso libro de Ovidio titulado *Herodías*. Y uno de los más bellos fragmentos en tamaño libro, es la carta de Paris á Helena y la respuesta de Helena á Paris. El joven pastor de Ida, reconocido ya príncipe, cuasi monarca, por sus padres, entra en el palacio real de la severa Esparta, cuando Helena y Menelao gozan bajo el común techo, no de la delirante felicidad que trae un amor exaltadísimo, de la serena paz que procura un buen matrimonio. Ha querido pintar Ovidio, y ha pintado con suma felicidad, el momento en que comienzan las poderosas seducciones de Paris y las débiles resistencias de Helena. ¿Debe hablar aquél de un amor manifestado por sus ojos mucho más de lo que quisiera su pecho? Holgárase de poderlo encubrir con solicitud hasta el momento de poderlo gozar sin miedo, mas nadie alcanza, en verdad, á ocultar una llama revelada por su propia luz. Paris confiesa que arde todo su sér en insensato amor. Si escribe, cuando la palabra escrita no corresponde al sentimiento experimentado, es para cerciorarse de que quien recibió su carta recibirá su persona. Venus le ha prometido Helena, y Venus á su promesa no faltará jamás. Partido de las riberas del Sigeo bajo la guía de tal diosa, y entregado á los mares, creyó

naufragar en sus zozobras, y hubiera naufragado si la bella Citerea no le muestra, reteniendo vientos y serenando olas, que aun hoy es el mar su dominio, como fuera en otro tiempo su cuna. Paris no habia en las costas de Tenaro caído, ni á las violencias del naufragio, ni á los cálculos del comercio; las ciudades suyas excedían en mucho á las ciudades griegas, y ninguna de éstas valía ni un peligro de mareante ni un desvelo de mercader. Lo que allí había de fascinador era la mujer predilecta, entre todas las mujeres, á su corazón enamoradizo y enamorado. El destino la señaló con su marca indeleble para él, y desde aquella ocasión suprema no ha cesado un punto de arrastrarlo al cumplimiento de sus mandatos con las voces acordes y sonoras de una fama, la cual, á diario, encarecía en pregones sin fin las gracias sin medida y sin número de la diosa Helena. Paris le recuerda con oportunidad á su amada que no había nacido aún, y ya significaba, en las entrañas mismas de su madre, llama y ardor. Pues tal llama era la llama de su corazón, y tal ardor el ardor de su sangre.

Perdido en los valles umbrosos de Ida, extendía la vista sobre los muros de Troya y sobre las líneas del mar, desciñéndose á tal paisaje de su baja condición pastoril y columbrando en lo lejos destinos, mayores á cada paso, revelados por los manan-

tiales donde se retrataba la belleza de su cuerpo y por las reflexiones donde se retrataba la belleza de su alma. En aquellos sitios, sembrados de brezos, adonde no llegan ni el pacífico borrego, ni la saltadora cabra, ni el perezoso buey, llegaron las diosas, y Venus, encendiendo la llama de los amores en él, prometióle su Helena. En vano la reina de las diosas le ofrecía un imperio; en vano Palas el coraje necesario para conquistarlo y merecerlo: pudo llevar una corona y ceñir una espada, pero todo lo despreció por libar un beso en los labios ardientes de la hija de Leda. Como Paris deseaba, en su amor, á Helena, las ninfas de todos los campos y las jóvenes de todas las ciudades ¡ah! deseaban á Paris. Mas éste las desdeñaba y las desconocía, ansioso de tener por compañera en el palacio de Príamo á la que le había placido y enamorado antes aún de verla. Venido Paris á Esparta, el rey Menelao, esposo de la bella Helena, le recibe como huésped en cumplimiento de los mandatos divinos. Y para honrarlo y divertirlo, muestrále todas las rarezas más prestigiosas de Lacedemonia, cuando él sólo deseaba ver la singular y excelsa del rostro de su mujer. Entrevióla al fin, y quedó maravillado, por parecerse toda ella en figura y en faz á la Venus Citerea cuando se inclinó á su juicio y á su sentencia, ostentando así con mayor os-

tentación todas las bellezas de su divino cuerpo. Y á pesar de esto, dícele Paris á Helena que si tras Juno, Palas y Venus ella se presenta, obtiene de su mano veredicto y premio. La realidad verdadera de su belleza ¡ah! se alza con esplendor indecible sobre su renombre y sobre su gloria. Paris había encontrado, pues, mucho más de lo que le prometieran y anunciaran. Compréndese muy bien que Teseo cayera cautivo de beldad tanta el día en que se presentó Helena desnuda en la palestra, compitiendo con los atletas griegos por su vigor y por su destreza. Comprendía y aun aprobaba Paris que Teseo la robase; lo que nunca comprendió fué que la devolviese. Él se hubiera dejado antes arrancar la cabeza de los hombros que hacer lo que hizo Teseo, devolver intacta la virgen hermosísima y separarla para siempre de su lado.

Paris describe con vivos colores los placeres que tenía reservados á Helena si con su amor se correspondiese y concertase alguna vez. El himeneo con un hombre de su alcurnia no la rebajaría, porque si ella cuenta como su padre á Júpiter, él cuenta su descendencia también rodeada muy armoniosamente de las Pléyades; y si ella tiene por esposo un rey tal como Menelao, él tiene por padre un rey tal como Príamo. Incita Paris tenazmente á Helena para que le acompañe á Troya, donde, al

ver las gentes innumerables, los palacios dorados, los templos dignos por su grandeza y por su hermosura de los respectivos dioses, Ilion y sus soberbios muros levantados por la lira de Apolo y los coros de Frigia, no podrá menos de reconocer cuán pobre y misérrima es Aquea. No trataba Paris en estas comparaciones de aminorar á Esparta, tierra sobre todas las tierras, por el hecho de poseer á Helena; pero su parsimonia en el gastar, su sobriedad en el comer, su sencillez en el vestir, no cuadraban á la hermosura de su reina. Mujer tal merecía renovar á cada instante sus vestidos, realzados por todos los refinamientos que puede invenir y procurar un lujo asiático. No debía Helena desdeñarle por frigio, pues frigio fué Ganímedes, que ahora escancia en el Olimpo á los dioses la bebida, frigio el esposo de la Aurora y frigio aquel Anquises en cuyo seno reposaba la diosa feliz de los amores fáciles. Menelao no podía serle preferido, cuando él llevaba por su prestancia, por su edad, por su familia, por su origen y por su carácter á Menelao tantas ventajas. Y, sin embargo, ese marido indigno de su belleza la tiene junto á sí noches enteras, y la ciñe con sus brazos, mientras él duerme, no lejos de allí, solo, enteramente solo, consumido en la llama del amor, la cual, cruelísima, le abrasa y no le concluye, cuando tanto le conven-

dría la muerte para no experimentar la pena intensísima de sus celos rabiosos. Tanto sufre, que no desearía ver su dolor en los mayores enemigos suyos repetido. Cuando se asienta con sus huéspedes á la comida, y llega la hora de servir el vino, maldice aquella hospitalidad tan deseada, porque llega también la hora de ver cómo los groseros brazos del rey pasan por el cuello de su mujer, y cómo sus toscos labios le dicen mil estudiadas ternezas. Desgárranle con sus garfios las entrañas los celos cuando echa su copa sobre las rodillas de la diosa Menelao y á la vista de Paris la da muchas veces un voluptuosísimo beso. A este minuto escalofriábanse, como atravesadas por estertores de agonía, sus carnes, y se le cerraban los ojos, cual si hasta ellos subiera el negror de la muerte. ¡Cuántas veces, al verlos abrazados, ó bien ponía entre sus ojos y aquellas personas, causa de sus torcedores, la copa, ó bien tornaba la cabeza para que no viesen cómo los alimentos saltan de su estómago, que los rehusa, y llegan en vómito á su boca. Bajo tan triste situación ha suspirado mucho, y por todo premio ha visto suspiros tales como los suyos ó menospreciados ó aborrecidos, que no podían tener otra significación las ruidosas carcajadas de Helena. ¡Cuántas veces ha querido ahogar las penas en su pecho! Mas el vino ha resultado al fin fuego ex-

terno y voraz unido al fuego interno y voraz de sus entrañas. ¿Qué hacer? Mil veces ha querido contrastar la horrible pena huyendo, pero al cabo ha sentido que no habría pena tan grande como la pena de su ausencia.

¡Cuánto diera porque sólo Helena llegase á entender sus dolores! Así, mil veces, lloroso, ha tenido que apartar la mirada de todos y enjugar las ardorosas lágrimas á fin de que nadie le preguntase por su origen. Para espaciarse y dar á sus reprimidos afectos algún vado, hase con empeño entretenido en contar juveniles amores, que no eran otros sino los por él experimentados. Y no ha faltado alguna ocasión gravísima en que ha debido simular la embriaguez de su cuerpo para esconder la embriaguez de su alma. En tal situación no le quedaba otro recurso al cuitado sino hincarse de hinojos ante la diosa Helena y abrazar con efusión sus rodillas, pidiéndole piedad, pues había decidido en su alma ó ser con ella en el puerto de Sigeo, llamándola esposa, ó ser enterrado á sus piés, en la tierra de Tenara, llamándola ingrata. Inútil que invocara el amor conyugal. Para ser fiel á Menelao y severa con Paris necesitaba una cosa tan sólo, dejar de ser bella. La hija de un amor como el de Leda, sorprendido y robado, no heredó la castidad. Á mayor abundamiento el marido, que debía celarla como su

propio tesoro, se ausenta y se va, cual si quisiese autorizar para el amor ó al amor mover á su huésped. Y ciego lo confía en palabras cariñosas al cuidado solícito de su Helena, la cual no puede por modo alguno desobedecerle sin desacatarle, ni obedecerle sin herirle. Cuando un hombre cree tan fácil y llano la imposible custodia de una mujer así, el frío desamor de un huésped como Paris, indica bien no saber hasta dónde llega la hermosura de su esposa. Si las seducciones de Paris no bastaran, bastaría la ocasión ofrecida por las confianzas de Menelao. Así el seductor aconsejaba con pérfido consejo á Helena, que aprovechara la ocasión ofrecida por su esposo y bebiera la copa presentada por la mano misma de aquel obligado á preservarla y á defenderla. Mientras la reina dormía sola en tálamo, casi por su esposo despreciado, Paris le ofrecía placeres sin fin bajo un juramento, al cual uniría cuantos dioses á Helena le pluguiera, empleando cuantas fórmulas Helena le dictara. Pronta la flota, el remo apercibido, soplando brisa propicia, podía irse con facilidad á las ciudades dardanias, atravesando pueblos que la saludarían como á una diosa y recibiendo en aras sacras víctimas cruentas sacrificadas por cuchillas de sacra liturgia y envueltas en humo de bien oliente cinamomo. No hay miedo, no, á una guerra entre asiáticos y griegos, por-

que ningún rapto, ni el de la joven Electrea por los tracios, ni el de la hija de Minos por Teseo, trajeron conflicto alguno; y si hubiera de traerlo el cumplimiento de su proyecto, arrostraríalo todo antes que desamor y ausencia.

Ovidio pone una respuesta de la hermosa Helena, y una respuesta muy firme, á las palabras de Paris. El audaz decir de éste ha manchado sus ojos. Extranjero y huésped, ha intentado faltar así á los territorios como á los hogares donde se alberga, faltando á una reina y á una esposa legítimas. Abierto el palacio á su persona y el mar á sus naves, paga esta doble hospitalidad con dobles ultrajes. Le creían huésped y resulta enemigo. Helena buscaba inútilmente los motivos que hubieran podido autorizar á Paris en su audacia. Verdad que no le opusiera un ceño durísimo, pero verdad también que no lo incitara con esperanzas ni con promesas el ardiente y asesino deseo. Porque un día el nieto de Neptuno la injuriara ¿tenía que pasar dos veces por la injuria? La falta del raptor fuera su falta si de grado la hubiese compartido, admitiendo aquella nefasta y deshonrosa pasión. Pero Helena contestó á sus amores con aborrecimiento. Los audaces labios de aquel hombre le arrancaron furtivamente un beso contendido y rehusado por ella; mas no pasó de aquí. Intacta volvió al seno

de su hogar é intangible quiere permanecer para su honra. No detestará, en verdad, á Paris Helena, porque no pueden pagarse con odios los amores; mas no tendrá en él ninguna confianza. Querer engañarla porque Júpiter engañó á su madre, no pasará de proyecto en quien jamás tendrá el recurso de revestir formas embusteras, como las que revisten los dioses. Aquella su carta, rica en promesas, no la tentará, porque nunca le creyera capaz de haberse rendido á cualquier halago que no fuese su amor. Si hubiera de caer en sus brazos, caería de grado, prefiriéndole á sus promesas y á sus dones. Mil veces había visto las señales de su seducción: miradas lascivas, suspiros importunos, indicaciones con la copa, sonrisas voluptuosas en los labios, cábalas de los dedos, fruncimientos de las cejas, la frase «te amo» escrita con vino sobre los manteles; á todo se ha decidido Paris y de todo se ha recatado Helena. Verdaderamente bello y codiciado por las jóvenes, también tiene sus codiciosos ella, por haber en el mundo quien posea tanta vista para mirar como Paris y más corazón para sentir. Si llegara Paris el día en que debió elegir esposo, cuando tantos amadores se agolpaban á su paso rendidos, Helena le prefiriera, porque si entonces se hallaba en el caso de ser esposa, no se halló después en el caso de ser adúltera. Si Venus la pro-

metió á su amor, condenóla indudablemente con estas preferencias á la envidia de todo su sexo. Helena desconocía los senderos del crimen y estaba resuelta por interior incontrastable resolución á no frecuentarlos jamás. Si Menelao está ausente, la libertad alcanzada no autoriza el abuso propuesto. Además, el brazo y el cetro de un monarca llegan lejos y se mueven mucho á todo desquite. Si Menelao dejó á Helena, fué porque todas las alarmas que pudieran causarle ¡ay! la consideración de su hermosura, quedaban contrastadas por la consideración de su virtud. Cuanto más Paris encarecía su belleza, más aumentaba en la encarecida el terror. Solos ambos, convidábales al delito cuanto les circuía, porque al fin y al cabo mutuamente se habían rendido cada cual de ellos á sus sendas y respectivas gracias. Pero el amor de un peregrino resulta siempre volandero y errante. Helena se oía ya reargüída de adúltera por Paris, y no estaba en el caso de sufrir el peso de un crimen perpetrado por los dos. No, Helena parecía decidida en su interior á quedarse con sus padres, con su esposo, con sus hermanos, so el techo de su palacio, sobre los sepulcros de sus mayores, porque tenía seguridad indudable de producir la guerra y no quería corresponder con la muerte á los mismos á quienes debiera la vida.

Por fin el rapto se consumó. Los bajorelieves

antiguos guardan hoy á nuestra vista la clásica escena según la comprendían los griegos. Hermosísima nave, de maderas preciosas compuesta y chapeada brillantemente de metales varios, aguarda el arribo de la reina, prontos ya los remos á moverse y el piloto sentado en su sitio pronto á dirigir la marcha. Frigio el navío, lleva su tripulación los gorros caracterizados con el nombre de Frigia. Dos troyanos custodian á Helena que, sostenida por el amor, desgarra sus velos y muestra de grado al voluptuoso joven sus más ocultos hechizos. Alzada Venus entre aquel amador y su amada, enciende voraz antorcha, mientras Paris, asentado en silla de las destinadas entonces á los más altos personajes, como si no pudiera tenerse de pie por el peso abrumador de sus emociones, contempla en una especie de absorción enajenadora, con toda su alma, con todo su sér, el rostro y el cuerpo de su amada. Los horóscopos no mintieron. Aquella terrible antorcha vista por Hécuba en los ensueños de su preñez, ahora, en este momento, arde para consumir en su voraz llama un sensual imperio. El destino pesa con su incontrastable pesadumbre y con su fuerza invencible sobre todos. Esta idea del destino antiguo presta un carácter trágico muy determinado á todos los personajes del clasicismo. Prometeo, que ha cometido el desacato de robar á los dioses las

llamas celestiales; Edipo, que ha matado á su padre y puesto la mácula de su amor incestuoso en el mismo lecho donde lo engendraran; Helena, por la mano de Paris asida y en rapto llevada desde las riberas griegas á la ciudad troyana; todos tres, en sus tragedias diversas, aparecen como juguetes del destino; y al aparecer como juguetes del destino, resultan en el crimen y en sus incidencias dramáticas resplandeciendo con los resplandores de la virtud, puros é inocentes; todo lo cual añade interés dramático á su historia, llena por tal contradicción insoluble de lo que llamamos en lengua literaria el terror trágico. Imposible desconocer cómo Helena es á un mismo tiempo culpada é inocente, y cómo esta mezcla de culpa é inocencia es el verdadero secreto de su grandeza en el teatro y de su esplendor en las artes.

Una vez consumado el robo, Menelao se dirige á los reyes griegos, quienes tenían un compromiso con él de auxiliarlo y defenderlo siempre que se viese injuriado en su persona ó familia y combatido en su autoridad ó en su poder. Enamorados los reyes de la hermosa Helena, y comprendiendo cuán difícil debía ser la guarda y custodia de beldad tan codiciada, juraron sostenerla en poder de Menelao contra cualquier ultraje de palabra ó atentado de hecho que pudiera sobrevenirle. Aunque temerario,

el rey de Lacedemonia se partió á Creta en busca de una herencia, cuando Paris asediaba su lecho nupcial; no le arguyeron por este descuido sus camaradas griegos, antes le consideraron más infeliz que culpado. Así la primer decisión de los monarcas griegos fué acorrer á Menelao y combatir á Troya, reuniendo para ello un poderoso y numerosísimo ejército, á cuya cabeza pusieron el fuerte Agamenón. Hecho esto, y antes de recurrir á las armas, diputaron una embajada en requerimiento de que les restituyeran á Helena. Mas Príamo respondió cómo no debían esperar ninguna satisfacción por el rapto de Helena, cuando ninguna ellos habían dado por el rapto de Hesione. La reina de los espartanos había entrado en su palacio para llamarse nuera suya, y no quedaba lugar ni á reclamaciones ni á querellas. Desde aquel punto comienza la venganza. Como el principio democrático y republicano está contenido virtualmente, por una fuerza natural de las ideas, en los pueblos griegos, aun cuando pasaban por las fases monárquicas, fuerte asamblea de reyes se congregó á tomar supremas decisiones y á resolver aquel grave conflicto. El ataque á Troya se decidió por unanimidad. Sólo Ulises, enamorado profundamente de su mujer Penélope, fingió una intensa demencia para evadirse al compromiso y permanecer en su casa. Pero descubierto con facilidad

el engaño, no tenía otro remedio sino cumplir el compromiso. Los dos héroes principales de la guerra troyana fueron Aquiles por su fuerza y Ulises por su prudencia. Pues no estaban apercibidos ni uno ni otro en el momento de comenzarse la guerra. Mientras Ulises, por su parte, se fingía loco, pasaba su mocedad Aquiles fuera casi del mundo. Las célebres nupcias de Tetis y Peleo, ya mencionadas, engendraron al extraordinario héroe. De una diosa como la Nereida, y de un rey como el afortunado marido de ésta, debía provenir la nueva especie que llena en tal momento la historia toda de Grecia, los héroes. Nacidos éstos para el combate, la madre de Aquiles, una divinidad, hubiera deseado contrariar este destino y dar á su Aquiles toda la paz y toda la serenidad inalterable de un dios verdadero. Así lo bañó en la estigia laguna, con ánimo de que fuese invulnerable, como invulnerables eran las divinidades helénicas. Pero el talón por donde lo cogió para sumergirlo quedó fuera, y en aquel talón se concentró, contra los deseos de su madre, resuelta firmemente á hacerle inmortal, su irremediable mortalidad. Un centauro, monstruo marino, lo educó, y empeñado en revestirlo de la mayor fortaleza, dióle á comer continuamente médula de león. Las pinturas antiguas nos presentan el centauro bajo los árboles y á las orillas de los mares, junto á un ara

de mármol, sobre la que se levanta un canastillo de ofrenda, el hombre caballo, recién despedido por las aguas, enseñando al joven héroe cómo se pulsa la cítara y cómo se maneja la espada. Un oráculo había dicho que los griegos no lograrían cosa ninguna si con ellos no iban los mirmidones. Y como la representación de tal pueblo estaba entonces en Aquiles, resultaba la presencia de Aquiles indispensable al ejército. Súpolo Tetis, y lo encubrió de modo que nadie lo descubriera. Envióio vestido de mujer al palacio de Licomedes, rogando á éste que lo guardara entre sus numerosas hijas. Allí Aquiles, en vez de manejar las armas, urdía sedas é hilos, blanco, y sonrosado, y tierno como una púdica virgen. A mayor abundamiento, un velo espesísimo encubría su rostro. Presentóse Ulises allí con su natural doblez, empeñado en averiguar é inquirir quién era entre tantas mujeres el fuerte varón Aquiles. Así, vendedor ambulante, llevaba joyas y armas, entrando con tal dispar y doble mercancía en casa de Licomedes. Las hijas de éste lanzáronse á una sobre las joyas, mientras el huésped sobre las armas. Con tal industria descubrieran los griegos el paradero de Aquiles. En cuadro de Filostrato veíanse las mujeres compañeras de Aquiles cogiendo flores sobre un prado, mientras revelaba el héroe su complexión y su naturaleza íntimas en

lo masculino de sus formas y en lo violento de sus ejercicios. Un bajorelieve del Museo Pío Clementino presenta estas escenas. Aquiles arroja las vestiduras de mujer á sus piés, y toma la vibrante áurea lanza que le ofrece Ulises, mientras de un lado el amor y las hijas de Licomedes lo retienen, usando las naturales seducciones propias de su sexo, y de otro lado los griegos, vestidos ya con las armaduras del combate, vibran sus armas y tocan sus trompetas despertando los corajes bélicos en aquella naturaleza fortísima de verdadero héroe.

La armada griega se dirigió á Troya. Mas al zarpar, un viento contrario la retuvo en los mares de Aulides. Diana movía estos vientos, irritada con Agamenón por haberle matado sacrílegamente una cierva en los bosques adscritos á su culto. Había en los ejércitos griegos siempre un sacerdote ó adivino, el cual pasaba su tiempo en presagios ó augurios. Y estos adivinos asemejábanse todos ellos en sus procederes con los reyes helénicos á los profetas bíblicos en sus procederes con los reyes judíos. Así como hubo una disidencia eterna entre los monarcas de Jerusalén y aquellos poetas que adivinaban y presagiaban, hubo también una disidencia parecida entre los adivinos y los monarcas griegos. Y en virtud de tal situación creían los reyes que

les auguraban presagios desfavorables siempre los sacerdotes. Y lo creyó Agamenón de Calcas, pues, en efecto, éste le decía la imposibilidad completa de apaciguar á Diana si no le sacrificaba de grado aquél, y pronto, la más bella de sus prendas. ¿Y cuál podría resultar la más bella entre cuantas prendas Agamenón tuviera? Pues Ifigenia, su hija. ¡Terrible cosa el sacrificio é inmolación de una joven preciosísima en aras de cualquier divinidad irritada! Esta escena de los viejos tiempos helénicos señala en la historia el paso de los holocaustos humanos á otros sacrificios, cruentísimos todavía, pero compuestos en su mayor parte de animales. Imposibilitado el trayecto de la Hélade á la Frigia por los huracanes y los oleajes, batidos desde las alturas contra los griegos, no había otro remedio sino aplacar las divinidades pronto á cualquier precio. Ifigenia llegó al campamento de su padre, llamada so color de prometerla y desposarla en el mismo día de la partida con héroe tan admirado como Aquiles. ¡Cuál no sería su asombro cuando, en vez de hallar el fuego de un propicio himeneo, halló el fuego de un siniestro y terrible holocausto! Ifigenia debía morir en las llamas. La esperada fiesta nupcial trocóse para ella en inesperada fiesta fúnebre. Placentero el vivir siempre, resulta mucho más placentero á la florida edad cuando todo el

cielo está iluminado por una santa esperanza y toda la tierra fecundada en una primaveral eflorescencia, henchido el aire de suspiros y el sol de promesas, el amor sólo revelado por doradas ilusiones, hirviente la sangre y la respiración fácil, lleno el corazón de pasiones á cual más bella y los ojos enardecidos por una especie de visión magnética que aclara y hermosea lo porvenir, entre amistades que todavía no os han traicionado y ensueños que todavía no se han desvanecido, semejante alma y cuerpo á un arbusto animado por la savia de un Abril, que todo él se resuelve de suyo en mieles y en aromas. Imaginaos á Ifigenia, joven, hermosa, princesa de alta condición, de regia estirpe, movida por las impaciencias de un amor que debe lograrse pronto, el cual tiñe la mejilla de arreboles y enciende los ojos en vívido calor, encontrándose, no el tálamo nupcial, sino el sepulcro; no el amor que crea, sino el sacrificio que mata. Por eso el arte antiguo ha tenido á gala presentarnos en sus dobles monumentos literarios y plásticos esta tierna escena de sus antiguas teogonías. En el célebre vaso de los Médicis vese la diosa Diana sobre su ara y á los piés Ifigenia, mientras de un lado y otro se hallan los jefes griegos aguardando á que la joven llegue á su inmolación y á que la inmolación les abra paso hacia las frigias riberas. Un cua-

dro de Timantes nos ofrece Agamenón velándose la faz para no ver el sacrificio, próximo á consumarse, de su hija. Pero quien ha presentado en mayor espacio y con más arte la escena referida es Eurípides indudablemente. La joven se ase á las rodillas de su padre Agamenón y le pide la misma existencia que le ha dado él, doliéndose de no verse asistida por aquella palabra que los dioses concedieron á Orfeo, la cual poseía tanta fuerza persuasiva en su arrebatadora elocuencia, que tornaba las piedras en corazones y removía las montañas. En verdad que á una hija, para herir las entrañas de su padre, bástale con la lluvia de sus lágrimas y con la evocación de su infancia. Imposible que le diera la vida tan sólo para quitársela. Imposible que la engendrara en su juventud tan sólo para helarla como el cierzo á la flor demasiado madrugadora y pronta. Un padre genera hijos para que le perpetúen la vida y no para que le precedan en la muerte. Antes que á ningún otro sér nombróle Ifigenia en sus primeros balbuceos á él, y antes que á ninguna otra le llamó á ella hija, durante largo tiempo unigénita. Para conservarla junto á sí habíala besado y bendecido al nacer, puéstola sobre sus rodillas, pedídole que le acariciara el rostro con aquellas sus breves manos, apenas visibles, destinadas á nutrirlo á él en su vejez y amorta-

jarlo muerto, no á urdirse prematuro sudario á sí misma en los días primaverales de su juventud y de su florescencia. Mil veces Agamenón pidiera delante de todos los suyos al cielo el verla vivir vida feliz juntamente con esposo escogido por su corazón y digno de su alcurnia para que pudiesen levantar un techo bajo el cual pasara él en respeto y con felicidad los últimos días suyos y engendrar hijos en cuyos labios oir mil veces repetido con amor el nombre de su abuelo. ¡Ah! Ninguna entre tantas súplicas pudo vencer al implacable destino, é Ifigenia llegó por fin al pie del ara donde los suyos la ofrecían á Diana. Pero aplacada la diosa con esta oferta sustituyóle una ternera, en la que acabaron para siempre los sacrificios humanos.

Al llegar aquí, penetra Homero en la poesía griega, y no sólo él en toda su excelsitud la representa, sino que absorbe por completo en su alma y en su sér el sér y el alma de Grecia. Persona ó personificación, Homero ha recogido cuantos cantares andaban por los aires ó por la memoria de Grecia en melodiosas notas y en patrióticos recuerdos, formando con todo ello un poema, del cual se derivara más tarde religión, poesía, teatro y escultura. Después de Homero, y antes de Homero, al modo que los astros forman las constelaciones y componen esas figuras conocidas con el

nombre colectivo de signos del zodíaco, fórmanse y descompónense agrupaciones de poemas cíclicos, los cuales gravitan todos en torno de su nombre. La isla donde Homero ha nacido tiene la forma de un pedestal preparado, no tanto para recibir una estatua como para sustentar un templo; perlas, corales y nácares la engarzan; cielos esplendorosos y astros rutilantes la iluminan. El mar, henchido todo de nereidas la circuye; coros de divinidades invisibles la saludan; los vegetales benditos, como la oliva y el mirto, y la palma y el azafrán, ornan sus campos, desde los cuales vense allá lejos las cumbres donde habitan las musas, y en cuyos aires, con las melodías despedidas por cítaras y flautas, oyénse también, como si de cada piedra y de cada ola se levantaran, cadencias múltiples de indecible poesía. Poned en tal teatro al ciego divino que, apoyado en su báculo, con la frente ceñida de laureles y el cíngulo atado á sus riñones, va de puerta en puerta entonando los cantares patrios al compás de la cítara, por una canora legión de aedos acompañado, que repiten y secundan en coro infinito sus palabras, y decidme si no parecerá una especie de divinidad misteriosa representando el arte griego en toda su pristina pureza. Así, al eco de su voz cincelarán los escultores aquellos mármoles dorados por el sol de Grecia; saldrán las teorías,

las procesiones clásicas, en áureas naves impulsadas por remos argénteos, en cuyas popas levantaránse al cielo desde armoniosas vasijas el dulce aroma de los cinamomos; desliaránse los zumos de las flores en paletas, de cuya superficie salgan como iris de ideas los maravillosos cuadros; vibrarán los mirtos y los sauces con melodiosos cantares; agitaránse las ninfas como ilusiones en las tranquilas ondas del mar y en el sosegado curso de los arroyos, porque todo, espíritu y naturaleza, llegarán indefectiblemente, por tantas inspiraciones y por tantas ideas nutridos, á transfigurarse allá en las altas cimas del arte. ¡Oh, santa madre del genio! El mar celeste se repliega en las doradas costas de mármol, sobre cuyas arquitectónicas líneas tienden sus follajes los laureles y los mirtos, gratos á la divinidad; las brisas del Asia, en los pebeteros de suaves esencias que forman las islas del Archipiélago aromadas, orean su faz; el coro de las nueve musas va en sus aires y danza en sus nubes; su vino presta juvenil alegría, como su amor la inmortalidad; y tenuemente unida por el istmo de Corinto á la tierra, que no la merece; rodeada como por misteriosos rayos y efluvios por su Archipiélago; vestida de granados y cipreses, de clarísimas parras y de negros olivos; cortada por altas montañas, donde habitan los dioses, y por colinas rema-

tadas en templos; la inspiración corre como el jugo de todo aquel territorio y se condensa y se personifica en el sagrado nombre de nuestro divino Homero.

Así que los griegos arriban á las riberas frigias, cercan á Troya, y se dividen por sus varias y ruidosas competencias, entra Homero en escena. Los actores de aquel drama quedan fijos en la memoria universal, como si los llevara grabados en relieve. La discordia con los troyanos es tal y tanta, que los helenos desean verlos perecer y quedar sin sepultura, sin posteridad y sin recuerdo. Helenos y troyanos, aunque de una misma raza, representan el Asia y Europa. Mientras los griegos llevan ya en las asambleas de sus reyes aquellos gérmenes de las futuras repúblicas, y en los cánticos de sus aedos aquellos esbozos de las futuras artes, los troyanos, vestidos de oro y ornados de rozagantes púrpuras, con sus palacios de pórticos brillantes, con sus lechos de bruñidas piedras, con sus pavimentos de cedro, representan la decadente Asia en toda su sensualidad. Así los tipos que ha cantado forman como una especie de bajorelieve armoniosísimo en la conciencia humana, la cual guarda el tipo de Néstor, la prudencia; de Protosilao, el sacrificio; de Agamenón, el poder; de Ulises, la astucia; de Patroclo, el afecto amistoso; de Ayax, la querella;

de Aquiles, el valor; de Teucro, el arquero; de Calcas, el adivino; de Tersites, el feo; de todos cuanto algo representan y que han tenido un privilegio excepcionalísimo, el de quedarse viviendo en la memoria humana con los mismos caracteres que les ha dado el poeta, como si éste comunicase á todos la inmortalidad prestigiosa de su imperecedero nombre. ¡Cómo pinta, no sólo á los griegos, sino también á los troyanos! Los augurios de Casandra, las tristezas de Hécuba, la fidelidad inquebrantable de Andrómaca, el sereno coraje de Héctor, permanecen todavía tan frescos en el pensamiento humano cual recién trazados por su divino cantor. No puede, no, describirse mejor á Helena que por los siguientes trazos puestos en boca de Venus dirigiéndose á ella para que caiga en brazos de Paris: «Ve, ve, te invita Paris á ir. Veráslo acostado en su rico lecho de primorosa labor, asiáticamente vestido y esplendoroso de belleza. No se diría que acaba de luchar con un hombre; creeríase que viene de las danzas ó que á las danzas va.» Así, todo cuanto él ha descrito permanece hoy mismo en la palabra humana, cual si en vez de tener años y años de fecha tuviese tan sólo algunos días. Hoy mismo podríamos repetir la vida diaria que traen los héroes de Homero. No ha vuelto á quedar en el pensamiento humano relación alguna

tan viva. Parécenos ver los navíos que, sacados á tierra, forman una especie de ciudad militar, en la cual hay espacio para las plazas y para los sacrificios; las tiendas altísimas de los reyes con pórtico y vestíbulo; el sabio atrincheramiento de los campos; los asaltos, y los saqueos, y los incendios, y las desolaciones; aquellos carros, á los cuales van dos caballos uncidos, y sobre los cuales pelean el héroe y el cochero; las corazas, formadas con piezas de acero y sostenidas por cadenas de oro; la espada, con su vaina de plata y su puño de cinceladuras hermosas; el escudo, pendiente de una correa y formado por diez círculos concéntricos, en cuyas curvas van esculpidas por diestros buriles viejas historias; el casco, con colas de caballo y con cimeras multicolores adornado; los cinturones, los arcos, las flechas; los sacrificios, donde se ofrecen á los dioses sacras hecatombes; los funerales, en fin, cuyos ritos lavan los cuerpos con agua caliente y los untan con aceite oloroso para quemarlos en hogueras compuestas de bien oliente leña, y después, entre los cánticos elegíacos de sus compañeros y los quejidos agudos de las plañideras, ofrécenles jinetes é infantes sus propios cabellos, y dones de ovejas y vacas, de leche y miel, hasta que, devorado el cuerpo y extintas las llamas en vino, se recogen sus cenizas, guardadas como sacratísimas reliquias.

Nunca nos cansaríamos de reptir aquellos tiempos impresos por la musa de Homero en la imaginación universal.

Bien es verdad que teatro, poesía, monumentos, cuadros, esculturas, desde los versos más clásicos hasta los refranes más vulgares, han contribuído á grabar en la memoria humana este poema. El europeo más indocto ha visto cien veces, hasta en grabados groseros, el furor de Aquiles, por tal manera expresado, que penetra en su corazón y en su mente. Mil veces hase repetido la escena en que Agamenón pidiera al furioso Aquiles su cautiva Briseida, y éste saca su espada para inmolar al rey de los reyes helénicos, inmolación que hubiera perpetrado seguramente de no haberle detenido el brazo la sabiduría y la prudencia de Minerva. Los insultos de Aquiles al redomado Agamenón están de tal modo esparcidos en la memoria universal, que ninguna de las lenguas cultas creería en su propia cultura si no los hubiese alguna vez traducido. Pero lo que á nosotros más nos interesa, entre tal serie de inolvidables episodios, es el rastro de Paris y Helena. En los primeros encuentros entre los dos pueblos enemigos, el hermosísimo nuevo esposo de la reina espartana reta con empeño á su viejo rival Menelao. Viendo salir al mancebo del amor y de las mujeres creeríasele transfigurado, según el aire

provocador que lleva y lo enardecido que corre audaz en requerimiento de su enemigo, una piel de leopardo al hombro, el arco en la diestra, y á la espalda el haz de sus venablos. Pero en cuanto ve á Menelao, que salta de su carro para con él habérselas cuerpo á cuerpo, Paris desmaya y huye. Al verle entrar jadeante, con la palidez en su rostro y la muerte sobre su corazón, Héctor le reconviene, y le dice que no podría volver al palacio como antes no volviese al combate. Vuelve por fin el cuitado. Pero inutilmente: todo el valor que le prestaran las reconvenciones de su animoso hermano desaparece así que ve á Menelao amenazante y vengador. En efecto, el rey griego se arroja sobre su rival y está próximo á matarlo; pero cuando ya tiene la cimera de su casco en la mano para cercenarle de un tajo la cabeza, envuélvele Venus en misteriosa nube, y ocultándolo á su contendedor, lo transporta súbitamente á una cámara, toda cubierta de tapices y perfumada de aromas, donde aguarda en lecho de marfil y oro, sobre colchones de púrpura y entre pebeteros de Oriente, los besos de su Helena. Al reentrar ésta de nuevo y encontrarse con su amador, le reconviene tristemente y le dice cómo le valiera más no haber nacido que mostrarse tan cobarde ante un hombre de tal valor como su primer esposo. Mas Paris le sonrie á su amada con volup-

tuosidad, la llama con suave reclamo, la tiende los brazos con amor, la estrecha en transportes infinitos contra su corazón, y apaga con besos querellas pronto extinguidas en aquel mar de insensatos placeres, no interrumpidos ni al vibrar de las armas que se cruzan en continuos combates ni al crujir de los muros que se caen bajo repetidos golpes. Las artes plásticas han repetido en múltiples cuadros y pinturas estas escenas, que muestran cómo la sensual voluptuosidad embargaba sin remedio al frigio y prevenía y acercaba con sus estragos la inevitable ruina.

Héctor, de Paris hermano, quiere lavar las afrentas de su familia y sostener un combate singular con cualquiera de los héroes enemigos. A este fin dice adiós á su infortunada y fiel Andrómaca, besa el pequeñuelo producto de sus amores y se despide pensando que su esposa, tan amada en Troya, después de haber vivido en el resplandeciente palacio de Príamo, se verá sierva de los vencedores, tejiendo en Argos telas para vestirlos, á las órdenes de una mujer extraña y llevando para refrescarlos en odres puestos sobre su cabeza el agua cogida en los manantiales y fuentes de Meseidas é Hypereas. La despedida tiernísima de Andrómaca y Héctor ha pasado por medio de los buriles y de los versos á todas las artes y á todas las literatu-

ras. Ayax acepta el sostener tanto combate designado por la suerte. Pero ninguno de los dos guerreros prevalece, y ambos se apartan llevándose la mutua estima por sus respectivos procederes. Los dos ejércitos siguieron á sus dos jefes y trabaron batalla en toda su extensión y con todo su número. Héctor quiso incendiar las naves griegas, pero se opuso Ayax y quedó la guerra en una terrible indecisión.

Los bustos, las estatuas, los bajorelieves antiguos, así como las tragedias y las epopeyas, nos han dejado mil efigies y mil remembranzas de todos estos actos. Ya en una piedra preciosa grabada para cualquier artístico adorno vésele al héroe Aquiles en reposo, meditabundo, colgados los instrumentos guerreros de un árbol y al pie su escudo, mientras en la mano la sonora lira, todo en señal de haber cambiado por el arte de la paz el arte de la guerra. En este mismo siglo nuestro los pintores devotos de lo clásico han trazado la figura de Aquiles reincorporada sobre su lecho, cítara en mano, casco á los piés, rehusando combatir, no obstante las repetidas demandas de los embajadores griegos. Sólo un hecho pudo mover de nuevo la cólera de Aquiles, que fué la muerte de Patroclo. Convencido este inseparable compañero del héroe, por una larga experiencia en los encuentros

adquirida y por innumerables repetidos combates, de que bastaba con la sospecha no más de haber vuelto Aquiles para desconcertar y romper á los troyanos, empresta sus armas á éste, y, ciñéndoselas, corre al encuentro de aquéllos, quienes, al verlo y ver con qué furor penetra en sus filas, donde ha inmolado á Sarpedón, héroe como él, se repliegan á Troya y demandan á gritos la presencia de su mayor general Héctor, el invencible. Preséntase á tal invocación éste, y, en efecto, Patroclo, ya herido por su propio valor, cae muerto á tan rudo golpe. En los tiempos antiguos creíanse deshonrados los héroes cuando abandonaban un compañero suyo fenecido en los combates. Así pugnan los griegos por apoderarse del cuerpo de Patroclo. Y Ayax, semejante á un jabalí que furioso dentellea, y ensangrienta, y dispersa los perros cazadores, ahuyenta los troyanos y se lleva consigo el cadáver de su héroe. Los pintores del Renacimiento, que confundían en la universalidad maravillosa de sus inspiraciones y en el conjunto cíclico de sus obras la *Biblia*, la *Ilíada* y el *Evangelio*, nos han trazado en casas artísticas tan maravillosas como la casa del The, allá por Mantua, los esfuerzos de impulso y los esfuerzos de resistencia empleados mutuamente por griegos y troyanos para tomar ó para retener el cuerpo de Patroclo. En los vasos anti-

guos y en los grupos de antiguas estatuas vense los Ayax combatiendo por el cuerpo de Patroclo y los Menelaos levantándolo del suelo para sostenerlo en sus brazos. Aquiles, al saber la muerte de su amigo, rompe furioso en alaridos semejantes al trueno y se mesa los hermosos cabellos. En su dolor, aunque un oráculo antiguo le ha dicho cómo su muerte debe seguir á la muerte del enemigo Héctor, jura matarlo, recabando las armas propias caídas en sus manos y arrancadas al cadáver de Patroclo. En cuanto su madre Tetis conoce la necesidad que de armas tiene Aquiles, va sobre un tritón montada á recabarlas nuevas de Vulcano, el gran forjador divino. La pintura nos ha trazado Aquiles en su carro de guerra, conducido por Automedón, presentándole á una los reyes el cincelado escudo, las diosas el estoque y casco, mientras de sus labios caen espumarajos de rabia y bajo sus piés se levantan espesas nubes de polvo suscitadas ya, como por un huracán, por su aliento de combate. Así cuando entra en el ejército troyano parece un león entrado en cualquier aprisco, un milano caído sobre cualquier palomar. El segador no abate con tanta felicidad y en tanto número espigas como él cabezas. Los ríos, al verse tintos en sangre y cargados de cadáveres, le reconvienen porque no podrían entrar con tal tributo en el mar di-

vino. Hasta los aires emponzoñan la increíble matanza. Todos los troyanos entran en tropel por las puertas guareciéndose tras los muros, todos, menos Héctor. El inmortal guerrero se parece á poderosa encina salvada por milagro de un huracán que lo ha desarraigado todo en derredor suyo y por todas partes ha tendido vegetales ruinas. Inútilmente le ruega el viejo Príamo que ingrese dentro del seguro para evitar, compasivo, la muerte de su patria, tras la cual verían sus ojos los hogares destruídos, los templos incendiados, las hijas cautivas, los hijos muertos, los nietecillos en tan espantosa carnicería contra la tierra estrellados, mientras los perros se comerían, aullando á una de gozo y relamiéndose con la sangre y con las carnes heladas, su insepulto y maldecido cadáver. Héctor no escucha la súplica de Príamo, su padre, ni de la tristísima Hécuba, su madre infortunada. A pie firme aguarda el empuje de Aquiles, con quien desea medirse resueltamente. Al fin los héroes topan uno con otro y se miran faz á faz. El terror difundido por Aquiles resulta tan intenso que circunvalan tres veces las murallas de Troya amenazando el uno y el otro defendiéndose. A la tercera vuelta los venablos mutuos alcanzan á los sendos cuerpos y las espadas se cruzan. Apenas se han cruzado, cuando Héctor cae á una mortal herida, despidien-

do, al caer, de sus ojos, una suprema y angustiosa mirada. Pero Aquiles, á quien la muerte de Patroclo ha devuelto el antiguo furor, no se compadece, y pisotea su pecho con las plantas, escupe ultraje sobre ultraje á su rostro, ata duras correas á sus piés, y, ciñéndolo desnudo á su carro de guerra, arrástralo tres veces alrededor de Troya y á la vista de todo su pueblo. Príamo grita y Andrómaca desfallece, y el hijo de Héctor, aunque muy niño, recibe con las lágrimas de su madre desolada la consagración para el dolor y para el martirio. Príamo se dirige á la tienda misma de Aquiles para pedir el cadáver de su hijo. Cincuenta contaba cuando los griegos llegaron á la vista de Troya, diecinueve habidos en su matrimonio legítimo, los demás en esclavas de su harén, y apenas le queda uno que otro. El más fuerte y guerrero de todos era Héctor, y Héctor acaba de morir en lucha. Príamo besa la mano que ha concluído con su Héctor para que le devuelva, por lo menos, ya que no la vida, el cadáver, y le consienta rendirle los fúnebres honores. Aquiles se lo concedió así, volviendo la persona de Príamo y el despojo de su Héctor á Troya, conducidos por Mercurio.

Lloraban á su Héctor las mujeres cuando aparece un refuerzo para defenderlas y para vengarlas, el refuerzo de las amazonas. No puede, no, descono-

cerse cómo la frecuencia de tales mujeres en los primitivos combates helenos indica los esfuerzos del matriarcado, cuya organización le permite hasta tener un ejército contra el patriarcado de los reyes helénicos. Naturalmente, Grecia, cuyas monarquías mismas tuvieron el carácter democrático y republicano visto en sus asambleas de antiguo, significaba una orientación hacia ideales superiores, dañosa, muy dañosa de suyo á quienes, como las amazonas, representaban un retroceso hacia tiempos é ideales pasados. Por consecuencia, como quiera que Príamo representase dentro de aquella sazón el Asia inmóvil, y los Menelaos y los Agamenones la Grecia progresiva, por el Asia inmóvil debían estar aquellas mujeres anegadas en los torrentes del progreso. Al recibir este socorro y auxilio, holgóse tanto Príamo que, poniendo por algunos momentos en olvido su duelo, agasajólas con suntuoso festín á la sombra de sus jardines. El combate siguió bien pronto á la oferta. Pentesilea, jefe de las amazonas, pide su bendición á Príamo, que se la da gustoso desde su alto trono y cubierto con su tiara frigia. El valor de Troya se aumenta viendo tanto esfuerzo en una débil mujer, y aqueos y troyanos vuelven á combatir en combates rudos y cruentísimos. El arte antiguo nos ha representado en vasos y en relieves los combates cuerpo á cuerpo de Pentesilea con

Aquiles. Aquella ilustre amazona lanza sus dardos con tal seguridad, que acribilla la figura del héroe. Pero envuelto éste de antiguo en las armas traídas por su madre de las forjas vulcanas, repelía toda flecha. No así la heroica Pentesilea. Herida en su teta izquierda por Aquiles, tiéndese primero desarmada sobre su desnudo caballo sin arreos ni bridas, y cae luégo muerta en campo ensangrentadísimo. El museo de Nápoles nos ha guardado en una estatua incomparable, designada con el nombre de Amazona herida, esta milagrosa escena. Aquiles siente con toda su alma el furor que lo ha cegado hasta impelerle á matar una mujer cuyas gracias le cautivaron mil veces en vida y le trajeron esperanzas de poseer aquella singularísima hermosura. Apenas la hiere, cuando aparta de su cuerpo la penetrante lanza, mas tarde, muy tarde, porque ha venido en la punta de su lanza la muerte. Aquiles desata su casco tan brillante como un sol, lava la sangre y limpia el polvo que han cubierto aquel cuerpo sin par, enterándose de que guarda en la muerte todas sus ventajas y todas sus gracias. El feo Tersites, malicioso y burlón como todos los estropeados y deformes, ríese del dolor por Aquiles mostrado, con tan mala suerte y en tan mala hora, que le cuesta la vida su befa, pues el héroe lo aplasta, abriéndole de un puñetazo el desvencijado crá-

neo. Vencidas las amazonas, parecían perdidos los últimos recursos y las últimas esperanzas de Troya, corriendo entre los troyanos la idea de rendirse y entregarse al fin, la cual idea realizaran si Príamo no se opone y no viene Mennón, rey de los etíopes é hijo de la Aurora. La pujanza del recién llegado en socorro de Ilion debía exceder á todo, según las comparaciones de los griegos, que lo parangonan en sus cánticos á las plagas mayores y á las mayores calamidades terrestres. Varios héroes mueren á sus manos, y entre otros Antiloco, el heredero de Néstor. Amigo de Aquiles también éste, como Patroclo, créese Aquiles en el deber de vengarlo, y sale al campo todo airado. Inmediatamente un combate se traba entre Aquiles, hijo de Tetis, y Mennón, hijo de la Aurora, con toda la porfía propia de tales héroes. Y mientras ellos combaten, el destino pesa en sus balanzas eternales con gran cuidado la gravedad respectiva de las dos almas. La suerte se pronuncia en favor de Aquiles, y Mennón cae muerto á los piés del héroe argivo. Un espejo etrusco nos presenta la balanza en que Mercurio estudia la densidad respectiva de aquellas heroicas almas. Un vaso reproduce la homérica lucha de Aquiles con Mennón. Mientras Mercurio mira con cuidado su balanza, aparecen á su derecha la Parca preparándose á cortar algún hilo de vital

urdimbre, á su izquierda la riente Aurora trocada en una especie de furia y mesándose los cabellos, y por todos lados mujeres asiáticas, las cuales, ya llevan esplendente antorcha, ya sacro cysto, ya vasos de libaciones, y se dirigen á un altar fúnebre. Como se ve, Grecia no tenía otro defensor como Aquiles. Él acabó con Héctor, la más alta y segura fortaleza de Troya; él, con las fuertes amazonas; él, con los hijos de la feroz Etiopía, personificación verdadera del viejo y poderoso heroismo heleno.

Pero también el héroe debía morir, que no estaba exento del común destino á los mortales reservado por el cielo. De aquí la tristeza que asaltó á su madre Tetis cuando la llevaran, mal de su grado, á las nupcias con un hombre perecedero. Su amor divino, acostumbrado á la inmortalidad ¡ay! debía generar la muerte. Bañólo en la Estigia para que viviese invulnerable, y por su talón, por el talón olvidado, especie de raíz, uníase con todos cuantos pasan al sepulcro desde la cuna. Por este frágil talón entró en sus venas el frío de la muerte. Y murió, no á manos de ningún héroe, que le honrara matándole, á manos del más débil entre todos sus enemigos, á manos del voluptuoso Paris. Una flecha despedida por éste desde Ilion al campo griego encontró el talón de Aquiles. Varias antiguas esculturas nos presentan al héroe arrancán-

dose la flecha, pero con tan poca fortuna, que también se arrancó la vida. Magníficos juegos fúnebres honraron su memoria. Hubo en ellos ejercios atléticos, competencias de carros bélicos, luchas y combates, mil porfías, tras las que le decretaban al vencedor afortunado magníficas armas. Ulises y Ayax disputaron por las armaduras de Aquiles. No sabiendo á quién darlas en aquella igual disputa, los reyes y las asambleas encargaron á los dos que altercasen mutuamente sobre sus títulos, é informasen de palabra como abogados naturales de sí mismos en aquel gran litigio. Ulises presentó á la consideración pública los servicios prestados por sus múltiples perfidias, y Ayax presentó los servicios prestados en sus múltiples combates. Valeroso éste, no podía sufrir que lo comparasen de ningún modo con el que huyera un día en el campo ante la sombra del animoso Héctor, mientras él impidió la quema por Héctor de las naves griegas. Al uno érale tan difícil hablar bien y proceder mal, como al otro hablar mal y proceder bien. Ayax, después de haber presentado un paralelo entre las palabras del uno y las acciones del otro, creyó imposible todo desconocimiento y olvido ingratos de sus gloriosas hazañas. En efecto, al concluir la enumeración de sus títulos Ayax, todo el concurso estaba en su pro; mas así que habló Ulises, como su elo-

cuencia tuviese tanta fuerza, llevóse consigo á los más resueltos, alcanzando para sí, por unánime voto, el inmediato donativo de las armas. Ayax perdió el juicio á este golpe. Ciego por su locura, perseguía él, tan generoso, á todos cuantos al paso topaba. Su furor llegó hasta herir é inmolar mansos corderos. En un rapto de aquella súbita demencia se traspasó el pecho con su propia espada, y murió suicida. Calcas atribuyó el fin desastroso de Ayax á su ateísmo. Suya es aquella invocación á los dioses, y especialmente á Júpiter, de los dos hermanos: «Dadnos luz y pelearemos contra ti.» Como una vez le dijera su padre que pensara en vencer con auxilio de los dioses, él contestó: «Con los dioses, hasta un cobarde triunfa. Yo no libro ninguna esperanza en su auxilio.» Queriendo una vez aconsejarle y socorrerle Minerva, Ayax rechazó su auxilio. Por eso creyó Calcas, y aun repitió Sófocles, que había muerto Ayax tan miserablemente.

Íbanse á cumplir las seis condiciones fatales anunciadas por los dioses antiguos para la caída terrible de Troya. Hubo en el ejército griego un descendiente de Aco; Filoctetes hiere á Paris y lo mata con las flechas regaladas por el divino Hércules; Diómedes arrebata el paladio de Troya, la efigie de Minerva, degollando á la sacerdotisa que velaba

por la diosa; Ulises roba los caballos del rey tracio Reso, ido en socorro de Príamo, é impide que beban agua del Xanto, la cual debía darles indudable victoria sobre Grecia; Troilo, último hijo de Príamo, fenece á la mordedura de un dardo; Itelefo, rey de Misia, entra en el ejército griego. Habíanse, pues, cumplido todos los augurios señalados por los adivinos como indudables anuncios de que Troya no podía resistir por mucho tiempo al empuje de sus enemigos. Y, sin embargo, nunca los troyanos en tantas insidencias habíanse creído tan seguros como en aquel entonces. A manera de los moribundos, que recobran el día de su muerte mucha fuerza y sienten renacer su vida y retornar su salud, Troya en vísperas de su incendio se imaginó que nunca jamás llegaría el enemigo á su bien murado seno, y que todo su esfuerzo estaba ya perdido en aquellos diez terribles años de larga y porfiadísima lucha.

La ruina de Troya ocupa todo el segundo libro de Virgilio, quien, después de haber cantado la vida rural en sus *Geórgicas*, en su *Eneida*, canta los combates y los dolores que precedieron á la fundación de Roma.

Ille ego, qui quondam, gracili modulatus avena.

Hemos dicho muchas veces que las escenas del

poema homérico habían pasado á la vida común; pues bien, las escenas de la virgiliana epopeya han ido más lejos todavía, y han pasado al común lenguaje. Sus versos entran lo mismo en los discursos solemnes de las iglesias y de los parlamentos que al hablar dentro de la vida ordinaria en la más vulgar conversación. La boca cerrada y el oído atento de quien escucha un relato intensísimo hállase á cada paso repetida en la lengua vulgar por este verso:

Contincuere omnes, intentique ora tenebant.

Para pintar la crueldad con que los vencidos eran tratados en el mundo clásico, se dice también este verso:

Una salus victis, nullam esperare salutem.

Lo mismo decimos del verso en que Virgilio recuerda sus destinos á la Ciudad Eterna:

Te regere imperio populos, romane, memento.

Cuando hasta los menos industriados en las artes y ciencias literarias conocen de memoria todos estos versos de Virgilio, ¿quién pretendería renovar su relato ni decir cosa que no estuviese ya olvidada por completo de puro sabida? El caballo de Troya entra en los coloquios más populares y lo

recuerda todo el mundo. Siempre que se tropieza con cualquier dón sospechoso, dicen los labios este verso virgiliano, sin acordarse casi de lo que dicen:

Timeo danaos, et dona ferentes.

Nosotros no reproduciríamos estas escenas, universalmente sabidas en el mundo culto, sin los deberes de biógrafo exacto contraídos con la misma persona biografiada y con el público á quien se industria en todo lo relativo al desarrollo de una gran existencia. Faltaría mucho á los conceptos fundamentales que deben allegarse de mujeres como Helena, si faltase la consecuencia primera y más inmediata de su culpa, la ruina de Troya. Y desacataría ciertamente á la conciencia humana quien tratase de innovar en aquello que ha obrado el genio y á cuya majestad y grandeza no podríamos nosotros atrevernos en nuestra pequeñez sin cometer una verdadera irreverencia. Resumamos, pues, toscamente la imperecedera narración de Virgilio:

Infandum, regina, jubes renovare dolorem.

Agotados por la guerra, exhaustos de fuerzas y de sangre, míseros y enfermos, advertidos ya por la fatalidad y tras dos lustros de vanos esfuer-

zos, los griegos fingen ceder en su empresa y retirarse de aquel cerco, dejando tan sólo una ofrenda inolvidable á la divina Palas, tan atenta de suyo á los guerreros y tan solícita en acudir á los combates. Consiste la ofrenda en gigante caballo, todo hecho de pino, y tan alto como una montaña, que deben dejar, si la diosa del combate y del esfuerzo ha de prosperar su vuelta indispensable á los patrios hogares. Pero ¡ah! que aquella máquina de religión y de culto era en el fondo solamente una máquina de guerra y estrategia. Innumerables griegos se ocultaban en sus entrañas, armados con todas armas y dispuestos á salir de allí como abortos de los abismos infernales, á incendiar y destruir la confiada Troya. Frente á Ilion se alza una isleta, famosa en otro tiempo por su fecundidad y por su nombre, Tenedos, rada en la sazón que vamos historiando completamente abandonada para supremo refugio de los marinos desorientados y errantes. Pues allí se ocultan los griegos, limpiando con esta estratagema todas aquellas cercanías, no sólo de su presencia, de sus naves, y de sus tiendas, y de sus campamentos, que habían vomitado mil veces la muerte. Troada respira, Ilion se abre, Troya se regocija y engalana, el antes ensangrentado mar sonríe y por todas partes rebrota la esperanza. Viendo aquel colosal simulacro proponen

muchos troyanos, en obsequio de Minerva, conducirlo dentro de Troya. Laocoonte, con especialidad, aconsejaba la desconfianza y despedía dardos que iban á clavarse rápidos en las entrañas del monstruo. Pero un día que Laocoonte sacrificaba un toro en las aras de Neptuno, dos grandísimas serpientes, de Tenedos venidas, lánzanse desde las ondas en que han levantado espesas nubes de blancas espumas, y relampagueantes los ojos, abiertas las fauces, agitadas las lenguas como un dardo, exhalando entre silbidos siniestros alientos de muerte, rojas como la sangre, ligeras como la llama, lánzanse á una sobre los cuerpos de Laocoonte y de sus hijos, á sus miembros se asen y enroscan furiosas, oprimiéndolos con sus frías escamas y levantando su cuello sobre las cabezas de los míseros mortales, hasta que, después de haber mugido como toros alanceados en frenesíes de rabia y en espasmos de furor, devoran la carne de aquellos tres cuerpos ahogados y arrojan sus esqueletos raídos como en cumplimiento de una implacable celestial venganza. El fin trágico de Laocoonte ha pasado á la posteridad en versos inmortales de la virgiliana *Eneida* y en grupos inmortales también de la clásica escultura.

Augurios innumerables presagiaron á Troya su desastroso fin. Casandra, la más bella entre todas

las hijas de Príamo, recibió largo tiempo los homenajes de Apolo, que deseaba con ella casarse. Mientras fueron rendidos y amorosos novios, recibió Casandra, en regalo, de su amador, el dón de profecía; pero, como al llegar la hora de casarse, Casandra rehusara dar su mano al dios, éste, que no había podido revocar la prerrogativa ya dada, frustróla de bien singular manera, sugiriendo á los hombres la idea de no creer jamás los pronósticos expresados por Casandra. Así la joven se deshacía en lamentos y nadie la escuchaba. Desde torre altísima, tendidos los brazos al sitio donde se hallaba el colosal caballo, fuera de las órbitas los ojos, crispadas las manos, trémulo todo el cuerpo, como veía los griegos dentro de la máquina, comunicábalo así á los confiadísimos troyanos en voces repetidas y agudas, pero nadie la escuchaba. Unido á esto el fatal acaecimiento de la muerte dada por los monstruos recién abortados por el mar á Laocoonte, quien hiriera el caballo, Troya no podía menos que sufrir engaño terrible y creer el grande simulacro una religiosa ofrenda y una suprema despedida. A mayor abundamiento, llegó el pérfido y embustero Sidón dándose por griego, pues no podía ocultarlo, pero también por disidente de los griegos y herido á sus manos, como patentizaba en su maltrecho y magullado cuerpo. Este redomado traidor mintió

cuanto pudo para persuadir al ingreso de la máquina fatal dentro de la fuerte Ilion. Suponiéndose víctima consagrada por los suyos á los dioses para granjearse al zarpar feliz navegación, encareció tanto sus angustias en la preparación del sacrificio y sus esfuerzos al romper las ligaduras, que le tomaron ya por griego renegado y por seguro asiático, desligándolo como á un ciudadano de Troya y ofreciéndole en adoptiva patria hogar grato y nuevo. Y no había para menos, porque á todas horas contaba cómo los griegos se habían perdido al robar el *Paladium* de Minerva, y cómo, ya perdidos, habían dejado en obsequio á la diosa del saber aquella máquina que, una vez en Troya, prosperaría su existencia. El desprecio á los augurios de Casandra y el asentimiento á los embustes de Sidón, las interpretaciones dadas al triste caso de Laocoonte, determinaron unánime resolución de todo el pueblo, quien, anheloso por satisfacer á los dioses y alejar á los enemigos, abrió ancha brecha en sus muros, bridó con fuerte cable al caballo y lo condujo entre cánticos de mancebos y danzas de vírgenes al seguro de su inexpugnable fortaleza.

¡Noche terrible la que sucedió á tal procesión! Esclarecidos por mustia luna los griegos abordaron á las riberas de Troya desde las riberas de Tenedos. Sidón abrió la puerta simulada que tenía el

caballo en su vientre, dejando paso á los allí aislados, quienes bien pronto mataron la guarnición y tuvieron la fortaleza. Corrían las primeras horas del sueño. Al natural sopor prestado por este diario descanso unían se aquella noche los pesados sopores traídos por los excesos de la bebida escanciada en la fiesta sacratísima y en la procesión religiosa. Alguien vió en sueños á Héctor triste, mal sostenido sobre sus piés hinchados por las correas de Aquiles, extintos de dolor los ojos, acribillados por dardos todos los músculos, la barba descompuesta y maculada con cuajarones de sangre; pero no le atendieron, como no atendieron al esfuerzo de Laocoonte y al plañido de Casandra. La fortaleza Ilion está ya por los griegos; la ciudad Troya les abre las puertas. Y aunque las tuviera cerradas, no sería cosa importante, si atendemos á la brecha franca recientemente abierta para procurar el paso á la máquina, donde va encerrado el más terrible y el más célebre dolo que han cometido los hombres. En efecto, el saco, el incendio, la matanza, el exterminio comienzan; caen las paredes y ruedan las piedras entre grandes erupciones de brasas y nubes rojizas de humo tempestuoso y de llamas voraces, como si bandadas múltiples de nubes eléctricas fulminantes hubiéranse lanzado sobre aquel suelo maldito; tórnanse irrespirables los aires

á la densidad espesísima de tantos vapores como los abrasan; el cielo se oculta y las estrellas se apagan como tras velo fúnebre; por aquí se oye un lloro de niño, por allá un grito de mujer; el resuello de la virgen violada sobre los tálamos honradísimos de sus padres únense al extertor de los moribundos recién caídos al pie de sus altares; de un lado singulares combates en que mueren todos los combatientes, de otro lado terribles defensas que matan para devolver el odio con el odio y aumentar el universal horror; aquí asaltos animados por la cólera y suicidios allí en los arrebatos de la desesperación, pues diríase que la tempestad con sus lluvias de fuego, las tormentas con sus trombas oceánicas, la peste con sus alientos asoladores, el terremoto con sus bostezos asesinos, habíanse reunido allí para destrozar á Troya, la cual en pocas horas tornóse colosal hoguera, próxima y muy próxima de suyo á reducirse tan sólo á un frío montón de cenizas, en el cual no se hallaran ni siquiera sus viejas y sacrosantas ruinas.

No estaba en aquel supremo encuentro el feroz Aquiles, pero estaba su Pirro. Un descendiente, como querían los oráculos, del viejo Eaco, asistía en aquel momento á la última noche de Troya. Pirro fué por Aquiles engendrado y con sus mismos furores nacido. Él se dirigió, pues, al palacio de Pría-

mo para concluir la obra comenzada por su padre. Precipitóse al escalo formando la terrible tortuga helénica. Corren las escalas por todas las paredes, y por ellas gatean todos los sitiadores, guarecidos bajo su escudo para preservarse la cabeza y sin mirar siquiera dónde ponen los piés. Los objetos más ricos del palacio, muebles, armaduras, estatuas, ruedan sobre los asaltantes y aplastan á muchos. Una torre, que se levantaba erguida sobre aquel vasto monumento, como un observatorio reservado á sus vigilantes guardias, cae con estrépito sobre los combatientes. Pirro, de pie y airado en el vestíbulo, resplandeciente con su armadura de acero que al fulgor del incendio reflejado en sus brillantes aristas esplende y relumbra, el hacha en la mano, las puertas del palacio recién derruídas á los piés, parece como el genio de la desolación entre los horrores de la guerra. Pero todo es pálido junto á la tragedia de aquel interior siniestro, en el cual llegan los dolores humanos á su colmo. Mientras unos defienden palmo á palmo las escaleras y las entradas cayendo al golpe superior de los enemigos, otros corren desalados en busca de una piedra colosal, de un abismo profundo y de una destructora llama para que los acabe y los entierre por no ver tantas catástrofes. Las mujeres fugitivas andan sollozando en todas direcciones, y los vencedores las cogen

del cabello, las tiran al suelo y las cargan de cadenas tras ofenderlas y desacatarlas. Las madres llevan abrazados los pequeñuelos á su pecho y piden la muerte para ellas con tal que á ellos les dejen la vida. Pirro excita con excitaciones múltiples al asalto, y lo arrastra todo en su furor, más que la inundación, y lo abrasa todo con su cólera, más que el incendio. Los defensores con sus deudos muertos al pie quedan reducidos en su impotente debilidad á mirar en fría estupidez los escombros y los cadáveres cual mira un campesino su vieja cabaña sumergida en las aguas de un río que ha salido de madre. Príamo, cargado con las insignias del combate y del mando, dirígese al doméstico altar alzado en amplio patio, bajo la bóveda del cielo y cubierto por los ramajes de un laurel sagrado. Junto á tan sublimes lares veíanse á Hécuba con sus hijas, semejantes á palomas precipitadas por la tempestad sobre los campos é impedidas de remontar su vuelo, que abrazan á sus diosas, mas ya tan inertes y tan frías como las estatuas á cuyos cuerpos están abrazadas. En esto, poco después de haber llegado Príamo, llega jadeante el postrero y más joven de sus hijos, Polites, á quien Pirro persigue y mata en aquel sitio y en aquel momento, manchando con aquella joven é hirviente sangre la cara de sus dioses, de sus reyes, de sus padres. Príamo en tal ca-

tástrofe aun tiene fuerzas para maldecir al ciego matador, quien le coge, le derriba, le arrastra sobre la sangre de los suyos, entre los clamores de las enloquecidas princesas, y cuando ya lo tiene próximo al ara, le clava su espada en el corazón mismo, á cuyo golpe concluye, no sólo aquella ilustre dinastía, sino Troya entera y la supremacía de Asia sobre los destinos del mundo.

Ni los niños fueron perdonados, para que no pudiese jamás levantar su cabeza la dinastía exterminada. Mientras Príamo acababa sobre las aras de sus dioses, Andrómaca, la viuda severa del heroico Héctor, corría en todas direcciones llevando su hijuelo, apenas destetado, en los brazos, para pedir su salvación, como se debía indudablemente á su inocencia. Lloraba el niño á voces y á desgarradores sollozos, como si el instinto de conservación le advirtiera que ni aun él podía salvarse. Sus manos agarraban el cuello de la madre como el náufrago la tabla; escondíase la cabeza en aquel seno como los hijuelos del nido la esconden bajo las alas maternales. Sólo Héctor, volviendo resucitado del Orco, podía defender y salvar á su hijo de las sentencias infligidas por un hado implacable. Andrómaca no podía hacer otra cosa sino cubrirlo de besos, regarlo de lágrimas, y, cayendo á los piés del vencedor, acordarle cómo fueron niños y tuvieron

madre. Pero la matanza con sus vapores embriaga más que la borrachera, y los griegos cogen al niño sin piedad y lo estrellan furiosos en el ya ensangrentado pavimento. Si esto es de los niños, ¡qué será de las mujeres! El vencedor refina su crueldad, y para más atormentarlas y acrecentar su dolor les respeta la vida. Quedan, pues, las reinas y princesas cautivas. El griego las amontona como fragmentos de sus despojos y las reparte todas en premio á los esfuerzos empleados contra su familia y contra su patria. El arte antiguo, tan armonioso, y sereno, hanos dejado en sus melodiosísimas líneas y en sus dechados rientes una excepción luctuosa con estos cautivos, parecidos á una sombra fúnebre y á una elegía en piedra. Yo he visto mil veces en los grandes museos europeos aquella tristísima efigie de Hécuba desolada, que tiende su brazo en demanda inútil de piedad, y vuelve su demacrado y viejo rostro al cielo, preguntándole afligidísima la causa de su abandono, y me ha parecido que aquel frío mármol aun lloraba, como si fuese una imagen de todas las grandezas caídas, de todas las ciudades incendiadas, de todas las patrias muertas, de todas las tragedias históricas. Después de haber sido casi diosa, reina, sentádose bajo un solio, compartido un lecho sacro, engendrado generaciones de príncipes y reyes frigios como no los

había visto iguales el Asia, habitado palacios tan grandes cual ciudades, puestóse adornos que competían con las constelaciones del cielo, vese, por haber vivido mucho, á esclava reducida, tras el degüello de los suyos, que había visto resplandecer, á guisa de divinidades, sobre las aras; sus hijas, que había reservado para grandes himeneos, deshonradas por la servidumbre, y á sí misma sierva de los griegos, los cuales encargáranla de guardar la puerta ó amasar el pan, vistiéndola con los harapos de la miseria y no dejándole ni siquiera la esperanza de saber dónde hallará una tierra compasiva para postrer y sacra sepultura de su cuerpo. Y aun es más triste que todo este lamento de la desolada Hécuba el plañer de Casandra cuando pide á los sacerdotes muertos que alumbren las lámparas del hogar, y enciendan las antorchas del himeneo, y enseñen coros epitalámicos á los jóvenes frigios, y urdan velos preciosos para envolver su cuerpo, y trencen guirnaldas de desposada para coronar sus sienes, porque piensa casarse allá en la tierra de los muertos con la sombra de los vencedores y vengar por un desposorio tan nefasto como el de la misma Helena los queridos manes de su familia y de su patria.

¿No estaban todavía satisfechos los griegos? Después de aquella matanza y de aquellas tristezas

pedían aún humana sangre y tristezas mayores. En el momento de partirse, la sombra de Aquiles se les apareció y les dijo cómo él no estaba todavía vengado, exigiéndoles un sacrificio digno de su heroísmo y de su nombre. Cuando en las incidencias del sitio griegos y troyanos anduvieron en sendas y mutuas embajadas que se requerían respectivamente de paz, trataron, si á una concordia se llegaba, de casar Polyxene, bella hija de Príamo, con el héroe griego. La satisfacción, que no había gozado en vida, deseábala en su muerte. Polyxene, pues, debía ser inmolada en la tumba de Aquiles. Sobre una redonda colina los griegos alzaron el ara indispensable al sacrificio. El hijo de Aquiles tomó de la mano á la joven, y en vez de conducirla, como parecían demandar su juventud florida y su belleza varonil, al propio tálamo, llevóla sin escrúpulo al frío sepulcro. En efecto, un heraldo griego impuso al ejército silencio, y el joven vencedor de Troya, tomando áureo sacro vaso en el puño donde había centelleado la espada, ofreció libaciones de sangre virginal á la memoria de su padre para que les fuera propicia, prosperando la indispensable navegación y conduciéndolos sanos y salvos á Grecia. Hecho esto, Pirro sacó su espada bruñida, de puño áureo y de filo cortante, mandando á sus compañeros que asieran el cuerpo de la virgen y se la

presentaran sujeta y dispuesta para la inmolación. Pero ella se opuso á violencia ninguna, pues los infelices no temen la muerte, ofreciendo su cabeza de grado, que prefería precipitar su muerte á presentarse allá en la otra vida con signos y marcas de servidumbre. Los jóvenes se detuvieron pasmados, así ante su valor como ante su hermosura, y Polyxene, regocijada con aquel triunfo de la debilidad sobre la fuerza, presentó á la vista de sus sacrificadores la más torneada garganta y el más turgente pecho que hubieran contemplado sus ojos. Cualquier humano de veras se compadeciese á tanta gracia y conservara sér tan tierno y tan hermoso á la vida. Pero un vencedor carece de sentimiento y entrañas. El hijo de Aquiles clavó la espada en el corazón de aquella víctima, que supo caer circuída por el resplandor suavísimo de su virtud y de su belleza.

Y cuando tantas desgracias en las hijas de Troya se habían cebado, ¿qué fué de la culpada por excelencia, de la hermosísima Helena? Cuando todo estaba concluído y las llamas se iban en humo y las ruinas en polvo, profundo terror entraba en el ánimo de los vencidos, viendo sobre los escombros disipándose y sobre la familia troyana entera convertida en sombras la efigie de aquella que trajo con su fatal belleza y su voraz amor esta catástro-

fe. Virgilio ha descrito esta situación de un ánimo apenado por la vista de Troya en ruinas, coincidiendo con la presencia de Helena intacta y viva en el segundo libro de su poema, desde los versos 559 hasta los versos 631, comenzando por este admirable modo:

At me tum primus sævus circumstetit horror.
Obstupui; subiit cari genitoris imago.

Al resplandor siniestro del incendio aparece, aunque mal seguro, todavía de pie, circuído por las humaredas y las llamaradas, el templo de Vesta. En sus cercanías, por la universal desolación cubiertas, corre una mujer, á guisa de sombra, en requerimiento de algún asilo callado y secreto. Esta mujer era la esposa de Menelao, aquella furia de Argos y de Troya, que temiendo castigo de los griegos y venganza de los troyanos por los males inferidos á unos y otros, buscaba un sacro sitio donde acogerse al pie de los altares y bajo la égida de los dioses contra la maldición universal. Verla el postrero de los troyanos y sentirse asido por odio, empujándole á inmediata inmolación y venganza, obra fué de un minuto. Cuando el cielo se había convertido en paño fúnebre, las estrellas en funerarias antorchas, el suelo en humo y polvo, el agua de los mares en lágrimas y sangre, heridos hasta

los dioses, muertos los príncipes y los reyes, segados los milites por las parcas cual las espigas por las hoces, sepultados los niños como semillas que no brotan, acabados gloria y poder por todo un continente, la causa de tales desventuras quedará reina y vencedora, sin una herida en su cuerpo, sin una nube en su frente, y reveerá su palacio resplandeciente, su esposo enamorado, sus hijos amorosísimos, su padre bendiciéndola, sin que hayan tenido valor para clavarle una espada en el corazón de hiena feroz, ni las mujeres recién reducidas á servidumbre, ni los hombres recién caídos en el suelo, como si Helena fuese una diosa inaccesible á la maldición é inviolable á la espada. Quien tales cosas dijera y pensara sacó su estoque del cinto y lo alzó para clavarlo en aquel inhumano pecho, á fin de prestar con la sangre vertida por su mano un holocausto al espíritu de su pueblo recién entrado en la eternidad. Pero cuando ya tenía el arma en los aires y á los piés Helena, surge Venus brillando, más deslumbradora que nunca, entre las tinieblas, tan bella y majestuosa como al aparecer todos los días allá en el Olimpo á los inmortales dioses, y le retiene su brazo y le arguye con sus rosados labios por haber movido aquella cólera increíble y curarse más del sacrificio é inmolación de una débil mujer que del auxilio

y socorro á los atribuladísimos troyanos, los cuales aun podían en aquella hora salvarse y fundar con su protección otro imperio mayor bajo cielos más propicios y en otra tierra menos desgraciada y maldita. Y después de haber salvado así á Helena, por ella puesta un día en posesión de Paris, mostró cómo la ira de los dioses, más que la culpa de aquella mujer, habían destrozado á Troya. En efecto, las moles dispersas, las piedras arrancadas así á las bases como á las cúspides y coronas de la ciudad asiática, fragmentos tan terribles de un cuerpo tan colosal, débense á que Neptuno, con su tridente, bate los edificios todos como el huracán, las trombas, y las tormentas á míseras navecillas, mientras Juno, á la puerta Scea, desasido el cetro y asido el hierro, concita la furia de los vencedores. Palas preside con su égida, y sobre nube relampagueante asentada, el desplome de Ilion, y Júpiter, el padre de los dioses, presta su fuerza incontrastable á los esfuerzos reunidos contra el troyano imperio y esparce y difunde por doquier el fuego y el incendio de la guerra.

Los que así pugnaban para concluir con Helena comprendían bien poco el sentido intrínseco de su historia y el acierto con que proceden los dioses y los poetas autores de tal historia dejando á Helena salvada é indemne. ¡Ah! Los males causados por

su culpa no provienen de ella, de su voluntad, de su inteligencia, de su sentimiento, de las facultades que impulsan y determinan los actos conscientes y libres acompañados de una responsabilidad, provienen de su hermosura, dón ajeno y no propio, cuya fascinación sobre las cosas animadas é inanimadas, y especialmente sobre los hombres, no podía ella contrastar con ninguno de los medios puestos á su disposición por la naturaleza, y que forman la verdadera culpabilidad ante los dioses y ante las sociedades. No tenía Helena la culpa de su hermosura, y mucho menos de que su hermosura ejerciera sobre los humanos un poderoso influjo decretado por la naturaleza para la perpetuidad y conservación de sus creaciones. No había Helena escogido á Menelao por esposo, lo habían escogido las asambleas griegas. No fué la sin par Helena quien declaró por sí misma causa y motivo de guerra su codiciada posesión; fué toda la suma de los reyes helenos. La belleza de que nació vestida no pudo ella desvestírsela; recibióla de Júpiter mismo en el seno de Leda. Ella no podía revocar el poder que la belleza poseerá en la tierra siempre, mientras los hombres sean hombres. Quitadle á la noche de luna su melancolía, y al ruiseñor su himno, y á la miel sus dulzores, y á la rosa sus aromas, y al arroyo sus susu-

rros, y al cielo su luz; cuando hayáis quitado todo esto podréis quitarle á la mujer también su avasallador atractivo. No buscó á Paris Helena, lo buscó para Helena Venus. La diosa, viendo mancebo tan apuesto como el pastor de Ida y mujer tan acabada como la reina de Esparta, juntólos bajo el mismo techo y sobre el mismo tálamo en su culto á la belleza. Se buscan, y se diría que tienen sexo, desde las moléculas á las estrellas. Dos nubes se atraen como se puedan emparejar dos aves. Al beso de la luz responden los vapores de la tierra, porque cielo y tierra se aman. De consiguiente, las desgracias cíclicas, y legendarias, y mitológicas de la hermosa Helena son desgracias al poderío de la mujer anejas hasta la consumación de los siglos. En el amor se producirán y en el amor se consumirán todos los seres. Helena tendrá en cada corazón holocaustos tales como el holocausto de Troya. Miles de sentimientos profundos y ocultos resultarán al fin y al cabo tan cruentos y tan dolorosos como la toma de Ilion, siquier no tengan su inmensa resonancia. El que nunca se haya dejado llevar por aquellos impulsos propios al corazón humano, ignorará todo el prestigio indeliberado é inconsciente de la diosa Helena y toda su fuerza incontrastable y fatal sobre los mortales. ¡Ah! La tragedia humana está en eso, en esta grande alma

recluída dentro de un cuerpo tan pequeño, y en esta libertad tan entera y completa, libertad de conciencia, libertad de pensamiento, libérrimo albedrío, todo ello sometido á tantas fatalidades como nos impone con imposición soberana el universo material. Y si fueran sólo éstas las fatalidades bajo cuyo peso vivimos, aun podríamos consolarnos. Pero el sentimiento, la pasión, el error, la duda, siguen al espíritu como al cuerpo la sombra. Y he ahí por qué tiene tanta fuerza el destino en el mundo y en el arte, y he ahí por qué tiene tanta inocencia en su culpa la culpada Helena. Las expresivas artes antiguas nos han dejado imágenes mil de todas estas consideraciones en los varios monumentos con que han perpetuado el terror contenido en la última noche de Troya. Menelao, el ofendido esposo de la reina, tras diez años gastados en guerra y en inmolaciones de tantos héroes muertos, viendo en sueños las sombras de los idos para siempre, y retratadas en sus ojos las ruinas de Troya juntamente con los desastres de Grecia, corre á vengarse con venganza cruentísima de su cruel Helena. Erizada la cimera cual cresta de gallo furioso, desnuda la espada y vibrante como áspid envenenado de hambrienta culebra, embrazado el escudo para herir sin miedo, los ojos relampagueantes, fatigado el resuello, crispadísimos los nervios y

en tensión los músculos, llega delante de su Helena, y, al herirla, deslumbrado por su hermosura, cae á sus piés y la saluda como á su bendita esposa. Y sopla el Euro; y se tranquiliza Posideón para conducirla desde las riberas frigias á las riberas patrias; y el palacio de Tindaro, levantado en la colina de Palas, resplandece para recibirla con sus mayores preseas; y los reyes griegos ensayan discursos con que saludarla, y los poetas versos con que bendecirla; y el templo de Citerea se abre á las vírgenes que danzan para divertirla entre cadencias de cánticos y sones de cítaras; y desde la bahía profundísima del Eurotas á las montañas de Lacedemonia, resplandece un regocijo sin fin; y los sacerdotes le presentan vasos áureos para las libaciones, calderos sacros para el agua lustral, haces de leña olorosa para los lares domésticos, cuchillos afilados para los sacrificios religiosos, porque joven, bella, fascinadora, divina, representa los goces y los estragos del amor universal.

Ahora se descubre por qué brilla Helena como un astro sin ocaso en la literatura clásica y entra como un factor sin igual en la literatura moderna. Si Júpiter la engendra, Teseo la idolatra, Paris la roba, Héctor la respeta, Proteo la retiene allá en las riberas de Egipto, Príamo le ofrece Troya en holocausto á su hermosura, Aquiles abandona los Campos Elíseos

por sus brazos, el genio antiguo compara su color á la rosa de Chipre, su aliento al aura balsámica de Tesalia, su pecho á las palpitaciones del Egeo, sus ojos á los luceros precursores de la noche, su cabello al rayo de la luna cuando riela en el mar. Heródoto en su Euterpe, y en su Orestes Eurípides, y en sus elegías Propercio, y en sus Heroidas Ovidio, ponderan la belleza de tan perversa mujer en estos y en otros mil inenarrables términos. Antes de que Aquiles con su fuerza y Ulises con su astucia pugnaran por ella, pugnado habían ya los astros del cielo y descendido á defenderla Cástor y Pólux. Deífobo la quiso después de la ruina de Troya, como Paris antes. Ya lo hemos dicho, Aquiles volvió del otro mundo para gozarla, olvidado indudablemente de que había muerto por ella. No bastaron las armas de los combates y empleáronse ya en su pro, ya en su contra, las armas del raciocinio. Los rodios y los lacedemonios alzaron templos para honrar su memoria. El poeta Sthesichoro, que se atrevió á insultarla, quedó ciego, porque ceguera debía ser el ignorar su influjo sobre las revelaciones artísticas en la humana mente. Heródoto refiere que las vírgenes deformes se transfiguraban en su templo como se transfigura la humanidad en el arte. Así que llega el genio helénico á su madurez, Helena llega también á su zenit. El cantor ciclópeo de la civili-

zación helénica, el que ha podido ver en Maratón las consecuencias de Troya y el predominio de la civilización helénica sobre la civilización asiática, mucho mejor que ningún otro comprende la trascendencia contenida en el gran combate entre danaos y teucros, mucho mejor que ningún otro sabe cómo la Hélade no podía renunciar á Helena sin renunciar á sí misma, ni dejar á Helena cautiva en las manos de Paris y en el palacio de Príamo sin dejar cautiva del Asia y de sus tiranos el alma entera de Grecia.

En Sófocles llega por completo el arte antiguo á su plenitud, y llegando el arte antiguo á su plenitud, no podía prescindir en modo alguno de su Helena. Dos tragedias consagró Sófocles á la espartana reina y las dos se han perdido. La crítica no sabe ni siquiera sus argumentos, poseedora tan sólo de algunos escasísimos trozos. A cuantos estudian el mundo antiguo, duele mucho esta falta. Sófocles resulta, mirado desde la posteridad hoy, el gran teólogo de los tiempos helénicos. No debe, pues, maravillarnos que la crítica haya con tal empeño insistido en rastraer la sombra de argumento salvada en estas fracciones de una obra inmortal. De lo estudiado y recompuesto dedúcese que había el trágico á su pueblo presentado como asunto digno de todo su interés el inolvidable litigio sostenido

en África sobre las culpas y los errores de la simpar Helena con los medios propios de su respectiva ciencia y sabiduría por Ulises y Antenor. En Egipto derramaron griegos y troyanos su sabiduría, los unos para rescatarla y los otros para retenerla, como habían derramado en Troya su sangre. Ulises, igual á los dioses en prudencia, mostraba que, al recabar Helena de manos de Paris, no recababan una joven de un joven, no se metían en asuntos de amor y de placer; lo que realmente recababan era el tipo de la civilización helénica por Júpiter como dón celestial concedido á su patria y arrebatado por los asiáticos para quitarle á su patria vida y grandeza. Delante de tal consideración el genio helénico trabajará por purificar á Helena todo lo posible. Llegará esta purificación á su auge completo en la mente del gran Eurípides. Este último de los trágicos nos dice que la impura mujer, ni fué impura, ni cayó en brazos de Paris. Esta idea no es propia y original de Eurípides. Los argumentos del teatro clásico se hallan todos ellos en los poemas de Homero y en las historias de Heródoto. El libro Euterpe del gran historiador, párrafos 120 y 122, refiere cómo jamás Helena visitó á Troya. Cuando Paris arrebatara la esposa de Menelao, impelieron los dioses la raptora nave á Egipto, y desembarcaron su carga preciosísima en el palacio de Proteo, quien juró pro-

tegerla y respetarla con religiosa escrupulosidad, hasta restituirla, cuando así lo dispusiera el cielo, á su patria y á su esposo. Los griegos no quisieron creer en tal depósito y reclamaron á Helena del cuitado Paris y del teucro pueblo, los cuales no la poseían. Helena estaba entre las divinidades. Cástor y Pólux, que brillan en nuestras noches, eran sus hermanos; la diosa Iris, que tiñe con sus matices nuestras nubes, era su mensajera; Júpiter, que ha generado todos los dioses, su padre; Venus, que ha difundido el amor en los corazones, su égida, y Homero su poeta. Por consecuencia, para Eurípides, todo cuanto se ha dicho de su ligereza y de su infidelidad, fábula; ni Helena se ha dejado el palacio de Tindaro, su padre; ni Helena ha traicionado á Menelao, su esposo; ni Helena se ha rendido á Paris, su raptor; ni Helena ha entrado adúltera en Troya, su enemiga; Juno, protegiendo á la hija de Leda, entregó una ilusión sin realidad y una forma sin vida, cuyas caricias creyó verdaderas el joven voluptuoso en la demencia de su alma y en la fascinación de sus sentidos, cuando Helena llora á las orillas del Nilo, en su pureza perfecta y en su integridad absoluta, desgracias causadas por un engaño, generadoras de maldiciones sin cuento lanzadas sobre su persona y sobre su nombre por todos los siglos hasta la consumación de los tiempos.

La tragedia del último trágico griego contiene mayores y más reveladoras incidencias. El coro le dice á Helena cómo en apartada gruta habita una mujer, cuyos son los secretos de los mares, por lo cual bendícenla en cánticos suaves parecidos al rumor de prósperas brisas las hermosas nereidas. Se llama Thenoe y personifica las prósperas señales que alegran al navegante. Además domina el arte de la feliz adivinación, y sabe seguir al tiempo en sus vuelos hacia lo futuro, pues Thenoe anuncia la llegada inmediata de Menelao náufrago. El rey espartano podía creerlo todo menos la existencia de su esposa en los arenales del Nilo. Así, á cada instante se frota los ojos y pregunta si es ilusión ó no de su deseo aquella ideal mujer que le alarga los brazos y que lo estrecha contra su pecho. Entonces Helena le refiere cómo el dios Mercurio la condujo al apartado Egipto, burlando así los deseos de Paris. Quizá el principio utilitario, personificado en la divinidad del comercio, quiso abismar en la soledad inmensa del desierto al principio estético, personificado en la diosa del arte; pero el Egipto resulta en el mundo siempre una tierra de transformación y allí se transformó Helena, que reune ya por esta larga residencia en la escuela de los misterios el genio de Oriente con el genio de Grecia. Feroz egipcio quiere sacrificar á Menelao, como solían los

náufragos ser sacrificados en aquellas bárbaras edades; pero Helena, contando con la protección de Thenoe, salva de la muerte á su esposo y regresa pura y redimida á los mares de Grecia. El arte griego ha cumplido ya su destino y logrado por fin purificar á Helena. Ya no aparece como la joven ligera y voluptuosa que se huelga y recrea con los decires de sus amantes, ni como la infiel mujer que ha traicionado á su marido en adúltero tálamo, sino como pura y casta, desgraciada cual todos los bienhechores del mundo, sin culpa propia y maldecida por una injusticia que dura cien siglos. Roma no siguió el camino de Grecia. Creyéndose heredera de Troya, maldícela, maldicen á la causa de su guerra y de su desgracia, lo mismo Virgilio en la poesía épica y nacional que Séneca en la poesía trágica. Pero el genio de Roma no es realmente un genio literario, como no es realmente un genio filosófico. Sus letras y sus ciencias resultan ampliaciones, y nada más que ampliaciones, de las ciencias y de las letras griegas. El genio de Roma es un genio político, es un genio práctico, y su virtud estriba en haber hecho prácticas las teorías griegas y haberlas aplicado, merced á la universalidad maravillosa de sus principios, en los pueblos sometidos por la universal cultura latina. Lo que Grecia hiciera, hecho queda; lo que Grecia pensara, es á la postre ideal

común de todos los pueblos cultos. Como las pesadas, y salinas, y amargas aguas del mar se tornan dulces al evaporarse y extenderse por las alturas del cielo, se ha purificado el alma de la hermosa Helena en la alturas del tiempo.

Por eso ha podido el gran poeta moderno derivar nuestro arte contemporáneo del matrimonio entre la personificación del genio romántico llamado Fausto y la personificación del genio clásico llamado Helena. Después de haber el doctor cristiano recorrido las esferas del pensamiento, encuentra que, para producir algo perfecto, deben unirse, por medio de un amor sin límites, el fondo riquísimo de múltiples ideas allegado por la civilización cristiana con la expresión aquella que ha hecho las melodías en piedra del Partenón, esculpido los bajorelieves y los simulacros antiguos, forjado el hexámetro perfecto de Sófocles y escrito en la divina lengua de Platón. Merced á esta idea, los dioses muertos volverán á levantarse como las larvas redivivas al soplo de la primavera; las esfinges, sacudiendo el sudario de arenas, descifrarán los jeroglíficos entallados en las columnas de sus templos; entrarán dentro del Verbo divino lo mismo el espíritu que la naturaleza, lo mismo las primeras revelaciones religiosas que las postreras ideas filosóficas; los grandiosos espíritus iluminarán todos los tiempos cual ilumi-

nan los grandes soles llamados estrellas todos los espacios; compondrán un himno el coro de las ideas con el coro de las cosas; el pensamiento abstracto se concretará y se materializará como el dibujo en la estatua, y los seres concretos se disiparán en ideas como se disipa en incienso la resina puesta en las cazoletas del templo, y la historia humana concluirá por ser el poema cíclico, el apocalipsis celeste, la sinfonía infinita de la libertad y de la redención universal. Cuando en aquel castillo de la Edad Media soñado por Goethe los puentes levadizos se tienden, las puertas férreas se abren, las torres del homenaje se arrodillan, las legiones de cristianos héroes con su cruz al pecho y su espada de Toledo en la mano coronan sus almenas sonando sus trompetas de oro mezcladas con el *Te Deum* despedido por las ojivas donde aletean los ángeles, todo para que la Helena griega pase como una Eva redimida por María á producir con un beso dado en los labios de Fausto, del genio romántico, la rima en los antiguos tiempos desconocida, realmente reconcilia Grecia y Troya, el genio antiguo y el genio moderno, compenetrándolo en todos los tiempos y extendiéndolo á todos los espacios dentro del seno de la humanidad y bajo las bendiciones del Criador.

MEDEA

En Ceres hemos presentado la diosa; en Dafne la ninfa, diosa también, pero á la humanidad más próxima que Ceres; en Helena la mujer, hija de dioses, pero de reyes esposa y madre de una generación por completo humana é histórica; tócanos hoy presentar un tipo en torno del cual puedan verse y estudiarse por quien leyere las mujeres trágicas. En Helena hemos visto la poesía homérica heroica; en Penélope, á quien dedicáramos una parte considerable de nuestro primer volumen, vimos de otro modo la poesía homérica, vímosla bajo su aspecto náutico; en Medea vemos la poesía trágica. Muchos motivos, que nos parecen racionales, tenemos en justificación de tal preferencia nuestra por la heroína de los celos y de la venganza. Llevados indeliberadamente del afecto que Antígona, la mujer más bella y más piadosa del antiguo arte nos

inspira, parámonos en su presencia y pusimos su hermosísima figura en el vestíbulo de nuestra obra. La Venus de Milo en mármol puede compararse tan sólo, por acabada y perfecta, con la bella joven esculpida en los hexámetros de Sófocles, que guía por los valles de Colonna la sombra de su padre ciego, y entierra con piedad inenarrable los despojos de su hermano muerto, sacrificándose y muriendo por toda su nefasta familia. La desgracia de su padre rey Edipo; el valle de Colonna, por los laureles y por los olivos asombrado, y con el coro de ruiseñores henchido; el combate por los despojos y por los restos de su hermano, en tal manera engrandecen á la simpar Antígona, que no podíamos pasar delante de ella sin detenernos á idolatrarla, llevando, como lleva, sobre sus sienes, doble corona de virtud y de poesía. Por consecuencia, trazada ya la efigie de Antígona en las páginas primeras de nuestra obra, con el retrato de Antígona trazado también allí el retrato de Penélope, hija y esposa perfectas, no tenemos otro remedio sino buscar una mujer trágica para que todas las fases del espíritu femenino estén representadas en nuestra obra. Y las mujeres trágicas, ó bien están agrupadas en coros, como las danaides y las suplicantes, prestándose poco al retrato individual que una galería como la nuestra exige, ó bien hallándose de todo

en todo enlazadas con la guerra de Troya, en el retrato de la simpar Helena entran como figuras de orden secundario, es verdad, pero delineadas allí de bulto y de relieve.

El teatro dimana de la epopeya. Los personajes puestos por Homero en sus cánticos trasládalos íntegros á su escena la tragedia clásica. Por consecuencia, precisa repetirlo: hemos visto ya todas estas figuras en el cuadro trazado para representar la influencia de la hermosa Helena sobre su pueblo y sobre su tiempo. Si hubiéramos escogido Clitemnestra, por ejemplo, ¿qué ignoramos de su marido Agamenón? ¿Cómo no repetir las mismas escenas en presencia del mismo héroe? Casandra nos ofrece igual dificultad. Sus pronósticos frustrados y sus duelos intensísimos corrieron á nuestra vista ya como fuegos fatuos sobre los asedios y escombros de Troya. Otro tanto debemos decir de Ifigenia. No se puede hablar de la guerra de Frigia sin hablar también de su inmortal sacrificio. Los poetas griegos reproducen á una los personajes históricos, sin respetarlos, ni cuando sus predecesores los han presentado ya en escena. La muerte de Agamenón á manos de su mujer Clitemnestra pasa de la tradición al viejo Esquilo, del viejo Esquilo al perfecto Sófocles, del perfecto Sófocles á Eurípides. Clitemnestra tiene tres tragedias en el teatro anti-

guo, tantas como trágicos. Ifigenia, por su parte, aparece una vez en Aulide y en Tauride otra vez. Antígona por tal manera cautiva el genio antiguo, que los tres grandes trágicos le han consagrado su estro. Tenemos, pues, todas las mujeres trágicas del mundo griego encerradas en su poesía épica, y toda la poesía épica de los griegos nutriéndose con las ideas despedidas por la guerra de Troya. ¿Cómo reproducir ya la tristeza de Hécuba, la fidelidad de Andrómaca, el sacrificio de Polyxene, la ternura de Tecmese por Ayax, sin reproducir al mismo tiempo cuanto hemos dicho en el capítulo consagrado á Helena? Estos cuadros nuestros representan, no estatuas aisladas y desasidas de todo cuanto las rodea sobre su artístico pedestal, representan verdaderas pinturas murales, en las que intentamos encerrar, no solamente su persona, sino también su pueblo y su tiempo.

Medea personifica una gran edad helena. La fábula del vellocino de oro reproduce de manera muy gráfica los tiempos á los cuales podemos llamar tiempos descubridores en Grecia. Solícita la naturaleza por su finalidad, cuando quiere cumplir una obra colosal, atrae á ella los seres todos necesarios para su cumplimiento por medio de ilusiones y esperanzas. El navegante no podría desafiar todas las inclemencias del cielo y del Océano, si no lo

incitase á ello un apetito, de suyo tan bajo, pero tan eficaz siempre, como el deseo de lucro. Desde los primitivos tiempos hasta los nuestros el descubridor ha buscado un vellocino de oro como premio á sus fatigas y como espoleo al trabajo de sus compañeros empeñados por él en tantos combates y por él comprometidos en tan arriesgadas empresas. El argonauta griego representa en toda su verdad el descubridor moderno. La Cólquide, sita en puesto de Grecia tan cercano como el mar Negro, recuerda un tanto nuestras Indias, buscadas é invenidas por los marinos de Venecia, de Portugal y de Castilla. El rey de la misteriosa región se parece al gran Mogol de Marco Polo, en requerimiento de cuyo reino iba por un error de cálculo Colón, creyendo encontrar aquellas fabulosísimas riquezas, y sin haber adivinado, ni aun después de puestos sus piés en tierra de todo el mundo antes ignorada, que había en realidad encontrado un Nuevo Mundo. Jasón, el navegante Jasón, anuncia ya los viajes y los descubrimientos de Magallanes y del Cano. Aquel su vellocino de oro brilla en los ojos de los navegantes que le acompañaban lo mismo que podían brillar á la vista de los compañeros de Colón aquellos palacios de plata, y aquellos templos de oro, y aquellas puertas incrustadas en zafiros, y rubíes, y esmeraldas, con que la imagina-

ción se alucinaba para poder, sostenida por tal magia increíble, arriesgarse al combate con los vientos, con las olas, con las nubes eléctricas y tempestuosas, con los ciclones asoladores, con las trombas terribles, con tantas calamidades como caen y llueven sobre los abismos del encrespadísimo y terrible Océano, en cuyas entrañas desaparecieran tantos héroes nacidos para combatirlo y para domarlo. El vellocino de oro se asemeja mucho al riente lago de agua fresca puesto por la refracción del sol en las arenas ante la vista del peregrino á quien la sed abrasa y devora en las infinitas soledades del desierto. Si el hombre supiese, antes del apetecido logro, los desengaños que le aguardan, renunciaría de grado á todos sus deseos, y juntando cuna con sepulcro, apenas aparecido en la tierra, volveríase con violencia de nuevo á enterrarse y recluirse para siempre dentro de sus frías é implacables entrañas. El vellocino de oro, el viaje de Jasón, la magia de Medea, representan la prehistoria, digámoslo así, ó el poema de la navegación, de los descubrimientos, de los combates por la colonia, por el puerto, por la investigación de tierras nuevas, por el dominio sobre los mares inmensos.

La figura de Medea está unida con la figura de Jasón, y la figura de Jasón está unida con las desgracias de Tebas, y las desgracias de Tebas unidas

con la muerte del rey Edipo y de sus míseros engendros. La raza nefasta del ciego incestuoso, pero inocente, hereda los terribles destinos de su infeliz fundador. Los hijos de Edipo, Eteocles y Polynices combaten ciegos por el trono que ha manchado su padre. En vano se ha colgado Yocasta de las techumbres de su palacio y el rayo compasivo acaba de matar á su esposo é hijo en el bosque de las Euménides; Eteocles y Polynices, cual si no supieran cómo los hijos heredan por un decreto del hado las desgracias de sus padres, pelean en requerimiento de una corona, que debía, por nefasta y triste, abrasarles aquellas sienes selladas con una marca de maldición indeleble. Vencido por su hermano Eteocles, muy vencido, Polynices corre á la ciudad y reino de Argos en demanda urgentísima de un ejército formidable, con el cual asedia, infeliz, á Tebas. Los dos hermanos rivales perecen á una en las incidencias del combate, y ni siquiera encuentran bajo la tierra que los rechaza un sepulcro piadoso. Pero Tebas se salva de Argos. Y esta salvación sólo sirve para enconar un odio entre las dos ciudades que durará siglos y siglos. Argos y Tebas aparecerán en lo porvenir como Grecia y Troya.

Era, en verdad, Tebas por entonces una especie de ciudad asiática, cual si estuviera en Frigia. Go-

bernada por un rey absoluto, sentíase incapaz de altos esfuerzos y temblaba bajo las amenazas de aquellos libres hijos de Argos, los cuales, ni toleraban el absolutismo, ni bebían cerveza, como estos semiasiáticos tebanos. Siete puertas contaba Tebas, y ante cada una se puso en asedio el respectivo héroe de Argos, designado por su jefe Adrasto. La caballería de Argos era numerosa. Sus frenos de acero los había endurecido la fragua; el eje de sus carros daba chirridos lúgubres, los cuales ponían aterrador espanto en los enemigos; los jinetes gritaban como la mar en tumulto y como las nubes en tempestad; sus blancos escudos, adornados con campanillas de sonoro bronce, relucían y sonaban por modo bien extraño, como sus cascos, adornados de colores varios en sus cimeras y resplandecientes de joyas, ocultaban con tales apariencias de fiesta los horrores de aquel combate que concluyó por una catástrofe como la catástrofe de Troya, repitiéndose á una sus violaciones, y sus saqueos, y sus incendios, y sus rapiñas, y sus asolamientos, y sus nubes de humo en los aires, y sus cadáveres insepultos y descompuestos en el suelo. Aquellos hijos de Argos, que así habían vencido á Tebas, estaban destinados á otras mayores empresas. Jasón, aunque hijo de un rey de Tesalia, dió el nombre de Argos á un verdadero navío fletado para los descu-

brimientos y movido por el deseo de acaparar aquella rica prenda llamada vellocino áureo, de la cual ya hemos dado la idea correspondiente. El navío llamado Argos representaba, en verdad, toda la Grecia. Habíanse cortado sus tablas en las vertientes del Pelión, y sus mástiles en las encinas de Dodona, por lo cual aquéllas destilaban poesía y éstos exhalaban oráculos. Ilustres y sabios tripulantes la poblaban, unos dioses como Cástor y Pólux, otros semidioses como Hércules, otros héroes como Teseo. Iba con ellos Esculapio, á quien la medicina confiaba todos sus secretos, y Orfeo, en quien se concentraban todas las virtudes de la poesía y de la música, y su viaje pasó de los mares griegos al mar Negro, al golfo pérsico, á la desembocadura del Nilo, á las columnas de Hércules, descubriendo la afortunada región de los macrobios, donde los hombres vivían siglos, la tierra de los cimerios envuelta en tinieblas eternas, el mar de hielo y el mar de fuego, los escollos de Scila y Caribdis, las islas de Circe y las Nereidas, hasta que, por fin, llega en esta larga peregrinación á encontrar el jardín de las Hespérides, circunvalando dos veces Europa desde nuestros luminosos mares béticos hasta e tenebrosísimo mar escandinavo, poniendo las manos sobre las riquezas de Asia y heredando las glorias de Tiro y de Sidón. En estos viajes encon-

tró á Medea el grande argonauta que acabamos de mencionar, la cual resultó á un tiempo, como vamos á ver muy pronto, su premio y su castigo.

El arte antiguo, conociendo el corazón humano y presentándolo como el sólo sabe presentarlo, ha reunido en Jasón y Medea muchas de las incidencias que son á las largas navegaciones y á los descubrimientos muy naturales. El amor á Jasón de Medea representa el culto que los pueblos encerrados dentro de sí mismos sienten por aquellos que han tenido el arte y el valor necesario, no sólo para descubrirlos, sino también para iniciarlos en los secretos de una civilización superior. Medea, con sus filtros, con sus mixturas, con sus prodigios, representa las magias y las hechicerías de pueblos infantes y primitivos, á quienes cautiva mucho esta especie de brujería que lleva consigo también una especie de religión bárbara. El robo de la prenda buscada revela por bien artística manera la parte de conquistador implacable que todos los descubridores han de tener para cumplir su ministerio histórico. La inconsistencia de Jasón perdido por Medea un día y olvidado de ella al día siguiente, personifica muy bien la inconsistencia de todos cuantos viajan mucho y tienen que cambiar con frecuencia de emociones por su comercio con las gentes, en cuyo cambio continuo toman mil varias

fases y mil distintos aspectos. El furor de Medea se comprende con la remembranza tan sólo de los sacrificios que por Jasón habían hecho, y hasta de los crímenes que había cometido por servirle. Su nombre ha pasado á significar en la literatura y en la historia los celos intensísimos, los celos de la mujer, que representan un progreso en la familia, pues si algo hay extraño al harén, si algo hay opuesto de todo en todo á la poligamia, es la pasión de los celos, imposible, completamente imposible allí donde ha de compartirse por fuerza con otras mujeres el cariño al esposo. Todas estas consideraciones parécennos bastantes á demostrar el motivo de nuestra preferencia por Medea, tipo designado á representar las mujeres griegas en el ciclo trágico, de igual manera que las había representado antes en el ciclo épico la esposa de Menelao. He aquí por qué el robo de Paris y el robo de Jasón deben fijar nuestro pensamiento, representando el uno como representa la Grecia guerrera y heróica, representando el otro como representa la Grecia mercantil y náutica. Jasón y Paris, Helena y Medea, personifican por medio de la misma pasión, por medio del amor, dos edades bien distintas de la misma historia, de la historia griega.

Cuanto más examinamos la civilización helénica, más nos convencemos de que la supremacía suya

sobre las civilizaciones y las artes antiguas está en el concepto elevadísimo que de la mujer tenía, concepto distante, muy distante, del oriental ó semita. Sabemos muy bien, por haberlo dicho ya en otros parajes de nuestros libros, que las razas arias hanse distinguido en la historia humana de las razas semíticas por el culto prestado á la familia, generalmente fundada en la monogamia, muy contraria de aquella poligamia reinante sobre pueblos sometidos al despotismo asiático y animados de otra sangre que nuestra pura y caliente sangre aria. Hemos visto, así en los vedas como en el Zendavesta, Biblias profanas de nuestra civilización, timbres viejos de nuestra nobleza, luminosas condensaciones de nuestro espíritu, que las familias arias se fundaban en el mutuo amor de los esposos adscritos á la cultura y educación de su prole. Habrá por un lado el brahmanismo, esa especie de poderosa teocracia, influído en la India para corromper estos principios; habrá por otro lado el despotismo militar que adoptaron los persas, constreñidos por la guerra continua, hecho que sus déspotas copiaran el harén oriental, mas contemplando con ojos reflexivos la naturaleza primitiva de su civilización y de su cultura, no puede negarse que allá en su raíz está el sentimiento moral de la familia y el culto religioso á la mujer. De tal abolengo deri-

van los griegos su prosapia intelectual y moral. Mirada la mujer helénica desde las alturas de nuestra civilización cristiana, y bajo las tendencias de la cultura moderna, propensa muy de suyo á extender los derechos del sexo hermoso y á darle una grande autoridad social, no puede parecernos bastante considerada todavía, cual no puede menos de maravillarnos el influjo social ejercido allí por esos ejemplares tan curiosos como inmoralísimos que se llaman las hetairas griegas. Pero ya lo hemos dicho mil veces en las largas narraciones históricas nuestras: nada tan relativo como la historia, y nada tan sujeto á grados como las evoluciones del humano progreso. Un término de la serie viva, en que las ideas históricas se desarrollan, puede parecernos, ya vicioso, ya erróneo en absoluto, pero comparativamente, mirándolo en parangón y enfrente de los términos que le han precedido, no puede sino parecernos un progreso todo lo que tiende á mejorar las tristes condiciones naturales á nuestra mísera contingencia. El pedernal que indiferentemente hollamos hoy, cuando al contacto de un hierro produjo la primera chispa en los siglos prehistóricos, debió envanecer más al hombre primitivo de lo que nos envanece á nosotros el relámpago vibrando en nuestras manos por la invención de Franklín, la eléctrica corriente conduciendo por

los hilos del telégrafo fugaz palabra, las luces extraídas por tan milagrosas maneras de factores y elementos que parecían llevar en sí la oscuridad y la noche. Poseer el fuego, disponer de su calor, dirigir su llama; concentrarlo para que conserve nuestro cuerpo, para que cueza nuestros alimentos, para que nos consuele y nos compense del sol á diario apagado en nuestros cielos; poseer el fuego, resultó para el primer hombre una ventaja tal, que al verlo en manos de Prometeo las divinidades antiguas creyéronse á una destronadas y se congregaron celosas y recelosas contra el mortal que había sido en su ciencia osado á esparcir en chispas, en centellas, en resplandores, en reflejos, los astros del cielo suyo, del cielo divino, del cielo superior y sobrenatural, por los espacios antes fríos, tristes, oscuros de nuestra baja tierra. El robo al cielo de la llama divina, que debía encender sobre la doméstica trípode la vieja lámpara familiar y debía convertir las piedras de los hogares en una especia de altar, ese robo representa un progreso tal, que por algunos minutos pareció el hombre ya hecho todo un dios. Pues así como el pedernal frío apenas representa cosa ninguna, cuando se le pone, por ejemplo, al lado de la luz eléctrica, siquier la chispa encerrada en sus moléculas haya como una revelación celeste aparecido á los ojos del hombre, la

mujer helena en comparación de la mujer nuestra puede parecer todavía una esclava, pero en comparación de aquella mujer dentro del harén redimida y por la poligamia deshonrada es una especie de diosa.

La divinización del sexo hermoso en la teología griega es uno de los caracteres indudablemente más bellos que tiene aquella cultura. Junto á los grandes dioses representan las grandes diosas una bien verdadera y natural apoteosis de nuestra especie humana. Así el que compartieran las funciones sacerdotales ambos sexos y el que jugaran hasta en las fiestas olímpicas. Por los bosques sagrados, donde se hallaban efigies y simulacros de los atletas, veíanse también simulacros y efigies de estas amazonas de la gimnasia. Muchas mujeres concurrieron á las competencias en requerimiento de aquella oliva más preciada por las griegas que una corona de reina. Tal sentimiento religioso y estético elevó los templos á la mujer consagrados en todos los territorios helenos. Samos, coronada por su naturaleza riente de flores y espigas, tenía consagrado á Juno un templo, donde se mecía el sauce que protegió el nacimiento de la diosa y se presentaban las mujeres principales ceñidas de diademas, ornadas de brazaletes, en compañía de guerreros que á su vez habían obtenido la corona de roble y

llevaban en ofrenda trípodes de plata, vasos de oro, que hacían del templo una increíble maravilla. Pues bien, Juno en Samos llevaba el traje de novia, y protegía las bodas griegas acompañadas por vírgenes ceñidas de guirnaldas y por mancebos tañedores de flautas. Sería de ver en otros templos, bajo el cielo de Argólida, y en la ciudad de Argos, á las orillas del arroyo Eleuterio, á la sombra de los plátanos que bordan la vía de Micena, el gran pontífice de aquella región, la sacerdotisa de Juno, circundada por los guerreros que vibran lanzas de oro y alzada sobre un carro sacratísimo, del cual tiran dos bueyes blancos, y que va solemnemente á los colosales altares donde se descubre tallada en marfil y sobre un trono de oro la estatua de la diosa con las gracias y las horas esculpidas en su diadema, en una mano la granada nupcial y en otra el cetro regio, ceñido el manto de verdes parras, y puestos los piés sobre una piel de león, representando así toda la grandeza de su hermosísimo sexo, realzada en la majestad suprema de una forma verdaderamente grandiosa, pero femenil y graciosísima. Pues si los templos de Juno en Samos y en Argos representan la grande apoteosis de la mujer, no lo representa menos el templo de Minerva ó de Palas en Atenas. Dichosos los griegos que habían adquirido la santa libertad, y adquiriéndola con su esfuerzo y

concentrándola en servicio de su progreso, habían roto las hieráticas formas antiguas y revestido á sus divinidades con hermosísimas humanas formas. Mientras la escultura de Oriente se hallaba como presa en la esfinge, cuyo cuerpo concluía con cualquier extremidad zoológica, ya de ave, ya de fiera, la estatua griega se inspiraba en lo más hermoso que hay bajo el cielo, en la forma humana; y como la forma humana, si por sus piés se ligaba con el suelo inerte, por su cabeza resplandecía más que los soles del abismo, resplandecía como una estrella espiritual en lo infinito. Los griegos no querían que ni el valor siquiera estuviese representado por un varón como Marte. Para ellos á un mismo tiempo era Palas diosa de la guerra y diosa de la ciencia. Por tanto, en la grande Acrópolis, tras los propíleos donde las canéforas brillan, descúbrese la diosa Minerva, cuya lanza entreven los navegantes al cruzar el promontorio de Súnium, y á cuyos piés se depositan los rostros de las naves triunfadoras en Salamina y los escudos de los guerreros triunfadores en Maratón y en Platea. ¡Cuántas y cuántas efigies de mujer en estos templos consagrados al ideal femenino! Ved la obra más alta de todo el arte antiguo, y descubriréis en seguida cómo esa obra, ó sean los bajorelieves de Fidias, enaltecen á la mujer antigua.

Neptuno ha producido el caballo indómito que ondula como la ola y sopla como el viento por sus narices abiertas; pues bien, Minerva extiende su mano y doma el hermoso bruto, sometiéndolo con sus áureas bridas al dominio y autoridad del hombre.

El carro en que Palas va de pie guiando los caballos por ella misma sometidos al freno, lleva consigo la columna que surge del suelo como germinación de grandes artes, la estatua divinizando nuestra forma humana, la oda subiendo en estancias armoniosas á las alturas más inaccesibles del espíritu, la epopeya, la filosofía, la tragedia, toda la humana cultura. Los bajorelieves que ornan el friso exterior de la sacra casa donde se rinde culto á Minerva, esos bajorelieves esculpidos por el cincel de Fidias, resplandecen como la corona más espléndida y más luminosa del humano arte. Atenas, despojada hoy de todas sus preseas y de todos sus timbres; envuelta como Jerusalén y como Tiro en el sudario de sus cenizas; bajo el peso abrumador de sus escombros; sin Acrópolis que la defienda; con el Partenón destrozado como un escudo viejo de nobleza roto y deshecho; falta de dioses para protegerla, de poetas para cantarla, de filósofos para subirla en alas de sus ideas á los cielos de su espíritu; sellado el atleta de sus juegos olímpicos y

el héroe de sus batallas épicas, todavía con la marca no bien borrada de la servidumbre; por correr tantas ideas en aquel suelo bendito y alzarse inspiraciones tantas de aquellas ruinas inertes, y resplandecer en sus cielos y en su historia tantos recuerdos, todavía es hoy la sibila de la conciencia humana, y el punto supremo y más alto de la civilización universal. Así la diosa, que protege á tal ciudad, y el templo dónde habita, representan títulos indelebles y sagrados de la nobleza natural á nuestra especie. Los bajorelieves, ya lo hemos dicho, son como la diadema del arte humano, como la diadema sacra y espléndida. En el pórtico, á la salida del sol orientado, dentro del santuario, ante cuyas efigíes día y noche arde áurea cinceladísima lámpara, entre los coros de las bellas estatuas que sostienen sobre sus cabezas las cornisas, allí donde se borda el *peplum* de Minerva, allí donde se adora el ideal humano, por las escaleras majestuosísimas, por los peristilos polícromos circuídos de columnas dóricas, celébranse las fechas en que Atenas unificó sus barrios, las panegirias ó concursos de música y poesía, las naves que llegan al Pireo, los trabajos agrícolas que renuevan la tierra, las procesiones donde va la juventud ateniense de uno y otro sexo envuelta en sus trajes de lino, llevando ya un ramillete, ya un candelabro; los sacrificado-

res que conducen á las hecatombres el buey víctima ceñido por frescas flores; los talóforos con la oliva en sus manos y los odres llenos de aceite sacro á sus espaldas; los músicos tañendo cítaras y soplando en flautas para concertar sus armonías con los divinos hexámetros cadenciosos; todo cuanto puso el buril en las manos de Fidias y el pincel en las manos de Apeles, el verbo épico en los labios de Homero y el verbo trágico en labios de Sófocles, la poesía lírica en Píndaro, la elocuencia en Demóstenes y el pensamiento en Platón. Tal florescencia de las almas y tal cosechas de ideas débense principalmente al culto prestado por los atenienses en su Palas al ideal femenino.

Bien es verdad que no fué privativo de Atenas este culto; tomando la vía quebrada que conduce á Delfos, sita entre las dos cumbres del Parnaso, habitación de las musas, encuéntranse vírgenes coronadas con, zarzas del Eurotas, quienes, al són del tímpano, trenzan una danza vertiginosa, en que ondean al aire sus ligeros trajes de gasa descubriendo las perfectas formas. Van á Delfos en esta especie de procesión litúrgica para saludar al oráculo de Apolo, el cual verdaderamente no puede hablar, sino por boca de una mujer, por boca de su pitonisa. Ésta representa la divinidad sobre su trípode. Las respuestas que da escríbelas en sus tablillas un

profeta coronado de laureles. En torno suyo están de hinojos los suplicantes con las manos cargadas de ramilletes compuestos por ramas de olivos; nubes de incienso la ocultan casi á las miradas indagadoras del profano; la adelfa le sirve de dosel y la trípode le sirve de trono; una fuente corre á su lado; una culebra se arrastra tortuosamente á sus piés, y una caverna horrible abre sus fauces á las espaldas. Cuando tras ayunos largos y oraciones repetidas suena la hora de proferir un oráculo, toman sus músculos rigidez suma, escalofríos sus carnes, sacudimientos epilépticos sus nervios, gestos convulsivos su rostro, relámpagos sus ojos, sus labios vibraciones extrañas, su corazón latidos y golpes redoblados, porque un dios habita en ella, y este dios, que le ha sugerido las ideas, hala condenado también á parirlas entre dolores extremos y convulsiones terribles. Pero todo esto no representa otra cosa, no quiere decir otra cosa en puridad y en suma, sino que la mujer obtiene un culto religioso tal como lo permitían aquellos tiempos en la divina Grecia. La Diana en Efeso, la Ceres en Eleúsis, la Juno en Samos, la Palas en Atenas, en el Parnaso las musas, en el Partenón las canéforas, las pléyades en el cielo, las ninfas en el campo, las náyades en el arroyo, las bacantes en las embriagueces del mosto, las sirenas en los escollos, la pi-

tonisa en Delfos, representan el culto religioso á la mujer en el seno de la Grecia, pues nunca hubiera sido esta tierra tan luminosa intelectualmente y en las artes y en la poesía tan bella sin esta religión sacra.

Veamos, pues, la mujer griega en el teatro antiguo. Ya hemos dicho las razones históricas que nos han movido á preferir Medea entre tantas heroínas como hubiéramos podido escoger en el teatro antiguo. Representando Ceres la edad de los dioses, Dafne la edad de los semidioses, Helena la edad de los héroes, necesitábamos una mujer que representase la edad de los reyes, y ninguna representa esta edad como la maga Medea. En el teatro militan razones análogas á favor de nuestra preferencia. El más perfecto de los trágicos es indudablemente Sófocles, y la más perfecta entre todas sus mujeres indudablemente Antígona. Por eso, ya lo hemos dicho, levantamos estas dos figuras en el vestíbulo de nuestro templo. Aunque Aristóteles llamó á Eurípides el trágico por excelencia, no ha sancionado la remota posteridad este prematuro juicio, al cual faltaba esa perspectiva del tiempo que concluye por poner las cosas en su punto hasta sublimándolas y engrandeciéndolas. No puede, no, Eurípides compararse con Sófocles en perfección y armonía. Éste reune á la ciencia la piedad,

y resulta como la flor oliente y como el fruto madurísimo de la época más ilustre y de la libertad más alta por que hayan pasado los griegos. Otra es la situación y otros son los caracteres, como apunta Müller con mucho fundamento: aunque naciera Eurípides catorce años después de Sófocles y muriera seis meses antes, parece pertenecer á otra edad. La razón y la fe, concertadas en el autor incomparable de Edipo, se desconciertan en el autor de Medea. Uno de los resortes más dramáticos en el teatro antiguo es el oráculo, el augurio, la profecía ó adivinación. Para Sófocles tal dón puede provenir, ó bien de un mérito propio y personal, ó bien de la divina gracia, y existe con verdad y con eficacia en las realidades vivientes. Al crecer su ilustre sucesor Eurípides, el humano espíritu pasa por otra fase y atraviesa otra edad histórica. Así el oráculo aparece á sus ojos, ó como un sortilegio de magia, ó como un resorte de drama. La reflexión domina en Eurípides ya sobre la fe, y la reflexión tiene mucho de sabia, poco de estética. Cuando se lee una tragedia suya obsérvase que la moral predomina en su ánimo sobre la poesía. En los momentos más trágicos, en las situaciones más extremas, ocurrénsele miles de sentencias muy congruentes con cualquier lección escolástica y muy ajenas al teatro. Sófocles entra en las viejas leyen-

das y en las antiguas tradiciones como un sacerdote creyente y fiel pueda entrar en el templo donde se adoran sus divinidades y se guardan sus dogmas; pero Eurípides entra como un crítico, sabiendo que la estatua mejor y más preciada, la estatua de Palas, por ejemplo, era de metales preciosos y no de ideas verdaderas. Servíase también, como los otros grandes trágicos, del personaje legendario, mas para encerrar en él un personaje moderno. Razonar y no creer: he aquí el carácter predominante de Eurípides. Con sus obras ya estamos en plenos tiempos, que no llamaremos, no, prosaicos, pero que sí llamaremos humanos en contraposición á los sagrados del titán Esquilo y á los heroicos del perfecto Sófocles. Rota la grande armonía de Sófocles, se halla Eurípides mucho más cerca del drama moderno que ningún otro de los poetas antiguos. Eurípides, además, ha estudiado las mujeres helenas cual no las estudiaron su dos inmortales predecesores. En Esquilo, fuera de Atosa, la madre ilustre del rey Xerxes, y de algún que otro tipo femenil, preséntanse las mujeres en grupos como las danaides, como las suplicantes, como las tebanas; en Sófocles, el autor de Antígona, la mujer es perfecta, y si no es perfecta, es víctima del destino, lo cual hasta en la perpetración de los mayores crímenes ¡oh! sirve á la conservación de

su pureza. La mujer de Sófocles parécese mucho en lo hermosa, en lo perfecta, pero en lo inerte y en lo fría también, á la estatua griega. En Eurípides aparece la mujer menos perfecta, pero más humana. Sobre todo, tómala por protagonista de sus tragedias y le atribuye influjo grandísimo en la vida. ¡Hasta discursos políticos pone de grado en sus labios cuando quiere defender una tesis! Mil veces la crítica literaria surge de súbito en sus monólogos y en sus diálogos.

Medea indudablemente, y sin contestación alguna, pasará siempre por la tragedia más bella y más acabada del gran maestro. La pasión humana en todo su vigor, la pasión humana con todos sus extremos, la pasión humana en su vitalidad más exuberante circula como una especie de calor espiritual por el frío mármol pentélico, donde se tallan todas las obras clásicas. Los celos de la esposa repudiada en toda su intensidad, las cóleras consiguientes á las heridas abiertas en el orgullo y en el amor, las indignaciones más naturales en la víctima de un olvido ingrato y los proyectos de venganza implacable, componen los resortes de tal extrema tragedia. ¡Cuánto fuego unido al sereno juicio y al cálculo matemático! ¡Qué transportes de pasión y que sirtes de verdadero disimulo! ¡Cómo al ímpetu de la leona febril, sedienta de sangre,

se unen las mayores astucias congénitas á los seres débiles! No hay ningún héroe tan enérgico en los empeños del combate como esta mujer en los empeños del amor. Tiranízala con tiranía incontrastable el deseo de venganza, y sus ojos, fascinados, no ven otra cosa y su voluntad indómita no quiere otra cosa. Eurípides nos la presenta muchas veces en lucha entre su cólera de ofendida esposa y su amor de madre amante. Cuando quiere cebar su venganza en los hijos de Jasón ¡cuán oportunamente recuerda que también han ellos nacido á una de su amor y de sus entrañas! ¡Cuántas veces á tal consideración los maullidos de la tigre sedienta se truecan en los arrullos de la paloma que nutre á sus hijuelos piadosísima en su nido! El tipo de Medea no estaba intacto en el arte antiguo; un viejo poeta lo trató y hundióse la obra por completo en el triste olvido. Eurípides acertó á resucitarla, dándole ya en definitiva la forma con que ha pasado á las tradiciones humanas y en la que vive dentro de la historia universal.

Casi hemos dicho en todas las reflexiones antecedentes lo sabido y divulgado respecto de Medea por todos los teatros del mundo, que no han podido menos de mirar y á veces de reproducir tan siniestra heroína. En los menores incidentes de las tradiciones antiguas nótase á primera vista

el conocimiento profundísimo que habían allegado nuestros padres de la naturaleza humana. Medea pertenece á la familia del sol, como todas las grandes mujeres asiáticas en las viejas teogonías griegas. Para Grecia el prestigio de Asia consistirá en representar de antiguo á sus ojos la tierra donde halla el sol su luminosa cuna. Pero la representación principal de Medea estriba en su carácter marino. A este carácter debe su parentesco estrechísimo con Circe, de quien la creen unos hermana y sobrina otros. En efecto, la magia, la seducción, las agorerías, las nigromancias de Medea recuerdan, como las seducciones de Circe, todos los halagos puestos por las tierras de abordo y arribo para detener á los arribados y ligarlos con múltiples apretadísimas ligaduras. El genio antiguo ha sabido personificar en las sirenas amigas de los tritones, cuyo cuerpo remata en cola de precioso delfín, y cuyo rostro posee todos los talismanes conducentes á rendir después de atraer, los atractivos de los países recién descubiertos por viejos y audaces nautas. A esta especie artística y fabulosa pertenece Medea, sólo que se diferencia de toda ella por aparecer á un tiempo como seductora y como seducida en su luctuosa tragedia. Las inconsistencias de Jasón, su facilidad en prometer unida con sus dificultades en cumplir, el arrojo con

que á los mares y á sus peligros se fía para lograr un objeto codiciadísimo, las redes tendidas á una familia que le ha dado su hospitalidad, la conquista y robo del áureo vellocino, las mil industrias puestas en deslumbrar á su poseedor, el regreso á Grecia con Medea, la vuelta por toda Europa y parte de Asia, la mezcla de valor y astucia en sus empresas, el menosprecio de lo pactado, el abandono de la mujer amada, sus disposiciones á contraer nuevas nupcias y á fundar nueva familia, en fin, todo lo que constituye su vida y urde su historia, representa el conjunto de inevitables aventuras por que pasa forzosamente un descubridor de nuevas tierras en nuestros tiempos mismos. Oid á Stanley, oid á cualquiera de los que han explorado en este siglo nuestro tierras inexplorables casi, y encontraréis en ellos como un resumen de la vida hecha por Jasón y acomodada necesariamente á las inevitables fatalidades que pesan á una con grave pesadumbre tanto sobre la humanidad como sobre la naturaleza, reproduciéndose, á pesar de largas distancias en el tiempo y en el espacio, las mismas virtudes y las mismas faltas, en demostración de que permanece un fondo común humano en la historia y de que no podemos creernos ajenos á ninguna edad y á ninguna familia.

Historiemos. Reinaba en la Cólquide un monar-

ca designado con oriental nombre: Eetes. Tal rey hubo en su mujer Hécate varios hijos de uno y otro sexo. Entre los más célebres descollaba Medea, la cual aprendió en aquel palacio dos clases de artes: las alquímicas, por las que obtenía filtros y bebedizos, mixturas y otras diversas materias; las nigrománticas ó astrológicas, por las que obtenía horóscopos, adivinaciones, interpretación de los ensueños, anuncios de lo porvenir. Tenía este reino un vellocino de oro, es decir, todo el corte de las lanas de un cordero, su vellón, diminutivamente vellocino, que indicaba, como todas las fábulas, un signo, mejor dicho, un símbolo del precio y estimación dados á los esfuerzos del comercio y del trabajo en aquellos antiguos tiempos. Yo creo, lo creo firmemente, que aquel vellocino representaba de suyo algo así como el hallazgo é invención de la moneda, tan importante á los cambios cual importó á las ciencias la invención del alfabeto. En el mundo primitivo y rudimentario, cambiábanse unos productos por otros productos, lo cual ponía dificultades insuperables á la franca y abierta circulación del comercio. El vellocino de oro significa, pues, la conmemoración de algún feliz invento necesario al trabajo y al comercio. Para saber lo que importa un progreso así, basta con recordar lo que han importado progresos análogos en estos nues-

tros tiempos. ¿Cuánto no valió, por ejemplo, al comercio de nuestra era, cosa tan tardamente hallada, y que á primera vista parece tan fácil de hallar, como la letra de cambio? Pues para facilitar las transacciones entre puntos lejanos y el envío fácil de valores crecidos, empleábanse nada menos que las piedras preciosas antes del hallazgo de las letras de cambio. Lo que la invención del papel para la escritura, encontrado aquí en Játiva; lo que la invención de la brújula para los viajes marítimos; lo que la invención del telescopio y de la imprenta, significa la invención del vellocino de oro, traído por los griegos en la nave Argos, muy semejante á la que llevó sobre sus tablas el peso de Magallanes y de Colón, y á la que, sembrando los pensamientos más trascendentales del espíritu moderno en las estelas dibujadas por las quillas sobre las claras aguas, llevó la libertad y el derecho á los senos de la progresiva y libre América. Un viaje por un progreso: he ahí lo que resulta claro después de visto el viaje de Jasón á la Cólquide.

¿Y cómo se gana este progreso? Todos los poseedores de algún favorable invento, á la humanidad beneficioso, guárdanlo como un recatado secreto, y envuélvenlo en impenetrables misterios. Eetes debía, en cumplimiento de tal humana condición, recatar con cuidado los progresos contenidos en la

prenda buscada por el ínclito viaje de los griegos. Lo cierto es que guardaba el vellocino de oro en sitio inefable á la palabra humana, inaccesible al humano esfuerzo, tan recatado y tan oculto como el santuario á los profanos, impedido y negado por los privilegios hieráticos. Las tradiciones cuentan que, no queriendo conceder por su propia utilidad ni negar por miedo á las venganzas ajenas el áureo vellocino, sujetó su revelación ó su conocimiento á miles de pruebas é iniciaciones á cual más ilusorias y engañosas. No podía, ni por su ciencia, ni por su esfuerzo, ganar el vellocino de oro. Necesitaba, pues, recurrir á otras industrias y recurrió al amor. Todo el mundo sabe cuánta influencia ejerce un verdadero navegante arribado con esplendor de regiones ricas y cultas sobre regiones pobres y bárbaras. El griego comenzaba en aquel entonces á mostrar ya la supremacía de su raza y de su región sobre todas las razas y todas las regiones del mundo. Llegados á un pueblo bárbaro en las tablas desgajadas del Pelión, y llevando por mástil una encina de la vieja Dodona que profería misteriosos oráculos, patentizaba naturalmente los privilegios de su tierra y de su pueblo sobre todas las tierras y sobre todos los pueblos del mundo. Nada tan propio y natural, pues, como el influjo ejercido por Jasón sobre todo cuanto le rodeaba en el sitio de

su desembarque. Esto se ve con toda claridad en la historia de todos los descubrimientos. El hijo de la bárbara Cólquide se veía en el caso de sentir hacia el griego recién desembarcado la misma veneración que sentían los indios del Nuevo Mundo hacia los españoles unidos indisolublemente, según ellos, con su caballo de guerra que, á sus ojos bárbaros, aparecía cual un centauro, y armados del relámpago y del trueno por la pólvora, que aparecía en sus inexperiencias como un fuego mágico depositado por los poderes celestes en manos de sus divinos descubridores.

Pero en quien principalmente se conocía esta influencia del descubridor era en las mujeres. La fuerza, las aventuras, las batallas de los navegantes, conmueven profundamente la naturaleza nerviosa y la fantasía poética de toda mujer verdadera. Un culto indeliberado, pero fervoroso, brota en ellas hacia quien ha combatido y triunfado en los empeños múltiples de sojuzgar la naturaleza. El hombre, que llegaba por aquellos apartados tiempos á las desconocidas riberas del mar Negro, á sus puertos misteriosos, á sus poblaciones semibárbaras, después de haber combatido con los huracanes, con las tormentas y domeñado el mar y puesto como á servicio suyo el cielo con todos sus poderes, no tenía que hacer nada para quedarse con el co-

razón de la mujer, con ese corazón tan abierto al entusiasmo y tan propenso á convertir el entusiasmo en amor. Tenía el rey, como hemos dicho, una hija, y esta hija se había prendado, en su natural entusiasta, del hombre que representaba triunfos y combates. Medea lleva en sí una significación trascendental indudable. Por ella, merced á ella, el navegante descubridor logra el objeto de sus viajes, pero por ella, merced á ella, el navegante descubridor hace también su desgracia. El arte antiguo ha querido significar en esta gran tragedia del influjo fausto y nefasto ejercido por Medea sobre Jasón cómo todo laurel lleva en sí mismo su veneno, todo trabajo su fatiga, toda inspiración su dolor y todas las redenciones su respectivo martirio. Medea representa la civilización inferior dejándose arrastrar del influjo soberano ejercido por la civilización superior y rindiéndole por ende á ésta los seguros todos de su gente y abriéndole todos los secretos de su religión y de su ciencia. La única ventaja que acaso tuviera la civilización de la Cólquide sobre la civilización de la Grecia estaría en el vellocino de oro. Estas civilizaciones antiguas, llegadas á la barbarie por la vejez y por la corrupción, guardan algunos secretos de los tiempos pasados, utilísimos á los pueblos jóvenes y á las edades por venir. Y como saben instintivamente que sólo en alguna es-

pecie así estriba su grandeza, la guardan y la recatan cuidadosos con verdadero celo. Así el rey guardaba su vellocino de oro.

Mas no se creía ni estaba en el mismo caso Medea. Enamorada perdidamente de Jasón, oía tan sólo el reclamo de su amor. La pasión desapoderada y desordenadísima subiósele á la cabeza y le dió la ceguera en los ojos del cuerpo, y en los ojos del alma la embriaguez que perturban todas las facultades internas y oscurecen todos los objetos exteriores. Mientras Eetes conservaba recatada y oculta la reliquia única de su civilización y el talismán único de su magia, Medea, fuera de sí, exaltada, borracha de amor, enloquecida, sin vista para mirar y sin seso para conocer los peligros, revela todos los secretos á Jasón, le muestra el camino de la cerrada joya, le dice cómo vencerá los toros de bronce que guardan el vellocino de oro, le mata con sus sortilegios el dragón defensor de aquel cerrado santuario; ella misma se da y entrega de grado al audaz; por él abandona la patria y la familia; por él mata, en su insensatez, á los propios hermanos y esparce sus restos en el camino á fin de que no puedan los perseguidores idos en su seguimiento alcanzarlos; por él provoca todas las iras de sus dioses y arrostra todas las maldiciones de sus gentes. Pero así están constituídas las socieda-

des humanas, y con esta uniformidad y monotonía terrible repítese de antiguo á sí misma la historia universal. La civilización inferior siente por la civilización superior una especie de pasión que la ciega, y la trastorna, y la conduce como de la mano á descubrirle todos sus misterios, á revelarle todos sus secretos, á ofrecerle todas sus riquezas. Acordaos del indio que se prosternaba de hinojos bajo los árboles vírgenes, á las orillas del Mississipí, ante los descubridores ceñidos por las armaduras glorificadas en la toma del Darro y del Genil, declarándolos con las manos plegadas y los ojos estáticos sus verdaderos dioses. Acordaos de aquellas mujeres, que se han rendido en los primitivos tiempos de los descubrimientos á héroes como Hernán Cortés, sin experimentar escrúpulos de ningún género, al traicionar su gente y entregar como vil mercancía sus dioses patrios y domésticos. Medea representa eso y significa eso en la historia griega, la doble fascinación ejercida por el descubridor sobre la tierra descubierta y por la tierra descubierta sobre su descubridor. Estas escenas del teatro antiguo, tan interesantes, y estos amores, tan trágicos, de sus héroes, tienen tal significación verdadera en los incidentes de la historia.

Sucedió entre Medea y Jasón lo que no podía menos de suceder, dado el diverso temperamento

natural de los dos y el diverso temperamento habitual de sus respectivas costumbres. Medea, que había puesto á servicio de Jasón toda la ciencia de su tiempo y de su pueblo, facilitádole, contra los intereses de su familia y de su patria, el áureo vellocino, herido el corazón de su padre con herida indecible y sacrificado su propio hermano, parricida moral y material fratricida, no tenía después de todos estos holocaustos presentados al amor otro remedio sino ligarse á Jasón como al tronco la hiedra, y de Jasón vivir en este mundo y con Jasón bajar á los infiernos. Pero á éste no le sucedía lo mismo. Ido á las costas del mar Negro, siniestras y repulsivas para su gente, requiriendo un secreto ya descubierto y buscando un objeto ya encontrado, el fin de su navegación se había cumplido, y después de semejante logro, Medea le resultaba un compañero incómodo, cual testimonio vivo de haber triunfado, no por la inteligencia, y por el valor, y por la destreza, y por las demás cualidades apreciables en el varón, sino por el vulgar atractivo de sus prendas físicas y personales, fácilmente avasalladoras de cualquier hembra sensual y enamoradiza. Medea revelaba con su presencia en el hogar de Jasón cómo las adivinanzas y los augurios de una maga extranjera, sus mixturas, sus embrujamientos, cual diríamos ahora, sus farsas, sus evocacio-

nes, sus sortilegios, habían el vellocino entregado á los griegos y no la ciencia de Grecia. Además, las costumbres conyugales, pasadas luégo á leyes, oponíanse al casamiento de un griego con mujer extranjera. El matrimonio antiguo helénico tuvo todas las condiciones del matrimonio cristiano, la monogamia, la indisolubilidad. Grecia quiere que sus hijos los ciudadanos se unan con sus hijas las ciudadanas en virtud de leyes civiles y políticas, las cuales quieren también que tenga cada hombre una sola mujer y que sólo aparezca como legítima la prole habida en matrimonio legal, excluyendo, así de las familias como de las herencias, al fruto de la prostitución ó de la barraganería. El matrimonio griego constituye un sacerdocio, porque, pontífices y monarcas en el hogar los maridos, necesitaban como ministros de su realeza y sacerdocio á las bellas y fidelísimas esposas. La familia estaba fundada en el culto á los progenitores, en la comunión espiritual de los vivos con los muertos, y dentro de esta religión sublime, religión de la inmortalidad, la mujer, no sólo cuidaba del fuego necesario á la familia sobre la piedra del hogar, sino también del fuego necesario á los muertos sobre la piedra del sepulcro. ¿Qué podía Medea tener de común, ella, hija de la Cólquide, con los predecesores ilustres de Jasón, su esposo? Así el matrimonio

con una extranjera traía la pérdida de los bienes para el marido que lo aceptaba y para el padre que lo disponía. Uno de los más bellos monumentos del arte dejados por el mundo antiguo al mundo moderno es la célebre acusación del inmortal Demóstenes lanzada sobre la familia helena ó ateniense que uniera uno de sus jóvenes hijos con Necera, extraña completamente á Grecia y además pública hetaira. Pocos fragmentos de antigua elocuencia tan bellos como aquel en que Demóstenes recuerda con tanto vigor á los jueces cómo, en el caso de una increíble absolución, jamás podrían presentarse como atenienses ante los ciudadanos por haber desconocido sus leyes civiles, y como hombres ante sus prójimos por haber desacatado sus leyes morales. ¡Con qué indignación se levanta furioso contra la posibilidad sancionada por jueces atenienses de que una extranjera, y extranjera prostituída, participe de los ritos sacros y ocupe allí en el hogar el sitio reservado á vírgenes íntegras y honestas! Jasón llevó una extranjera, contra todas las tradiciones patrias, al suelo de la sacra Grecia y al seno del hogar doméstico. Su inferioridad natural respecto de las mujeres griegas debía en cada momento patentizarse ante todos y por todos reconocerse. La supremacía guardada por la Cólquide sobre la Grecia, merced á su áureo vello-

cino, habíase acabado con la posesión y acaparamiento de objeto tan rico. Por consecuencia, Jasón se hallaba, merced á su propia victoria, impedido completamente de lograr aquello mismo logrado cuando quisiere por el más humilde y más oscuro de los griegos, una familia helena, de su propia raza, de su propia sangre, de su propia religión, unida en el culto á los mayores y animada también de un solo espíritu generador de los mismos recuerdos y de las mismas esperanzas.

La ciencia de Medea, ciencia mágica, muy útil en los pueblos y en los tiempos asiáticos, no servía para gran cosa en los tiempos y en los pueblos griegos. El arte público, la ciencia en escuelas, el verbo libre, la profesión de sabio dejada por las costumbres á todos cuantos quisieran desempeñarla, el odio á los misterios y á los privilegios, el desarrollo de la razón privada y pública, naturalmente hacían que toda la ciencia quiromántica y astrológica de Medea perdiese allí su natural influjo antiguo, resultando una reacción vergonzosa. Medea, en esta simbólica de las edades y de las historias legendarias, me parece á mí, sin que resulten las interpretaciones mías muy violentas, la ciencia mágica de los viejos orientales, que después de haber entregado á los griegos su prenda mejor, el áureo vellocino, indispensable á los cambios mercantiles

tan productores de civilización y de cultura, ya nada puede hacer, y cae menospreciada como la corteza de un fruto aprovechado y comido. Jasón, pues, tratará por todos los medios imaginables de apartar á la hechicera que no le sirve gran cosa y unirse con mujer de su culto y de su raza, la cual mujer ha de santificar su vida y conducirlo como de la mano después de muerto al sitio sobrenatural donde reposan sus mayores. Por otra parte, Grecia no podía menos de premiar con excelso premio al hombre que representaba el progreso de la navegación en su tiempo, de la navegación indispensable á regiones de largas costas, de múltiples islas, de puertos y ensenadas rientes, próxima por un lado al Egipto y al Asia, próxima por otro lado á Italia, cuyas más hermosas regiones llamáronse grande Grecia; por todos estos motivos, necesitadísima tanto de naves como de tripulaciones, y obligada con el hombre portador, ya fuera merced á su industria, ya fuera merced á su fortuna, de un secreto muy favorable al cambio, al comercio, al colono, á todas las irradiaciones de Grecia. Cuando hoy vemos nuestros grandes navíos parecidos á ciudades flotantes, con sus cartas de marear que les trazan totas las rutas del Océano inmenso, con sus instrumentos de náutica y de astronomía, con sus calderas de vapor que les permiten navegar contra todos

los vientos, apenas recordamos el tronco prehistórico, quizá caído por casualidad sobre las aguas y mostrando por casualidad al salvaje sus propiedades, que le permiten flotar sobre las olas; ese tronco flotante que Jasón, dirigido por Atene ó Minerva, diosa del saber, ahueca, ciñe de remos, arma de un mástil, dirige con un timón, impele con una vela de lino, adorna con un altar, cumpliendo así uno de los mayores progresos y alcanzando esta corona legendaria de poesía que le permite pasar á la posteridad y á la historia entre los resplandores de una trágica pero incomparable grandeza. Nada tan lógico y natural como todo cuanto le pasa despues de sus esfuerzos y de sus triunfos. Si por haber llegado á la Cólquide vieja en barco bajo su dirección construído y por sus puños gobernado merece los amores de Medea, por haber vuelto á Grecia después de penetrar y salir en el mar Negro, de conocer, así la desembocadura del Éufrates como la desembocadura del Nilo, y de traspasar las columnas del divino Hércules, inviniendo nuestra patria, el jardín de las Hespérides, y tocando en las regiones boreales de nuestro continente, por todo esto, bien merece, con seguridad, el amor de Creusa. El rey y padre de esta virgen, el célebre Creonte, debía, por natural razón, querer que su hija se casase con el gran piloto que había descubierto

tantas tierras y que podía por ende ofrecer en lo futuro á sus súbditos muchas facilidades, tanto para la navegación como para la colonización y el comercio. Medea no debía parecer grande obstáculo á Creonte. Una gitana invenida por su futuro yerno al paso, un recreo de navegante hastiado, una concubina de ocasión, á la cual había que satisfacer con amor pasajero y sensual favores de pasaje, no podía surgir como un grande obstáculo en el proyecto de dar su trono regio y sus dioses lares al primero entre los navegantes de Grecia.

Creonte mandaba en una de las ciudades griegas que más habían menester un verdadero navegante. Esta ciudad se llamaba Corinto. Desde tiempos inmemoriales tenía Corinto ricas y poderosas colonias entre las cuales se hallaba Corcira, una de las más bellas islas jonias, rival feliz de su espléndida metrópoli. El istmo corintio tendido entre los golfos de su ciudad y de Salaros unía el Peloponeso con la tierra firme y le daba muy ventajosamente á la ciudad erigida entre dos mares y colocada como al frente de aquella hermosa península privilegios los cuales pedían para su gobierno un marino del saber y del fuste reconocidos y proclamados por todos en Jasón. Gobernar en ciudad tan hermosa, cuyo nombre lleva uno de los más bellos géneros en las antiguas artes arquitéctonicas; presidir

la liga de sus colonias, coro de verdaderas nereidas como Ambracia, y Corcira, y Potidea, y Apolonia; asistir en calidad superior de jefe á los juegos ístmicos, los cuales competían con los primeros juegos helénicos; mandar aquella raza de nautas heroicos, quienes en sus naves áureas llevaban la civilización y la cultura por todos aquellos celestes mares, debía tentar á un hombre como Jasón para pedir la mano de aquella hija de Creonte, dotada por el cielo desde su regia cuna con tan vasto imperio. ¿Qué obstáculo podía Medea presentar al inmediato logro de tan vivo deseo? Extranjera, bárbara, hija de reyes orientales, con sus orígenes asiáticos por todo timbre, no debía, no, aspirar al título de mujer legítima que le negaban á una las leyes y las costumbres griegas. Además, lo que podía perder como legítima esposa ganábalo como amante madre. Sus hijos podían aspirar, teniendo un padre que reinara en Corinto, á todas las ventajas del principado antiguo, no asequible á los hijos de un concubinato maldecido por la conciencia helénica. Estas reflexiones fueron principalísima parte á que Jasón creyera poder casarse sin escrúpulo alguno con Creusa y poder conjurar sin riesgo alguno la cólera de Medea.

No contaba con la hechicera. Esta se creía indisolublemente unida con el hombre á quien diera su

corazón y su honor. Desde la hora en que lo vió huésped feliz de su palacio regio, asaltóle por él un amor súbito, el cual, á pesar de la rapidez del nacimiento, estaba llamado á vivir con ella como viviera su alma. Medea recordaba en todas ocasiones adónde su amor la condujera y cómo sacrificara lo más caro por satisfacer á Jasón. Entrególe, sin merced alguna recibida en cambio, la tierra de sus mayores; díjole cuantos secretos necesitaba para vencer los obstáculos opuestos á su empresa; matóle á los piés el monstruo que celaba la prenda requerida, ó sea el áureo vellocino; acabó con la supremacía de un reino donde mandaba su familia; deshonró las canas de su padre y arrojólo desesperado y maldito al Orco; trucidó su propio hermano y esparció en los mares sus restos palpitantes y cruentísimos para que lograse Jasón feliz regreso á su patria; dióle todas las claves de los enigmas hieráticos, todos los secretos de sus ciencias astrológicas y alquímicas, todos los conjuros necesarios para granjearse los auxilios mágicos de los genios maléficos, todos los filtros y todos los hechizos de su alquimia, los mil horóscopos de sus astrologías á cambio del amor suyo, de un amor sin el cual no tenía para Medea la vida ni el sér precio ninguno, unida, como estaba, con aquel hombre, no sólo merced á los impulsos del corazón, merced á los lazos

del crimen. Y la abandonada y le prefería otra; llamaba mujer á quien no era ella, dejándola sola en tálamo donde había pensado pasar todas las noches de su vida y hasta la perdurable noche del sepulcro. Los celos más rabiosos inspirábanle á una proyectos siniestros de venganza cruel. Así pensaba, en el delirio de su dolor, cuando supo su desgracia, dar contra todo el mundo; herir en el corazón á Creonte y á Creusa; enterrar vivo al propio amado de su alma; truncidar sus hijos, que le recordaban la perversidad del padre; incendiar la ciudad de Corinto entera; oscurecer hasta los aires con las sombras funerarias de su cólera; extinguir las estrellas del cielo, y hasta derrocar los dioses eternales. No se mueven las tigres heridas, no rugen las leonas febriles, no graznan los cuervos hambrientos, no silban las serpientes acosadas, no emponzoñan las víboras, no gritan las águilas, no devoran las hienas como los instintos feroces de Medea ebria en el insensato delirio de su atroz venganza. La ciencia mágica se veía despreciada por la ciencia racional de un sér superior, y tenía que defenderse con todos sus viejos recursos, y tenía que apelar á todos los mayores extremos. Medea es la alquimia delante de la química, la astrología delante de la astronomía, la cábala delante de la matemática, el augurio delante de la observación, el hechizo y el milagro delante de

la ciencia, el mundo asiático delante del jóven mundo heleno, que al comparar su inferioridad nativa con las superioridades múltiples de aquel sobre quien ejerce absoluto imperio, propónese perderlo ya que no puede por manera ninguna esclavizarlo. He aquí el verdadero sentido que debe darse á todo cuanto nos resta por decir aún en la mágica leyenda y tradición de la infeliz desapoderada Medea.

Mientras la maga iba rodando en su cabeza tales homicidas proyectos, preparaba Creonte las nupcias de su hija. El gineceo parecía un bazar, según los objetos que lo llenaban y las mujeres que lo apercibían todo para la próxima ceremonia. Creonte no había querido para su hija domésticas jonias, porque tales preciosas muchachas, de cortes muy escultóricos, de gracias muy finas, de palabras dulces como las mieles áticas, grandes tañedoras de cítara y flauta, podían darle muchos pesares con sus rivalidades en el hogar, y prefería sirias ó egipcias, feas y viejas, incapacitadas, por tanto, de cautivar al joven y apuestísimo Jasón. Aquellas mujeres traían las ánforas llenas de perfumes para que se adobase Creusa, los espejos de metales preciosos para que se contemplase, las joyas y lazos para que se adornase, las sombrillas que debían guarecerla del sol, las pateras reservadas para el lavado de su

cuerpo, los animales domésticos para sus corrales y jardines, como perras de Malta, pavones de Media, papagayos de India, y además las cítaras, y las flautas, y los timbales, y los instrumentos músicos necesarios para el doméstico recreo. Todo estaba ya preparado. El fuego ardía en los altares domésticos, los abanicos de pluma, que debían airear á la novia, estaban abiertos. Habíase ofrecido una tornera de las más hermosas á Diana para que prosperase de grado el himeneo. Habíase desprendido ya Creusa de un rizo de sus cabellos y colgadólo como natural ofrenda en los altares de la diosa. El velo blanco estaba tendido y preparado. Veíase reluciente sobre una sede la cintura nupcial, que las esclavas debían ceñir á la novia y desceñirle al pie del tálamo Jasón. El pariente más próximo se preparaba solícito á tenderle la mano y conducirla en procesión á casa del esposo. Piafaban á la puerta los caballos, tirando bravíos del carro nupcial. Las antorchas ardían ya, las coronas exhalaban sus perfumes como compuestas de flores, colgaba ya el novio su manto del brazo para seguir á la novia, la nupcial cama se había hecho, resplandecían con todas sus preseas las alcobas del amor, las puertas presentaban marcos de bien olientes guirnaldas, veíanse las canastillas de frutos sabrosos llenas, el himno epitalámico resonaba ya, y sobre las mesas

del festín relumbraban los platos argénteos y los vasos áureos destinados á servir para el convite sacro y para las santas libaciones.

Nada en aquel momento se descubría que pudiese presagiar la terrible catástrofe. Consultadas las víctimas, y conocidos los secretos de sus entrañas, no daban indicio alguno funesto. Las tórtolas se arrullaban como de ordinario y las cornejas vivían pareadas. Las hieles vertidas sobre las aras de Juno parecían propicias y no daban señal de cólera celeste. Habíase traído agua de la fuente Calirroe, á pesar de hallarse tan lejos del corintio istmo. Los paraninfos habíanse adornado de púrpura y aromádose con esencias de flores consagradas á Venus. Por su propia mano había cogido la novia el sésamo y adormidera nupciales. No faltaban ni siquiera los espárragos selváticos. El esposo llevaba los laureles merecidos por sus heroicidades y llevaba su hiedra la esposa, la hiedra, símbolo de la sumisión debida por las mujeres á quien las mantiene y defiende. A todos estos útiles verdaderamente litúrgicos de las antiguas bodas uníanse las cestas de mimbres; las cribas para cerner el grano; las guirnaldas de zarza, rosa y encina; los panes amasados con agua nupcial; las granadas y los membrillos que deben morder los novios al hallarse solos; el jacinto que huele á epitalamio; los lotos que han de colgarse á los

plátanos; las canciones que han de suavemente decirse como una melodía de amor en aquella sin igual ceremonia. Pero mientras todo este idilio va desarrollándose, Medea sabe, no solamente que la separan de su infiel marido teniéndola por una vil concubina y no por una legítima mujer, sino que también la separan de sus idolatrados hijos y la destierran de Corinto, á ella, que no puede tener asilo ya en el mundo, por los crímenes cometidos para seguir á Jasón. Éste, su amado, el único á quien debía parecerle su Medea, no ya inocente, sino virtuosa, pues todos los crímenes de ella se habían trocado en beneficios para él ¡ay! la condena impío y le devuelve por premio recíproco á sus servicios la deshonra y la viudez, algo más terrible que la muerte.

A este pensamiento, los cabellos de Medea se levantan erizados á una sobre su cabeza en guisa de serpientes; los ojos mortecinos fulminan, en siniestros relampagueos, rayos de odio asolador; roncan furiosa con estampidos de trueno sus narices; resuella como el Etna en erupción su pecho desesperado, y extendiendo los brazos al sitio infernal donde la Hécate nocturna teje su velo de sombras, jura cometer un crimen por tal manera enorme que resulten pálidos en su comparación y en su presencia todos aquellos con que ha oscu-

recido su nombre por siglos de siglos y ha manchado cielos y tierra.

Una vez resuelta por todo esto, dirígese al formidable sitio donde celebra sus encantos y tiene sus hechicerías. Al ver tantas materias de muerte y asolamiento aglomeradas en su mano, siéntese, á pesar de su natural rencoroso y vengativo, sacudida por un escalofrío de terror. Sus dos manos, semejantes á dos arañas venenosas, agárranse crispadas á los altares terribles de los maleficios sortilégicos. Sus labios escupen á una hieles amargas y fórmulas malditas. A estas evocaciones los monstruos se levantan, silbando entre sus piés reptiles con los áspides asestados á un enemigo invisible, y graznando sobre sus cabezas aves rapaces y nocturnas que afilan sus uñas y sus picos apercibiéndolos á la matanza. Aquí se levanta un dragón, allí una hidra, los cuales aterrarían á las víboras de Libia. Las hierbas venenosas que crecen sobre las alturas del Cáucaso regadas con sangre de Prometeo; los jugos en que los parthos ligeros emponzoñan sus flechas malditas; las raíces arrancadas al Pangeo, que dan la muerte; las hojas que las uñas mágicas han adobado; los corazones de buhos tan exterminadores; todos los elementos de la terrible nigromancia, todos, los reune para perpetrar un crimen, el cual asombre al infierno mismo por no creer

capaz á la mente y á la voluntad humanas de tanto mal. En efecto, saca de allí una corona de oro ornada con piedras preciosas y una vestidura de novia sembrada con estrellas argénteas como jamás vieran, no ya iguales, ni aun parecidas, los griegos. A sus conjuros Hécate se ha levantado y ha embebido en aquellos objetos un licor invisible tal, que quien ose ponérselos en su cuerpo, se abrasará vivo, y expídelos, realizado el infame maleficio, á la fiesta nupcial como regalo de boda.

Creusa, que jamás viera objetos de suyo tan hermosos, los recibe como el más rico presente y se los pone para el acto más religioso de su vida. ¡Cómo deslumbrará en semejante fiesta nupcial á las vírgenes de Corinto, cuando la vean coronada con aquella diadema simpar y ceñida de trajes orientales tan superiores en riqueza y en esplendor á los sencillos trajes de Grecia! Ignoraba la infeliz, en su candor y en su inexperiencia, que la rozagante sedería de los sátrapas y de los déspotas, las bordaduras multicolores sobre fondos áureos, las estrellas de plata y oro esparcidas en los repliegues de un manto asiático, las diademas de pedrería, los arreos del Oriente, no cuadran á la virgen griega vestida de lino, coronada de flores, que lleva por todo adorno festones de hiedra y que tiene, como las corolas y como los cálices

en la campiña, por toda pedrería, los matinales rocíos. ¿Cómo no presiente los sutiles venenos en que aquellas sedas se han teñido? ¿Cómo no prevé que la representante del despotismo y de la magia debe guardar todas sus ponzoñas para herir á la representante del pueblo y de la ciencia? Corónase la infeliz con aquella diadema nefasta, cíñese á su cuerpo aquellos trajes mojados en materias invisibles, pero inflamables, y, mirándose al espejo, recréase un minuto en contemplar su hermosura, realzada por tanta copia de increíbles riquezas. La procesión comienza, las cítaras suenan, los epitalamios suben al cielo en cadencias armoniosas, las flores nupciales huelen, el esposo la espera, el padre la tiende la mano para conducirla satisfecho al ara nupcial, cuando la diadema se enrojece como si estuviera recién forjada en una fragua infernal y las prendas todas de aquel su vestido de boda enciéndense y arden á guisa de una hoguera voraz. La infeliz corre de aquí allá con sacudimientos epilépticos prestados por el dolor, con gestos y contorsiones terribles, dando gritos agudos que partirían de compasión las piedras y pidiendo por piedad una pronta muerte, único lenitivo á su terrible aflicción. Y en estas carreras de triste desesperación, el fuego se comunica y prende al rey, que abraza desalado á su hija, y á los cortesanos que les acom-

pañan, y al palacio mismo, devorado por aquel incendio. Pero Medea no está contenta, no, con tantos desastres. En uno de los coloquios á última hora tenidos con Jasón advierte cómo éste sólo ama en el mundo á los dos hijos habidos en Medea, por los cuales, por su prosperidad, por su fortuna, por su grandeza, comete la traición de abandonarla tristemente á ella é inferirle de grado en aquel divorcio, con el mayor de los dolores, la mayor de las afrentas. Olvídase, pues, de que aquellos preciosos niños fueran suyos; acuérdase sólo de que los había engendrado Jasón en sus entrañas, y como si nada de ella tuvieran ambos, los trucida impía y arroja los restos aun calientes á los piés del ingrato, para satisfacer así, por tan bárbara manera, el furor de su venganza. Tal ha sido, tal, en la tradición griega, el genio mágico de Medea.

Esta figura, trágica esencialmente, no podía menos que pasar al teatro antiguo. Dos grandes tragedias nos ha dejado el mundo clásico: una escrita por Eurípides, otra escrita por Séneca. Ya hemos dicho los caracteres generales que resaltan en la fantasía del gran trágico ateniense. Veamos ahora cómo presenta en escena tan terrible historia. La nodriza que ha lactado los hijos de Medea está sola en la puerta del palacio de Creonte, lamentando la ingratitud negra cometida por Jasón y el

triste abandono de su ama y señora. En Eurípides, como ya hemos dicho, predomina el genio de la elocuencia y de la política sobre el genio de la tragedia. Por tal razón abundan las arengas y las consideraciones morales. Por ejemplo, el ayo de los hijos de Jasón recuerda las obligaciones de los siervos para con sus dueños; el coro diserta sobre los dioses testigos del juramento y sobre la eficacia de tal promesa litúrgica; Medea misma discurre tranquila en el minuto supremo de conocer su desgracia sobre los deberes de la hospitalidad, sobre la natural autoridad y poderío de los maridos, sobre los medios de conservar el recíproco amor en la vida matrimonial, sobre los inconvenientes del repudio y sobre los privilegios del esposo que puede repudiar á la esposa, mientras ésta no puede repudiarlo á él, observaciones todas más propias de un magistrado que de un poeta. Luégo, cuando aparece Creonte, promovedor del matrimonio, entre Jasón y Creusa, venido á la escena para notificar á Medea su destierro, ésta remacha sus disertaciones y sus enseñanzas. El diálogo de la maga y el rey se parece mucho al diálogo de Hamlet con los cómicos, pero carece de su dramática oportunidad. Medea discurre como pudiera un personaje del jardín de Academo en los diálogos de Platón sobre los inconvenientes de saber demasiada filosofía. A

ésto, á la envidia que le tienen por su ciencia, imputa Medea sus desgracias, y no al desamor de Jasón. El rey responde á disertaciones con disertaciones y declama sobre las diferencias entre un monarca y un tirano, con ocasión del destierro infligido á Medea y del plazo de veinticuatro horas dado á los ruegos de ésta para preparar su viaje. En cuanto Medea sabe que ha obtenido la prórroga de su partida, pónese á maquinar venganzas, y, al maquinarlas, ocurrésele una reflexión, como la de que las mujeres son por su naturaleza incapaces de todo bien y artífices de todo mal.

No diserta menos Jasón que Medea. Al saber las resistencias de ésta, corre á persuadirla con empeño al viaje y le propina discurso tras discurso, llenos de observaciones acerca de la rabia moral, de la gloria monárquica, del peligro que se corre injuriando á los reyes y de la misericordia de todos estos, los cuales, pudiendo condenarla con seguridad á muerte, se contentan con infligirle, piadosos, un benéfico destierro. Las reconvenciones de Medea pierden ya el carácter de plática, y, aunque largas, responden todas ellas á la indignación propia de una mujer abandonada. Pero Jasón vuelve á las suyas en su respuesta, y se defiende con frialdad, como pudiera defender el abogado de oficio á un cliente condenado y el sofista de profesión un so-

fisma evidentísimo. Medea vuelve á caer durante la segunda parte de tamaña escena en disertaciones y generalidades acerca de un tema tan sutil y apropiado á distingos y á dialécticas como el precio debido á un bien hablar manifiesto. Jasón, al ver cómo se agarra la divorciada, en su furor, al tálamo, cual el náufrago á la tabla, duélese de la triste condición del hombre, necesitado del auxilio de la mujer para procrear su prole, y pide al cielo invente otros medios que los ayuntamientos entre los sexos para la generación del individuo y la perpetuidad de la especie. A tales dementísimas especies contesta Medea con unas cuantas vulgaridades sobre la jactancia del bien hablar en su esposo. Y esta gran escena, tan esencialmente dramática de suyo, concluye con un diálogo político sobre los muchos riesgos que corre quien habla mal de los reyes.

El coro pone siempre sus inspiradas estrofas en los intermedios que compendian una situación trágica ya pasada y aperciben otra situación trágica inmediata. Uno de sus himnos, compuesto de lo que llamaban entonces estrofas y antiestrofas, asemójase á concertada sinfonía, que abre con sus cadencias el arribo de un rey como Egeo. Falto de hijos éste, va consultando y oyendo los diversos oráculos griegos en requerimiento de un talismán

para obtenerlos. Nada, pues, tan propicio para él y congruente con el fin de sus peregrinaciones como sacar á los sortilegios de Medea un medio natural ó sobrenatural de allegarse hijos y transmitirles el trono. Prométele Medea larga descendencia si oye sus advertencias, y le pide como precio á éstas asilo en Atenas. Decrétalo Egeo, y lo promete por juramento litúrgico, si bien bajo una condición, que Medea saldrá por sí, por su propio pie, del reino de Corinto, y no por esfuerzo de quien le ha ofrecido la deseada hospitalidad en sus dominios. Desde tal punto, segura ya la maga del asilo nuevo con que cuenta, pónese á maniobrar su venganza, y para mejor obtenerla emplea con arte consumado la simulación y la mentira. Seguidamente, la escena entre Jasón, Medea y sus hijos, en que promete la hechicera irse de grado si Jasón cuida solícito de aquellos dos niños que componen su prole, resulta una escena de primer orden. Industriado ya el público por los cánticos del coro y por los monólogos de Medea en los propósitos de ésta, que ha jurado furiosa despedazar el cuerpo de sus hijos, despedazando con ellos el corazón de su amante, ¡ah! surgen á una con la mayor naturalidad y por procedimientos lógicos, muy propios del genio, el interés y el terror trágico. Jasón ha demostrado á Medea, como incentivo capital, determinante de su nuevo

matrimonio, el amor á sus hijos, deseoso de granjearles grandes principados sobre la tierra y pingüe participación en los privilegios de una dinastía. Medea, penetradísima de que hiriendo al traidor en aquellas prendas caras de su alma le abre la mayor de las heridas y le condena con perdurable condenación al mayor de los torcedores y de los tormentos, resuelve la inmolación y muerte de los pequeñuelos á la hora misma en que los presenta con gozo á las caricias de su padre y les recuerda todos los deberes prestables á quien les diera el sér, deberes aumentados por la separación y apartamiento próximo de ella, su madre. Pocas escenas tan profundamente trágicas en el teatro universal.

Al irse Jasón para su boda, Medea le anuncia cómo ha decidido congraciarse con la novia de su esposo, enviándole, por medio de sus hijos, los célebres presentes. Aunque Jasón observa el número de diademas y de trajes guardados por una princesa de Corinto en el palacio de sus reyes, Medea responde con esta observación bien utilitaria: «en el Olimpo mismo los dioses agradecen un regalo.» Para cohonestarlo, presentábalo como un medio de granjear á sus hijos la saludable adopción de Creusa, y no había razón para rehusar ofrendas movidas por este justísimo impulso. La mayor escena, la más trágica de todas cuantas componen esta ma-

ravillosa tragedia, es la que sigue á este supremo adiós de Jasón. Medea sabe cómo el cuitado corre, sin saberlo él, á su eterna desdicha, y llora. Luégo se vuelve á sus hijos y se queda como pasmada y fuera de sí al contemplar la suerte que sus propias manos les depara. Aquellas palabras respecto á los dolores materiales que le había costado parirlos y de los dolores morales que le había costado educarlos; aquellas evocaciones de las esperanzas sugeridas tantas veces al corazón maternal y de los consuelos prestados con sus besos y con sus sonrisas; aquella contemplación de sus sonrosadas carnes, que su sangre anima y que de sus propias fibras están hechas; aquella incertidumbre trágica entre su pasión de madre y sus celos de mujer, por tal modo se manifiestan y expresan, que permanecerán perpetuamente como un modelo acabado y perfecto de monólogo trágico en la literatura universal. Apenas concluye la escena, un mensajero llega desalado y refiere con acentos vivísimos la catástrofe horrorosa y el espantoso incendio en que murieron, abrasadas las carnes, calcinados los huesos, consumida la sangre, Creonte y Creusa.

El coro plañe la muerte de los reyes corintios; pero Medea no está vengada todavía. Los dos niños han vuelto, después de haber presentado las galas y oído su adopción por una segunda madre.

Castigada ésta, cuyo pecado no puede compararse con el crimen de su esposo, piensa Medea, en su furia, castigar inmediatamente al primer culpado, y dirígese para satisfacer este deseo y cumplir este propósito hacia el aposento donde han entrado sus hijos. Resístense los piés á conducirla y la mano á obedecerla; pero ella, como si fuera una su voluntad y otros sus miembros, reconviene á éstos, y aun les amenaza por su natural rebeldía. El coro mismo quiere detenerla; pero Medea entra. Desde fuera se oyen los lloros de los niños, sus carreras para evitar la muerte, los resuellos de la furia y el despedazamiento de los cuerpos. Y en esto Jasón entra desolado en busca de sus pequeñuelos para precaverlos á las venganzas que los corintios querían por fuerza incontrastable saciar en ellos á causa de su madre. La inmolación de Medea por el puñal de Jasón parécele á éste la mayor de las satisfacciones prestadas al pueblo en cólera. Pero, al llegar, el coro le dice la matanza que acaba de perpetrarse. Horrorízase tan desdichado padre, y corre con celeridad á derribar la puerta, tras la que sucede aquella terrible tragedia. Pero Medea, como buena maga, se ha metamorfoseado, á guisa de divinidad extraña, en tonante carro parecido á eléctrica nube, del cual tiran dos dragones monstruosos, y en el cual van

á sus piés los dos cadáveres de sus hijos recién muertos y despedazados. Entonces Jasón maldice á la que fué su mujer, y se maldice á sí mismo, por haber traído aquel elemento asiático y bárbaro á la joven y libre Grecia. La escena subsiguiente á ésta, en que los dos esposos hablan de la sepultura prestable á sus hijos, concordará mucho con las costumbres griegas y con los cultos aquellos al despojo y recuerdo de los difuntos, mas á nuestro gusto parece artificiosa y fría, llena, como se halla, sobre todo, de reflexiones y de sentencias que pueden ocurrírsele á un trágico y á un historiador en el momento de resucitar sus personajes, mas no á estos personajes mismos cuando llegan al estremecimiento violentísimo de una pasión y al período álgido de un dolor sin límites. Tal es la Medea del gran Eurípides.

La tragedia de Séneca no tiene la importancia que acabamos de reconocer en la tragedia de Eurípides. El trabajo de nuestro gran poeta cordobés hállase fundado sobre el trabajo de su gran predecesor ateniense. Obra de segunda mano esta última, resulta obra de cuarta mano la obra de Séneca por precederle tres autores sabidos: uno romano, dos griegos. En la creación latina del trágico nuestro obsérvase primero la exageración propia de toda decadencia, después la hipérbole natural á las

imaginaciones andaluzas, en tercer término cierto sabor muy pronunciado á filosofía estoica, y, por fin, el carácter jurídico de toda la cultura latina. Si las escenas del trágico griego nos han parecido verdaderos diálogos científicos, las escenas del trágico hispanolatino han de parecernos por fuerza litigios judiciales en algunos momentos. Dos factores hay en toda tragedia clásica, de los cuales usa, y aun abusa mucho Séneca: el coro y el monólogo. En uno y otro muestra una poesía por tal modo exagerada y discordante de la sencillez antigua, que creemos leer una composición de Góngora ó Herrera. Los recuerdos históricos, las imágenes retóricas, las imprecaciones múltiples, llenan todo el primer acto, reducido á un monólogo de Medea y á un himno del coro. Larga relación de Medea y un diálogo con la nodriza de sus hijos abre la segunda parte ó acto segundo de la tragedia. Séneca se goza en descripciones geográficas y en recuerdos históricos, verdaderas rémoras del movimiento y acción. Seguidamente llega el rey de Corinto á notificar el destierro, y empéñanse las contestaciones de un proceso entre los dos personajes. Medea interroga y conmina; Creonte pone considerandos de juez á sus decretos de tirano; la infeliz acusada intenta observaciones diversas acerca de las varias instancias en sus procesos y del número y justifi-

cación de sus sentencias. Creeríais asistir á un tribunal y no á un teatro. Las largas relaciones de Medea resultan consumadas defensas jurídicas, y las de Creonte resultan, á su vez, acusaciones fiscales. Entáblase una polémica sobre los tribunales competentes, sobre las reclamaciones tardías, sobre las sentencias justas é injustas. La política se mezcla con la jurisprudencia, el filósofo estoico se queja de la moral reinante y el republicano convencido maldice al feroz y tiránico imperio. «Los imperios inicuos no pueden durar,» dice Medea. «Los súbditos no tienen derecho á calificar las órdenes de los reyes; justas ó injustas, deben obedecerlas,» dice Creonte. «Si eres tirano, exclama Medea, manda; si eres juez, oye.» Los tribunales y el Senado pasan á vuestros ojos. La tribuna de los Rostros, caída en el foro, se levanta en el teatro.

Al acto tercero vienen las entrevistas de Medea y Jasón. ¡Qué diferencia entre los sencillos diálogos griegos, á pesar de su carácter diserto, y estos largos y pesadísimos discursos, que llenan todo el tercer acto, y en los cuales se conmemoran las cimas del Pindo, la Osa mayor del cielo, los escollos de Caribdis, las erupciones del Etna, los campos de Tesalia, las riberas del Faso, las tristezas del Eusino, el vellón de Phixo y las irrupciones del escita. Después de tal disertar entra un diálogo de

concentrada concisión y muy parecido á los breves y rapidísimos usuales á nuestros grandes poetas dramáticos. En ellos resaltan mil sentencias morales y jurídicas, inspiradas en la filosofía estoica y en el derecho romano. Aquí están admirablemente formuladas sentencias que han servido á los jurisconsultos y á los jueces de todos los tiempos y de todos los pueblos. ¿Quién, alguna vez, no habrá dicho esta sentencia en los procesos? *Cui prodest scellus, is fecit.* ¡Cuántos y cuán profundos apotegmas filosóficos y morales! «Que los demás me llamen culpada, exclama Medea, para ti, á quien he servido siempre con mis crímenes, debo ser inocente.» «La vida que se ha recibido de otro, dice Jasón, es vergonzosa.» «Pues si te avergüenza, le responde Medea, de haberla recibido ¿por qué la conservas?» «Dos reyes nos amenazan, dice Jasón, y debemos temerlos.» «Medea es todavía más temible,» le responde ésta. «¿Qué debo hacer por ti?» pregunta el esposo. «Todo, hasta un crimen,» le contesta la mujer. «Yo tiemblo, dice Jasón, á la responsabilidad del poder supremo.» «Pues debías temblar, más que de poseerlo, de ambicionarlo.» Y, por último, hay en la tragedia de nuestro gran poeta una frase que no tiene tan expresiva y tan profunda toda la tragedia del inmortal Esquilo. Cuando todos los elementos se han contra la hechicera conjurado, y

Creonte la destierra, y Jasón la deja, y Corinto la rechaza, y el coro la reconviene, y hasta sus hijos buscan madre nueva en hogar ajeno, ella dice que para cumplir una venganza como no habrán visto los mortales otra *(Medea superest)*, queda Medea.

Más lo maravilloso que hay en la gran tragedia del poeta español es la profecía y adivinación del descubrimiento de América, reservado por providenciales decretos á su patria. El profeta hebreo, aquella especie de sabio revelador que contempla y escudriña con ojos avizores y profundos lo porvenir, anuncia siempre augurios y profecías referentes á su tierra y á los imperios que la persiguen ó avasallan; el oráculo griego, en sus fórmulas y sentencias sibilíticas, habla siempre de Grecia ó de los pueblos á Grecia circunvecinos; pero el poeta nuestro, inspirado por el genio romano é intérprete de la universalidad de sentimientos é ideas traídas por la Eterna Ciudad al mundo antiguo, rompe todas las fronteras con su luminosa inspiración, y, adelantándose á los siglos, anuncia las exploraciones del Océano, cerrado entonces como un misterio, los agrandamientos del planeta y las apariciones de nuevos mundos en la soledad del espacio. No podía sazón más oportuna escoger el genio poético para mostrar sus virtudes proféticas que la gloria de los argonautas pasados y la investiga-

ción de aquel áureo vellocino buscado en la inmensidad del mar también por los argonautas futuros. Jasón es realmente predecesor de Marco Polo, de Alburquerque, del príncipe Constante, de Gama, de Magallanes, de Colón, y al cantar sus hazañas y al escribir sus servicios, no es mucho que, viendo cómo había tendido la quilla sobre las aguas, dado á la nave gobierno con su próvido timón, puesto á nuestro servicio los vientos recogidos en las olas, el profeta viera los futuros descubridores contenidos en este descubridor antiguo y la sumisión, por sus esfuerzos y por su tenaz voluntad, la sumisión del planeta y del cielo al humano albedrío. Lo cierto es que, al final del acto segundo, pintada la temeridad increíble del que desafió primero las olas, y la ciencia del que leyó los astros, recogiéndolos y agrupándolos, á fin de que señalaran en el firmamento los caminos del Océano; cantadas y encarecidas las dificultades opuestas por escollos donde habitan sirenas, por cabos donde hierven líquidos abismos, por tormentas, huracanes y tempestades; visto el precio dado al áureo vellocino, Séneca descubre que, si en su tiempo se mezclaban las razas todas al punto de beber los indios las aguas del Araxo y los persas las aguas del Rhin, mientras las naves más humildes, sin necesidad alguna de que Atenea las construyese y Orfeo las guiase, reco-

rrían los mares, merced á la creación lenta, pero divina, de los siglos, otra edad vendría, donde traspasadas las columnas del divino Hércules, desvanecidas las supersticiones que ocultaban como apocalípticos serafines con sus espadas de fuego el Océano, franqueados los límites de Tule, tenidos entonces por infranqueables, nuevos continentes surgirían de las aguas y un mundo nuevo completaría el planeta, como premio al humano esfuerzo y como complemento necesario del humano progreso.

Venient annis secula seris,
Quibus Oceanus vincula rerum
Laxet, et ingens pateat tellus,
Tethysque novos detegat orbes,
Nec sit terris ultima Thule.

Habiendo presentado á Medea en el teatro antiguo, parécenos inútil presentarla en el teatro moderno también. Calcadas las diversas tragedias del genio cristiano en los asuntos transmitidos por el genio clásico, no pueden ofrecer ninguna originalidad ni añadir ningún rasgo histórico á nuestra ya concluída y rematada figura. El más vigoroso de los dramáticos franceses, Corneille, puso la persona de Medea en las tablas de su teatro clásico. Voltaire arguyó á su predecesor de lo mismo que había Eurípides argüído á Esquilo, de sobrada rudeza. Pero, ya ruda, como en la tragedia de Corneille, ó

ya cultísima, como en la tragedia de mi preclaro amigo Legouvé, la Medea moderna, por más que la furia de los celos pertenezca realmente á todas las edades, resulta, después de bien examinada, un personaje arqueológico. Escribióse la obra del ilustre académico francés para una tan grande actriz como Rachel, y no habiéndola querido ésta representar, cosa que Legouvé no le perdonó jamás, representóla otra no menos grande trágica, la célebre Ristori, después de haberla el autor acomodado á su genio y traducido la obra en versos italianos el inmortal Montanelli. Un trabajo adscrito á dos actrices tiene la suficiente importancia literaria y artística para servir á otros fines, mas no al retrato acabado y cumplido de la Medea legendaria é histórica presentada por nosotros en esta galería. Más conviene á los fines nuestros, mucho más, el saber cómo ha pasado á las artes plásticas Medea en los tiempos antiguos, que el saber cómo ha sido traducida por los autores contemporáneos al teatro moderno. Vasos, medallas, bajorelieves, efigies, simulacros, estatuas, nos presentan á Medea en todas las incidencias de su vida. El episodio célebre del combate á muerte con los toros de Colcos, aquellos toros de pezuñas férreas y de narices encendidas que vomitan llamas y aran las tierras donde brotan como espigas armados gigantes dis-

puestos á defender el vellocino áureo, este dramático episodio se halla representado celebrando la victoria de Jasón sobre tales monstruos obtenida por los recursos mágicos de Medea, que había hecho invulnerable al héroe griego. En otro bajorelieve Jasón victorioso echa su escudo á su espalda, coge la carreta férrea tirada por los toros cólqueos bajo sus piés, pica la yunta furiosa con su lanza y corre feliz al sitio donde se halla el vellocino de oro, al cual su mano llega movida por los consejos de Medea. En varios vasos vese al rey, padre de la maga, sustentando el cetro parecido á largo báculo en las manos, la orza llena de oro á los piés, de coloquio con Jasón, que le presenta los signos y homenajes de la hospitalidad, mientras recogidos los argonautas en su espectación curiosa esperan ceñir nuevos laureles á su frente, y Medea, envuelta en los atavíos lujosísimos de las reinas orientales, siente arder en extraño amor sus antes inconmovibles entrañas. Otro de los episodios presentados en las antiguas obras plásticas es el relativo á las hijas del rey tesalio Pelias. Había enviado éste á Jasón en busca del vellocino creyendo imposible su regreso. Divulgada la falsa nueva de que todos los argonautas habían perecido, Pelias exterminó á toda la familia del héroe, convertido ya en mártir, empezando por el

padre. Medea ideó la venganza. Fuese á Tesalia y presentóse á la corte. Ya en la corte mostró cómo tenía el medio de resucitar á los difuntos y rejuvenecer á los viejos. Cogiendo un novillo despedazólo, y puesto á cocer en una caldera de agua hirviendo transformólo en dulce y manso cordero. Conmovidas las princesas de Tesalia por aquel milagro, consultaron á la maga cómo podría rejuvenecer á su padre. Y la maga les aconsejó que hicieran con el viejo para volverlo joven lo mismo que había hecho ella con el toro para volverlo carnero, hervirlo en una caldera. Metieron las Pelias á su padre anciano y rey en el agua herviente y se coció sin volver, no á la juventud, á la vida. Una estatua, si bien de la decadencia, pero muy expresiva, presenta Medea en el punto de matar á sus hijos, los cuales presienten, según sus gestos, la suerte que les aguarda. Bien es verdad que un cuadro de Timómaco, representando el combate de Medea consigo misma, entre sus cóleras de celosa y sus afectos de madre, ha pasado con tal fama y renombre á la posteridad, que Rafael quiso reproducirlo en sus frescos y Delacroix en sus lienzos. También un bajorelieve de Mantua corona la historia de Medea y representa su trance último. El palacio de Creonte aparece de guirnaldas ornado como para una boda; los hijos de Jasón juegan descuidados sin

advertir la suerte que les depara su madre, armada ya de la vengadora cuchilla; Creusa gime abrasada en sus vestiduras, sacudiéndose como un arbusto al huracán; el viejo Creonte se mesa los cabellos, y el carro por donde ha de huir la hechicera por el fin aparece despidiendo voraces llamaradas. Una tradición quiere que los pequeñuelos hayan muerto á manos de los corintios, enfurecidos por los crímenes de su madre, y no á manos de Medea misma. Ésta pasó de Corinto á la inmortal Atenas, y de la inmortal Atenas, donde siempre hubiera sido una huésped extraña, no obstante la hospitalidad y afecto del rey Egeo, á su tierra natural, el Asia. Ya en Asia casóse con un rey de Media y engendró á los medas, los cuales heredaron de tan vengativa madre su odio eterno á la humana Grecia.

GORGO Y LAS MUJERES DORIAS

Bajo este nombre general y colectivo incluímos varios retratos de mujeres dorias, que creemos indispensables al conocimiento histórico de las naturalezas y de las condiciones del bello sexo en la vieja Grecia. No perdamos de vista lo que tantas veces hemos dicho en estos nuestros estudios; no perdamos de vista el culto prestado á la mujer por todas las razas arias, y muy especialmente por todo el mundo helénico. La familia es allí base de la sociedad, y base de la familia es allí la mujer, aunque las leyes le den cierto aspecto de servidumbre, olvidado, muy olvidado, en los hábitos generales de aquellos pueblos. ¡Cómo nos describe Homero y la poesía homérica el hogar, donde se reunen hijos y esposos por el invierno, cuando Kronion llueve nieves y el viento helado agita las ramas sombrías de los árboles desnudos! ¡Con qué propiedad nos

describe las doncellas, que corren como ciervas y terneras en Abril por los prados floridos, levantando hasta las rodillas los pliegues de su vestidura y dando al viento sus cabellos, que brillan como los pétalos del azafrán en flor! Las nupcias resultaban en todos aquellos pueblos verdaderas fiestas públicas. Sólo un poeta se presenta como excepción á este culto prestado por el arte antiguo á la mujer helénica. Esta excepción es Hesiodo. Él fué quien dijo que Vulcano había dado á la mujer la tierra, y el fuego, y el agua de que se halla compuesta; Palas el arte de hilar y tejar las hermosas telas; Venus la gracia, y Mercurio la impudencia de una perra y las propensiones furiosas. A pesar de tal juicio en este poeta, el antiguo legislador helénico, lo mismo el dorio que el jonio, atendieron mucho á la mujer y fiaron á ella en gran parte la cultura y esplendor de la sociedad por ellos establecida y fundada.

Siguió á la guerra de Troya un desastrosísimo período. Los poetas nos lo describen diciendo que sólo se veían en el mar Egeo fragmentos de naves náufragas y despojos de inmolados seres. Los dorios lucharon con gran fuerza y compartieron, después de sus victorias, con los jonios, el dominio de Grecia. En el istmo de Corinto veíase una columna que designaba la repartición entre unos y otros,

la parte de territorio tocada en suerte á cada cual de las dos razas. En el lado que al Peloponeso miraba, decía: «los dorios están aquí,» mientras en el lado que miraba hacia el Ática decía: «los jonios están allí.» Un siglo después de la guerra de Troya los dorios se habían apoderado del Peloponeso, de Mesenia y Argólida, expulsando los habitantes. A Laconia le impusieron durísimo yugo, y á los hijos de la ciudad de Helos llamáronlos con este nombre, que ha resultado en la posteridad sinónimo de siervos, llamáronles ilotas. Poco numerosos los dorios, necesitaron suplir con la fuerza lo que les faltaba de número. Así llegaron á concentrarse con grandísima concentración. A las orillas del Eurotas fundaron la capital del Peloponeso llamada Lacedemonia. Todos estos accidentes históricos harán de los espartanos una legión de guerreros. Defenderse y atacar, he aquí el doble objeto de su vida. Es aquella una sociedad compuesta, como todas las sociedades humanas, de hombres, pero dirigida contra los hombres. El espartano se curará muy poco, ni de ciencia, ni de arte, ni de libertad, ni siquiera de industria. El odio determinará todos sus actos y en el odio á los demás pueblos se fundará la organización de su Estado. Como si estuvieran compuestos de materia tan sólo, adorarán brutalmente la fuerza. No debe llamárseles, no, un Esta-

do, al contrario, debe llamárseles una legión. Su gobierno toma todos los caracteres de un gobierno militar, y, por tanto, á diferencia de los demás pueblos griegos, revestirá la forma y organización monárquicas. El rey es un general, y el pueblo, ya lo hemos calificado, un ejército. Creyendo que afemina el amor, huirán del amor; que debilita el arte, prescindirán del arte; que los ejercicios del pensamiento roban tiempo y espacio para los ejercicios del cuerpo, extinguirán toda ciencia, y en el centro de la inspirada Helene, donde las cumbres de los montes llevan dioses hermosísimos y el éter de los cielos llueve ideas reveladoras, no tendrán ellos ni una estatua ni una oración, dedicados exclusivamente al bárbaro culto de la guerra y al empleo ó ejercicio de la fuerza.

Como toda sociedad produce una gran vegetación de ideas en armonía y consonancia con su índole particular, y como toda esta vegetación de ideas produce una serie de personalidades más ó menos ilustres que las cultivan, que las divulgan, que las representan, el ideal espartano, el ideal de la fuerza bruta y de la guerra perenne, forjó su correspondiente legislador en Licurgo. La guerra civil engendró á este hombre. Su padre y sus hermanos sucumbieron á una en las oscurísimas discordias que desgarraban el suelo espartano. A fin de llevar la

paz interior á Esparta, Licurgo absorbió su pensamiento en este capitalísimo tema: organizarla para la guerra exterior. Su profunda sabiduría despertó celos en la nobleza espartana, y estos celos terribles le infligieron un destierro de dieciocho años. Mas el pueblo lo llamó á gritos, en la persuasión de que los nobles dorios no podían, por ignorantes y rudos, ni salvar ni organizar la patria. Creta, punto de unión entre Asia y Grecia, sirvióle de verdadera escuela, que le instruyó en las leyes de Minos. El Asia Menor, el Egipto, acabaron de perfeccionar aquella instrucción asiática. Muchos dicen que hasta los brahmanes mismos le industriaron en sus secretos y en sus misterios. Lo cierto es que Licurgo trajo una legislación apropiada en todo al carácter espartano. Pero al implantarla, tropezó lógicamente su aplicación y ejercicio con todas las dificultades que la realidad más dócil opone á la idealidad más sencilla. Licurgo hizo de Esparta la suma de los espartanos, pero suma en la cual desaparecían todos los sumandos. Los ricos, por ejemplo, se negaban á la comida común y á la salsa negra, dispuestas para favorecerlos hasta en su complexión material. Y Licurgo les imponía una y otra por medio de la fuerza.

Estas leyes no fueron escritas. Formuladas en sentencias morales, más bien parecen consejos que

mandatos. Para satisfacer á los instintos democráticos de Grecia, establecen la igualdad, mas la igualdad bajo el despotismo. Sus dos reyes ejercían facultades hieráticas y religiosas, con las que uniformaban los pensamientos, además de facultades militares y políticas, con las que disciplinaban los cuerpos. Un Senado verdaderamente oligárquico, una especie de estado mayor general auxiliaba en la dirección de todo á los reyes, senadores también, unos y otros dorios de origen y nacimiento. En aquella legislación mecánica resulta el hombre una especie de átomo, y las relaciones entre los hombres una especie de cohesión. El ciudadano allí aseméjase á un factor encargado de dar automáticamente fuerzas al todo. El sentimiento guerrero con sus repulsiones presidía en aquel pueblo á la misma generación. Era la madre un soldado, que perecía parir sus hijos, no para la vida, para la muerte. Un escudo servía de cuna. Asemejábanse á las armas los juguetes. Desde bien temprana edad pertenecía el joven al ejército. Casábanlo por ministerio del Estado, no tanto para que satisfaciese las naturales inclinaciones humanas al amor, como para que diera hijos á la patria. Ya viejo, convertíase, como buen veterano, á educar en las armas las generaciones que le sucedían en la vida. Nueve mil espartanos formaban la nobleza lacede-

monia, y cada cual de ellos debía poseer idéntica porción del suelo común. Pero ninguno trabajaba, por las repulsiones que hay entre la guerra y el trabajo. Creador éste, aquella destructora, no se compadecían de ningún modo ambos ejercicios. El ilota trabajaba la tierra, y cuando, merced á este trabajo, se vigorizaba demasiado y podía contrastar la nobleza doria, ésta salía de sus inquietudes, matando siervos como si matara moscas.

En una sociedad así no podían existir ni artistas, ni comerciantes, ni sabios. Faltaba en los cambios el estímulo que los aguijonea y el provecho que los utiliza. Faltaba para el arte aquella espontánea inspiración individual, incompatible de todo en todo con la despótica uniformidad. En la ciencia misma el pensamiento carecía de toda libre indagación. Y cuando el pensamiento no indaga con libertad no produce cosa alguna, que sólo en la libertad está su fuerza creadora. Sometidos á ciega disciplina, puestos bajo férreo yugo, sumandos tristes de una colectividad y no personas libres, aplastados bajo instituciones caídas con peso enorme sobre sus espaldas, sujetos por leyes y códigos semejantes á férreas argollas, sin trabajo, sin comercio ni de ideas ni de productos, regulada la vida por un reglamento tiránico, disuelta cada individualidad en el comunismo, habían todas las facul-

tades humanas de perderse por los embotamientos producidos al desuso y habían de faltar las emociones intelectuales y estéticas á cuya virtud creadora nacen las ciencias y las artes. Aquella célebre comida espartana, de la cual tanto los retóricos abusaran en todo tiempo, explica mejor que ninguna otra institución el carácter peculiarísimo de semejante sociedad. Componíase con sal, vinagre, manteca y fibras muy escasas de carne, pareciéndose su coción á la conocida ya del rancho y del puchero común en cuarteles y conventos. Esta comida legal proviene de la organización del Estado y del derecho en Esparta. Como al nacer pertenecía todo ciudadano á su gobierno, estaba el gobierno forzosamente obligado á su manutención. En grupos de diez comían, y á esta comida frecuentemente iban los reyes. Tal extensión, dada, tanto por ley como por costumbre, á la vida pública, restringía y limitaba mucho la vida particular y privada. El niño tenía por madre y por nodriza la nación ó la patria, como entonces la llamaban, careciendo, cual carecían, del concepto moderno respecto á nacionalidades. Por tal manera estaba el hombre adscrito al gobierno, que si nacía deforme ó contrahecho, el gobierno lo estrellaba despiadadamente al nacer. Las muchachas criábanse tan rudamente como los hombres. Así no eran verda-

deramente mujeres: eran soldadones. Vestíanlas mal para que no fueran seductoras, y alimentábanlas peor para que no fuesen bellas. El Estado contrariaba por completo á la mujer, como si desconociese la naturaleza y complexión suyas.

Las mismas vestiduras en verano é invierno, ya hiciese frío, ya calor; igual alimento en todas las estaciones; ejercicios militares continuos; comercio íntimo con el otro sexo para que este comercio adormeciera el deseo é hiciese á las muchachas amigas, más que amantes, de los muchachos; todo este régimen daba de sí mujeres muy robustas, muy ágiles, capaces de manejar y esgrimir las armas de continuo, muy idóneas para caminar descalzas y á pie días enteros bajo todas las inclemencias del cielo, con los oídos muy acostumbrados á los refranes, y á los juramentos, y á las interjecciones de taberna ó de cuartel, pero muy poco aptas para las delicadezas y para las ternuras exigibles de la mujer que debe dar á nuestros sentimientos notas melodiosísimas y poner cuerdas vibrantes de arpa suave y armoniosa en los discordes varoniles afectos. Parece imposible, pero la legislación de Licurgo creyó fácil ahogar en el corazón de las mujeres hasta los sentimientos de madre ¿qué digo los sentimientos de madre? Licurgo quiso ahogar en la mujer hasta los instintos de las hembras. En

su finalidad providencial ha querido la naturaleza que sirviese la hembra, más que los machos ciertamente, á la conservación de la especie. Así les confía el cuidado y cultivo de la prole. Mirad cómo en la pareja compuesta por las aves, mientras el macho discurre á su arbitrio por los aires, la hembra, fija sobre su nido, le da el calor de su pecho, y de su plumaje, y de sus alas, y de su carne, y de su sangre, al huevecillo que contiene la prole, y luégo, cuando ésta rompe la corteza que la envuelve, se desvive por ella y le da todo el alimento que puede allegar, pasando penas y hambres, debilitadoras á veces, hasta suicidas, por la cría y conservación de su posteridad.

Pues en Esparta la madre debía procurar, no la vida, la muerte, al hijo. Escasa la nobleza doria en su número, ya lo hemos dicho, necesitó conservarse por la fuerza, y al elemento de fuerza lo sacrificó todo en su mísera existencia. Prevalecer sobre los demás, dominar á los demás, herirlos, vencerlos, sojuzgarlos: he ahí todo el fin de aquella sociedad, completamente guerrera y para la guerra organizada por sus legisladores desde las cumbres hasta los cimientos. Nacerán tiernas y tímidas las mujeres allí como en todas partes, pues un poder social implacable y tiránico harálas audaces y temerarias. El niño demasiado débil morirá en el

día mismo de su nacimiento, estrellado contra el suelo por su propio tiránico gobierno. Una legislación, desconocedora de la naturaleza, identificará por medios artificiosísimos las complexiones opuestas de los dos sexos distintos. Ejercitaráse la mujer en carreras y cabalgueos. Luchará en armas con los hombres mismos. Llevará en el brazo izquierdo un disco y en la mano derecha una lanza. Untaráse de aceite como los atletas. Recorrerá los estadios como los corredores. La túnica de lana que la ciñe dejará desnudos cuello, brazos, rodillas y piés. Sus cánticos serán himnos guerreros, sus danzas evoluciones militares, su paso medido como el paso de una legión en marcha. Nada de gracia, nada de ternura, nada tampoco de aquella nativa delicadeza que tanto distingue á la mujer y tanto atrae al hombre. Resultaban verdaderos machos en aquella sociedad aristocrática, muy artificiosamente formada para el combate y para el triunfo. Alguien arguyó al severo legislador sobre todas estas cosas, y él contestaba de continuo á todos estos argumentos que, proponiéndose fundar una sociedad de fuerza, sólo debía curarse del vigor de todos sus miembros.

El comercio frecuente de los sexos, tal como lo había dispuesto Licurgo, vigorizaba mucho á la mujer sin afeminar al varón. Así prohibía termi-

nantemente á las mujeres los adornos exagerados, y, sobre todo, los cosméticos. Un espartano devolvió, según nos refiere Plutarco en sus apotegmas lacedemonios, los vestidos preciosos enviados á su hija por Dionisio de Siracusa, temiendo que la debilitaran y corrompieran tales galas. Licurgo limitó cuanto pudo la dote, por creer que no hay peculio para las mujeres como el pudor. En los bienes matrimoniales el legislador habíase propuesto la igualdad completa de condiciones, que tanto une á los soldados en sus respectivas compañías. Guerrear, guerrear siempre, guerrear para todo: he aquí el verdadero lema de Licurgo. Ya convenido un matrimonio, arreglábase de suerte que pugnara el novio por la novia, y pareciese la elección, legítimamente designada, un robo en despoblado. El suegro decía claramente al yerno cómo le vedaba su hija si no sabía conquistarla por fuerza. Encerrábanla y conseguía el marido las primeras satisfacciones del amor á hurtadillas, cual si fuesen ilegítimas. Muchas veces no había instalado el esposo á la esposa en su casa y ya era ésta madre, y madre legítima ú honrada, en el sitio donde la depositaran. Una vez casada volvíase completamente otra la mujer en Esparta. Merced al matrimonio acabábanse para ella los ejercicios físicos, los juegos solemnes, las fiestas gozosas. El hogar se trueca en silenciosísimo san-

tuario, dentro del cual no caben las antiguas costumbres. La moza lleva en Esparta el rostro descubierto, mientras lo lleva la casada cubierto con un velo. Preguntándole á cierto lacedemonio por la razón de tal diferencia entre casadas y solteras, contestó: «Las unas deben buscar marido y las otras conservarlo.»

Estaba prohibido en Lacedemonia encarecer y alabar á las mujeres. Solamente podía el marido loar las prendas físicas, intelectuales y morales de su mujer. Esos requiebros tan frecuentes entre nosotros, asestados en calles y plazas con más ó menos cortesía y urbanidad á las mujeres, pasaban por desacatos, y aun por delitos, entre los dorios. Conceptuaban el adulterio por tal modo inverosímil y absurdo, que no lo mentaban en las leyes, ni le imponían castigo ninguno, como pasaba con el parricidio, estimando cosa imposible que matara un padre á su hijo y faltase una mujer á su marido. Licurgo comprendió bien el influjo de las mujeres sobre los pueblos guerreros é hizo todo lo posible para que fuese la hembra un soldado. Así falseó realmente la educación femenil. Buscando la fuerza, y solamente la fuerza, tuvo una raza con robustez, pero sin delicadeza. En esta igualdad artificial de los sexos, como la mujer adquiría por educación facultades privativas del hombre, domi-

nábalo cuando quería dominarlo y hasta lo tiranizaba con mayor facilidad que otras mujeres en sociedades menos fuertes. El atrevimiento de su lenguaje demuestra cómo la grosería del sexo fuerte se pegaba con facilidad al débil. La legislación lacedemonia, queriendo aumentar el número escaso de dorios, protegía y santificaba la fecundidad. Como en Israel, teníanse por castigo celeste las esterilidades. En cuanto la mujer sentía los síntomas del embarazo retrataba en sus ojos las efigies de los héroes y henchía sus oídos con los relatos de las hazañas heroicas. Durante los embarazos ¿cuál género de cuidados no asaltaría naturalmente á una madre amenazada por la ley de perder á su hijo si nacía deforme? Así nos lo cuenta Plutarco en la historia de Licurgo. El padre presentaba sus hijos á las públicas asambleas, y un consejo de ancianos decidía si aquel niño era ó no apto á la pública defensa de su patria. Si lo era devolvíanlo inmediatamente á su madre para que lo criase, y si no lo era matábanlo á la vista de su padre, por creerlo miembro dañoso, á lo menos inútil, en una sociedad vigorosísima, criada y mantenida para la guerra, y donde nada valían los débiles.

Necesitábase alterar mucho los sentimientos propios á un corazón de madre para matar en sus entrañas todos los afectos conducentes á la conser-

vación de una especie. Los muchos dolores á que la gestación y el parto están sujetos providencialmente, sirven para que las madres atiendan con toda solicitud á hijos tan caros y tan costosos. ¡Cuánto no había de hacer la ley social con sus disposiciones artificiosas para vencer y burlar así las leyes naturales! Pues las burlaron. Llegó la madre lacedemonia, en su crueldad, si paría un hijo deforme, á designarlo para el sacrificio y para la muerte. En cambio, al hijo robusto, prometedor de una complexión guerrera, se le apercibía y lactaba como la feroz loba lacta sus lobezuos y la leona sus cachorros. La cuna del niño era un escudo y otro escudo la cubierta de tal cuna. El puñal, el machete, la espada, los instrumentos de muerte parecen, más que cual objetos forjados para el hombre, cual órganos componentes de su cuerpo. Así, cuando apenas ha entrado el niño en la pubertad, la madre le presenta el escudo y le dice que si lo llama al combate la patria, vuelva triunfador con él, ó vuelva sobre él muerto. Cuando los combates cruentísimos de aquel tiempo, parecidos á las batallas implacables entre las especies carniceras, llegan á empeñarse, la madre sale á la puerta del pueblo para saber más pronto los resultados del encuentro. Pero no creáis que pregunta por la salud ó por la vida preciosas de sus hijos; pareceríale una

debilidad imperdonable tal interrogación; pregunta por las incidencias del combate, pregunta por la oscilación de aquellas fuerzas, pregunta por el avance ó retroceso de las falanges empeñadas en el conflicto; no pregunta por los suyos jamás, pues cometería una traición enorme contra su conciencia de interesarse antes por su familia que por su patria. Plutarco nos cuenta en los apotegmas lacedemonios que cierta espartana contaba cinco hijos en horrible combate. Y mientras duró estuvo á la puerta del pueblo, con los oídos abiertos para escuchar y recibir el fragor de los combatientes, el estruendo siniestro de las armas, el clamoreo de los enemigos, el estertor de los moribundos, el graznido de los cuervos, todas esas vibraciones terribles de la guerra y de la lucha.

Cinco hijos tiene allí, en aquel horror, y los cinco han muerto. Al volver uno de sus camaradas, dirígese á él y le da, tras su interrogación, ó antes quizá de interrogar, la nefasta nueva del terrible destino que ha tocado á los suyos. «No pregunto eso, dice, no pregunto por los míos, pregunto por los resultados del combate.» Y cuando sabe que lo ha ganado la patria, sin verter una lágrima, se dirige tranquila y serena, con la sonrisa en los labios, al templo de los dioses, para rendirles gracias y ofrecerles aquel terrible holo-

causto cumplido en el ara de su corazón implacable. Tal es una madre lacedemonia.

No paraban aquí los rasgos de fría crueldad transmitidos por aquellas mujeres al estudio y consideración de todos los pueblos. Tenían ánimo bastante para ver los cuerpos de su prole, con calma examinarlos después de la muerte, cual puede hoy un anatómico estudiar y examinar un esqueleto. Y procedían así en su deseo de ver cómo y dónde habían recibido las heridas. Si las recibieron en la espalda, testimoniándose así que huyeran, lloraban, y lloraban muchísimo, mas no la muerte del fruto de sus entrañas, la deshonra de todos. Ni siquiera se cura entonces de darle un sepulcro: que se lo coman los perros ó los cuervos, que lo devore la tierra ignorada y común, como devora el fruto caído sobre su seno. Solamente á los héroes debe sepultura la patria. A éstos, heridos en el pecho, con la cara vuelta de grado al enemigo, á éstos, hay que llorarlos y que bendecirlos, mezclando sus despojos con los despojos de sus abuelos, constituyendo los huesos suyos raíces de toda una sublime familia, digna de su patria. Plutarco no se cansa nunca de referirnos las heroicidades, á veces crueles, con que la espartana combate sus sentimientos de madre y consagra para los dominios de la muerte á los hijos que han tomado en sus entrañas vida. Una la-

cedemonia, sabedora de que su hijo ha llegado á huir en un combate, le dice: «O justifícate ó muere.» No le queda otro recurso al infeliz, porque, de presentarse en la familia y en la casa, hubiérale partido ella misma el corazón. Diodoro de Sicilia nos refiere un rasgo que demuestra la verdad evidente de todo lo que venimos diciendo. El rey de Lacedemonia, Pausanias, es acusado de haber vendido á los persas la patria. Bajo tal acusación se refugia en el templo de Minerva, y pide al pueblo, de hinojos casi, la vida. El pueblo no sabe qué hacer, detenido por la majestad del rey y por la elocuencia de sus súplicas. Pero la madre de Pausanias llega, y sin decir palabra, reconviene con la mirada siniestra de sus ojos despreciativos y con la vibración de sus labios animados por el odio la piedad popular. Y después de tal muda reconvención inclínase triste, pero resueltamente, sobre la tierra; coge del suelo un canto, y llevándolo con sus propias manos á la puerta del templo, donde su hijo se ha refugiado, lo deja y se retira. Comprenden los espartanos la dura lección, y tapian la puerta del templo, donde muere de hambre aquel traidor por sentencia de aquella mujer, su madre, su juez y su verdugo.

Imaginaos cuántos rasgos de tal género habrá en las infinitas guerras que los dorios empeñan en-

tre sí ó con los vecinos y contrarios. Imposible organizar un pueblo y un Estado guerrero de tal fuste sin que produzca en todo tiempo la guerra. Mientras en los demás pueblos griegos el ciudadano pasaba del trabajo al combate ¡ah! en Lacedemonia no tenía el ciudadano aquel ningún otro oficio más que combatir y vencer. La vida del soldado en la paz resulta de suyo tan uniforme y enojosa que por fuerza y por necesidad las gentes armadas han de buscar la guerra. Habiendo aprendido desde la niñez á emplear toda su actividad en los ejercicios militares, al fin y al cabo resultaba la guerra una continuación, y nada más que una continuación, de tales ejercicios. Iban los espartanos del hogar al campamento y del campamento al combate, vestidos con sus trajes más preciados, luciendo lo único que para ellos tenía en el mundo atractivo, las armas, y llevando el paso al són de las cadencias y de las canciones guerreras alzadas en són atronador. Aquel restricto territorio espartano despedía también á sus habitadores del propio seno y les incitaba de continuo al combate constante. Su lote de tierra era tan mínimo y su tributo para la manutención común tan pesado, que necesitaba precaverse por la guerra de caer en la miseria y en la deshonra. Nuevas reparticiones de tierras debían ocurrir á estos peligros y proveer á estas necesida-

des, las cuales adquisiciones pedían imperiosa y urgentemente la guerra. Los dorios de Lacedemonia estaban rodeados en el Peloponeso por familias y tierras dorias también. Si era dórico el gobierno espartano, dóricos eran los gobiernos de Mesenia y Argos. A pesar de que separaba una frontera muy natural aquel Estado de los Estados vecinos, la cortante cumbre del Taigeto, donde se levantaba un santuario indicativo de la separación, el espartano soñaba todas las noches, en su paz precaria, llamada por él molicie, con la conquista de Mesenia y Argos. La tentación resultaba tanto más viva cuanto que allende la cumbre del Taigeto extendíanse tierras muy feraces.

En efecto, todos los autores alaban á una las faldas occidentales del monte, mucho más viciosas y fértiles que las faldas orientales. Además, mientras que los valles del Eurotas aparecían cubiertos de profundas heridas por los desastres que allí aglomerara en cien ocasiones la guerra civil, Mesenia, repuesta de las conquistas dorias, que habían agitado todo aquel territorio, brillaba con el resplandor suave de la paz. Poblados sus campos de árboles, y de mástiles sus puertos, agricultura y navegación le prestaban de continuo sus tributos y la henchían de su vida. ¡Cuántas seducciones esta tierra encantadora y encantada ofrecía para el espar-

tano, que desde sus tierras áridas y desde sus crestas desnudas miraba con envidia y codicia el suelo cortado en terrazas llenas de olivos, viñedos, granados, plantas llenas de frutos, y allá más lejos, bañando los piés de las ciudades con sus ondas azules, el mar poblado de blancas y agitadas velas. Luégo la Mesenia, en su felicidad y abundancia, se había desceñido un tanto de las viejas tradiciones dorias y cambiado su condición combatiente y guerrera por otra complexión digna de Arcadia. No parecía, pues, un fratricidio al dorio espartano combatir con el dorio mesenio. Antes por el contrario, como quiera que había vuelto éste á confundirse con los pelasgos y á tomar su carácter, parecíale al espartano un rudimentario deber de su familia y de su sangre el restablecimiento de la naturaleza doria en el pueblo que la desconociera y olvidara. Motivos, pues, de toda clase incitaban al espartano para iniciar una conquista de aquellos pueblos, por cuya felicidad sentía envidia y de cuyas riquezas ¡ay! sentía insaciable codicia. He aquí la causa de un conflicto, en el cual veremos nuevas demostraciones del carácter ya reconocido en las mujeres dorias.

Los espartanos buscaron un pretexto en el sexo hermoso para emprender la conquista de Mesenia. Dijéronse ofendidos por ellas, y alzaron las armas

para lavar con sangre su ofensa. Bien á este, ó bien á otro pretexto, generóse la guerra, y duraron largo tiempo sus terribles incidencias. Incierto el triunfo á causa de los ardores puestos por unos y otros en el combate, los mesenios consultaron al oráculo délfico y le pidieron auxilios necesarios á sus aflicciones y á sus angustias. Aconsejóles el oráculo echar suertes sobre los nombres de las vírgenes pertenecientes á la dinastía de los Épytos, é inmolar sobre las aras de los dioses infernales, con el cuchillo sacro, á la designada por el acaso. Salió el nombre de la víctima propiciatoria, y no se atrevieron los mesenios á perpetrar la bárbara inmolación. Un príncipe de la sangre real, que debía verterse para satisfacer á los dioses y salvar á los mesenios, creyendo imposible toda ventaja sin el sacrificio, de grado presentó á los sacrificadores la propia hija. Estaba en días de casarse la infeliz, y como quiera que su novio, prometido y designado ya para el matrimonio, apelase á toda suerte de industrias, en el deseo natural de impedir el cruelísimo atentado, Aristodemo dirigióse á su hija, ciego por la cólera, tomóla por la mano con violencia, y clavándole un puñal en el corazón, arrojóla sobre las aras donde caían las víctimas apercibidas á los religiosos holocaustos. Presente allí el adivino Epébolo, declaró que, no habiéndose cumplido las

prescripciones litúrgicas, ni observádose los ritos sacros, ni héchose la inmolación por aquel á quien verdaderamente competía, necesitábase otra víctima de las mismas condiciones pedidas por el oráculo, necesitábase una virgen de sangre real. Todos los príncipes, en algún grado pertenecientes á la dinastía designada, pusieron en el cielo sus gritos y abrazaron desolados á sus hijas, como para defenderlas contra los crueles decretos del destino. En la natural desolación hasta hubo quien quiso matar al novio solícito cuyas ciegas resistencias habían traído la irregularidad en el sacrificio, inutilizando por faltas de formas litúrgicas la virtud y eficacia de un acto tan cruento. El rey Eufares intervino á favor del amenazado, no sin haber puesto en claro antes cómo el oráculo había quedado cumplido, los dioses completamente satisfechos y la víctima inmolada, si no con rigurosa observancia de los ritos, con ánimo, y voluntad, y decisión de observarlos, como debían saber á ciencia cierta los cielos que sondean los abismos y conocen los secretos del humano espíritu.

Aristodemo se granjeó la voluntad pública en Mesenia por virtud natural del crimen perpetrado en su hija. Aunque los adivinos declararon el asesinato no una inmolación religiosa, un parricidio sugerido por voluntad sobrado violenta y desagrada-

ble á los dioses, no quiso Mesenia oir estas advertencias y nombró rey al popular parricida. Bien pronto los dioses confirmaron el sentir de sus sacerdotes. Cuantas señales pueden dar los cielos, dierónlas de su desagrado. No ponía el monarca mano en asunto que resultase próspero. Poco á poco se penetraba de su desfavor con las divinidades. Tal persuasión le aterraba, pero no se atrevía, en sus perplejidades, á tomar definitivas resoluciones. Sin embargo, un sueño lo decidió. Sonaban los clarines guerreros en su oído cuando él se vestía su armadura y empuñaba su espada en busca y requerimiento del enemigo aproximado á Mesenia. Mas al ir á sus altares domésticos é invocar sus dioses lares para que prosperaran el heroico esfuerzo suyo, sobre la mesa consagrada se veían las entrañas de los toros ofrecidos á la divinidad, y sobre las entrañas la sombra de su hija, con la herida en el pecho por donde el puñal de su padre penetrara, que, arrojando las ofrendas religiosas y desciñendo al guerrero de su espada, le ponía una túnica de lino blanco y una corona de oro puro, insignias reservadas á los muertos ilustres en la vieja Mesenia. El rey comprendió todo lo que aquel sueño quería decir á su mente. Después de haber su propia sangre vertido en aras de los dioses, no aceptaban éstos el cruel sacrificio. Inútilmente hiriera el corazón de un

joven enamorado que deseaba llamarse cariñoso hijo suyo; inútilmente sacrificara una doncella tan hermosa como su hija en la florescencia de su vida y cuando iba precisamente á darle nietos destinados á perpetuar y engrandecer su nombre. Afligido por todas estas consideraciones, y aleccionado por todos estos ensueños, la vida no tuvo ya valor ni precio para el desgraciado monarca. En cuanto se hubo del sueño despertado, cogió realmente la espada, que allá en la imaginación le había desceñido su hija por modo soñado, y yéndose al sepulcro donde yacían sus queridos restos, clavósela el infeliz á sí mismo, feneciendo suicida entre los horrores de la desesperación y bajo las maldiciones de su conciencia.

Los dorios espartanos apoderáronse al fin de los dorios mesenios. No hay para qué decir, conociendo cómo las gastaban los vencedores, cuánto molestarían á los vencidos. Baste un rasgo revelador de las crueldades empleadas hasta en las cosas más nimias con sus dominados por los terribles dominadores. Cuando moría un primate de la soberbia Esparta, debían acudir mesenios y mesenias al entierro en tropel, llorar como alquiladas plañideras, vestirse de luto, golpearse cual si la muerte de sus tiranos los hubiera sumido en el dolor más intenso y en la orfandad más triste. Así, á

los treinta y nueve años de sujeción, subleváronse aquellas gentes jurando morir antes que tolerar tamaña servidumbre. Aristómenes los condujo á esta campaña y les procuró la primera victoria. Inútil encarecer cuánto se holgarían las mesenias de las ventajas patrias y qué himnos triunfales entonarían en justa compensación de los elegíacos plañidos impuestos por la fuerza de los tiranos á la irremediable obediencia de los tiranizados. Cuando Aristómenes volvió, las mujeres de su pueblo tañeron cítaras en sus oídos, cantaron odas en su loor, y cubrieron de flores el camino conducente á su hogar. Entre sus hazañas contábase una bien lisonjera y honrosa para él. Habiendo apresado en Caries varias espartanas cuando se dirigían en coro á cantar y danzar ante la efigie de la diosa Diana, condújolas á un barrio mesenio; y como quiera que algunos soldados vencedores quisieran ultrajarlas, matólos sin piedad y lavó con aquella sangre la honra de su ejército. Indudablemente, á causa de esto, cuando sitiadas por él en el templo de la vieja Egila, defendiéronse las mujeres lacedemonias al punto de vencerlo y tomarlo prisionero, Arquidamia, sacerdotisa de Ceres, muy enamorada en su interior del héroe, lo soltó á riesgo de morir ella herida por el furor de sus conciudadanos. Resueltamente, si hemos de creer á Pausanias, Aristóme-

nes poseía el corazón de las mujeres que lo rodeaban. Preso por los cretenses, anunciaron éstos á los espartanos la presa. Y mientras aguardaban la respuesta encerraron al prisionero en una granja. Estaba dirigida la finca por cierta viuda, quien tenía una hija muy joven. La noche antes del combate y del arribo de Aristómenes había soñado la muchacha campesina que ciertos lobos conducían á su presencia un león encadenado después de quitarle sus uñas, y que por ella, por su intercesión, el soberbio bruto había roto sus cadenas, recobrado su defensa y puesto á sus apresadores en vergonzosa huída. Interpretado el sueño, como solían interpretarse todos allá en los tiempos antiguos, más ó menos arbitrariamente, la doncella emborrachó á los hijos de Creta, y tomando el puñal de aquel que veía más agobiado por el vino y más preso en el sueño, pásólo al héroe mesenio, quien, después de haber cortado sus ligaduras, mató al general enemigo y se puso en cobro, no sin anunciar antes á la joven cómo ingresaría en su familia y sería princesa en Mesenia por casamiento con uno de sus hijos.

Los espartanos volvieron de nuevo al combate con furor, y en este combate alcanzaron la decisiva y perenne victoria. Esta señaladísima ventaja, trascendente á su historia, y que les dió la domi-

nación del Peloponeso, ha resultado, en concepto de la posteridad, obra de un poeta, y á la poesía y á sus himnos debida por los lacedemonios. El nombre de tal poeta corre por todos los labios y mueve todos los corazones. Quien desea enardecer á un pueblo, murmura en sus oídos la palabra Tirteo. Sus estrofas, esas estrofas aladas, van de sus labios vibrantes al corazón de los soldados, y, despertándolos á una vida superior, les sugiere el desprecio de todos los placeres y el amor intenso al sacrificio y á la muerte. Leyendo los fragmentos que nos quedan del poeta guerrero, siente uno animarse la fibra marcial que hay en todo varón y resolverse la voluntad por el sacrificio austero y por el triunfo desinteresado. La unidad íntima, espiritual de nuestras razas arias, resulta patentizada en estos himnos de Tirteo, muy semejantes á los himnos heroicos encerrados y contenidos en las epopeyas de los Vedas. Aparte su mérito literario, siéntense por su virtud moral remontarse los resortes de la voluntad, no ya en quien los oye al partirse para la guerra y embriagarse con las embriagadoras esperanzas militares, al que los lee con fervor en lenguas tan ajenas de la suya como nuestras lenguas y en estado de ánimo tan distinto del suyo como el ánimo contemporáneo y cristiano. Aunque ateniense y no lacedemonio, Tirteo ha es-

cogido la concisión espartana para expresar sus afectos guerreros y patrios. No puede, no, pintarse con mayor fidelidad y en menos palabras la miseria del más infame de los hombres, del que vuelve, cobarde, al enemigo sus espaldas, cubriéndose de mengua en su nombre, de odio en su raza, de horror en su rostro, de maldiciones en su memoria, mientras quien cae en primera fila, después de haber esgrimido su espada y abollado su escudo á los golpes del contrario, cubierto de las honrosas heridas y transfigurado el rostro á los trasuntos de la satisfacción interior, queda en el polvo de la batalla como un dios, puesto que su alma se ha confundido en el cielo azul con el alma sagrada de la patria. El amor á la gloria, el deseo de una gran consideración entre sus conciudadanos; lo que llamamos honra y ponemos, no sólo en las satisfacciones interiores, sino en la estima universal; el ensueño de vivir entre los venideros, aunque no hayamos de saberlo, y alcanzar bendiciones eternas, aunque no hayamos de oirlas, crearon, merced á las estrofas de Tirteo, aquella falange lacedemonia donde los jóvenes, vestidos á la ligera, armados de hambrientas espadas, fortalecidos con rodelas protectoras, apoyándose los unos á los otros, avanzaban; mientras los viejos, cuyas rodillas flaquean y cuyas armas pesan, á guisa de animado muro, sostienen

el choque y resuelven y disipan al enemigo en espuma, y sin la furia y el ataque jonio, ni el torrencial desorden asiático, alcanzan, por combinación de maravillosos esfuerzos, la deseada victoria. Compréndese que, al són de una cítara y á la cadencia de un verso, puedan organizarse danzas y bailes; pero legiones, falanges, combates ¡oh! esa es la gloria eterna de Tirteo y una demostración viva de cuánto y cómo entraba el arte griego hasta en los pueblos más rudos y más groseros de su raza y ejercía soberana influencia en cosas de su seno tan apartadas y tan distantes como las batallas y las guerras.

En el monte Itomo combatió Aristodemo cuando le cupo defender la existencia nacional; en el monte Ira defiende sus últimos días Aristómenes. Largas horas duró aquella batalla. Mezcláronse á sus incidencias las mujeres mesenias y defendieron la patria desde sus hogares, desde sus terrazas, desde sus techos, formando como tempestuosa nube que cayó sobre los vencedores y les causó pérdidas análogas á las que causan en las inundaciones los torrentes y los diluvios. Pausanias en sus Lacónicas dirige á las mujeres mesenias alabanzas innumerables por su valor, que las llevó á preferir el suelo de sus sepulturas á la servidumbre y al destierro en ajenos suelos. La rota de Aristómenes resultó

para su nombre tan gloriosa, que debiendo un rey escoger compañera de su vida, como consultara al oráculo apolino sobre su elección, éste le aconsejó tomar la hija del más valeroso entre los griegos, y tomó á la hija de Aristómenes. Entre las mujeres dorias de mayor fama y renombre merece contarse la poetisa Telesila. Ya sabemos que los dorios no se redujeron solamente al territorio espartano, explayáronse por otros territorios. Argos, Mesenia, Creta, fueron también asilo y residencia de tal raza. Y, como ya hemos visto, aquejaba la enfermedad terrible y el achaque crónico de las guerras civiles á todos los pueblos dorios. Como Esparta combatiera con Mesenia un día, también combatió con Argos. El voraz furor suyo devoró á todos los defensores de la ciudad esta. Ya no le quedaba, muertos los varones hábiles en los campos de batalla, ya no le quedaba otra defensa posible sino la que podían prestarle sus niños, sus mujeres, sus ancianos y sus siervos. Telesila colocó toda esta gente sobre los techos de la ciudad, á manera de guarniciones armadas, y esperando el empuje de un asedio inmediato, las vistió de armaduras y las proveyó de armas. Los templos, las casas, quedaron sin instrumento alguno esgrimible contra los enemigos. Hasta muchos útiles de labranza é industria se volvieron contra los enemi-

gos y se usaron para la común defensa. Telesila escogió muy principalmente las mujeres jóvenes y robustas, vistiéndolas de pesadísimas armas y apostándolas en los más peligrosos emplazamientos. Los espartanos llegan en aquellas falanges formidables que tan grandes terrores habían por doquier infundido, entonando cánticos de guerra y haciendo vibrar sus lanzas con sus escudos en fragor espantable. Iban los dos reyes á la cabeza de su pueblo armado é incitaban los suyos al asalto decisivo, pero aquella gente de corazón valeroso y ánimo esforzado comprendió bien pronto cómo no tenía salida ninguna favorable su empeño. Si vencían á las argivas ¿qué renombre podían alcanzar de una victoria sobre débiles mujeres? Y si eran definitivamente vencidos por el sexo débil en los encuentros de una guerra ¿cómo podrían llamarse y creerse varones de allí en adelante? Había ya uno de los dos reyes lacedemonios, Demarates, comenzado á probar que podían correr tal riesgo por haberle casi vencido la falange de mujeres en barrio avanzado de Argos, cuando cayó todo el ejército en la cuenta de su posición difícil y hasta ridícula. Así dejaron vencedoras á las mesenias. Herodoto refiere la victoria de Telesila narrada por un oráculo; pero el gran historiador de las letras griegas, Ottfriedo Müller, aunque creyendo en la existencia

de Telesila, niega la verdad histórica de sus hazañas y supone los bajorelieves, donde su hermosísima figura y su persona resplandecen, á Venus consagrados y no á ninguna mujer. Sea de esto lo que quiera, las mujeres mesenias aparecerán siempre como ilustres defensoras de su patria en la memoria universal. Así es que ante los templos de Venus, bajo las facciones de esta divinidad ó de cualquier otra, los argólidas colocaron un bajorelieve personificando en esta excelsa poetisa el valor y la serenidad de sus mujeres. Como quiera que Telesila dejase la pacífica poesía, corriendo como cualquier varón las peligrosas aventuras de una guerra tremenda, esculpiéronla sus conciudadanos en actitud heroica, los libros á sus piés y el casco sobre la cabeza.

La mujer, á quien toca, por miles de razones, personificar principalmente la raza doria, es la esposa de un griego, de un espartano, cuyo nombre ha pasado á representar antonomásicamente los holocaustos por la patria y se ha unido á todos los recuerdos gloriosos y redentores que conmemoran y santifican el sacrificio y el martirio. La mujer de quien hablamos no pertenece, como Telesina y sus compañeras las argólidas, á un período legendario, pertenece á un período histórico: se llama Gorgo y es la esposa de Leonidas. Algunas mujeres se

hallan unidas en la humana memoria y en el humano pensamiento á las guerras médicas, al heroico encuentro de Asia con Europa. Imposible olvidar las llanuras de Maratón y de Platea, donde quedó para siempre unido nuestro continente al principio de la libertad republicana y para siempre roto el principio asiático juntamente con su representación, la monarquía y el despotismo. En las guerras de Troya comenzó á estallar esta oposición entre las viejas ideas asiáticas, que llevaban en sí las castas con su genuina representación, la monarquía, y las nuevas ideas occidentales, que llevaban en sí la democracia y su forma natural en su forma republicana. Pero en la guerra de Troya lucharon reyes con reyes, Príamo con Agamenón, Héctor con Aquiles, aunque los unos fueran reyes como hieráticos y los otros fueran reyes como laicos y civiles. No así en las guerras médicas. El combate aquí estalla entre reyes y pueblos, entre una casta de Oriente y las libres poblaciones griegas. Cierto que hay una región monárquica entre las regiones griegas, Esparta; pero los dos reyes que presiden aquel estado, la cámara que legisla en él y la constitución que lo regula y organiza, préstanle un carácter, si bien oligárquico, republicano, diverso, muy diverso, del carácter que tienen las monarquías asiáticas, donde los monarcas predominaban sobre las leyes, mien-

tras en Lacedemonia las leyes predominaban sobre los monarcas. Inútil insistir en la importancia social de guerras como las guerras médicas, pues casualmente, apenas despertada la memoria en nosotros, queda grabado su excelso nombre y su religioso recuerdo en todas nuestras facultades. Debiendo trazar ahora el retrato de una mujer como la mujer de Leonidas, que resalta en este sublime período histórico, no queremos olvidar un hecho característico de la civilización griega, hecho referente á una helena unida también por apretados lazos á esta heroica guerra.

Acababa de suceder la gran batalla, la batalla de Maratón. Victoria tan gloriosa no dió los frutos esperados, los resultados verdaderamente debidos. Atenas, que representaba en toda su pureza las razas arias, y había llevado el elemento jonio al épico y grandioso combate, debió formar por lo menos una grande confederación republicana con los jonios, que predominara sobre toda Grecia, cual debe predominar siempre y en todas partes la inteligencia sobre la fuerza y contrastase las viejas monarquías orientales con sus sacerdocios armados y con sus castas teocráticas, todos ellos eternos enemigos de Grecia. Pero Milcíades, el vencedor de Maratón, no comprendió esta idea, y Atenas, después de tal esfuerzo, quedó como separada completamente de

los jonios, sus gloriosos hermanos marítimos, cuando en la unión estrecha con éstos hallábase la clave de un poderío necesario, no solamente á ella sino á toda la humanidad. Mas dejemos esto para tratarlo en ocasión oportuna, y vamos al hecho anteriormente recordado. Queriendo cerrar á los medos todas las vías marítimas, ideó Milcíades una expedición acertadísima contra las islas Cíclades. Cerradas éstas, las hordas asiáticas debían tomar el camino terrestre de Tracia, largo, dificilísimo, en el cual se interponen ríos, torrentes, planicies desoladas, desiertos inmensos, cordilleras inaccesibles. Necesitando muchas naves para su empresa, ochenta lo menos, Milcíades acaloró la imaginación de sus conciudadanos con seductoras pinturas de países ricos en despojos, donde hallarían, si vencedores, á su disposición, babilónicos palacios todos repletos de oro. La exageración de tales promesas chocaba con la inopia de sus propósitos. Milcíades no había querido más que ir á Paros. Al llegar aquí, las ilusiones se desvanecieron y la verdad se reveló. El héroe no intentaba ir más lejos. Un desencanto, por desgracia, tan profundo, se apoderó del ánimo de los atenienses desengañados, que apenas quisieron pelear. A los veintiséis días el sitio estaba levantado y la expedición frustrada. Xantipo acusó al vencedor en Maratón de haber caído en Paros

por conducirle allá, no el amor patrio, una venganza personal. Semejante acusación llevaba consigo aparejado el último suplicio, si prevaleciera, y prevaleció. Milcíades, herido de muerte, se defendió. Los atenienses le reconocieron culpado, pero acordándose de los servicios rendidos á la patria, limitaron el castigo á una multa de cincuenta talentos. En esto murió Milcíades y los atenienses le consagraron una sublime apoteosis como á un Dios verdadero, mas no le perdonaron la multa. Su hijo Cimón debió pagarla. Mas falto de dinero, se lo procuró de un modo bien extraño, prostituyendo su hermana Elpinice al rico Calias.

Historiemos á Gorgo. Antes de la invasión meda luchaban focenses y tesalios. Aquéllos y éstos combatieron á una con heroísmo, cual habían combatido los mesenios y los argivos con los lacedemonios. Mas todas estas querellas tristísimas entre los pueblos griegos, conducentes sólo á debilitarlos y perderlos, debían acallarse pronto, merced al gran combate que relampagueaba ya en aquellos cielos entre las tiranías de Asia y los ciudadanos de Grecia. El imperio meda se había extendido por suerte tal, que mandaba sobre tierras ó griegas ó semigriegas, ejerciendo en ellas por lo menos una especie de odioso protectorado. Entre las ciudades sometidas así, encontrábase Mileto. Un hijo

de Apolo, engendrado en una cretense y conocido con el nombre de Mileto, construyó, bajo las órdenes de Minos, esta hermosísima ciudad. Perteneciendo por su territorio á la Carie y por su gobierno á la Jonia, era la más meridional de las doce ciudades jónicas confederadas; y puesta sobre la punta del golfo látmico, bañadas sus bases en la desembocadura del Meandro, poseía cuatro radas distintas circuídas por coros preciosísimos de isletas, y había dado productos cuantiosos, tanto al trabajo industrial como al agrícola, con sus rebaños y con sus telas, colonias al Ponto Eusino, y á las ciencias filósofos ilustres como Thales y Anaximenes. Pero todas estas honras quedaron eclipsadas por una superior, la de haber promovido aquella liga contra el despotismo asiático y contra la casta oriental, aquella guerra que dió al acerbo común de las humanas glorias los nombres inmortales de Maratón, Platea y Salamina.

Aristágoras se llamaba el jefe de Mileto que promovió la heroica lucha con los viejos medas, conocida en la historia bajo una denominación común de guerras médicas. Ignominiosamente sometido al protectorado infame de los sátrapas intentó con razón sacudirlo, y para ello fué á Esparta en demanda y requerimiento de su auxilio. Reinaba por aquel entonces allí el mismo rey Cleómenes, á quien

hemos visto derrotado por el valor increíble de Telesila, el cual, á los desengaños propios de su ánimo entristecido, y esquivándose á toda guerra donde pudiera quizás apurar nuevos sinsabores, rehusó todo combate. En la entrevista de los dos jefes, Cleómenes y Aristágoras, hallábase presente ya la hija de aquél, esta hija que debió reinar más tarde sobre Lacedemonia y unirse con Leonidas. Nueve años contaba la pequeñuela Gorgo, y á pesar de tan temprana edad, asistía en aquel momento al diálogo de los dos guerreros. El jefe de Mileto representaba la raza jonia directamente amenazada por los asiáticos, y el jefe de Esparta la raza doria, mucho menos decidida entonces por el combate. Súplicas y más súplicas dirigió el jonio al dorio, pero éste permaneció severo é inflexible. Entonces, viendo Aristágoras que no bastaban las súplicas tiernas y aun lacrimosas, recurrió á las corruptoras ofrendas. Gruesa suma le ofrece, pero Cleómenes queda indiferente al dinero, como quedara indiferente al ruego. Dádivas ablandan peñas, debía decir para sí el jonio, cuando al ver la entereza del dorio dobló la cantidad. Indiferente á todas las ofertas éste, fué aquél añadiendo las sumas hasta quintuplicar el importe de la ofrenda. Ya vacilaba el espartano pobre ante la riqueza del dorio riquísimo, cuando Gorgo se acercó á su padre y le recordó

que iba tristemente á cometer una vil acción en presencia de su hija, Por fin, crecida ésta, casóse con Leonidas.

Todos saben que las guerras médicas en dos principales se dividen, llamadas primera y segunda, todos, que la primera guerra médica fué sustentada por el rey Darío y la segunda por Xerxes. En esta segunda guerra médica se desarrolla el carácter de Gorgo. No en vano Licurgo había puesto la espartana junto al espartano en igualdad idéntica de condiciones y querido que la mujer lacedemonia no flaqueara jamás en los trances amargos de una guerra continua, ni tampoco hiciera flaquear con sus lágrimas y con sus ayes al marido y á la prole forjados todos á una para los combates y para la guerra. No, no estuvo la esposa de Leonidas en la guerra personalmente; no asistió al desfiladero aquel donde murieran los griegos; no cayó su cuerpo confundido con aquellos cuerpos de los trescientos espartanos mártires; pero ni un punto desmayó su valor, ni sus quejas ni sus miedos amenguaron en un adarme los espartanos esfuerzos. Vigilante, resuelta, próvida, ocurrió á todo y estuvo en todas partes donde pudiera influir saludablemente su presencia. La noticia de cuanto se maquinaba en los consejos asiáticos para desquitarse de Maratón y de Platea llegó á conoci-

miento de los espartanos merced á su industria y á su perspicacia. El soberano Desmarates, por sus súbditos depuesto, habíase refugiado en Persia y recibido allí todos los homenajes prestables por los extranjeros á un príncipe de su rango. La dignidad que recordaba y la posición que tenía permitiéronle saber hasta los secretos más recónditos de aquellos consejos asiáticos y los propósitos más personales de su monarca. El destierro, ya merecido, ya inmerecido, no empecía de ningún modo al amor patrio.

En lejanas riberas y bajo techos enemigos, el griego conservaba la imagen de Grecia fija en su corazón y en su mente. Así llegó á saber el plan de Darío, y sabido el plan de Darío comunicólo á los suyos. Cosa difícil en verdad el expedir desde Susa, capital de los persas, á las orillas del Eurotas, un mensaje sin riesgo de que lo sorprendieran en el camino. El rey destronado apeló á la industria de cubrir su mensaje con una capa de cera. Nadie sabía en la corte espartana el uso y significación de tal objeto. Gorgo, desde su niñez industriada en las estratagemas políticas, lo adivinó bien pronto, patentizando cómo debía tener dentro de sí algún grave secreto. Aconsejada la corte por su reina, derritió la envoltura exterior y encontró dentro el relato de los proyectos medas. Gorgo com-

prendió bien pronto qué papel tocaba representar á Esparta en aquel trance tremendo.

Como durante la guerra de Troya, imponíase á Grecia estrecha unión y uniforme disciplina en aquellos supremos instantes. A los ojos avizores y al pensamiento intuitivo de una mujer superior no podía ocultarse que la gran guerra entre griegos y medas representaba una oposición entre dos razas, entre dos cultos, entre dos espíritus, entre dos civilizaciones. Por consecuencia, como en la guerra de Troya no miraron los aqueos si el herido fuera Menelao y la robada Helena, sino que toda Grecia sintió la misma ofensa y fué á la guerra unida, convenía en estos momentos repetir aquel acto de patrio heroísmo y abismar en las ondas de los mares y en el polvo de los combates la preponderancia oriental. De no hacer esto, la defensa del territorio helénico pasaría completamente á manos de Atenas, y la ciudad republicana ejercería un predominio en todo el territorio, dañoso, muy dañoso á Esparta. No podía ocultarse á la esclarecida reina espartana los múltiples obstáculos opuestos por la naturaleza y el sér propio de las instituciones lacedemonias á todos sus proyectos. La idea de una Grecia superior y anterior á Esparta entraba poco en el ánimo de los espartanos, cuyo patriotismo no se despertaba más que al amor de la patria restricta ungida

por sus tradiciones locales y organizada por sus leyes antiguas. El monárquico, el oligarca, el conciso, el austero patriota lacedemonio debía sentir cierto menosprecio por el ateniense, demócrata, republicano, artista, orador, poeta, de fáciles costumbres, de mucha vena, pero contrario en todo al espartano, y, sobre todo, en complexión y en ideas. El dorio aristócrata y callado no quería nada con el jonio republicano y locuaz. Por mil razones el estado lacedemonio, que peleara tanto por ejercer tiránico predominio sobre la parte de territorio conocida con el nombre de Peloponeso, no gustaba ir al resto de la etérea Hélade. No se avenía bien el espartano con otros territorios que las hondonadas del Eurotas y las vertientes del Taigeto. Había ido á Mesenia y Argos, mas para combatirlas y dominarlas. De buen grado fuera con el mismo fin y objeto al Ática y Atenas. Pero defender aquellas regiones, salvarlas, debía parecer en este momento cosa grave de suyo á quienes se hallaban habituados de antiguo con la idea de vencer y sojuzgar las otras regiones helénicas, pero no defenderlas. Además, una larga experiencia demostraba cuánto servía la organización por Licurgo concebida para su patria, cuando se trataba de la defensa, y lo poco también que servía cuando se trataba del ataque. Luégo, la crianza en común, la comida en común, las almas

en común, daban comunidad natural de ideas y sentimientos á los espartanos, pero les desposeían de aquella originalidad en el pensar y de aquella independencia en el proceder que producen tanto los grandes filósofos como los grandes héroes. El espartano adquiría en la servidumbre natural de aquella su vida, uniformemente regulada por el Estado, cierta estrechez de ideas y de sentimientos incompatibles con la expansión de alma exigida por un esfuerzo tan grande como el encaminado á salvar á Grecia y vencer al Asia. Así, cuando era necesario que todos los lacedemonios recordaran su origen griego y combatieran por la patria común, Esparta, con su estrechez de miras, con su esterilidad completa de ideas, con su espíritu intolerante, con su carácter cerrado á las grandes expansiones, con su espíritu esencialmente reaccionario, con su altivez aristocrática y con su falta de un ideal comprensivo, regateaba el contingente prestable á Grecia y no sabía cuánto le iba en tan colosal encuentro.

Nunca necesitó tanto Grecia de todos sus ciudadanos. Esta necesidad se impuso con fuerza tal, que la mayor parte de sus Estados llegaron á unirse para defenderse y que la vieja Esparta olvidó un poco las rivalidades y competencias dorias con la Grecia jónica. Pero no todos los Estados helenos

comprendieron esta necesidad. Las sesenta trirremes de Corcira no llegaron jamás á los puertos del continente, y los tiranos de Siracusa, jonios por excelencia, menospreciaron una liga en la cual tomaba tanta parte la Grecia doria, representada por la diosa Esparta. Disculpándose con el terror á Cartago, no entró, como debiera, en la confederación Siracusa. Lo mismo hicieron Argos y Tebas, por odio á Esparta la una, y la otra por odio á Atenas. En Tesalia se dividieron los ánimos, muy separados en civiles discordias. Mientras los amigos de la libertad iban exaltados á la guerra, presintiendo en ella un triunfo sobre la tiranía, los enemigos de la libertad aspiraban muy en secreto al triunfo de los persas para que les ayudasen á establecer allí el despotismo asiático. Traidores hubo que lograron la defección completa de Tesalia, y muchos de sus pobladores, con especialidad los montañeses, enviaron homenajes y reconocimiento. Los espartanos pudieron entonces quedarse con el predominio en toda la región griega y aquistar aquella hegemonía por cuyo logro tanto suspiraran en todo tiempo. Pero anduvieron parcos y regateadores y miserables como siempre. Trescientos espartanos, con Leonidas á su cabeza, ofrecieron y presentaron en el supremo instante de la común guerra. Sacrificado todo allí á la organización guerrera, ciencias,

artes, industria, navegación, comercio, nunca podían patentizar, como en aquel momento supremo, la utilidad reportable por todos los suyos de tan despótica y bárbara organización. Despojadas sus madres de los afectos más naturales, convertidas en soldadones sus doncellas, toda espontaneidad en acción y pensamiento sofocada por una terrible disciplina, el arte proscripto, la ciencia extinta, hechos los hombres sumandos ó factores de sumas y multiplicaciones bélicas, puesto en lugar de Dios la fuerza, no había caso ninguno en que pudiera mostrarse la necesidad evidente de aquella organización antihumana como el caso aquel de una heroica guerra por la común patria.

No correspondieron los espartanos con su deber, y lo pagaron bien caramente, como veremos en otro lugar de nuestra obra. Comprendiendo Gorgo que su marido iba con trescientos hombres contra un ejército compuesto de tres millones ¡ah! no calificó aquello de combate, sino de sacrificio, y sacrificio necesario. Leonidas no se partía, no, para la guerra, se partía para la muerte. Aquella mujer comprendió que se quedaba viuda, y todos los preparativos de la expedición tomaron un carácter fúnebre. Rogóle, pues, á su esposo que hiciera testamento y le confiara sus últimas voluntades. El héroe le dijo que, cierto de su evidente muerte, y

dejándola viuda tan joven y tan hermosa, debía casarse con otro marido que fuese honrado como él y tener hijos capaces de transmitir á la posteridad esta honra. Después del testamento vinieron las fiestas fúnebres, como si los trescientos hubieran ya muerto. La mujer abrazó al marido con todas las ceremonias propuestas para el abrazo último por las liturgias clásicas. Lloraron como plañideras las espartanas, á pesar de que tal lloro femenil y debilitante se les prohibía por sus leyes nacionales y por su tradicional educación. Las flautas fúnebres y las elegías poéticas resonaron como en los entierros. Ardieron las hogueras cual si debieran quemar cuerpos muertos y expedir al cielo espíritus purificados. Muchos ciudadanos de Esparta, hombres y mujeres, se desprendieron de sus cabellos y los colgaron en el carro de Leonidas cual si fuera éste un carro fúnebre. El héroe murmuró aquellos versos de la *Ilíada* en los funerales de Patroclo, cuando Aquiles dice cómo no podía esperar el regreso á la patria y sí el descenso á la tumba. Ovejas y bueyes perecieron en religiosas hecatombes. El vino lustral cayó vertido sobre los sacros carbones. Hubo comidas fúnebres como en los antiguos funerales griegos. El pensamiento de la muerte penetraba por tal modo en las costumbres antiguas, sobre todo en las costumbres lacedemo-

nias, que nadie llegó á extrañar este luctuoso aparato. Las mujeres de aquella vieja y heroica Esparta pudieron llevar á cada cual de los trescientos la tela roja con que solían envolver y el ramo de oliva con que solían coronar á sus muertos, en la certidumbre de que ninguno volvería, pues todos iban, más que al combate, al sacrificio. Por una particularidad propia de los funerales usados en Esparta, concluyóse todo con el sacrificio á Ceres, porque Ceres, ya lo hemos dicho, en el viejo mundo clásico, representaba, no tan sólo aquella simiente que germina, sino el humano espíritu que renace después de la muerte allá en la inmortalidad. Con estos preparativos tan luctuosos los griegos de la doria Esparta se apercibieron para defender aquellos sitios que les designara la querida común patria.

Para contrastar la invasión de Xerxes, en cuanto se alcanzó á saber su inmensa importancia, diez mil helenos tomaron el desfiladero de Tempe, punto capital estratégico, muy propio á impedir el paso. Con sólo mencionar los nombres de las montañas y de los ríos que componen este valle alcánzase toda su importancia. Abierto entre las montañas conocidas con los nombres inmortales de Osa y Olimpo, regado por el Peneo que las adelfas coronan y las leyendas poetizan, en el Norte de la fortísima Tesalia, patria del laurel de Apolo, sitio

bendecido y cantado por todos los poetas, y al cual todas las hoyas, todas las hondonadas hermosas en lo antiguo solían compararse, la posesión de Tempe y su defensa debían aparecer á la vista y al pensamiento de los griegos, no sólo como asunto de superior estrategia para su colectiva defensa, como asunto de honra nacional. Una vez allí los defensores de la Hélade, hallaron obstáculos invencibles para su plan bélico en las divisiones políticas de los tesalios, y abandonando posición que necesitaba la más ciega confianza de los defensores en los habitantes, descendieron hacia el Mediodía y llegaron por las costas al golfo Malíaco, donde se detuvieron y designaron para detener el ejército persa un punto admirable, las Termópilas, único por donde los irruptores orientales, de la cuna del sol venidos, podían penetrar en la hermosa Helenia. Termópilas quiere decir puertas ardientes. Y este nombre lo debían los desfiladeros á las aguas termales que de sus riscos manaban. Así como Tempe se abre, ya lo hemos dicho, en el Olimpo, este desfiladero de las Termópilas, tan celebrado, se abre á su vez en el Eta, montaña también divina, puesta entre Lócrida y Tesalia. Los desfiladeros inaccesibles de un lado con las marismas inexplorables de otro lado por tal manera dificultaban el paso, que forzosamente habían los persas allí de

pararse ante una heroica resistencia y habían los griegos de mostrar la superioridad incontestable del ánimo entero y del valor moral sobre la fuerza y el número. Si las guerras médicas dan asunto aun hoy á todos los poetas; si, como las cantó Simónides, con igual, quizá con mayor entusiasmo, las cantan todavía Quintana y Leopardi para enardecer á los españoles y á los italianos, Víctor Hugo y Byron para consolar á los franceses en sus derrotas y sostener á los griegos en sus últimos combates, débese á que tales hechos representan la superioridad manifiesta de una idea, de un sentimiento, de una pasión sobre la disciplina del despotismo y los ejércitos de siervos unidos tan sólo en el horror á la muerte y peleando sin fe y sin esfuerzo por sostener el trono bajo cuyo abrumador peso yacen como cadáveres y remachar las mismas cadenas que los oprimen y deshonran.

Las puertas ardientes, las Termópilas, estrechábanse hasta el punto de tener sólo quince metros de largas, con dos boquetes como Anthela y Alpenos, por los cuales á duras penas podía pasar un carro. A mayor abundamiento, los griegos habían rehecho su defensa material y reconstruído un muro arruinado al borde tranquilo de una fuente clara. El ejército heleno, acampado en las Termópilas, se componía de mil mantenios, mil doscientos arca-

des, doscientos guerreros de Flionte y ochenta de Micena, setecientos tespios, cuatrocientos tebanos, mil foceos; pero entre todos ellos resaltaba la falange de los trescientos espartanos dirigidos por Leonidas. La vocación al martirio les poseía por completo, y la seguridad inefable sugerida por íntimas intuiciones, la seguridad inefable de un sacrificio por la patria, latía en sus almas. Eran aquellos hombres, no trescientos héroes, trescientos mártires. Pero su martirio se diferencia del martirio religioso, del martirio cristiano, tal como nosotros lo comprendemos, en que no tiene los caracteres de resignación y de conformidad reconocidos en éste, sino que, después de aceptar como resultado matemático de sus esfuerzos la rota y la muerte, pelea, cual si hubiera de conseguir al cabo un laurel de triunfo en los empeños del combate. No se parece, no, el mártir de las Termópilas al mártir de los circos. Aquél no alarga la garganta de modo alguno á la cuchilla de los sacrificadores, ni aguarda la fiera sobreexcitada para devorarlo: sale, reta, combate, mata, y al fin muere con la sonrisa en los labios, sí, con la tranquilidad en el alma, como una estrella que se apaga por su propio enfriamiento, como si feneciera de modo natural y no violentísimo, presentando de grado la vida en aras de la libertad y de la patria, después de haber hecho que

un enemigo muy formidable y muy numeroso la comprase muy cara y á costa de su propia vida. El sacrificio de las Termópilas queda en la memoria humana escrito y consagrado, porque representa y significa el triunfo de la moral sobre la fuerza.

Xerxes creía que, presentando tal número de combatientes cual presentaba su imperio, correrían los griegos á manera de animales acosados por el ojeo y por la caza. No le cabía en la mente que ciudades pequeñas, compuestas de ciudadanos sin cetro y sin corona, repúblicas mercantiles y coloniales de mercaderes, de marinos, factorías para el cambio y no fortalezas para el combate, donde los artistas, y los poetas, y los rapsodas, y los aedos, tañían el arpa cuasi femenil de todas las artes, forjándose más buriles que armas, pudiese resistir á un imperio representante de la fuerza, organizado en milicia, dirigido por generales cercanos á reyes, con sumo imperante como el que se asemejaba á los dioses en omnipotencia y que mandaba sus esclavos mecánicamente al combate y á la muerte, cual si fuese una ciega fuerza de la misma naturaleza. Creía más aún el monarca: en sus hábitos de amiorar las repúblicas y encarecer las monarquías, creía los griegos por tal manera susceptibles á la competencia y á la rivalidad, así como incapaces de común esfuerzo, que los consideraba inhábiles

para darse delante del peligro mismo un jefe militar y someterse á su dirección y autoridad. El déspota naturalmente no comprendía las diferencias radicales entre la libertad y el despotismo. Ignoraba, en su soberbia, que mientras los esclavos combatían sólo por miedo á él, con fuerzas mecánicas y sin ninguna fuerza moral, tenían los griegos bajo sus piés la propia tierra, en sus manos el arma forjada por los suyos al fuego de los lares, en el alma la imagen de su hogar y de su patria, por las venas, enardeciéndolas, más que la sangre y la vida, el sentimiento de la libertad, y en lo porvenir, aun contando con la muerte segura, el suelo nacional para recoger amoroso y próvido sus huesos, la historia nacional para engrandecer y glorificar sus nombres.

Los griegos mostraron cuántos resortes guarda una verdadera libertad para mover las humanas voluntades. Leonidas quedó aclamado como jefe supremo y generalísimo entre las intimaciones de Xerxes despreciadas y reídas por quienes habían jurado morir después de matar sobre las aras de su Grecia. Cinco días estuvo el déspota esperando á que los libres se rindieran, heridos en su imaginación por la superioridad incalculable del número y ofuscados en su inteligencia por la grandeza enorme del despotismo. Burlados sus cálculos, y viendo

cómo se mantenían firmes en sus hondos sentimientos y en sus altas fortalezas, atacó al quinto día, y atacó valiéndose de la flor de su ejército, valiéndose de los medas. Todos quedaron muertos en aquel esfuerzo, pero la posteridad no sabe los nombres de sus contrarios, y la historia no alaba su sacrificio como alaba el sacrificio enemigo. Mártires del despotismo murieron sin premio y sin gloria, como pudieran morir los sabuesos en los incidentes de una cacería ó las fieras en los vanos alardes de un circo. La fama sólo tiene laureles para la libertad. Xerxes, maravillado por completo de aquella inesperada resistencia, se desasió de su guardia personal. Había en el ejército una falange llamada de inmortales, por haber pasado, como si fueran incombustibles, á salvo entre las llamaradas voraces de cien combates á muerte. Esta falange mandó, seguro de que volvería con la victoria, y todos los inmortales murieron al pie de los espartanos en el polvo de las Termópilas. Una fuerza bien superior á la fuerza bruta, una grande inteligencia táctica sustentada por un eficaz é intenso amor patrio desconcertó al enemigo de la humanidad y salvó en aquel encuentro, aunque desgraciadísimo, fecundo, el humano progreso. La táctica espartana, táctica de montaña, incomprensible para quienes habían combatido y caminado tanto por los desiertos, con-

sistía en fingir una retirada, y atrayendo al contrario ensoberbecido por lo fácil de su triunfo á una trampa bien fácil, aplastarlo en el abismo donde había caído. No se lograban estos resultados sin extraordinarias heroicidades, y no se hacían estas heroicidades sino á costa de sacrificios extraordinarios. Los griegos habían sucumbido casi todos en aquellos encuentros. No quedaban intactos más que los mil focios encargados de vigilar las sendas y los atajos de la montaña con los trescientos espartanos adscritos al postrer y supremo esfuerzo.

Xerxes, enfurecido por la resistencia y temeroso de un desastre, consultó los prácticos de su gente para urdir una trama certera y asestar un golpe decisivo. Examinando á todos cuantos podían darle un luminoso consejo, encontró en Idarne el jefe asiático más idóneo para conducir un cuerpo de persas decidido á la muerte, y en el melio Efialto un conocedor profundísimo de toda la comarca. Bien resuelto al golpe y bien instruído por sus guías, el jefe asiático llegó á la cima del monte, guardado por los focios, en la hora del alba. Todo se había preparado para un movimiento envolvente que tomase á los griegos por la espalda y rebasara sus líneas de defensa y mordiera los talones á sus resistencias. Los riscos aglomerados unos sobre otros en los asperísimos desfiladeros, las espesas

encinas de ramajes entrelazados cubrieron la marcha de los persas; peró el ruido inevitable que levantaba la caída y desprendimiento de algunas piedras, y hasta el rumor de las hojas secas pisadas por los asediadores, mostraron á los focios la certeza del peligro y la inminencia del encuentro. Descendieron á una éstos para cortar al enemigo el paso; mas tuvieron que ceder acribillados de flechas. Conseguido aquel paso, inaccesible hasta entonces, mostráronse los enemigos frente á frente del áspero y formidable lugar agrio y riscoso defendido por Leonidas. Al verlos tan embreñados ya la gente griega, intensa perturbación se apoderó de todos, asomando su faz siniestra la Discordia coronada con su cabellera de serpientes. Unos querían la retirada inmediata emprendida violentamente al grito de «¡sálvese quien pueda!,» mientras otros presentaban como supremo recurso una defensa más hacia abajo, más hacia el Mediodía, en Corinto, por ejemplo. Hasta hubo quien quiso entregarse á Xerxes. Oprimida una parte de los griegos por locales tiranuelos, creían emancipación casi el cambio de las tiranías próximas por la tiranía lejana de un déspota oriental. Unos versos del gran Esquilo muestran cómo feneciera la confianza de los pueblos griegos en sus reyes y cómo se mostrara en aquel supremo instante la incontestable supe-

rioridad y ventaja de las repúblicas y las democracias sobre las monarquías.

La voz del patriotismo lo acalló todo. Los Estados griegos aparecían superiores á los Estados asiáticos, aunque revistieran la forma monárquica. Las monarquías helenas hallábanse de suyo sujetas á las leyes. Y la ley enaltece al hombre, mientras lo corrompe y esclaviza el despotismo. Leonidas expresó el verdadero sentimiento de todos los griegos al proponer una resistencia desesperada y á muerte. Todo el espíritu exhalado por aquella tierra de la democracia y de la libertad se condensó en el hombre superior que sabía cuántos heroísmos para lo porvenir podían amasarse con el polvo levantado en aquellos combates heroicos y con la sangre difundida por las venas de aquellos hombres libres. Tespios y tebanos, últimos sobrevivientes, juraron morir al lado y en compañía de los suyos, para que sus cadáveres sirvieran también como de una égida moral á la patria, y á la libertad, y á la gloria de todos. Los marinos de Xerxes ascendían por las costas, mientras los soldados de Idarnes bajaban por las breñas. El sol salía cuando Leonidas y sus compañeros abandonaban sus ocultas guaridas y surgían armados y retadores en busca de luz y de aire. Las recatadas trincheras de los griegos quedaron desiertas, y el punto de ataque fué acorrido

por su esfuerzo. Todos sabían que iban á la muerte, pero á una muerte lograda, no por tristes y serviles resignaciones, por gloriosos y supremos esfuerzos, peleando en porfiados combates y muriendo en inevitable martirio. Llegó la batalla decisiva en el terreno más amplio que podía ofrecer á los combatientes desfiladero tan estrecho. Los griegos, enfurecidos, despiadados, con el encarnizamiento propio de la desesperación, resueltos á que su muerte se compensara con creces incalculable en las filas contrarias, pisaban entrañas en los riscos á la manera que pisa uvas el vendimiador en los lagares. Cada griego presentaba seis ó siete muertos á sus plantas, como esas estatuas simbólicas del heroísmo y del combate que se alzan sobre los cadáveres. La imagen de su patria y el sentimiento de su libertad los alentaba, mientras el déspota oriental tenía que poner á las espaldas de sus falanges, inertes y pesadas, cortesanos y sátrapas suyos, armados de látigos que hirieran á sus esclavos y los excitaran con estas vergonzosas heridas materiales al combate y al holocausto por su aborrecido y aborrecible déspota. Pocas escenas tan instructivas en la historia, pocos paralelos tan reveladores del abismo que media entre la libertad y la servidumbre. Aquí la honra y allí la fusta. La puntiaguda lanza helénica clavábase con furor en

las carnes asiáticas, cual si tuviese animación y fuerza de un organismo, defensor de sus héroes. Al aliento moral de los libres petrificábanse bajo el peso de sus cadenas los siervos. Parecían los pocos muchos, por la superioridad intelectual y moral; los muchos pocos, por la escasez de sus fuerzas materiales. Así una gran parte de los asiáticos aquellos quedaba por los riscos aplastada, mientras otra gran parte caía rodando por las breñas y se ahogaba en el mar.

Pero imposible toda resistencia contra número tan excesivo de contrarios superiores en fuerza. Leonidas comprendió que había llegado la hora solemne del sacrificio y que le tiraba ya de los cabellos la muerte. Habíase preparado á esta inmolación durante muchos días, como se preparaban los jóvenes atletas á los juegos ístmicos y olímpicos. Al verlos con sus lanzas de oro en el puño, sus escudos reverberando la clara luz del cielo en su brazo, á la cabeza su corona de verdaderos héroes, la multicolor cimera, en actitudes artísticas, ó mejor dicho, escultóricas, los diríais dioses tallados por el cincel de Fidias y venidos en falange armoniosa por una especie de animación á ellos comunicada desde las cumbres ideales de una inmortal poesía. Lo cierto es que aquellos trescientos espartanos podrán haber sentido en el supremo trance todos los instintos

de conservación que asaltan á las especies en sus combates por la vida, y habrán usado todos aquellos medios de horror por el odio sugeridos en la guerra y en la propia defensa; mas la sublimidad incontestable del sacrificio y la grandeza increíble del instante los ha transfigurado en términos de aparecer como un ideal inextinguible ante la memoria y la conciencia humana. Vióse desde los primeros encuentros la superioridad entre una táctica y otra táctica, entre unas armas y otras armas, entre una civilización y otra civilización. Mientras el asiático despedía sus flechas á bulto, y en montón, no se perdía del griego una lanzada. Cuando las lanzas, á puro combatir, se habían roto, después de haber ensartado y muerto enemigos á millares, valiéronse los griegos de sus cortas y eficacísimas espadas. Cuando las espadas también se habían mellado en los huesos enemigos, combatieron cuerpo á cuerpo. Leonidas enseñó la colina donde todos habían de sucumbir como un ara religiosa, cuyo fundamento estaba en la patria y cuyo dosel ó solio allá en los cielos. A las diez de la mañana iban llegando los persas, que habían ganado las alturas, al boquete de las Termópilas. El héroe dijo á los suyos que no temblaran, pues todos, al despedirse de su Esparta, dijeron en testamento su voluntad última y nombraron sus respectivos herederos. Ya

solamente les quedaba morir por su Grecia. Apenas había dicho esto, cuando un dardo lo derribó por tierra y le arrancó la vida. El aliento último de sus labios y el primer vuelo de su espíritu sirvió para enardecer á los suyos. Todos creyeron que aquel suspiro les acariciaba las sienes y que aquel espíritu los dirigía en los aires al sacrificio. Lo cierto es que cuatro batallas trabaron los trescientos espartanos alrededor del cadáver de Leonidas y en las cuatro batallas á una salieron triunfantes. El número, sólo el número, que subía de las costas y bajaba de las cumbres, á modo de langostas y de moscas, rodeando á los vencedores, dió cuenta de todos ellos. La horda oriental venció por una fatalidad mecánica, puramente mecánica, en aquel encuentro, á la sabia y libre falange; pero ésta derribó en el suelo veintinueve mil bárbaros.

Xerxes puso en una cruz el cadáver de Leonidas. ¡Ah! esas cruces alzadas por los caminos de la historia resultan en las perspectivas de los tiempos y en los juicios de la posteridad las cumbres del humano espíritu. En la cruz del héroe Leonidas, en la cruz del divino mártir Cristo, en la cruz del siervo Espartaco, se ha redimido el humano linaje y se han condensado las más altas revelaciones del alma humana y los más sublimes principios del progreso universal. Ellos son nuestros redentores

por haberse inmolado y haber muerto: éstos para que tuviéramos patria, aquéllos para que tuviéramos alma, todos para que tuviéramos libertad. En el sacrificio de Leonidas se han inspirado cuantos han combatido con el arma de una idea contra los bárbaros decretos y contra las terribles imposiciones de la fuerza. El griego moderno, que peleara contra el mongol musulmán, y los españoles que desde las ruinas de Zaragoza y de Gerona salvaran al mundo del cesarismo y sus reacciones, repiten y reproducen tras tantos tiempos el ejemplo de Leonidas y su redentor sacrificio. Por eso hasta en una fría clase de retórica los ojos se os arrasan de lágrimas, y os salta el corazón en el pecho, al oir la inscripción puesta por los griegos sobre los riscos sacros que fueran túmulo de sus héroes: «Caminante, ve á decir á Esparta cómo hemos muerto aquí todos por obedecer sus santas leyes.» Una mujer cual Gorgo no pudo menos de alcanzar influjo sobre su marido. Así cuentan que, habiéndola preguntado una extranjera por qué las mujeres lacedemonias eran las únicas en el mundo que mandaban sobre los hombres, le contestó la viuda de Leonidas: «Porque también son las únicas que paren hombres.»

ATOSSA

Personificamos en esta mujer extraordinaria el combate gigantesco entre Grecia y Asia terminado por aquellas victorias de Maratón, Platea y Salamina, en las cuales vence, no sólo el genio griego, el genio humano, á las viejas tiranías y á las antiguas castas. Mientras viva el hombre, mientras la historia conmemore los humanos hechos ¡ah! tres palabras expresivas de tres combates significarán el predominio de la idea sobre la fuerza, envaneciendo y ufanando á la humanidad como ninguno de sus timbres. El imperio persa, representante legítimo del Asia, se había compuesto en términos de allegar todas las tierras históricas, lo que podríamos llamar el viejo mundo entonces, y extender su mano sobre lo que podríamos llamar el nuevo mundo, las colonias diversas, pero todas arias, del territorio y mar helénicos. Los dos ríos, el Tigris y el Éu-

frates, parecían dos cintas de la toga vestida por aquel imperio; servíanle de diadema las altísimas cordilleras elevadas en las mesetas centrales del continente asiático, donde radicaban los gérmenes de todos los pueblos y ascendían los troncos del humano linaje; contaba, como límites fantásticos puestos á su extensión desmedida, y rodeados por el cielo de arreboles, por el pensamiento de fábulas, el Indo y el Nilo, cargados de dioses; entraban, como piedras preciosas de su cetro, entre tantos joyeles, el mar Caspio, el mar Negro, el mar Rojo; á un lado los golfos índico y persa, mientras por otro lado los golfos del Asia Menor y de la Jonia; en la legión de sus soldados, cien reyes vencidos como los de Lidia y Egipto; entre sus cortesanas, Jerusalén, Babilonia, Nínive, Menfis, Bactrias, las ciudades que habían deletreado las estrellas en el cielo y las ideas en el espíritu; al extremo occidental de tan colosal Estado, las islas más hermosas del Mediterráneo, como tantas otras nereidas que mecían sus ensueños con melodiosos cánticos y le llevaban por doquier tributos de perlas y corales; en fin, su espada la guadaña del tiempo, su báculo el eje de la tierra, la mitad de su manto el mar y la otra mitad el desierto, el sol su tiara y sus compañeros los dioses. Esta inmensidad, apenas creíble, de tierra sujeta por el destino fuertemente á un hombre, significaba

el imperio antiguo con toda su majestad, la fuerza como ley, la materia como Dios, la conquista como instrumento, el despotismo como conservación de la conquista, el trabajo reducido á eterna esclavitud, el comercio trastocado en tributo pagadero á un hombre solo y omnipotente, la ciencia comentario de su palabra, el arte música deleitando aquelas divinas orejas, la religión sombra de su alma, el sacerdocio cómplice por la teocracia de su tiranía, los pueblos su rebaño, los dioses dorando su corona y sosteniendo su cetro para que tuviese la incontrastable perennidad y firmeza de los altares y de los templos perdidos en las alturas infinitas y ufanos de su eternidad. ¿Quién podía resistir á un mundo así, levantado sobre las espadas de cien ejércitos victoriosos y ungidos por la magia de cien teocracias sortilégicas? Ninguno de los elementos varios representantes del principio de diversidad en aquel entonces pudo contrastar la vasta fuerza del imperio pérsico. Los vasos del templo de Salomón brillaban en las orgías de sus palacios y los santos profetas de Jerusalén cantaban en el coro de sus adivinos. Parecían como animalejos domésticos de sus jardines y corrales aquellos genios egipcios con cabezas de perros y de grullas. Las estrellas de Caldea semejábanse á favoritas y sultanas de los serrallos de Susa. El arco de los indios vibraba en el

ejército medopersa y en la cohorte de los sacerdocios vencidos estaban también los primeros intérpretes de la conciencia humana y los primeros reveladores del cielo espiritual. No se dejaba discurrir por los horizontes un aereolito sin que fuese á narrar allí sus secretos, ni volar por las selvas un ave que no les dijese á los señores del mundo algún augurio. Los barcos lanzados por los viejos ríos asiáticos y los descubridores y audaces de las colonias griegas debían pagarle tributo y compartir con aquel inmenso imperio la porción mayor de sus cambios. Él significaba, ya lo hemos dicho, la tiranía, la casta, la teocracia, la esclavitud eterna consagrada y ungida por una religión sortilégica de magos y hechiceros donde predominaban la materia con la fuerza y se creía en el poder de los encantamentos, de los hechizos que postraban el alma y la sumergían en sueños propios para mantener allí la raíz eterna de toda perdurable servidumbre. ¿Qué hubiera sido que, del mundo, de la humanidad, de la ciencia, del derecho, de las sociedades todas á perpetuarse aquel inmenso Estado, cuya base radicaba en las entrañas del planeta, y cuya cúspide se perdía en la inmensidad de los cielos? Precisaba romper aquella corona que hacía con su contacto en las sienes una momia de la mísera humanidad. Precisaba romper aquellos altares, de

cuyas aras pendían las cadenas, bajo las cuales se paralizaba para todo movimiento, y por ende para todo progreso, la humana inteligencia. El pueblo que iniciara tal obra debía quedar entre todos los pueblos del mundo, y hasta la consumación de todos los siglos, como el pueblo bienhechor de la humanidad. Por eso, lo hemos dicho cien veces y lo corroboramos en este supremo instante: Maratón, Platea y Salamina, no sólo representan el triunfo de Grecia sobre Asia, representan el triunfo de la libertad humana sobre todas las tiranías seculares é históricas.

Después de haber mirado estos sucesos en los desfiladeros como el desfiladero de las Termópilas, veámoslos ahora en las llanuras y en los mares de Grecia. Representemos el mundo que se va, el Oriente antiguo, en una mujer, en Atossa. Casualmente por ella, por su influjo, el mundo asiático se revolvió contra el mundo griego, quedando la victoria de la parte de este último, que representaba con tan múltiples timbres al género humano y al humano progreso. Atossa fué hija de Ciro, el fundador de tan vasto imperio como el persa, esposa de Darío, el vencido en Maratón, madre de Xerxes, el vencido en Platea y en Salamina. Mujer de Persia por su origen y por su nacimiento, es mujer de Grecia por haberla tallado en su mármol pentélico

aquel buril del titán Esquilo, forjado en las primeras llamas del pensamiento, Esquilo, cuyo genio parecía por los resplandores despedidos de su luz y por la vida despertada por su calor en todo á la centella divina robada por Prometeo del cielo y puesta como un astro sobre la frente del hombre. Esquilo, el primer trágico griego, ha presentado, por uno de los milagros al genio tan sólo concedidos, una feliz mezcla del amor maternal como debían sentirlo en todos tiempos las entrañas de una mujer griega y de la soberbia verdaderamente asiática, tal como debía experimentarla una reina de Persia. Estatua inmensa, levantada entre la poesía épica y la poesía dramática, el corte de tan sublime poeta, que nos ha trazado la imagen de Atossa, como tiene mucho de los tiempos hieráticos y de los tiempos humanos, tiene mucho también del Asia que se va y de Grecia que se acerca. Soldado ilustre de las guerras médicas, debe consagrarles su pluma cual les ha consagrado también su espada. Y en los fragmentos salvados hoy de su obra inmortal se descubre con toda la grandeza del suceso que menciona toda la grandeza del genio que lo canta. No busquéis en Esquilo aquel interés dramático encontrado en sus dos ilustres y perfectos sucesores Sófocles y Eurípides; el drama intrincadísimo é interesante no existe ni puede existir

todavía en los tiempos del titán Esquilo, porque el arte y la ciencia están á la evolución universal tan sometidos como el espíritu y la naturaleza. Genio épico por excelencia el genio de tan grande poeta, sus dramas parecerán fragmentos ciclópeos de cíclicos poemas. No habrá en ellos el nudo trágico ni el argumento interesantísimo de las tragedias posteriores, pero habrá un soplo creador como el que anima con su vital espíritu al universo y como el que los astros encienden con su luz. Esquilo parece un profeta hebreo que ha puesto en diálogo las sublimes profecías de su religión y de su patria. Por esto mismo la pobreza del argumento dramático se halla compensada con la hermosura del estro lírico y con la fuerza épica y sublime verdaderamente. Los persas del gran poeta pueden llamarse una verdadera colección, ó antología de versos consagrados á las guerras médicas, muchos de ellos tan sublimes como los que inspiraran aquellos mismos sucesos á poetas como Simónides y Píndaro.

La escena pasa en Susa. El palacio de los reyes persas brilla como una ciudad inmensa donde se reunen y congregan todos los representantes de las sociedades babilónicas. En el foro se descubre la tumba de Darío, cuya sombra representa en este viejo drama mucho de lo que representa la sombra de su padre para Hamlet en el drama de

Shakespeare. Al iniciarse tan grande acción, el coro señala en sus estancias maravillosas la presencia en aquel sitio de una cohorte ó legión llamada de los fieles ó adictos, la cual cohorte ó legión tiene por objeto gobernar el imperio en ausencia de su dueño y conservarle sumisos desde los esclavos hasta los dioses. Hanse partido los héroes más ilustres y quedádose como viudas las hermosas mujeres persas. Por todas partes, en aquel sitio, donde antes hervían y resollaban los placeres, óyense ahora lloros de huérfanos, lamentos de viudas, porque no ha quedado ningún rey en su trono y ningún general en su cuartel, idos á una en pos del triunfo á Grecia. La tierra, bajo el peso de sus armamentos, ha gemido y estremecídose como de terror. El mar se ha cubierto con la sombra de sus velas. No ha sido un ejército el que ha marchado, no; ha sido un pueblo entero. Mas el persa no maneja sino el arco, mientras el griego vibra lanza de hierro, semejante á un eléctrico rayo del cielo; el persa pertenece á la estirpe de los súbditos y el griego pertenece á la dignidad de los ciudadanos; el persa lleva consigo cien naciones varias, desde los que beben las aguas del Oxo hasta los que beben las aguas del Nilo, mientras los griegos se componen de una confederación en la cual entran solamente los jonios y los dorios, razones todas por las que reina

en aquel momento una grande inquietud por los senos de Susa, y temen los fieles y adictos pueda caer sobre su frente y apenar su vida una gran desgracia. En medio de tales temores, carro de oro aparece y en él mujer semejante á sobrenatural diosa brilla ornada con todos los atributos de la majestad regia. El carro es una sede imperial, y la mujer Atossa. Los lamentos oídos, lamentos sobrenaturales que se dirían exhalados por la sombra de los progenitores persas, la traen al sitio donde se reunen los fieles y le sugieren preguntas en las cuales palpitan la inquietud y el sobresalto. Atossa no puede menos que sentir allá en su alma la punzada terrible de un remordimiento agudo, porque, feliz su hijo y soberano Xerxes en el trono de Asia, bien hallado con su dominación y poderío, no intentaba sacudir aquel sueño voluptuoso ni entrar en guerra ninguna cuando ella, su madre, de la real sangre persa, hija de Ciro, esposa de Darío, le movió á nuevas conquistas y le empeñó en la tremenda lucha.

Así ocurre á su ausencia y provee á las necesidades generales de su imperio como pudiese una verdadera Semíramis. Delante de las riquezas aglomeradas por el curso de las edades y por el golpe de las conquistas en aquellos palacios asiáticos, experimenta cierta inquietud material su reina,

pensando cuánto hace que le faltan las miradas próvidas y los cuidados seguros de su dueño y señor. En tal estado y situación de ánimo innumerables sueños asaltan su alma y le describen como de relieve la mar y la tierra de Jonia con las armadas y las legiones de Xerxes. Mas, entre tantos ensueños, envíos indudables de los dioses, secretos rotos de las cosas, augurios y presagios de los tiempos, uno ha fijado especialmente su atención soberana. Dos mujeres, dos hermanas, á cual más bella, se le aparecieron tras los cerrados párpados, en las incertidumbres del insomnio parecido á un crepúsculo que mezclara luces con sombras, sopores con vigilias. Una de aquellas mujeres llevaba túnica de roja púrpura y corona de luciente oro como las persas, mientras llevaba la otra el traje de lino y la corona de adelfa que distinguen á las mujeres dorias. La emperatriz oriental reconoció en ambas hembras, al considerarlas hermanas, un parentesco de sangre aria entre iranos y helenos, que pudo adivinar por entonces con sus intuiciones proféticas el arte y que ha confirmado la historia después con sus reveladoras experiencias. Un litigio intelectual se trabó entre las dos mujeres, y Xerxes quiso resolverlo, atándolas con correas idénticas de las que ciñen á las siervas, atándolas en su trono de oro y en su carro de guerra. La mujer oriental

ó pérsica lleva el freno glorioso que le ha puesto su monarca, no sólo con paciencia, con gusto; pero la doria, encabritándose como una yegua indómita y rompiendo con sus dientes un freno que no ha querido tascar, derriba carro de guerra y trono de oro por el suelo. A este presagio Atossa creyó de su deber una inmediata práctica de las ceremonias dispuestas por las liturgias antiguas para conjurar los presagios adversos. Y mientras bajo un arbusto sagrado, al borde claro de una fuente mágica, se lavaba las manos para presentar sobre los altares las ofrendas y sobre las aras los toros, un águila cayó de golpe sobre la cabeza del santuario consagrado al sol, y cuando el águila parecía enseñorearse, como reina en solio, de aquel sitio, cruel milano la sorprende, la agarra entre sus uñas, la ciega primero, la trucida luégo, esparce á los cuatro vientos su cuerpo en pedazos que chorrean sangre, difundiendo así, con tales signos de horror, el siniestro anuncio de una inmediata catástrofe.

Los adivinos se reunen á tal presagio y aconsejan libaciones sacras que impidan ó alejen su cumplimiento inmediato. Hechas éstas, Atossa quiere indagar por sí misma las resistencias que puede ofrecer á su hijo una ciudad como Atenas. Corto su ejército, escasos sus recursos, estrecho su territorio, pocos en fuerza y número aunque los escudos

tras cuya resistencia se guarecen y las lanzas con cuyos filos combaten les ofrezcan grandes recursos, no está, no, aquí el secreto de su particular índole y carácter, está en que ningún rey conocen que los mande como general en su ejército ni de ningún mortal son ellos, no ya esclavos, pero ni siquiera súbditos. Esta particularidad, que debía conmover profundamente á la reina persa, mostrándole dónde se hallaba la raíz del seguro laurel que iban á recoger en las riberas de Salamina y en las llanuras de Platea los griegos, verdaderos hombres libres, la cegó como ciegan siempre á la razón pura las supersticiones sombrías. Nacida en Asia, tierra de las castas; educada en religiones donde las estirpes de jerarquías enormes se levantan sobre las espirales de privilegios enormes también; hija de un conquistador que había encerrado las razas y las gentes en su imperio como se recluyen en corrales y apriscos los ganados; esposa y madre de conquistadores también; acostumbrada, para que la sigan y la obedezcan á tener el sacerdote á un lado y el verdugo á otro, ante sí la muchedumbre de todos los ejércitos, tras sí la muchedumbre de todos los dioses, el palacio templo por vivienda, el trono altar por sede y el cielo por cómplice, no puede comprender que los enjambres tengan monarca en sus colmenas y no lo tengan los hom-

bres en sus ciudades, por lo cual cree la cuitada, ignorante de la libertad y del derecho, que la derrota será con quienes carecen de la monarquía y están por ende faltos de dirección y de defensa. El coro antiguo, que representa siempre allí en el teatro griego una conciencia colectiva, superior á los individuos, viene con oportunidad, en el momento de darse la reina con ardor á sus insensatas esperanzas, recordándole cómo tampoco tenían rey, tampoco aristocracia, tampoco generales designados por los privilegios del nacimiento, cuando allá en los campos de Maratón vencieron al esposo de Atossa, Darío, encerrando en esta victoria un precedente quizás para vencer hoy á Xerxes.

Aun el coro no ha concluído en sus magníficas estancias de asegurar esto, cuando ya un mensajero llega desalado al palacio, gimiendo sin tasa y sin medida en su dolor, al contar desesperado á los objetos mismos sin animación y sin vida el triste caso que acaba de acontecer á las ciudades del Asia, resplandecientes no ha mucho como estrellas en la noche y viudas ahora de sus heroicos esposos, pues la flor de los persas se ha helado como la flor del almendro en sus brotes prematuros, y las naves de los persas se han sumergido en lo profundo como piedras, porque los arcos no han bastado á contrastar las lanzas, y la grande monarquía del Asia se

ha destrozado al choque tremendo con las diminutas repúblicas de Europa, cual una sólida roca enorme que se derrumba y se deshace al abrazo de una ligera y vaga ola coronada por tenues espumas. Mientras el mensajero llenaba los aires de aquellos palacios con sus sollozos, que iban á herir las viejas divinidades mismas sobre sus aras, Atossa, pálida, muda, semejante á funeraria estatua, le preguntaba por el nombre de los muertos, sin atreverse á creer que pudiera encontrarse por algún modo su Xerxes, su hijo, entre ellos, cuando al infortunio debía preservarle su propia dignidad y los favores celestiales. El mensajero, comprendiendo á las claras todos los motivos que tenía la reina de los persas para no preguntarle por el fruto de sus entrañas, la serenó diciéndole cómo Xerxes vivía, pero entre cadáveres, entre sombras, tendido sobre las tablas de sus naves destrozadas y sobre los despojos de sus rotas desgraciadísimas. El rey, jefe de diez mil jinetes, cayó sobre las escarpadas rocas de Silenia; rodó el heroico Dadaces de una lanzada desde los riscos á los mares; los héroes de la vieja Bactria se hundieron en las ondas que lamen la isla de Aya; el nubio que venía desde las fuentes del Nilo á las riberas de Grecia, y que semejaba un genio de la noche, se desvaneció como sombra; pasaron cual pasan las nubes los treinta mil caballeros de Ma-

tallo; los sacerdotes, como Artames y Arabo, destilaron sangre por todos los pelos de sus purpuradas barbas; los príncipes de Silicia cayeron á una en el polvo de tanto combate y los reyes de Asia concluyeron perseguidos y acosados como perros con rabia. Mil navíos se perdieron en las ondas. Y el número inmenso de los esclavos no pudo resistir á la legión de los libres. Ante un contraste semejante, Esquilo, profeta de la humanidad, pone una palabra en los labios de Atossa que formula y compendia maravillosamente la causa trascendental de aquella victoria obtenida por los pocos sobre los muchos, pues los pocos eran libres, y solamente los libres son hombres.

La descripción que da el mensajero de las victorias obtenidas por los griegos en Salamina demuestra y confirma la sentencia que se deduce de todas cuantas palabras dice Atossa. Sobre la fuerza de aquellos ejércitos innumerables y sobre la majestad sacra de aquellos reyes soberbios, se levanta la idea, sí, la idea de patria, la idea de libertad, la idea de república, vencedoras de todos los mecanismos antiguos, rompiendo el cetro de la fatalidad sobre la frente de los ídolos. Y esta idea se revela principalmente bajo la forma de arte. Y, en efecto, los pilotos griegos parecen estatuas; las legiones colocadas en cada nave grupos debidos al buril,

como las esculturas de sus templos; el viento, que llena las olas, soplos de ideas; el cielo que los cubre y las aguas que hierven bajo sus quillas parecen animarse al éter y al calor de un espíritu. Antes de requerir las armas requieren la poesía, y cuando ya se avecinan al enemigo y ven cerca la muerte, los remos se alzan y caen como á la cadencia de una música, y sacro himno elevado al són de las trompetas convierte á todo el ejército en inmenso coro, el cual inflama los ánimos y les dice cómo no hay suerte superior á la del que muere cara á cara contra el tirano asiático por la libertad y por la patria. Siglos más tarde, cuando los reyes de la vieja Europa se congregaban contra Francia en congregación semejante á la urdida por los reyes de Asia contra Grecia, la *Marsellesa* obtuvo en Valmy, el cántico de la república, un triunfo semejante al obtenido por las odas griegas en Salamina y en Platea. La tragedia del gran Esquilo, después de haber pintado esta victoria de la idea sobre la fuerza, no se desdeña de contar, bien realistamente por cierto, la persecución á los persas rotos por los griegos vencedores, quienes acaban sus enemigos á remazos como el pescador acaba con los atunes que han entrado en sus redes y laten y saltan bajo sus barcas. Jamás en un solo día murieran sobre la tierra tanta gente. Un siglo no se lleva en su

curso los mortales que se llevaron aquellas horas del infortunio persa. Así Xerxes, puesto sobre una colina desde cuya cumbre observa todo el ejército, viéndolo caer como espigas á la hoz, como robles al huracán, desgarra sus regias vestiduras y lanza un sollozo que parece como un sollozo de toda el Asia. No pueden referirse las tristezas de los sobrevivientes que han quedado esparcidos por las aguas, como si fueran restos de un naufragio, y los dolores de aquellos que han debido por la extremidad de la isla Eubea, por las llanuras de la Tesalia meridional, por las riberas del Axio que riega Macedonia, por Tracia y sus desiertos, ganar los territorios del imperio, dudando al verse tan afligidos, acosados y hambrientos en aquella retirada inacabable, si realmente quedaban para los persas dioses en el cielo.

La descripción de la retirada persa está hecha en Esquilo por modo bien escrupuloso, á diferencia de las descripciones geográficas que pululan en el Prometeo, sacadas todas generalmente de la fantasía del poeta. Esquilo persiguió á los persas en su fuga y holló las tierras mismas puestas en sus admirables versos. La heroína de la tragedia, siquier sea una reina del Asia, interpreta con maravillosa oportunidad el sentir de Grecia. Cuando el mensajero ha concluído su relato, vuélvese airada en una

imprecación magnífica, llena de quejas dolorosas, contra los adivinos y las adivinaciones del Oriente. Sin embargo, no le queda más recurso que guardar sus viejos ritos, porque los imperios han de atenerse á las creencias seculares hasta para su muerte, como se atienen al sudario los cadáveres y al ataúd las momias. Las mujeres de Susa y Ecbatana desgarran sus velos con sus débiles manos y golpean los lechos donde antes recibieran las caricias de sus esposos queridos. Soldados invencibles, marinos que parecían tener alas en sus espaldas, la flor del Asia, unos han muerto en las olas hirvientes y otros han huído por los hielos tracios, contando en su dolor la victoria de Jonia. Entre lamentos tales, el republicano griego entona un himno que parece la voz de Mirabeau en la tribuna y el acento de Víctor Hugo y de Quintana contra las viejas monarquías. La efusión del humano sentimiento posee al poeta, el cosmopolitismo de la idea le domina como pudiera dominar á un pensador moderno, y la compasión por todos los oprimidos y el horror contra todos los opresores corre como chispa de luminosa electricidad por la espada que ha esgrimido en Platea y por la cítara que ha tocado en Atenas, despidiendo una y otra por igual inspiraciones, las cuales permanecerán como estrellas fijas en los cielos infinitos de la humana concien-

cia. Levantándose aquel heleno sobre los egoísmos de su raza y sobre los estrechos límites de su patria, en alas de una filosofía más bien adivinada por su presentimiento é intuición que conocida por su ciencia, comparte los frutos de la victoria, ganada por sus héroes y por sus mártires con el mismo vencido, y le dice cómo los pueblos de la tierra del Asia no volverán desde aquel entonces á obedecer á los déspotas, ni á pagarles tributos arrancados por la conquista, ni á prosternarse de hinojos confundiendo con la tierra el rostro ante la majestad soberana, porque los reyes han perecido y la lengua de los hombres no lleva ya mordaza, y el yugo de la fuerza se ha roto, y el pueblo, desencadenado y con sus hierros á los piés, exhala ya libre la voz del pensamiento.

Atossa entonces no tiene más remedio que volverse de los vivos á los muertos. Su figura se parece á las figuras funerarias levantadas sobre los viejos panteones hieráticos. Así depone su carro de oro, porque no cuadran riquezas tantas á la miseria del vencido, y se ciñe tocas de viuda como cumplen al dolor y al llanto. Creyendo que sus progenitores traerán de nuevo con su intercesión la vieja fortuna y el viejo poderío, aplaca sus manes desconsolados con ofrendas como leche de vaca blanca sin mancha, como dorada miel que han destilado

las flores y recogido las abejas, como agua escanciada en fuente pura y virgen, como vino sacado á una sacra viña, como aceite destilado de seculares olivos y guirnaldas abrillantadas aún por el rocío, al són de himnos religiosos que alcanzan á evocar las sombras y á unir por medio de libaciones litúrgicas la tierra esclarecida por el sol y animada por el aire con sobrenaturales regiones. En efecto, los viejos persas acuden á la voz de su reina, y llaman á golpes en las puertas de los sepulcros, y evocan á voces las sombras de los héroes. A estas evocaciones y á estos golpes Darío surge de su profundo sepulcro. Dormía en él cuando ha interrumpido el sueño dulce de una muerte perdurable misterioso estremecimiento de dolor sentido por la tierra que no ha dejado en paz y en reposo el asilo de los muertos. Así ve la esposa inclinada sobre su regio mausoleo para ofrecerle propiciatorias libaciones, que le saquen de los abismos, donde las divinidades sepulcrales tristemente lo guardan, esas divinidades cuya resistencia se opone allá en su voracidad insaciable á devolver la devorada presa. Darío llega, pues, pero llega presuroso y como apremiado por divinidades sombrías que no quieren tolerarle mucho tiempo su estancia entre los hombres. El coro tiembla y calla. Conociendo el dolor que inferirán sus noticias al desgraciado rey, herido por el

infortunio en sus descendientes y acosado hasta en el sepulcro, deja que adivine por sí toda la intensidad horrible de su desgracia irreparable, la cual merece conmover hasta las entrañas de los sepulcros y turbar hasta el reposo de los muertos. No encontrando en el coro Darío quien le informe, dirígese á su viuda, la reina, que á sus piés llora y gime, preguntándole, amoroso, la causa de tanto dolor. Entonces Atossa recuerda la felicidad con que habían reinado ambos á dos sobre Persia y la fortuna con que habían sometido todas las resistencias y gobernado á todos los pueblos. Pero en contraposición á esto, el reino de los persas, que parecía destinado á crecer bajo la majestad increíble de Xerxes, acababa de hundirse por un triste decreto del hado en lo profundo. Al oir esto la sombra de Darío, que no puede alcanzar desde la otra vida con claridad lo acontecido aquí en nuestra vida, pregunta si la guerra civil ó la peste desoladora se han empeñado en la increíble obra. Atossa le cuenta entonces cómo la rota, y solamente la rota de sus ejércitos ha perdido al imperio. Darío no quiere creer á sus propios ojos y á sus propios oídos por parecerle inverosímil que la pujanza transmitida por su testamento á los herederos y los reinos por él con tanta gloria juntados se hayan así puesto como en disolución y casi á la boca y entra-

da de la muerte. Habiendo fenecido en brazos de muchos herederos, pregunta cuál de sus hijos ejerciera el poder en tamaño trance y tomara sobre sí la triste suerte de acabar con tanta vergüenza un imperio erigido por él con tanta gloria.

Mucho le duele á la madre decir el nombre de aquel hijo á quien va unida la catástrofe, pero no tiene remedio. Sus deberes de reina le imponen la necesidad imperiosa de cumplir este triste ministerio y lo cumplirá desgarrada por el dolor, pero con firme voluntad. Así le dice que quien mandaba imperio, flota, ejército, era Xerxes, despoblador de Asia, el cual arrojó su enorme pesadumbre sobre Grecia. Sabido esto pregunta Darío si la expedición se inició por tierra ó por mar, si la guerra fué continental ó marítima. Y Atossa le responde que la emprendió con doble carácter y que presentó siempre al enemigo dos frentes, uno en las olas, otro en las islas y penínsulas. Darío no puede comprender cómo el numeroso ejército continental de Xerxes ha pasado el mar, y Atossa le refiere que Xerxes puso un puente sobre los estrechos. Darío no puede comprender que hiciera tal sin auxilio de un dios, quien, para vengarse de su soberbia increíble, le ha pegado luégo un vértigo de perdición y de muerte. Estos pensamientos sumergen al viejo monarca difunto en una especie de somnolencia, más terrible

que la sugerida al espíritu por el frío de la muerte; y Atossa, en su dolor, aprovecha tal estado para decirle todo cuanto ha sucedido sin provocar las maldiciones del padre sobre la frente del hijo. Al saberlo todo, la sombra sobrenatural da la clave de aquel enigma y dice cómo ha pasado todo esto en castigo de la feroz audacia que ha querido esclavizar como sierva en serrallo el agua celeste de los mares griegos, detener la corriente del Bósforo que un dios mueve, ceñir con cadenas las ondas libres y someter á su cetro los vientos impetuosos, en castigo de todo lo cual tantas riquezas aglomeradas desde Astiages, el abuelo de Ciro, hasta Cambises, y desde Cambises hasta Darío mismo, se desvanecerían como el vapor de un río, como la sombra de un nublado. No pueden los griegos ser combatidos por los déspotas del Asia, porque la tierra misma pelea en pro de ellos. Así Xerxes, enfatuado todavía por su propia soberbia y por los vapores que han sugerido á su cabeza las alabanzas de sus cortesanos, podrá dejar en Grecia un ejército que destruya los altares, pulverice las estatuas, amontone los cadáveres; no le queda más remedio sino recluirse dentro de su reino y pensar en sus viejos súbditos, olvidando para siempre aquellos pueblos helenos á quienes sus libertades y sus dioses han hecho igualmente invencibles. Cuando acaba Darío de

hablar aparece como un mendicante Ciro, el cabello en desorden y el vestido en harapos. Aquella vestimenta oriental, en cuyos pliegues envuelto parecía un dios por el brillo de tanta pedrería como la ornaba resplandeciendo sobre la carroza de oro, en mil pedazos desgarrada, corrió á los cuatro vientos, deshecha cual las legiones de quienes era brillante y adorada divisa. La madre Atossa acorre al hijo, vulnerado más por su propia imprevisión que por las armas ajenas. Pero él no quiere auxilio alguno. Creyéndose un día el numen de la tierra no se conforma con pasar ahora de un salto á las genomonías donde yacen los réprobos del mundo maldecidos á una por la conciencia y por la historia. Sus rodillas flaquean y no quieren sostenerlo. El ejército que ha disipado se alza como una legión de sombras y á modo de remordimiento inacabable á sus ojos febriles. Los golpes que ha recibido penetran como puñaladas en las entrañas de su corazón despedazado. Mientras gime y solloza, el coro pone los dedos en las llagas de su espíritu mostrándole cómo los dioses todos se le han vuelto contrarios y le han arrebatado los héroes de su preferencia, sumergidos en las playas de Salamina con sus rotas naves tirias. El tirano maldice á la feliz Atenas, y estas maldiciones de la tiranía convierten la ciudad en diosa. Por tanto, los

palacios del despotismo, que han atormentado á innumerables oprimidos, tórnanse á una en terribles infiernos del déspota. No le queda más que un carcaj á éste. Él se ha salvado, pero hasta sus escoltas han muerto. Los acentos funerarios que de su pecho brotan, y los mares amargos que de sus ojos caen, apenas bastan al infeliz para expresar sus dolores. Por aquellas salas donde antes resonaban los himnos de triunfo resuena ahora tan sólo el cántico misiano de una desesperación suicida y sin término. La barba se le ha vuelto blanca, y sin embargo, se la mesa con sus manos y se arranca mechones que parecen guedejas de un león destrozado. Su púrpura se ha convertido en sayal, y ni siquiera los harapos de este sayal quiere, como si le quemaran las carnes. Estatua de oro, que se creía eterna, por levantarse orgullosa en los hombros de siervos sin número, hase derretido al fuego de una idea. ¡Oh santa libertad!

Con estilo verdaderamente cíclico, el poeta sublime describió los sucesos de aquella guerra épica; pero debe decirse que la realidad histórica supera en mucho á la idea poética. Pocos imperios tan enormes como este imperio de los persas. Cuando Ciro se presentó en Jerusalén, tras su edicto á favor de los judíos, no parecía, sobre la montaña de Sión, un monarca, parecía Jehovah mismo, relam-

pagueando con los sublimes relampagueos del alto Sinaí. Sus ejércitos eran Babeles de razas. A su paso iban pueblos y naciones. Jerusalén asemejábase á un santuario de aquella divinidad. Las procesiones, en su honor celebradas, sobrepujaron á las procesiones hechas por sacerdocios enteros y salidas de los templos ciclópeos. Al abrirse las puertas de su palacio en la ciudad santa de los profetas, parecía que su poder alcanzaba de suyo á implantar los ídolos paganos en aquella tierra del monoteísmo espiritualista. Cuatro toros enormes, ceñidos de guirnaldas gayísimas, y consagrado cada cual á una respectiva inmolación ante las cuatro mayores divinidades persas, abrían el cortejo. Caballos de bella estampa y varias pieles, todos igualmente airosos, relinchaban de alegría y retozaban de continuo, sabiéndose destinados al sol. Un carro de plata, ornado con festones de pedrería, cuya lanza era de oro, tirado por cuadrigas teñidos de púrpura y enjaezados de gasas semejantes al iris, llevaba el sacerdote portador de la llama sagrada que ardía en litúrgico brasero. Ciro seguía después, la cabeza ceñida por una tiara que partía de una corona, los piés calzados por sandalias rojas, la túnica blanca, el manto púrpura, todo él cubierto, como un ídolo, de rica pedrería; trescientos eunucos, á cual más ricamente vestido, le circuían;

cuatro mil doríforos lo escoltaban, más que con armas, con instrumentos de música y con himnos de triunfo; tras los doríforos iban cien elefantes de honor y de respeto; tras los elefantes, diez mil caballeros persas; tras los diez mil caballeros persas, otros tantos medos, armenios, caduceos, saceos y carros innumerables de guerra, puestos cuatro en fondo, porque aquel hombre había llevado sus armas desde las fronteras indias á las costas del mar Rojo y del mar sirio, invadido el Egipto, engarzado por el Norte á su corona el Ponto Eusino y el mar Caspio, ido por el Occidente hasta el Egeo y por el Sur hasta Etiopía y las aguas eritreas, teniendo corte, ya en Susa, ya en Bactrias, ya en Jerusalén, y llamádose á sí mismo, por levantado sobre las espaldas de los pueblos, rey de las naciones.

Sus grandes sucesores, desde Cambises y Darío hasta Xerxes, no habían hecho sino aumentar su grandeza y extender sus límites. Mas á pesar de todo esto, algunos sacudimientos interiores habían llevado el imperio á trances amargos, pues el mal está muy cerca de la fortuna y á peligros propios de unos estados tan enormes por su colosal grandeza como enormemente frágiles. Cambises, que llegó hasta Etiopía, vió su gente sorprendida por la furia de los cielos, y no pudo sobrevivir á la noticia por

un mensajero aportada tristemente, de que cincuenta mil hombres, enviados al santuario de Júpiter Ammón habían caído envueltos bajo las arenas de Libia. Darío, que le sucedió, no pudo reposar largo tiempo, á conquistas movido por las terribles ambiciones de su mujer Atossa. Los límites de su imperio, muy señalados al Oriente por los Alpes indianos y al Norte por las mesetas mongólicas, no tenían igual claridad al Occidente, donde radicaba la hermosísima Grecia. Dueño de los tracios asiáticos, y oyendo hablar del oro que poseían los escitas europeos, pensó en redondear su imperio y darle aquellos límites occidentales que creía necesarios á su propia seguridad y á la dominación de Escitia y de la Tracia del Norte. En un principio las ciudades griegas no le opusieron ninguna resistencia. Dividido aquel pueblo en jonios y en dorios, la división les llevaba de suyo á la venganza, y la venganza les imponía una verdadera indiferencia respecto del Asia. Importábales poco el contrario lejano con tal de molestar al vecino. Pero esto no podía continuar mucho tiempo. El sentimiento de libertad é independencia en tal modo arraiga por las entrañas del corazón humano, que debía decidir y resolver un movimiento contra los reyes de Persia. Cuando estos iniciaron sus primitivas empresas, los gobiernos tiránicos domina-

ban por todas partes. Mas luégo que las tiranías fueron poco á poco reemplazándose con las democracias, el sentimiento de libertad, nativo en éstas, condensa sus iras contra la tiranía oriental. Los hijos de Pisistro representaban el gobierno tiránico en Atenas. La muerte de Hiparco, herido por dos héroes republicanos, y la fuga de Hipias, señalan el cambio de los gobiernos tiránicos por los gobiernos demócratas en Grecia. El mundo cambia poco y poco se altera, porque también cambian y se alteran poco las leyes que lo rigen. Los gobiernos tiránicos se habían asociado al gran déspota, porque todos los despotismos se necesitan y se completan. Así es que la tiranía se debió quebrantar mucho dentro de sí para emprender la guerra contra quien podíamos llamar el tirano de los tiranos, el dios de los dioses. Sin embargo, del seno de la tiranía en descomposición surgió la primera protesta contra el despotismo y sus esfuerzos. Un tirano, el de Mileto, Aristágoras, ya lo hemos dicho, dió la voz de alarma y conjuró el primero á Grecia contra su déspota.

Pero el sentimiento de unidad no había en esta edad arraigado lo bastante para que pudiese defender toda Grecia en armas á los jonios del continente asiático y del archipiélago helénico. Aquellas islas, entre dos mundos sembradas, por aguas ce-

lestes y argénteas ceñidas, con sus coronas de luz, con sus togas de flores, con sus sandalias de perlas y corales, armadas, más que por instrumentos de guerra, por cítaras de oro, fecundas en mirtos para los poetas y en laureles para los héroes, despidiendo á las alturas en verdaderos enjambres ideas innumerables que llenaban lo infinito, no fueron, á pesar de tanta hermosura, perdonadas, y pagaron por toda Grecia, empezando en ellas á cebarse con furor la rencorosa ira de los asiáticos déspotas. Chíos, la tierra homérica; Lesbos, donde resuenan las arpas eólicas; la oriental Samos; la sabia Mileto, á pesar de sus cien maravillosas naves y de sus innumerables heroicos remeros, precipitáronse una tras otra en el abismo y vieron sus hijos mutilados y sus hijas esclavas en los serrallos de Susa. El esposo de Atossa, instigado por esta hija de Ciro, que soñara con la gloria y la pujanza de Semíramis, decidió dar á su inmenso imperio los mares griegos por límite occidental y se propuso resueltamente someter toda Grecia. Así dió las correspondientes órdenes para que Mardonio, su general, atravesase por los territorios tracios, desde el continente asiático á nuestro continente. Los fenicios ayudaban por mar á todas estas maniobras, impelidos fuertemente de sus odios á Grecia, y los medas componían el núcleo de los ejércitos terrestres.

La guerra no podía contenerse desde aquel punto y hora, en los cuales, tanto Esparta como Atenas, inmolaron á los embajadores de Darío. Así dió el déspota la orden de acometer inmediatamente á la capitalidad intelectual de Grecia y conducir sus hijos en hierros al cautiverio para que dedicaran sus buriles á embellecer la vivienda y sus voces á cantar la gloria de los déspotas. Eretria cayó en poder de los invasores, y ninguno de sus habitantes fué perdonado, á pesar de que muchos extendían los brazos á las cadenas y demandaban vida en cambio de sumisión á los vencedores. Las naves asiáticas asombraron las aguas del Egeo. Naxos murió, á cuchillo pasada por el déspota. Atenas, pues, debía defenderse y retar al tirano que así maltrataba las islas confederadas suyas y las regiones consustanciales con la divina Grecia. El llano de Maratón fuéles teatro donde mostraron al mundo la superioridad incalculable de todos los libres sobre todos los esclavos. Cada tribu dió mil hombres, y cada hombre sintió en sí que, para conseguir el heroísmo, no hay como aceptar de antemano el martirio. Una elocuencia sublime les había enseñado á considerar como el primero de los bienes la muerte honrosa, y no podía en el mundo haber para ellos muerte alguna como la muerte por su patria. Así corrieron al encuentro del enemigo

antes de que hubieran desembarcado. Cien mil persas se colocaron frente á frente de diez mil griegos en los campos de Maratón. Los persas estaban sometidos todos á un solo general, mientras los griegos tenían diez, cada uno de los cuales hallábase destinado á mandar en su día respectivo y por riguroso turno. Sin embargo, el principio de libertad estaba destinado á vencer la tiranía. Inteligentes matemáticos, opusieron también á la fuerza la ciencia. Su línea de batalla, con sólo diez mil hombres, extendíase tanto como la línea misma de los persas. No tenían caballos, porque su árido suelo carecía de aquellos ricos pastos, en el antiguo lenguaje denominados hierba médica. A pesar de tantas inferioridades, el espíritu y el pensamiento suplieron al número. Cada hombre libre tenía consigo la patria que le impulsaba resueltamente, no sólo al combate, sino también al sacrificio. Así el centro de los griegos no pudo contenerse y arremetió con el centro de los persas. Desconcertado éste á la furia del primer ataque, repúsose bien pronto y rompió por todo, destruyendo con su número la línea enemiga y acosando á sus mantenedores. Entonces las dos alas del ejército republicano, que habían estado inmóviles, incontrastables, profundamente serenas, cual si no les atañese la batalla, viendo el encarnizamiento de los persas con los guerreros de

su centro, y notando cómo en la ceguera de su odio, para mejor perseguirlos y acosarlos, abandonaban sus ventajosas posiciones, desplegáronse primero con rapidez, uniéronse después con facilidad, y, una vez unidos, arremetieron al enemigo por la espalda, alcanzando tal victoria, que no les quedó á los persas refugio ni auxilio ninguno, sino el mar, donde los persiguieron y acosaron sus gloriosos enemigos, cuyo triunfo resultara tal y tanto, que Atenas colocó las efigies de aquellos héroes entre las efigies de sus dioses y declaró altares atenienses los túmulos que señalaban el santísimo lugar donde habían muerto sus soldados por la libertad y por la patria.

El Asia debió, tras el triunfo de los jonios, armarse contra Grecia. Este armamento apareció fácil porque los generales persas, vencidos en Maratón, habían engañado á Darío hasta presentarle como una victoria su derrota, fingiendo provenir de Atenas los prisioneros allegados en sus ventajas sobre las islas jónicas. Atossa insistía, como siempre, por la dilatación de un imperio cuyos límites ignoraba ella misma, no obstante haberlos trazado tanta y tanta sangre. Muerto Darío en los comienzos de la segunda guerra médica, el influjo de Atossa creció desmesuradamente por oirla su hijo más todavía que su esposo. El armamento de Asia contra Euro-

pa se consumó por mano de aquella mujer extraordinaria. Babilonia y Menfis, que habían resistido al vencedor persa, tuvieron que someterse; las estatuas de los reyes y de los dioses vencidos entraron en Susa como tributos pagados por el Éufrates y el Nilo; juramentáronse las naves fenicias para mostrar en los empeños de la guerra tanto arte y destreza como en los empeños del comercio; los caudillos de cualquier territorio que resistiese á este reclutamiento universal, pagaban con la pérdida de sus ojos, ó con la pérdida de su cabeza, esta resistencia; el número de tribus llegadas no podía contarse ni sus nombres saberse; cuarenta y seis naciones, por lo menos, marchaban tan compactas, que parecían cuarenta y seis colosos movidos por una sola voluntad y animados por un solo pensamiento; los asirios, ceñidos con cascos semejantes á tiaras y orgullosos de sus agudas flechas; los sacios, empuñando cortantes hachas de leñadores infatigables; los árabes, medio desnudos sobre sus caballos de guerra nómadas acostumbrados á marchar entre matanzas; los indios, envueltos en sus túnicas de algodón; los rojos egipcios, cuyo carcaj contenía muchas flechas y cuyas flechas llegaban muy lejos; los sagartos, de puñal muy corto y honda muy larga; los negros etíopes envueltos en pieles de leones y de panteras; los hircanos, tan sedientos de sangre como sus tigres; los vo-

luptuosos libios, acostados en sus carros de combate, parecidos á lechos de placer; todos cuantos representaban las castas, la fatalidad, la monarquía, el despotismo, habíanse unido en haz para derribar por el suelo á unos pocos ciudadanos cuya fuerza única estaba en su idea, fuerza incontrastable, porque esa idea era la libertad. Uniforme la historia, repítense por aquellos tiempos los errores cometidos en estos nuestros tiempos. Los reyes de Atenas ¡ay! se ponen de parte de los invasores como los Estuardos se pusieron por los franceses contra los ingleses, como los Borbones de Francia por los alemanes contra los franceses, como los Borbones de España por Napoleón contra los españoles. Hipias, el expulso hijo de Pisistrato, se refugió en Susa, donde ganara el ánino de Atossa para moverla indignamente á que impulsase hacia Grecia su hijo y restableciese después del triunfo la horrible tiranía de los vencidos pisistratidas. El tirano ignora, no solamente la libertad, ignora también la patria. Pero Grecia tenía sus hombres libres, y la república estaba por providenciales decretos destinada en aquel momento á salvar para el mundo toda esa tierra griega, patria de nuestras almas. La orgullosa y ciega Semíramis, que había renacido en el vasto y siniestro espíritu de Atossa, no podía, no, vencer la libertad. Mientras aquella mujer nefasta engen-

draba siervos, Grecia, su enemiga, engendraba ciudadanos.

A la cabeza de todos éstos hallábanse Arístides y Temístocles. Amigo el primero de la justicia, penetrado por los profundos conceptos de orden y de legalidad, juntaba con una voluntad firme, determinante de las acciones más puras y más rectas, una conciencia clarísima que le iluminaba por doquier en sus maravillosos resplandores. Fundador de la joven democracia destinada por el cielo á recoger en aquellos sus días tantos laureles, juntaba en el mismo culto la espontaneidad propia de los pueblos libres con la sujeción y la disciplina que traen las leyes. Sobrio en su mesa y en sus amores austero, de pocas palabras y de muchos actos generosos, dado á la verdad como á una diosa y enemigo implacable de todos los tiranos, llovían sus labios reveladores consejos y era toda su vida como un ejemplo en acción del amor desinteresado á la libertad y á la patria. Arístides era la razón fría, y en cambio Temístocles era la pasión exaltada. Tenía más vicios que Arístides, pero también más virtudes. No alcanzaba él ciertamente la perfección clásica de su émulo, pero no adolecía de aquella su frialdad marmórea. Hijo de una extranjera, esta involuntaria desgracia le había cerrado hasta los gimnasios donde la juventud griega crecía; pero

no había podido cerrarle, no, el corazón al amor de su patria y gente, aumentado y enardecido por las mismas contrariedades, cuya oposición, deteniéndole fuertemente la voluntad, no hacía más que impelerla con fuerza en la consecución de sus fines y exacerbarla con intensísima exacerbación. Inspirado por súbitas y reveladoras ideas, de mirada tan perspicaz como profunda, reuniendo con las exaltaciones del apasionamiento la madurez del juicio, con la fe de un joven la experiencia de un viejo adquirida en sus intuiciones íntimas, poeta, orador, músico, estadista, general, soldado, pero ante todo y sobre todo ciudadano, se impuso con su mérito á su patria y subió á las más altas cimas del mundo, á las cumbres de una ciudad libre, en alas de un mérito reconocido y proclamado por todos sus conciudadanos. En el instante de llamar Xerxes á las puertas de Grecia, llegaba Temístocles al colmo de su genio. No se comprende que un tirano como Xerxes, de razón madura y de complexión serena, intentara empresa como la de Grecia, de tantos peligros en su ejecución y de tantos males en sus resultados. Atossa y sólo Atossa es la clave del enigma. Casado con ella de segundas nupcias Darío, al morir éste y dejarla viuda, le dejó hijos como Xerxes, el primogénito, pero también dejó hijos del primer matrimonio. Atossa procedió

de suerte que, so pretexto de no pertenecer la esposa del primer lecho á la dinastía, y no llevar por ende ni ella ni los suyos real sangre y real autoridad en las venas, cerróles el camino conducente al trono, y puso en éste á sus hijos, no sin que se alzara la protesta y viniera la guerra. Pero triunfante Atossa y puesto en el trono su hijo por mano de ella, propúsose justificar aquel imperio que se había temerariamente arrogado, y no encontró superior justificación á la que podría traerle cosa tan grande y tan feliz como el triunfo y dominio sobre Grecia. ¿Quién podía, pues, detenerla en su camino? ¿Quién podía disuadirla de su empeño? Atossa lanzó á Xerxes sobre Grecia, y lanzando á Xerxes sobre Grecia determinó la formación de aquella patria libre. Por consiguiente, sería imposible conocer la condición que alcanzó la mujer griega sin haber visto, como hemos visto, el influjo de Atossa en este momento sobre los destinos de la Hélade.

Acabemos, pues, la relación de los sucesos. En el istmo de Corinto se reunieron las ciudades griegas y decretaron la resistencia que ha inmortalizado Leonidas en las Termópilas, Temístocles en Salamina. Cuando los griegos remaban contra sus enemigos en estas costas benditas, podían ver sus hijos y sus mujeres coronando los promontorios y los cabos para moverlos á morir mil veces antes

que tolerar disminución ninguna de su patria. La escuadra persa era innumerable, y sobre la punta que formaba la montaña Egalea veíase asentado en un trono de oro al déspota de Asia; por manera que allí, en tamaña competencia, veían los persas de un lado al ídolo que pesaba con inmensa pesadumbre sobre sus espaldas, mientras los griegos veían de su lado la libertad y la patria. Comenzó el ataque de Salamina con una extrema violencia por la parte de los asiáticos. El griego retrocedió á este primer embate, pero retrocedió con orden y en línea de batalla. Enseñados los persas con el escarmiento de Maratón, y expertos ya en artes é industrias griegas, no rebasaron su línea de combate, y se detuvieron tras el primer encuentro. Después de breve suspensión, en la cual diríase que tomaban aliento, empeñáronse mil combates parciales entre los grupos diversos de naves combatientes. Pero á estas escaramuzas aisladas bien pronto siguieron encuentros generales en toda la línea. La galera oriental, semejante á un palacio y á un templo movible, mostró su inferioridad irremediable ante la hermosa y ligerísima nave griega, que corría como una especie de aguda flecha, y clavando sus espolones en el vientre de las pesadas máquinas contrarias, sumergíalas en las aguas alteradas. Nunca se mostró tanto la ventaja del genio sobre el nú-

mero y de la idea sobre la fuerza como en aquel momento supremo. La electricidad, comunicada por las ideas y por sus chispas creadoras á los nervios del griego, predominó sobre la muelle y linfática grandeza del asiático, incapacitado por el propio enorme volumen de sus navíos para todo movimiento, así en la defensa como en el ataque. Lo cierto es que la derrota de Xerxes se declaró bien pronto, y que los fugitivos no pudieron ni aprovecharse de las islas cercanas, porque les cerró el paso Arístides con tropas de refresco. La batalla de Salamina completa la batalla de Maratón.

Mas aun quedaba que intentar otro esfuerzo definitivo y que ceñir con supremo nuevo triunfo aquel épico empeño. Mardonio, general de Xerxes, reunió los últimos recursos del Asia y se propuso escarmentar á Grecia. Ésta, por su parte, congregó todos sus hijos, resueltos de nuevo á otro sacrificio que demostrara definitivamente la superioridad incalculable del joven mundo europeo sobre el viejo mundo asiático. Los campos de Platea les ofrecieron esta feliz coyuntura. Antes de citarse allí los combatientes devoraron derrotas nuevas los déspotas, derrotas por las cuales se afligieron al extremo de sollozar como mujeres. Diez días estuvieron las falanges griegas frente al ejército de los déspotas. Mardonio no se cansaba de reconocimientos

que le industriasen á ciencia cierta en las respectivas posiciones y en los mutuos recursos. Mas al cabo de diez días el hambre impuso al irruptor un movimiento de ataque. Advertidos los griegos, mostraron irresoluciones é incertidumbres propias de los nerviosos en clamoroso estruendo, al cual dudaron los generales suyos de un triunfo semejante á los obtenidos en anteriores encuentros. Durante muchas horas parecía la fortuna inclinada con inclinación incontrastable hacia el viejo enemigo de Grecia. Beocios, espartanos, atenienses, tegeates, disputaban entre sí con ardor y no se resolvían por ningún empuje. Los espartanos, por si habían de ocupar tal ó cual puesto, se dejaban destruir y segar como si fuesen espigas cortadas por una hoz. Cuando ya se resolvieron á pelear y entraron lacedemonios y atenienses cantando sus himnos en las espirales terribles de aquellos encuentros espantosos, combatían cada cual por su lado sin acordarse ni siquiera del auxilio que se prestaban. Por fortuna, como el honor de Maratón está unido al nombre de Milcíades, y el honor de las Termópilas unido al nombre de Leonidas, y el honor de Salamina unido al nombre de Temístocles, el honor de Platea está unido al nombre de Arístides, que reunió las dos alas de los atenienses y de los espartanos para llevarlos al triunfo y,

después de triunfar, los reconcilió para que no lucharan por el premio. Tales fueron las consecuencias de aquel triunfo que debía, no sólo mostrar la superioridad inmensa de Grecia sobre Asia, sino unir á todos los griegos en una misma patria.

Arístides aparece ahora como el genio de Grecia. Él declara inviolables y sacras las ciudades en que se ha conseguido una victoria común, las cuales no podrían recibir ofensa, y agravio, y ataque, sin que las acorriesen todos los griegos en una confederación portentosa. Él aconsejó erigir un templo al Zeus libertador, donde se congregasen las almas y las ideas de los helenos. Él reunió las asambleas patrias en el istmo de Corinto, y encargó á Pausanias el castigo á los traidores aristócratas tebanos. Las tumbas de Platea se convirtieron en aras divinas, las sombras de los héroes tomaron aspectos de dioses. Reuniéronse coros de poetas, en guisa de sublimes sacerdocios, para componer himnos y cantarlos en falange y legión. La historia tomó el carácter de la poesía, por lo grande, y la poesía tomó el carácter de la historia, por lo real. Ni siquiera se detuvieron á escribir lo que habían hecho. Cuando Heródoto llegó á fijarlo, estaba ya la tradición fija. El tropo bien poético de que las flechas lanzadas por los persas habían oscurecido el sol, pasó á verdad histórica. El genio griego se univer-

salizó tanto, que hasta pudo componer la elegía del vencido. Nuevamente, como en los campos de Troya, había el genio de Occidente vencido al genio de Oriente, mas no al genio de Oriente personificado en una ciudad frigia sola y triste, al genio de Oriente personificado en todas sus razas. La democracia venció al despotismo. La república mostró una vez más su incontestable superioridad sobre la monarquía. La idea y la libertad vencieron á la materia y á la fuerza. Sobrepúsose al fatalismo ciego el humano albedrío. La ciencia sobrepujó con su táctica invencible al sortilegio y á la magia. El pueblo rompió la horda. Hasta para obedecer sabían más los ciudadanos que los siervos. La ley sobrepujó al déspota hasta en los ejércitos. Los libres ejercieron el mando y practicaron la obediencia mejor que los tiranos. Atenas subió á sol de las ciudades griegas rodeada por el coro inmortal de sus héroes, de sus artistas y de sus poetas. El genio griego, que llevaba en sí los destinos de la civilización universal y de la libertad humana, quedó vencedor sobre aquel genio asiático que llevaba en sí la esclavitud y la casta. La infeliz Euménide que se denominó Atossa, no hizo más que perder al Asia con su impresión y con su orgullo.

SAFO

Uno de los más bellos caracteres que distinguen las artes y la poesía griega es la variedad. Con los griegos el hombre aparece, por vez primera, en la historia, desceñido completamente de castas y teocracias. Como la estatua griega se levanta sola y erguida sobre su pedestal marmóreo, el ciudadano griego se levanta solo y erguido sobre su madre tierra. Esta sublime aparición del hombre trae consigo la libertad, y este sublime principio de libertad engendra con el calor que despide su luz innumerables y fecundas variedades. Así como hay dialecto dórico, jonio y eolio, hay también poesía lírica de los eólicos, poesía lírica de los dorios. Siendo el carácter de Grecia un carácter humano, debía ser también un carácter sintético, y siendo un carácter sintético debía unir el Oriente con el Occidente. Uniólos, en efecto, por virtud y obra de su carácter.

La cultura helénica llegó desde las tierras del Asia hasta las tierras de Sicilia, extendiéndose después de haber cumplido y realizado tal síntesis, no sólo por el Mediodía de Italia, por Francia, por España, por el Portugal mismo, y llegando hasta las tierras de Galicia, donde todavía se descubre la estatua griega en las doncellas de Nola. La poesía lírica participó del doble carácter griego: oriental de suyo la eólica, y occidental de suyo la doria. El género humano, por tal modo agradece á Grecia los servicios hechos á la humanidad y á la historia, que su poesía y sus artes entran como frases y tópicos en el habla vulgar de las naciones. Todos sabemos y recordamos lo que significa en las frases corrientes el arpa eolia, suspendida por modo misteriosísimo de los árboles en aquellas costas de mármol y sobre aquellas aguas celestiales, tañida por los vientos marinos que le arrancan á una con sus diversos plectros armoniosísimas cadencias. La diversidad armónica de las razas helenas descúbrese á primera vista en sus dos escuelas poéticas. Leyendo á los eolios, léense también aquellas primitivas inscripciones que relucen cual misterios jeroglíficos en las puertas históricas de Grecia, y leyendo la poesía de los dorios léese aquel sublime y solemne lenguaje y sus cíclicas epopeyas. Las letras eolias esplenden sobre las tierras é islas del Asia Menor, y las

letras dorias esplenden sobre las tierras del Peloponeso y sobre la isla de Sicilia. Los historiadores más ilustres de las letras griegas enseñan que la poesía lírica de los dorios parece un término medio entre la epopeya, esencialmente objetiva, y la oda, esencialmente subjetiva. Compuesta para el acompañamiento de las danzas griegas, aseméjase á un himno la poesía lírica doria, y exige para su mejor expresión el coro. No así la poesía eolia: sus estrofas parecían sugeridas para cantadas por una sola persona. De consiguiente, los poetas dorios, aun aquellos más íntimamente subjetivos, tienen á una en su voz la voz de un pueblo, mientras los poetas eolios representan, aun los más orientales y asiáticos, la pasión puramente individual. Hoy mismo, á pesar de que ignoramos en gran parte la pronunciación propia de los pueblos antiguos y de los tiempos clásicos, leyendo una oda compuesta por Simónides ó por Píndaro, pertenecientes ambos á las escuelas dorias, á pesar de sus diversos orígenes, os sentís, allá en vuestro corazón, tentados á ingresar en la legión de atletas que, ligeros, corren á ganar en los juegos olímpicos, á la puerta del templo de Delfos, el sagrado laurel de Apolo, ó en la falange de soldados heróicos, ceñidos por su multicolor cimera y armados por su brillantísima espada, que corren, brillando como astros, á pelear

y á morir con Leonidas en las Termópilas, con Milcíades en Maratón, con Temístocles en Salamina, con Arístides en Platea, por la libertad y por la patria. Pero leyendo á Safo, cuya poesía resulta en el tiempo y en el espacio la poesía eolia, sentís que vuestra sangre se mueve con ímpetu, que vuestros nervios se agitan en desorden, que vuestro corazón late con fuerza, que vuestras sienes palpitan con redoblados golpes á impulsos de una pasión individual exaltada naturalmente y enardecida en el éter y en el calor de la poesía.

Corales, eminentemente corales todos los versos de las letras dorias, consagrábanse á las festividades públicas, donde las almas griegas se compenetraban en la patria, ó á las fiestas domésticas, donde las almas de los parientes, reunidas alrededor del hogar, se compenetraban en la familia, necesitando unas y otras, teatro, espectáculos, solemnidad, pueblo, que todo esto significa coro. De aquí dimana la necesidad en los poetas dorios de someterse á los sentimientos públicos y mantener la poesía lírica, no en el subjetivismo que la caracteriza, en una especie de alto y profundo épico espíritu, con toda su verdadera y real objetividad. Los poetas de dramas y epopeyas no pueden representarse á sí mismos, ni en el teatro que pide un pueblo para sostenerse, ni en la epopeya

que pide un pueblo para cantarse. La poesía coral de los dorios resulta, como la elocuencia política, un arte de todo en todo público, un arte de todo en todo nacional, porque al fin y al cabo para los coros habéis menester á los pueblos. No así la poesía eolia. Sólo un alma, completamente desceñida por sí de la colectividad y entregada en lo interior del sér á sí misma, viviendo como viven las almas individuales de sí propias, puede componer una de sus odas. Así, como en el caso de la poetisa que describimos acontece, palpitan en los versos los corazones. Su individualidad íntima, su delicadeza exterior, sus movimientos de pasión profunda, no podrían ponerse de modo alguno sin desflorarse allá en las estancias colectivas, fragorosas, solemnes, de un coro que no participa de los sentimientos individuales. Por esta razón los grandes poetas líricos, aquellos que representan esta poesía en toda su ingenuidad, como Heine, como Byron, como Musset, no podrían cantarse jamás en coro. Se cantan así los poetas líricoépicos: Píndaro, Mansoni, Zorrilla, Quintana, Víctor Hugo. En la poesía eólica los intereses generales mismos toman la forma individual, celebrando, más que las ideas colectivas de patria, las ideas colectivas de partido. No puede dudarse, hubo coros en Eolia, pero estos mismos coros, compuestos especialmente para las

ceremonias de bodas y para las fiestas nocturnas de las familias, toman los mismos caracteres individuales, dada la diferencia de géneros, que sus poesías, íntimamente subjetivas. Un poeta eolio, Alceo, representa la poesía lírica objetiva, semiépica y semidramática; y la poetisa de quien hablamos nosotros, la incomparable Safo, representa la poesía eminentemente subjetiva. Para comprender al ilustre Alceo, cuya poesía nos explicará en parte, por comparación á lo menos, la poesía de Safo, necesítase comprender la crisis por que iban atravesando las ciudades eolias en tiempo de sus respectivos poetas. Colocadas aquellas islas en los términos postreros del continente asiático y en los comienzos y entrada del continente europeo, participaban de Asia y de Grecia con igual participación. Por lo que tenían de Asia y de sus privilegios, habitaba en ellas la tiranía y el patriciado; por lo que tenían de Grecia y sus derechos, habitaba en ellas un elemento democrático en lucha continua con los elementos orientales, con las instituciones de Asia. Alceo perteneció al partido aristocrático, en el cual entraba como factor principalísimo la oligarquía, cual sucede forzosamente con todos los privilegios y todos los privilegiados. Natural, muy natural el gobierno de las aristocracias en los territorios del Oriente, como Lesbos, necesitábase para combatir-

los de la fuerza, y la fuerza se personificaba en un dictador ó tirano. Por consecuencia, la pobre Lesbos, allá por los tiempos de Alceo, dudaba perpleja entre los partidos aristocráticos que habían de tomar por fuerza una organización de oligarquía y los partidos democráticos que habían de tomar por fuerza una organización de dictadura, como llamaron más tarde los romanos á las tiranías temporales. Lesbos, pues, oscilaba entre los oligarcas y los tiranos. Llamóse Pitaco el destinado á combatir el partido á que Alceo pertenecía. En los tiempos antiguos, los partidos no solían tener grandísimos escrúpulos, asesinaban al tirano. La familia de Alceo asesinó, en virtud de esta ley ó costumbre, á Pitaco. Expulsados, erraron por el mundo y fueron á Egipto, Babilonia, Judea, Siria, recogiendo pensamientos y dejando cánticos. En ninguna de las viejas obras literarias puede conocerse tan admirablemente como en ésta el carácter subjetivo de la poesía eolia. No se alzó el poeta de Lesbos á cantar, como cantó Tirteo, la libertad y la patria, Tirteo, aquel jonio que llevara en su estro lleno de inspiraciones á los dorios algo más que una espada de general triunfante, una lira de poeta enardecedor. Pero Alceo, aristócrata y asiático, canta, no las ideas de libertad común y helénica, sus sensaciones de poeta proscripto. Así cuando el tirano

Mírsilo muere, lejos de levantarse contra la tiranía en alas de sus ideas sublimes, aconseja la embriaguez, creyendo que no hay hora tan propicia para emborracharse sin medida como la hora en que un tirano muere. Poeta verdaderamente antidemocrático y antirepublicano, su nombre no va unido á ninguna de las grandezas patrias. Unas veces entona cánticos á los cascos, á las espadas, á las armaduras donde ha cincelado el buril antiguo recuerdos patrios; otras veces á los combates singulares mantenidos por su hermano en Babilonia y al marfil de artística empuñadura que para su espada le ha regalado un príncipe oriental. El vino y el amor también le incitan á cánticos alegres, ora el frío invierno le convide á vaciar la copa en el ara de su hogar ante la llama que centellea, ora los rayos de Sirio, secando la naturaleza entera, provoquen á remojar labios y lengua. Hasta efectos morales encuentra en el vino este poeta, y de su tiempo y de sus versos dimana la sentencia universalmente conocida que dice *in vino veritas*. Mas lo que principalmente nos atrae á nosotros, biógrafos de Safo, en él, es la pasión por tan inspirada poetisa y tan hermosa mujer sentida en su pecho y los versos que le ha consagrado. Tan maravillosa estatua, en mármol de Paros dibujada por el buril heleno, llevando sobre su cabeza como un astro de

indecible poesía, que ha trascendido á todos los tiempos y ha iluminado todos los espírítus, debía representar, á no dudarlo, el amor satisfecho, el amor feliz, y, sin embargo, representa el amor desconocido, el amor sin esperanza.

Grandes ruinas cercan la poesía griega. Muchas de sus obras principales sólo han quedado á manera de sombras en la conciencia humana y sólo se guardan por medio del recuerdo. Entre las más interesantes poesías antiguas debíamos contar el sublime diálogo empeñado entre Safo y Alceo, en que le pinta éste su amor y aquélla le reconviene y le rechaza. ¡Cuán frágil lo que más puede al hombre animar y envanecer en el mundo, cuán fragil ¡ay! la gloria! De tan sublime y divina manifestación del espíritu humano sólo quedan fragmentos, desde los cuales aun se levantan, por su enorme grandeza moral, enjambres numerosos de luminosísimas ideas. Cuando uno piensa que nosotros llamamos inmortalidad para nuestras producciones al tiempo en que puedan vivir sobre la tierra, y que hasta la tierra se ha de apagar en el espacio, cual misérrima pavesa del sol enfriada por los siglos, ni la gloria sirve ya de incentivo á la producción y al trabajo del alma, y sólo queda sobre las ruinas de tantas esperanzas é ilusiones, como un Dios eterno, el deber moral en la inmensa conciencia. ¡Cuánto

provecho podríamos hoy sacar para conocer el alma que animaba con su luz y con su calor á Safo si en vez de conservarse las ruinas tan sólo se conservara la integridad total de sus divinos versos! Lo cierto es que hay un combate, y combate dramático en el alma de Alceo, entre su amor y su respeto. La mujer le inspira el primer sentimiento, la poetisa el segundo. Y nada refrena tanto los afectos de una pasión tan excesiva cual suele serlo el amor como la fría religión del respeto, en la que todo parece que si no se hiela se templa. De todas suertes, el abandono, la franqueza, el desorden, la exaltación, el vértigo, los apasionamientos que produzca el amor, no pueden ¡ah! compararse, no, con ese otro sentimiento, de tal manera reservado y mudo, que calla, y contempla, y obedece, bien al revés de su contrario, que combate, y asalta, y subyuga, y conquista. Alceo saluda en fragmentos de canción maravillosísima la persona de Safo, y sus labios abiertos á seductoras sonrisas, y sus cabellos olientes á violeta. Después de haber saludado su gracia corporal y sus prendas personales, confiésale que desearía decirle y confiarle cierto secreto de su corazón, á cuyo dicho y á cuya confianza no se atreve por impedírselo ciertos otros afectos, que adivinará ella, viéndolo á veces en su mirada tan audaz y en sus actitudes

tan sumiso. Safo parece, al contestarle, una Diana irritadísima de que atrevido mancebo haya puesto en ella sus ojos y olvidado su nativa castidad. Así le contesta que osara decir todo cuanto sentía, si lo creyera decible, y no ataran pensamientos deshonestos aquella su lengua, capaz de toda poesía. Pero se han perdido estos diálogos. El estilo de bronce ó hierro, la tabla perdurable, la cera dúctil, la mano febril fijarían los versos para la inmortalidad, y, sin embargo, les ha sucedido lo que al cántico de dos ruiseñores en aromado ramaje embellecido por luna llena del estío, han pasado con el aire que los recogiera y divulgara. ¡Cuántas formas delicadas, frases felices, cadencias músicas, inspiraciones amorosas, bellezas clásicas, habránse perdido para las letras y para las ciencias! Así tenemos que resignarnos á obras eolias, parecidas á esas estatuas mutiladas con las cuales tropieza uno en los escombros y que sólo tienen una parte de su cuerpo, mancas unas veces, descabezadas otras, siempre disminuídas por las fuerzas devastadoras que las cóleras de los hombres añaden á los horrores universales por la destrucción y por la muerte sembrados en la naturaleza. De cualquier modo, la poesía de Alceo, sensual, erótica, sectaria, propia de una clase privilegiada y de un patricio soberbio, suele obedecer á sensaciones á veces gro-

seras, pero siempre personales, y nativas, y propias, diferenciándose así en esto de aquellas odas compuestas por los poetas latinos como el artificial Horacio, las cuales, con toda su perfecta ejecución y todo su hermosísimo lenguaje, parecen temas imitados de retórica más bien que hondos sentimientos tenidos y guardados en las profundidades del alma. A pesar de que sólo han quedado, como hemos dicho, del poeta griego, ruinas, éstas sirven para revelarnos la enormidad colosal de su genio y decirnos la increíble belleza y la melodiosa música de sus metros.

A la cabeza del arte eolio hállase una mujer, y esta mujer se denomina Safo. El genio antiguo hala querido y admirado sin tasa. Dispútansela dos ciudades, pero las dos de Lesbos, isla que lleva todavía su alma en el cielo y las huellas de aquellas sus plantas en los pedruscos de sus costas. Eresos y Mitilene se creyeron respectivamente su patria, pero la crítica yace á este respecto en una indecisión irremediable, y quien más afirma la educa en aquella ciudad y la mata en ésta. También las desgracias políticas de su nación asaltaron la existencia de tal poetisa y la hirieron el corazón, proscribiéndola como si fuera un jefe de partido. No debemos olvidar nunca jamás el influjo alcanzado por la mujer en todos los tiempos y en todos

los pueblos helenos. El matriarcado, ejercido por las mujeres primitivas, y tan tarde suplantado por la grande autoridad del padre, prueba cómo el sexo hermoso ejerció su incontrastable influjo en la primitiva Grecia. Las amazonas mismas quedan como ejemplo vivo de la superioridad femenil entre aquellas ciudades y gentes. Así cuando la poesía griega se personificó en una mujer tan inspirada como Safo, los griegos, ya que no pudieran ponerla entre las diosas, pusiéronla, y con razón, entre las musas. El lado moral de su vida parece desdichadamente afeado por multitud innumerable de faltas y de vicios sin nombre y sin cuento. Pero en todo esto debe suceder lo mismo que sucedió con Sócrates, con Platón y con Demóstenes, asaltados por las calumnias de la comedia, enemiga tan semejante á la prensa de hoy, y que han pasado á la posteridad como verdades, sin atender á la naturaleza de combate, revestida siempre por la política, donde se sustituye al cruce de las armas que matan los cuerpos en la guerra el cruce de las armas que asesinan el honor y el renombre, con los cuales dirigen los hombres superiores á su generación y á su tiempo. A pesar de tales divulgadas calumnias no deja Safo de tener poesías en cuyos versos resplandece la moral más pura. Por ejemplo, un su hermano, aristócrata, patricio, caballero de Mitilene, compra

una hetaira, como si dijéramos, una sierva, por la corrupción allí reinante adscrita de antiguo á sus placeres, y comparte con ella, no solamente los goces materiales del sentido, sino los espiritualistas goces del alma. Safo arguye de pervertido y débil á un hermano que cree adscribir á sí una mujer, cuando él se adscribe á ella. Pues bien, gran parte de los historiadores antiguos, y hasta de los críticos modernos, han puesto á Safo entre las hetairas griegas, olvidando cómo, de tener tal condición y oficio, no se hubiese atrevido á condenarlos en sus afines y congéneres. Los versos dirigidos contra la vida impura de su hermano, si á los versos dirigidos contra los requiebros y arrullos de Alceo se unen y suman ¡ah! muestran la superioridad moral indecible de aquella mujer en quien tanto se ha cebado la calumnia y que tan manchada se ha ofrecido al concepto vulgar de cuantos ponen falsas y pervertidas tradiciones sobre las grandes realidades históricas. Indudablemente una poetisa que perteneció á edades bien apartadas y legendarias del antiguo mundo helénico no conoció nunca los afeites y los disfraces, más ó menos retóricos y sabios, con que una civilización avanzada oculta ó disfraza las emociones más naturales y sencillas. Ingenua en la expresión, hija de la naturaleza, el candor suyo, propio de las edades primitivas, pre-

senta su poesía con una desnudez muy análoga ciertamente á la desnudez que tuvieron muchas de nuestras poesías cristianas y hasta místicas en la Edad Media. El crudo naturalismo de nuestros poetas católicos, muchos de ellos clérigos y frailes, no prueba tanto su mucha corrupción como la poca malicia de quienes los escuchan y los leen. En la primitiva epopeya descúbrense ingenuidades como las que Safo expresa con tal escándalo para las orejas de siglos más adelantados y maliciosos. Cuando aquella tan célebre Nausicaa, perfecto y acabado tipo de la hospitalidad marina, se vuelve á Ulises en la *Odissea* y le asegura con verdadero candor y con ingenuidad nativa cómo desearía tener un hijo que se le pareciese, adelantase á la franqueza de Safo, que no indica en sus claridades tanto las perversiones del alma como la ingenuidad candorosa de una emoción profundamente sentida.

No se puede comprender bien el estado particular y la vida especialísima de Safo sin abrazar el conjunto de condiciones que la mujer alcanza en el suelo griego. Perteneciente Grecia por sus orígenes y por sus caracteres á las razas arias, la mujer hallará en una tierra tan espiritualista y tan hermosa una superioridad que no encontraréis en las razas semíticas, digan cuanto quieran sus numerosos defensores. Pero si hay alguna verdad mostrada por

la historia es la verdad indiscutible de las evoluciones y de las series á que toda idea, como toda vida, se halla sujeta. Término medio entre Asia y Europa, la emancipación de la mujer, como la emancipación del hombre, pasan allí por una serie de puntos y de grados, desde su comienzo hasta su plenitud, que hacen muy diversas y muy varias las condiciones sociales. Diferénciase mucho la mujer eólica, que vemos ahora en el tipo de Safo, de la mujer dórica ya vista en el tipo de Gurko, y de la mujer jonia que constituye, digámoslo así, la gran característica del sexo femenino en Grecia. Dorios y jonios se dilataban por los archipiélagos griegos y por la tierra firme. Había dorios peninsulares y había dorios insulares, como había peninsulares é insulares jonios. La mujer jonia, parece imposible, había conservado más el sello asiático y oriental que todas las otras entidades múltiples de su familia y de su raza. Y cuando Atenas llegó por su poesía individualista, por su estatua singular y aislada, por su ciudadano libre, por su democracia gobernante, por sus instituciones populares, por su razón independiente, por sus ciencias dichas al aire libre, por sus artes de redención y de progreso, á desasirse del molde asiático á ella tan contrario, no extendió este mismo carácter á la mujer, quien respetada, muy respetada en el hogar, no tuvo en público la

debida influencia, la que á su sexo corresponde por derecho propio; así en todo el organismo de los seres colectivos y en todos los actos de la vida pública se dejó tristemente sustituir por la infeliz y rebajada hetaira. No hay que hablar de los hogares, no, hay que hablar de las asambleas. En privado, la mujer gozaba de grandísimo influjo sobre los atenienses como individuos; pero en público, no sucedía, no, así. Y la mujer embellece la reunión y asamblea de gentes como en la vida particular y privada. De la clausura en que las mujeres legítimas allí se hallaban, surge naturalmente influencias como las influencias increíbles de Aspasia y de otras célebres mujeres. En el gran discurso, en el maravillosísimo discurso atribuído por Tucídides al inmortal Pericles, obra incomparable de la elocuencia griega, y que ha quedado como el Partenón de Atenas y como la Venus de Milo, entre los modelos inmortales, háblase de todo menos de la mujer. El legislador, que ha promulgado los códigos; el guerrero, que ha caído en los campos; los oradores, que han puesto emociones en las almas; los oyentes, que siguen el elogio de los ajenos y de los lejanos, los progenitores ilustres, las razas habitadoras de aquel país inmortal, la herencia de los padres, los deberes de los hijos, la república, las empresas republicanas, los combates opuestos á los

bárbaros y á los déspotas, las instituciones políticas, las costumbres públicas, la superioridad del mérito personal sobre la estirpe antigua; la rectitud en la gestión del negocio político; los juegos phíticos, los sacrificios anuales, el extranjero que adviene á la puerta de Atenas; la organización militar y su paralelo con la espartana; el gusto de lo hermoso con medida, el amor á la filosofía sin molicie; la compatibilidad entre los cargos públicos y los trabajos diarios, el reconocimiento, la generosidad, el elogio de Atenas, por quien los héroes han muerto, sin soltar, aun después de caer, las armas; los mártires inolvidables; la juventud y su educación; todo pasa de aquellos á nuestros maravillados oídos sin que la sencillez dañe á la profundidad ni á la elocuencia la llaneza. Y cuando ya de todo esto hablara, se recoge, y recuerda que también podría de las mujeres hablar, y les dice que su mayor victoria consistiría en no alcanzar jamás, ni para bien ni para mal, fama entre los hombres.

La reclusión de la mujer propia obligó al griego con triste obligación á esas compensaciones, de las cuales resultan en las ideas inmoralidad y en las costumbres perversión. La mujer conviene al hombre, no solamente dentro del hogar, inconcebible sin su presencia, conviene al hombre tanto y más en la sociedad y en la vida externas. Notad cómo los

pueblos de harén, obligados por las exaltaciones de sus sentidos y por los rencores de sus celos á ocultar las mujeres, ni tienen públicas asambleas, ni tienen teatro público, admirables manifestaciones del humano espíritu. Las razas arias comprendieron mejor que las razas semitas el ministerio de la mujer en el mundo, y asociáronla por instintos superiores de su complexión á todos los actos capitales de la vida social. Entre los indios antiguos, nuestros primeros padres, no solamente la mujer participó de la divinidad en sus teogonías, participó del sacerdocio en sus templos. La bayadera danzaba en torno de los altares, como los astros en torno de los dioses. Coronadas de flores y vestidas de gasas, parecían surgir de los aromosos cálices como las abejas y las mariposas, ó descender del iris envueltas en sus colores y matices. La danza, con tales caracteres, tenía mucho de científica por su lado matemático, y mucho de inspirada y artística por la espontaneidad maravillosa y concertadísima de sus movimientos. Pero lo que más digno de aplauso nos parece ahora, mirando el movimiento de la humanidad en sus actuales términos, es la noble asociación del sexo bello á la vida religiosa, que constituye la vida principal entre los indios. Naturalmente, las razas arias conservaron á una, en el día de su esplendor más nuevo y de su explo-

sión más alta, el culto á la mujer, y la hicieron sacerdotisa en el hogar. Pero Atenas temió llevar este culto mismo á la plaza pública. No lo temió Eolia. Más profundamente aria en esto que los jonios continentales, dió á la mujer aquella participación, así en las fiestas como en las artes públicas, correspondiente con su providencial ministerio y con sus finalidades sociales. Atenas carece, por su desgracia, de aquellas mujeres que ilustraron y ennoblecieron á los jonios del Asia Menor y á los dorios del Peloponeso y de Sicilia. En esta parquedad, los atenienses, tan ricos de tesoros intelectuales y morales, apelaron á un extraño desquite, burlándose de las mujeres artistas, de las mujeres poetas, de las mujeres poderosas é influyentes, como se burla muchas veces con gracia el ateniense moderno, el parisién, de tantas bellezas como pululan por las reuniones públicas en demanda y reclamación del voto, del fusil y del gobierno para su sexo. Mas no pararon las ironías y sátiras en burlas ridiculizadoras, pero inocentes, no; subiéronse á mayores. Calumniaron públicamente y por toda una eternidad, con su ingenio inextinguible, á las mujeres superiores de otros pueblos. Y como quiera que Safo brillara entre todas superiormente, atribuyéronle vicios infames, cual tantas veces las sectas y partidos suelen hacer, por desgracia, con sus enemigos im-

placables, en las horas del combate. Safo, primera entre las mujeres eolias, presidía un coro de musas, como lo preside un Apolo en el Parnaso. Y al tañer su cítara, solía loar á sus compañeras como á las flores del campo, como á las estrellas del cielo, como á las corrientes del manantial, como á las luciolas del aire, como á los aromas del cáliz, como á todo cuanto ama el arte, sin que tal amor signifique fiebre del pensamiento y delirio del sentido, cual ha supuesto una criminal y redomada malicia.

Safo aparece á la posteridad como representante del amor infeliz. Después de haber despreciado al gran poeta y compatriota suyo que se llamó Alceo, como ya hemos visto, enamoróse de un joven robusto y hermoso, por el cual vivió triste y anhelante los últimos años de su vida y acabó suicidándose allá en los mares de Leucades. Tal historia se ha sobrepuesto con sobreposición tan grande al nombre de Safo, que no pueden dividirse y separarse una de otra. Los cómicos griegos del siglo cuarto contribuyeron mucho á esparcir y acreditar este rumor tradicional que reemplazó la verdadera historia é hizo de Safo el personaje grabado ya tan de relieve y por tantos siglos en el sentir común humano. La poesía, que todo lo idealiza de suyo, naturalmente nos ofrece hoy Safo tan casta como una virgen, tan bella como cualquier nereida de

los mares griegos, tan inspirada como las musas dentro de cuyos coros está, envuelta en la túnica de blanco lino, con el *peplum*, semejante á la égida hermosa de Minerva en el pecho, su manto azul á la espalda, su coturno trágico á los piés, en una mano la cítara y en la otra el plectro, la cabeza de laureles délficos ceñida y atrás echada, como buscando consuelos en el firmamento, con la pasión enrojecedora en el rostro, la oda eolia en los labios, de poetisas rodeada que acompañan sus cánticos, y con la peña de Leucades á sus piés, donde van á estrellarse las olas del mar que la reclaman para extinguir el fuego de su amor en el seno de la muerte. No la pintaban así ciertamente los poetas cómicos de aquella gentil Atenas, herida por la superioridad incontestable de Safo sobre todas sus mujeres. Para los cómicos Faón era un batelero de Mitilene muy fornido, robusto y poderoso, de animal hermosura, de fuerzas hercúleas, tras cuyos pedazos iba desalada por montes y por valles la musa del Parnaso eólico, provecta, menuda, pequeña, desdentada y asmática, presa de una pasión sensual que la ponía en ridículo como suelen todos los ardores con todas las viejas, y que concluyó matándola por haber tocado ella misma las infames ridiculeces traídas á su nombre por los amores á Faón, tan desdeñoso é ingrato.

Y ni siquiera por su originalidad brillaba la fábula esta. Los poetas cómicos habíanla copiado literalmente de los amores atribuídos á Venus y Adonis. Personificando éste la florescencia en Abril, debía naturalmente acariciarlo el amor. Adonis es la primera flor del almendro, el primer brote de la yema, la mota que comienza el nido, la hojilla que verdea en el árbol, el cántico de los arroyuelos desligados de sus heladas prisiones, la golondrina que llega, la niebla que se va, el gusano larva tomando alas pintadas, el primer circulillo de los panales en las colmenas y el primer depósito de miel ¡ah! la primavera tan propicia para las primeras florescencias del año y para las primeras explosiones del amor. Los griegos, que lo personificaban todo, personificaron también este florecimiento de la naturaleza en robusto y hermosísimo joven, que andaba desnudo por montes y por valles sobre cimas y cumbres, bajo follajes y ramas, entre los coros de las aves y los saludos de las flores, persiguiendo á los brutos salvajes en una cacería sin término y sin fin. Venus se ha enamorado de él, y á todas partes le sigue; pero el hermoso joven huye á la diosa y busca la fiera. Venus, la más delicada, la más tierna, la más sensible, la más débil, ó sea la más mujer de todas las mujeres, aunque diosa mayor, le sigue por los montes, y clavándose las espi-

nas, tíñelas con su sangre, de cuyo rojo color nacieron las rosas. Esta pasión de Venus por Adonis, y los desdenes de Adonis á Venus han pasado en el arte desde los bajorelieves antiguos á los hermosos cuadros modernos. Nuestro museo de Madrid guarda un Ticiano espléndido, en el cual, desnuda la diosa, cuyas carnes brillan como un prodigio de coloración y de luz, intenta retener, á la sombra de amplio árbol, su joven amado, que, por la jauría de los perros presidido, se despide y se va en pos de su presa. He aquí la obra del teatro antiguo respecto de Safo: una parodia del amor de Venus por Adonis y de sus persecuciones al joven cazador. Sólo que Adonis es aquí un marino y Safo es aquí una vieja. No hay que hablar más. La fuga del robusto nauta, esquivándose al amor de una deforme anciana, á quien le falta la dentadura y le hiede la boca, resulta de un ridículo acabado y de un cómico perfecto.

Sin embargo, la sátira en acción, que se llama comedia griega, no logró ridiculizar á la poetisa. La música, la pintura, la elocuencia, el teatro, han la devuelto con creces una gloria que quisieron arrebatarle de consuno envidia y malicia. La corona del martirio ciñe sus sienes. Un amor merecido por tantos y tantos dones como del cielo recibiera su desgracia en vida, concluye siendo su apoteosis

en muerte y el resplandor más puro y más vivo de su inmortalidad. En vano el malicioso corrompido y corruptor Ovidio, en una de sus heroidas, repite las acusaciones lanzadas por la comedia sobre la mujer á quien desdeñara Faón. La isla de Lesbos, circuída por todas las bellezas del mar Egeo y ornada con todas las fecundidades propias de aquella bienhadada tierra, siempre aparecerá en el mundo como un pedestal de Safo. El salto de Leucades, por donde los griegos lanzaban sus reos de muerte al mar sosteniéndolos en aves ceñidas á su cuerpo, se ha purificado completamente de las manchas vertidas en él por sangre tan corrupta, y brilla hoy llevando como un faro inmortal en su cima el genio de Safo. Por consecuencia, todo cuanto hiciera el teatro antiguo para perder á Safo, le ha dado solamente suma de inmortalidad unida con aquella que le procuraron sus versos. Su hermano, la querida misma de su hermano, premiada con que le consagrara Heródoto un capítulo de su historia, prueban cómo Safo supo inmortalizar todo aquello que cerca de sus laureles y de su nombre se pusiera. Cantora del amor, expresivamente describió las angustias por donde pasa el alma enamorada, las fiebres propias de una sangre ardiente, la fijeza de los ojos en el objeto amado y la fijeza del pensamiento en su recuerdo, como al ver venir á

quien se ama parécele un Dios, y el oído se abre para recoger las palabras caídas de sus labios, las cuales producen aturdimientos en la cabeza, latidos en el corazón, hasta el extremo de sobrevenir una especie de increíble deliquio en que falta la voz y agarrarse al cuerpo todo una especie de fuego sutil que abrasa la piel, transfundiéndose un sér en otro sér, como se transfunden las aguas, que los riegan, por los árboles, y se pierden los ríos, que le tributan, por el mar. La mujer que así ha descrito el amor, si por el amor ha muerto, por el amor ha sido también inmortalizada en la historia.

El recato de la inspirada mujer, á pesar de tantas calumnias como han llovido sobre su nombre, llegó al extremo de no mentar jamás, sino por alusiones muy embozadas y muy dobles, al joven á quien prefería y amaba. No, no se descubre, si hemos de atenernos á los fragmentos que restan del maravilloso trabajo suyo, requerimientos como los dirigidos al mozo Adonis por la diosa Venus. Alguna vez habla de un joven á quien se uniría, si de veras la pudiese amar. Pero ningún indicio, ninguno, justifica la invención de los cómicos griegos referente al batelero de Mitelene. Safo no ha nombrado jamás á Faón. Enamorada, porque las melodías de amor despedidas de sus cítaras así han llenado los aires como los corazones, y la fan-

tasía pública, esa especie de sentimiento estético popular, que tales y tan hermosas leyendas produce, halas en los mares de Leucades anegado, por creer la tradición que allí, en aquellas aguas, se apagaba y extinguía el amor. Los fragmentos en que más viva está la pasión de Safo son aquellos consagrados á la incomparable Afrodites para pedirle no la pierda y acabe anegándola en las tristezas y en los dolores del amor, y la socorra más bien, cual hiciera en otro tiempo, bajando en su carro de oro tirado por palomas para preguntarle, después de haberle sonreído con su inmortal sonrisa, qué le había pasado, cómo se afligiera y cuál consuelo podía ella procurarle alguna vez en sus amorosas aflicciones. La visión de Safo, aunque aparezca vaciada en el blanco y brillante mármol de Paros, por las canteras de Grecia reluciente, y dibujada en aquellas líneas armoniosísimas como una cadencia de sus odas, no por la claridad completa del efecto y por la perfección maravillosísima de las formas, deja de ser una de aquellas visiones místicas, alcanzadas por los estáticos entre los arrobamientos y los deliquios de un amor sobrenatural y divino. Safo lleva tan lejos, en el tormento de sus pasiones y en el asalto de sus fiebres, la consideración á sí misma, que se guarda muy bien de dirigir, no ya recuerdos, quejas, al jamás nombra-

do objeto de su amor. Si la huye por todas partes él, mientras ella lo desea y lo persigue; si le ofrece dones, aunque los rechace; y espera en su amor, aunque la desame; y le habla con empeño, aunque no la escuche, porque su corazón está henchido de tempestades y aquejado su ánimo por una exaltadísima demencia que la llevaría de seguro á lanzarse loca en brazos del sér amado si no la retuviesen sus pudores, díceselo á la divinidad Afrodites, para quien abre las entrañas de su corazón, mostrándole con franqueza los secretos más hondos y recatados de su vida. Pero en toda esta confesión, dirigida por Safo á la diosa, el pudor y la delicadeza propia del pudor la retienen cuanto podían retenerla en aquellos tiempos y en aquellas costumbres. Entonces una mujer decía con sinceridad á un joven: «colócate cerca de mí para que vea bien la gracia centelleante y animada en tus ojos,» sin que nadie pudiera escandalizarse. Lejos de aparecer Safo, cual ha querido la comedia presentárnosla en sus desquites rencorosos como una gata que va maullando por los techos en busca de su desdeñoso amado, aparécese, al término de su vida, como una mujer provecta y madura que, viéndose, á causa de circunstancias bien ajenas á sus prendas personales y á sus encantos físicos, requerida de amores por un joven, le dice que busque otra mujer

más conforme con su edad, indudablemente porque muy machucha ya ella, no quería entrar como esposa en una casa donde por sus años bien hubiera podido entrar como madre. Los epitalamios por Safo compuestos y las demás poesías eróticas enseñan bien á las claras cómo sintió, con qué fuerza, el amor. En ella empiezan esas comparaciones de sarmientos abrazados en las viñas á los olmos para indicar cómo enlazan unos brazos amantes. Ella compara el rostro virgen y puro, no desflorado por ningún beso, á la poma rojiza que se ha quedado intacta en lo alto de un árbol; ella encarece los amores de un matrimonio feliz comparándolos con la flor que su dueño cultiva en el cercado propio, bien diversa del jacinto que los viajeros pisan bajo sus descuidados y groseros piés, símbolos del amor público y libre. Así, pues, ninguno de los versos escritos por Safo autoriza las fábulas injuriosas divulgadas por los cómicos atenienses, antes demuestran bien claramente cómo no tuviera el amor antiguo intérprete de suyo tan inspirado como esta incomparable poetisa.

INDICE

	Páginas.
Ceres	5
Dafne	59
Helena	97
Medea	193
Gorgo y las mujeres dorias	265
Atossa	327
Safo	371